



KYLIE SCOTT

Incapas Succión

DIVE BAR

SEDA NEW ADULT

Libros de
se da

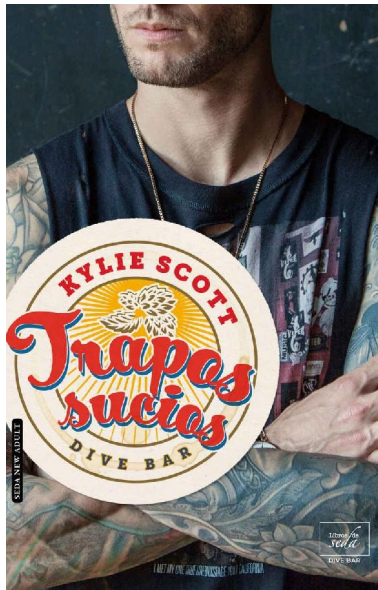
DIVE BAR

I MET MY ONE TRUE LOVE ON STAGE 1907 CALIFORNIA



© *Jenny Ruddle Photography*

Kylie Scott es autora de best sellers del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.



Vaughan Hewson vuelve al que fue su hogar cuando era niño y, al hacerlo, se topa con una novia metida en la ducha a quien según parece acaban de romperle el corazón. Menudo hallazgo: es lo último que esperaba encontrarse.

Lydia Green no sabe si quemar la iglesia donde estaba a punto de casarse o quedarse llorando en un rincón. Y es que descubrir el día de tu boda que el amor de tu vida está teniendo una aventura no es poco. Pero aun es peor cuando te enteras de que la está teniendo con el padrino de tu boda. ¿Cómo ha podido suceder algo así? Ella siempre había imaginado que se casaría con un hombre de negocios maravilloso y perfecto... ¡Y menudo fiasco! Vaughan, ex músico convertido ahora en barman, le parece todo menos delicado: más bien es alguien rudo e inestable. Sin embargo, ¿por qué no intentarlo de nuevo con alguien totalmente distinto?

Trapos sucios
Libro 1 de la serie Dive Bar.

Título original: *Dirty*

Copyright © Kylie Scott, 2016
© de la traducción: Emilio Vadillo Pinilla

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Isabel Arenales/Rasgo Audaz
Imágenes de cubierta: © Zack Vitiello/VitalyDesign
Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: octubre de 2018

ISBN: 978-84-16973-32-3

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kylie Scott

TRAPOS SUCIOS

Libros de
seda

Para Astrid, que nos dejó mientras escribía esta novela. Era tremenda, pero también extraordinaria. La mejor perra con la que podría soñar una chica.

CAPÍTULO 1

¡Qué barbaridad!

Miré la pantalla del teléfono móvil poniendo cara de susto. ¡Madre mía, estaban dándolo todo! Se estaban besando con lengua y hasta con los dientes. No había lugar a dudas, ni la más mínima vacilación, al tiempo que entrelazaban los cuerpos con absoluta determinación. Tanto el enfoque como la iluminación eran una auténtica basura, pero en todo caso bastaban para captar toda la potencia sexual, o más bien pornográfica, de lo que estaba ocurriendo. ¡Por Dios, qué cosa más tremenda!

Esto no podía ser verdad. ¿Qué demonios podía hacer yo?

Desde el pasillo llegaban voces, risas y todos esos sonidos que emiten las personas y que suelen denotar felicidad. Lo que se puede esperar de ese gran día que llevas tanto tiempo esperando. En la pequeña pantalla del teléfono, sin embargo, solo había suciedad. No quería mirarla, y sin embargo era incapaz de apartar los ojos de ella.

¡Mierda!

¡Joder! El modo tan decidido con el que se tocaban, absolutamente familiarizados con sus respectivos cuerpos, me estaba poniendo enferma, literalmente. Se me encogió el estómago y sentí una bocanada de bilis en la garganta. ¡Ya era suficiente! Tragué saliva con fuerza y arrojé el teléfono móvil a la cama, por supuesto nueva y extragrande. El vídeo siguió reproduciéndose, con el móvil perdido entre pétalos de rosa de color rojo sangre, tan fuera de lugar como un pulpo en un garaje. Tenía que haberlo estampado contra la pared. O haber saltado sobre él, o qué se yo.

Chris me había dicho que solo iban a pasar un rato juntos, y que no harían locuras tipo despedida de soltero de niños. Solo él y su hombre de confianza, Paul, tomarían unas copas y hablarían de los viejos tiempos. Por supuesto, ni se le había ocurrido mencionar que iban a enfrentarse en una especie de pelea de lucha libre de lenguas, porque de ser así lo recordaría de sobra,

independientemente de lo ocupada que estuviera con los detalles de la boda.

Me escocían los ojos y se me había puesto un tic en la mejilla que no podía controlar. ¿Acaso todo esto se había estado produciendo a mis espaldas desde el principio, y también antes? Y, en ese caso, ¿qué clase de idiota era yo? Me sujeté con fuerza el pecho con los brazos, procurando por todos los medios no perder por completo el control de mí misma.

Pero no lo logré. De ninguna manera.

Lo peor del asunto era que, ahora que lo pensaba, las señales habían estado ahí, en todo momento. La libido de Chris nunca había podido considerarse arrasadora, ni siquiera intensa. En todas las citas para cenar y demás salidas hubo mucho paseo con las manos entrelazadas y mucho besuqueo, eso era cierto. Pero muy poca, o ninguna, relación sexual que pudiera llamarse así. Siempre había alguna excusa. Su familia era muy religiosa, debíamos seguir la tradición y esperar a la noche de bodas, sería muy especial cuando finalmente lo hiciéramos por primera vez, y patatín y patatán. A mí hasta me pareció en todo momento que la cosa tenía su sentido. Una explicación tan simple como que, sencillamente, no le apetecía llegar hasta el final, nunca se me había pasado por la imaginación hasta entonces. Y es que su comportamiento en todos los demás aspectos había rozado la perfección.

Lo malo es que no había sido así. No, para nada. Y es que, según ese video, el chico de oro de Coeur d'Alene, estado de Idaho, me había estado utilizando como una maldita y falsa prueba de virilidad, cosa que al parecer pretendía seguir haciendo durante el resto de nuestras condenadas vidas.

Muchas cosas se rompieron dentro de mí. Mi corazón, mis esperanzas y mis sueños, y yo qué sé qué más. Resumiendo, se rompió todo lo rompible. Nunca, en mis veinticinco años de vida, había sentido algo tan desgarrador. El dolor era inenarrable.

Las voces del pasillo iban creciendo en intensidad, al igual que los quejidos y gemidos procedentes del teléfono. Estaba muy claro que, en presencia del aparato de su padrino, el Chris del vídeo era otro. ¡Desgraciados! ¡Tonta de mí, que pensaba que por fin había encontrado un hogar! ¿Cómo se puede ser tan estúpida?

No podía salir al pasillo de ninguna de las maneras, para enfrentarme con toda esa gente y contarle hasta qué punto me habían engañado y embaucado, como a una puñetera colegiala. Necesitaba un poco de tiempo para recomponerme mentalmente, ahora estaba hecha pedazos después del enorme daño que Chris me había infligido. Me había jodido pero bien, aunque no en

sentido físico, por supuesto.

¡Bum, bum, bum! Sin duda, alguien estaba aporreando la puerta del dormitorio con los nudillos con bastante fuerza. Di un salto, con los ojos llorosos y abiertos de par en par.

—Lydia, es la hora —me recordó el padre de Chris.

Sí, de acuerdo... pero no, de ninguna manera. Todo se había acabado.

Me invadió una oleada de pánico y salí corriendo como alma que lleva el diablo. Por varias razones, no me resultó fácil hacerlo. Las principales, que tenía una forma física desastrosa y que, como es lógico, estaba vestida de novia de los pies a la cabeza, sin que faltara ningún detalle. No obstante, me las arreglé

Como pude, o sea, bien. ¡Demonios, se puede decir que volé! Es increíble lo que pueden lograr el miedo y las descargas de adrenalina.

Abrí las puertas correderas de vidrio y me deslicé hasta el patio. Luego crucé la pradera, recortada con el esmero de una manicura francesa, a todo correr, a toda prisa, clavando los tacones de aguja en el blando suelo con cada zancada que daba. La brisa traía el rumor de la música ambiental y de las conversaciones. Todos los invitados estaban en la misma zona, a la espera del servicio religioso, al que seguiría el cóctel con bebidas y canapés. Así que me precipité hacia el jardín trasero, atravesando como pude los bien recortados arbustos y destrozando algún que otro macizo de flores. Las espinas de un rosal se me clavaron en los tobillos y me destrozaron las medias. ¡Qué más daba! No había tiempo que perder. Tras un árbol se escondía un contenedor de abono orgánico, estratégicamente situado junto a la valla, de unos dos metros de alto, que separaba la propiedad de su contigua.

Pues sí. Aunque me pareciera mentira, tenía la huida al alcance de la mano.

Que Chris les explicara a todos la razón por la que su novia había volado. O, mejor todavía, que fuera Paul, ese hijo de puta falso, baboso y ladrón, quien se lo contara.

Por fortuna no había hecho caso a su madre, que quería que me embutiera en un vestido con falda hasta el suelo. El que escogí, de media pierna, ya era suficientemente incómodo y difícil de manejar, con todas esas enaguas de relleno. De todas formas, y sin excesivas dificultades, me levanté las faldas y trepé a lo alto del contenedor. Me puse de puntillas, bamboleándome como un pedazo de gelatina. Di un grito de miedo mientras me agarraba a la valla de madera, alta y rugosa, con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

En circunstancias normales no solía rezar. No obstante, seguro que el de allí arriba no cometería conmigo la injusticia de dejarme caer y partirme el culo, no

precisamente de risa. O por lo menos, no hoy. Si tenía que arreglar cuentas conmigo, esperaba que lo dejara para otro momento. Hoy ya había sufrido bastante, digo yo.

Respiré hondo varias veces y me erguí todo lo que pude. Podía hacerlo, ¡claro que podía! El camino que separaba el patio y la pequeña casa de vecinos de la pretenciosa minimansión de Chris y mía estaban solitarios y silenciosos.

Perfecto.

La manicura francesa ya se había echado a perder del todo, así que me apoyé sobre las palmas y me estiré lo suficiente como para poder poner una pierna sobre la parte superior de la valla. No me hizo ninguna gracia la presión que sentí en la entepierna. Estaba segura de que mis labios, mayores y menores, no paraban de protestar, y eso sin contar con el resto de mis atributos femeninos. Si alguna vez, en un futuro, quería ser madre, era imperativo que, en ese preciso momento, cambiara de postura. Mientras me movía para colocar el torso sobre la valla sentí como se me clavaban en el vientre lo que me parecieron cientos de estacas de madera. Me caían lentamente goterones de sudor por ambos lados de la cara, probablemente dejándome en el maquillaje auténticos surcos, tan profundos como el cañón del Colorado. La madre de Chris fue quien me recomendó a la «artista».

—¿Tía Lydia? —La voz, aguda, clara y muy sorprendida, era de una niña pequeña—. ¿Qué estás haciendo?

La sorpresa me hizo dar un gritito. Por fortuna, en los pulmones no guardaba aire suficiente como para dar un grito en toda regla. Allí debajo estaba, en efecto, una niña, cuyos grandes ojos pardos me miraban asombrados.

—Hola, Mary. —Procuré sonreír lo más ampliamente posible—. ¡Qué susto me has dado!

—¿Por qué te has subido a la valla? —La falta de satén blanco se me movió de un lado—. Yo era una de las niñas que iban a arrojar flores al paso de la feliz pareja de recién casados.

—¡Ah! Pues...

—¿Estás jugando a algo?

—Eh...

—¿Puedo jugar contigo?

—¡Sí, claro! —contesté sonriendo nerviosamente—. Estoy jugando al escondite con tu tío Chris.

Se le iluminó la cara.

—Pero tú no puedes jugar, lo siento mucho.

—¿Por qué no? —preguntó desilusionada.

Ese es el problema de los niños pequeños, que hacen muchas preguntas.

—Pues porque es una sorpresa —respondí—. Una sorpresa muy grande.

—¿El tío Chris no sabe que estás jugando?

—No, no lo sabe. Así que tienes que prometerme que no vas a decirle a nadie que me has visto aquí, ¿de acuerdo?

—Pero ¿cómo va a saber entonces que tiene que venir a buscarte?

—¡Buena pregunta! Verás, tu tío Chris es muy listo. Ya lo averiguará, aunque a su debido tiempo. —Y sobre todo teniendo en cuenta que me había dejado el teléfono en la habitación, con ese asqueroso vídeo porno todavía reproduciéndose en todo su esplendor. Dada la situación, sería absurdo sentirse mal por el hecho de dejarlo plantado—. Así que no puedes decirle a nadie que me has visto, ¿de acuerdo?

Durante un momento, que se me hizo muy largo, Mary reflexionó, sin dejar de estirarse la falda, ya bastante arrugada. A su madre no le iba a gustar nada verla así.

—A mí no me gusta que mi hermano le cuente a nadie dónde me gusta esconderme.

—¡Claro que no! Es muy molesto, ¿verdad? —Noté que la pierna empezaba a deslizarse hacia abajo y musité una de las peores palabrotas de mi ya de por sí florido vocabulario, pensando que la niña no podría escucharlo. Pero no fue así. Su labio dibujaron una «O» casi perfecta.

—¡Eso no se dice! Mamá cree que es de muy mala educación.

—Tienes razón, tienes razón —concedí—. Es una palabra muy fea, y te pido perdón por haberla dicho.

—No te preocupes —dijo la niña, soltando un suspiro de alivio—. Mamá me ha dicho que no te educaron bien y que contigo debemos hacer ciertas... conse... conce...—. Juntó las cejas de pura frustración.

—¿Concesiones?

—¡Sí, eso! —confirmó sonriendo—. ¿De verdad te criaste en un establo? A mí me parece que vivir en un establo tiene que ser la mar de divertido.

¡Vaya! Eso es lo que pasa cuando permites que las zorras ricas y que creen que tienen clase ejerzan su nefasta influencia sobre los niños. La hermana de Chris seguro que era todos los años candidata a que, en el hospital privado, le extrajeran el sable que, al parecer, se tragaba cada día. Y la verdad es que esa actitud era propia no solo de ella, sino de toda su familia.

—No querida —dije, negando con la cabeza—. No fue así. Pero apuesto lo

que sea a que tu mamá se sentiría muy a gusto si viviera rodeada de vacas.

—¡Muuu! —mugió, riendo con muchas ganas.

—¡Exactamente! Y ahora, será mejor que vuelvas con los demás. Y recuerda, no le digas a nadie que me has visto. —Le hice un saludo de despedida con la mano e intenté colocarme en una postura algo más cómoda, eso sí, sin caerme por el precipicio. Si es que eso era posible.

—¡Te lo prometo! ¡Adiós!

—¡Adiós!

La niña echó a correr por el jardín, y enseguida la perdí de vista. Y ahora lo que tocaba era bajar de la valla. Fuera como fuese, seguro que me iba a hacer daño. Sin lugar a dudas. Empecé a deslizarme, encogiéndome y estirando los músculos, que no paraban de protestar por la falta de costumbre. ¡Si hubiera acompañado a Chris al gimnasio todas las veces que me lo había sugerido, otro gallo cantaría! Pero ya era tarde. Muy despacio, fui pasando el cuerpo: primero una rodilla, después toda la pierna, luego la otra, y así. Ni que decir tiene que el vestido de seda se fue rasgando, poco a poco pero muy concienzudamente. Por fin logré deslizarme por el otro lado de la valla, aunque no pude evitar que las astillas de la madera me destrozaran las manos. En ese momento los músculos se me contrajeron tanto que pensé que se me iban a romper, todos a la vez. Y, finalmente, la gravedad hizo su trabajo.

Caí al suelo con fuerza. Me dolió.

Me dolió mucho, y eso que tengo un buen trasero. El almohadillado extra no me sirvió de mucho, más bien de nada. Giré para apoyarme en la espalda y me quedé tirada sobre la hierba, jadeando como una fumadora de paquete diario. Solo sentía dolor físico. Igual había llegado mi hora. Al fin y al cabo, el sitio no era ni mejor ni peor que cualquier otro.

—Lydia, ¿estás ahí? —preguntó una voz. Era la de Betsy, la recepcionista de la agencia inmobiliaria—. ¿Liddy?

Odiaba con todas mis fuerzas el que me llamaran así. Y la muy zorra lo sabía perfectamente.

Guardé silencio, allí tirada, sudando por todos los poros y respirando pesadamente, pero procurando hacer el menor ruido posible. Era imposible que me viera, a no ser que también trepara la valla, y las posibilidades de que lo hiciera eran escasas. En general era tan poco atlética como yo misma. Así que, por ahora, estaba a salvo. Una nubecilla blanca surcó despacio el cielo, rompiendo por un instante esa perfección azul. Un tiempo espléndido para casarse en pleno junio. La verdad es que no se podía pedir más.

Betsy no insistió. Era el momento de reemprender la marcha.

Me puse en pie muy, muy despacio, y me dolieron todos y cada uno de los músculos del cuerpo. Escuché en la distancia cómo me llamaban muchas personas a la vez, casi constantemente. Empezaba a notar un cierto pánico en las voces. Mientras tanto, ahí estaba yo, de pie, como un pasmarote. Sin dinero, sin tarjetas de crédito, sin nada de nada. Para ser sinceros, mi plan de huida, por llamarlo de alguna manera, era bastante frágil. Pero al menos había logrado superar la valla.

El patio de los vecinos parecía la selva, lleno de plantas que habían crecido sin ningún control. Una suerte que así fuera, porque si no igual me hubiera roto algo al caer. Tras un pinar con forma redonda, compuesto por árboles grandes y con muchos años, había una bonita casa de campo de color gris. Tenía mucho encanto. Este tipo de viviendas y propiedades eran la razón por la que me dedicaba al negocio inmobiliario. Me encantaba ayudar a la gente a encontrar casas agradables en las que formar un hogar, si fuera posible para el resto de sus vidas. Un lugar en el que criar a sus hijos y hacerse amigos de sus vecinos, y en el que organizar fiestas y barbacoas, con ellos y con sus familias. Algo que no tenía nada que ver con arrastrar a la prole de un sitio a otro del país, en busca de la siguiente oportunidad de oro, viviendo en casas alquiladas envejecidas y cuyas paredes estaban empapeladas.

Por desgracia, en lugar de vender casas como la que tenía delante, la situación del mercado me obligaba a presionar a la gente para que compraran apartamentos en bloques sin personalidad, intentando engañarles para que eligieran una propiedad que no podían ni siquiera pensar en permitirse. Mi ingenuidad había sido enorme. Decir que el negocio inmobiliario era una actividad para la que no había que tener escrúpulos solo se acercaba a la realidad: yo lo llamaría gansterismo, si más.

Pero volvamos a mi situación actual.

Sanders Beach era una zona bastante tranquila, y muy pronto empezarían a buscarme. Si salía a la calle, me encontrarían en un santiamén. Eso no podía ser. Tenía que recobrar el aliento y organizar las cosas. Sería mejor esperar a que el maldito vídeo saliera a la luz y demostrara a todos que Chris no era más que escoria, un tipo vil y mentiroso. Y después..., bueno, probablemente cuando eso ocurriera ya se me habría ocurrido algún plan viable.

Así que lo que más me gustó en ese momento de la bonita casa que tenía delante fue que una de las ventanas traseras estuviera abierta de par en par.

Me levanté lo que quedaba de la preciosa falda del vestido de novia y lancé lo

más lejos que pude el único zapato de tacón que, milagrosamente, había sobrevivido. Una vez preparada, empecé a andar pisando la hierba, que estaba muy alta. De la casa no llegaba el menor signo de vida. Puede que los dueños hubieran salido y se hubieran olvidado de cerrar la ventana, que era la de un pequeño cuarto de baño. En su interior, todo estaba lleno de polvo, y el mobiliario parecía viejo y pasado de moda. Seguía sin notar el más mínimo movimiento.

¿Colarme dentro o arriesgarme a ser descubierta por los asistentes a la boda? No tuve que pensarlo demasiado, la verdad. Podéis llamarme Ricitos de Oro, pero de inmediato decidí entrar. Me daba igual que me devorara un oso. Por lo menos no se quejaría de la cantidad que encontrase en el plato, a diferencia de lo que suele pasar en la mayoría de los restaurantes de moda.

La ventana no estaba demasiado alta, así que esta vez logré pasar sin ninguna dificultad. Con una mano me agarré con firmeza a uno de los extremos de la bañera, y con la otra me apoyé en el suelo. Todo iba bien, pero llegó el momento de pasar las caderas por la ventana y... El cerco de madera se me clavó a ambos lados, y no había forma de deslizarse por el hueco. ¡Estaba atascada!

—¡Mierda! —exclamé, eso sí, en voz baja, por si las moscas.

Empecé a agitarme, a bambolearme y a patalear con los pies colgando, al tiempo que gruñía de pura desesperación. Menos mal que nadie podía verme en una situación tan desairada. Le pedí ayuda al niño Jesús con toda mi alma, pensando que podía superar la situación si lo intentaba con todas mis fuerzas. Por otra parte, y a estas alturas, ¿qué más me daba perder algún trozo más de tela o, ya puestos, de piel, en el intento? Nada, nada en absoluto. Me agarré con toda la fuerza que pude al borde de la bañera y tiré como una posesa. Por fin, el vestido se rasgó, haciendo bastante ruido por cierto, y logré liberarme. Pero, por supuesto, me estampé contra el suelo. Pude amortiguar un poco con las manos el golpe en la cabeza, pero no el de otras zonas del cuerpo. Dado el estruendo, me sorprendió bastante que no aparecieran ni los vecinos ni la policía al cabo de pocos minutos.

—¡Por Dios! —balbuceé, respirando con dificultad.

El dolor y la humillación sobrepasaban todos los umbrales que había conocido hasta entonces. Aquello había sido horroroso. ¡Menudo descalzaperros!

Muy despacio y a conciencia, tomé aire profundamente con la nariz y lo solté por la boca. La cosa funcionó, más o menos. No parecía tener ninguna costilla rota. La nariz también permanecía intacta. Pasé la lengua por el interior de la

boca para comprobar si tenía todos los dientes en su sitio y completos. Sin novedad tampoco por esa parte. No obstante, me sentía como si acabara de librar una pelea a puñetazos en un bar y contra una multitud muy cabreada. Me dolía mucho la mejilla derecha, entre otras partes del cuerpo, y me mantuve tirada en el suelo durante un buen rato, sintiéndome aturdida y sin atreverme a hacer el más mínimo movimiento, si es que hubiera podido. La vieja casa seguía en silencio. Era evidente que estaba sola, gracias a Dios. La soledad era lo mejor, ahora lo tenía muy claro.

Por si acaso alguien se asomaba a mirar, prácticamente me arrastré para meterme en la bañera, e inmediatamente corrí la cortinilla. Con mucho cuidado, intenté recolocar lo que quedaba de mi maravilloso vestido de seda y tul.

Era el momento de enfrentarme a los hechos. Y no solo de enfrentarme, sino de asimilarlos en toda su magnitud. Mi hombre, mi pareja, no lo era en absoluto, ni una cosa ni la otra, y tampoco era mi mejor amigo, como había pensado hasta ahora. No iba a formar un hogar feliz. ¿Y la boda de mis sueños? Jodida, por completo y por todas partes.

Bueno, pues a salir adelante. Al menos había encontrado un lugar seguro en el que esconderme y dejar pasar el día. Que Chris se enfrentara al follón que él mismo había organizado. Lo que yo necesitaba era recuperarme y recomponerme.

Las lágrimas empezaron a fluir a borbotones calientes e imparables y me llenaron la cara. Y no pararon durante un rato muy, muy largo.

CAPÍTULO 2

Unos pasos, fuertes y decididos, me sacaron de mi sopor. No tenía ni la menor idea de cuánto tiempo había pasado sentada dentro de la bañera, sin mirar a ninguna parte y haciéndome a la idea del desastre en el que se había convertido mi vida. Aunque tampoco tenía que haber sido mucho, puesto que aún entraba el sol por la maldita y estrecha ventana e inundaba de luz el cuarto de baño.

Los pasos se iban acercando cada vez más. Y, finalmente, quien fuera entró en el cuarto. ¡Mierda! Me quedé helada, sin atreverme ni siquiera a respirar. Oí un sonoro bostezo, seguido del chasquido de las articulaciones de unos dedos. Inmediatamente después, una mano bastante grande, más bien muy grande, se coló por el hueco de la cortina de baño y abrió el grifo de la ducha. Inmediatamente, brotó de la alcachofa un torrente de agua helada. Fue como si un billón de cuchillitos bien afilados y puntiagudos me atravesaran la piel. Y todos los rasguños y arañazos que me había hecho durante las peripecias anteriores empezaron a dolerme a la vez, y mucho. También me castañetearon los dientes, y elevé tanto los hombros que prácticamente quedaron a la altura de las orejas, como si esa postura pudiera defenderme de algo.

Y sí, allí estaba yo, sentada y temblando, mientras el tipo echaba una buena meada.

¡Magnífico! Sencillamente magnífico.

No me pareció una buena idea dar un salto e interrumpirle mientras se aliviaba. Además, ¿qué podría decir? Tenía claro que no era una situación fácil de explicar. Por varias razones, a saber:

1. Básicamente, había irrumpido en casa de este hombre y eso en términos legales se llamaba allanamiento de morada.
2. Me había apropiado de su casa o, para ser más precisos, de su bañera, eso sí, para dar rienda suelta a mi crisis emocional. No sé yo si eso sería un atenuante legal.

La gente normal, la que se comporta con racionalidad, no hace ese tipo de cosas, ni mucho menos. Yo no tenía antecedentes penales, y jamás me había comportado de una manera estrafalaria, ni siquiera rara o, incluso, interesante. Todo esto era culpa de Chris, de ese desgraciado cuyo nombre no quería pronunciar. Tenía que intentar aprovechar la situación y rezar a quien fuera por que este hombre tuviera aunque fuese una pizca de sentido del humor.

Justo cuando el agua de la ducha empezaba a calentarse, tiró de la cadena, y el hielo picado volvió a empaparme. Estaba a punto de empezar a hablar para dejar constancia de mi presencia, pero el frío lo impidió. De nuevo sentí como si un millón de agujas me pincharan en la piel. ¡Era como estar en un gran congelador en el que lloviera hielo! Estaba absolutamente aterida. Los dientes seguían a lo suyo, y tuve que contenerme para no gritar.

Y entonces la cortinilla de la ducha se abrió.

—¡Mierda! —Era un hombre alto, desnudo como vino al mundo, y estaba realmente asombrado. Dio un paso atrás y se sujetó con una mano a la encimera del lavabo. Abrió mucho los ojos, que destellaron no solo de sorpresa: también de furia— Pero ¿qué demonios...?

Buena pregunta.

Abrí la boca, pero volví a cerrarla de inmediato. Al parecer había perdido la capacidad de hablar. Así que el hombre y yo nos miramos sin pronunciar palabra, sin emitir siquiera un sonido.

Aunque no se podía deducir de su ropa, pues no llevaba nada encima, estaba claro que era un ejemplar masculino paradigmáticamente atractivo y moderno. Parecía más o menos de mi edad, o quizá un poco mayor. Tenía el pelo largo, de color rubio rojizo, y los ojos de color azul cielo oscuro, muy bien integrados en una cara angulosa. El cuerpo, musculoso y cubierto de tatuajes, y una polla de gran tamaño. Por supuesto no era mi intención fijarme en ella, pero eso resultaba difícil si la tenías, como en este caso, delante de las narices, colgando junto con el escroto. Moví la cabeza, intentando observar con una cierta perspectiva. Y noté que resultaba igual de impresionante desde cualquier punto de vista. Mirara donde mirase, lo único que conseguía ver era pene...y tenía que dejar de comérmelo con los ojos. ¡Ya!

—Hola. —Aparentando una calma que ni de lejos sentía, me levanté y cerré el grifo de la ducha. Mucho mejor. Ese pene monstruoso me había distraído, pero estaba recuperada. Ya iba siendo hora de intentar paliar el desastre—. ¿Qué tal?

—¿Se puede saber que narices estás haciendo en mi casa? —preguntó de manera inexpresiva.

—Claro. Bueno... —Me coloqué el pelo detrás de las orejas. Soy rubia y llevaba el pelo con media melena, a la altura de los hombros, y lo tenía completamente empapado. Como si eso pudiera servir de algo. Seguro que la sombra de ojos se me había corrido y las pestañas postizas se me habían bajado hasta las mejillas, sabe Dios adónde—. Yo, esto..., yo...

—¿Tú qué?

—Me llamo Lydia. —Fue lo primero que se me ocurrió.

No hubo respuesta. Pero en su atractiva cara se dibujó una mueca de cabreo. Hasta el pelo, pelirrojo de color fresa con la luz de ese momento, parecía llamear. De acuerdo, parecía claro que le importaba un pimiento cómo me llamaba, y que no pensaba presentarse educadamente. Lógico, por otra parte. Me costaba lo indecible mirarlo a la cara, por atractivo que fuera. Una auténtica batalla contra mis instintos más primarios. Puede que se debiera a que jamás había visto otro aparato tan largo, pero me resultaba hipnótico. Habría jurado que esa cosa tenía poderes mágicos. Se balanceaba en su enormidad, y también oscilaba sutilmente cada vez que se movía. Sí, lo habéis adivinado: pese a mis esfuerzos, no podía dejar de mirarla.

Finalmente acabó con la tortura y tomó una toalla de una balda cercana para colocársela alrededor de la cintura. Fue como si se pusiera una minifalda provocativa. Aunque claro, con eso ahí debajo ningún hombre se atrevería a aparecer en público. Así, no. O al menos eso supuse.

Bueno, tenía que seguir con mis explicaciones, hasta ese momento bastante pobres, la verdad.

—Para empezar, quiero pedir perdón por todo esto —empecé de nuevo, mientras señalaba el conjunto del aseo con un movimiento algo vago de la mano derecha, que pretendía abarcar al cuarto de baño y a su propia persona—. Quiero decir, por los inconvenientes que haya podido causarte en tu cuarto de baño.

El tipo seguía de pie, bien erguido y con las manos amenazadoramente apoyadas en las caderas. Tenía ambos brazos cubiertos de tatuajes, desde los hombros hasta las muñecas. Definitivamente, no parecía el hombre más apropiado con el que enfrentarse o discutir. El tipo parecía que iba a abofetearme de un momento a otro. Pensé que sería una especie de modelo para anunciar tatuajes, o un motero, o un pirata, o algo así. Alguien duro y que daba miedo.

Mierda. Tenía que haber escogido otra casa que allanar.

—No tengo por costumbre irrumpir en casas ajenas para esconderme en las bañeras —farfullé, dándome cuenta de que estaba a punto de sobrepasar la línea de la incoherencia absoluta—. Así que lo siento mucho, y te pido disculpas. En

serio. Lo que pasa es que tienes una casa muy bonita.

—¿Ah, sí?

—Bueno, no..., quiero decir, sí, pero esa no es la razón por la que he entrado. Solo... —¡Joder, cuántas idioteces! No era capaz de pensar ni de articular un discurso coherente. Antes de empezar de nuevo respiré muy hondo, tomando el aire por la nariz y soltándolo por la boca, muy despacito, ya sabéis—. Me encantan las casas del movimiento de Artes y Oficios. ¿A ti no? Tienen alma.

—¿Estás drogada? ¿Qué cojones te has metido?

—¡Nada!

—¿Seguro que no estás hasta las cejas de pastillas, o de lo que sea?

—No, lo juro.

—¿Y tampoco has bebido?

—¡Te digo que no! —No obstante, la sospecha y el enfado eran evidentes en su expresión. Lo cual, añadido a la barba incipiente de la barbilla y a las sombras de debajo de los ojos, indicaba que mi interlocutor estaba cansado y de mal humor. Tenía sus razones desde luego.

—Así que estás completamente sobria —afirmó más que otra cosa.

—Completamente.

Una pausa.

—Seguro que estás pensando que estoy como un puñetero cencerro, ¿a que sí? —pregunté, aunque la respuesta estaba esculpida en su atractivo rostro, y era afirmativa, claro.

—Pues sí, algo parecido.

¡Vaya por Dios! No se cortaba, no.

—Te equivocas. Estoy cuerda del todo.

—¿Estás segura? —Bajó la cabeza y me miró a lo largo de la línea de su nariz, bastante larga, por cierto. No parecía muy impresionado—. Durante todos estos años he tenido que lidiar con montones de chiflados. Gente que ni te puedes imaginar que existe. Pero, la verdad, en estos momentos tengo que decirte que... pues eso, que te llevas la palma.

—¡Estupendo! —La consecuencia más probable era que iba a acabar en la cárcel. Alguien debería darme un azucarillo como premio. Mi capacidad para empeorar situaciones, ya malas de por sí, era alarmante.

—¿Has tocado alguna de mis cosas? —preguntó—. ¿Te has llevado algo?

—Sí, claro. Tengo aquí tu sofá, bien escondido debajo del vestido. Me hace un poco de daño, pero merece la pena sufrir. Y ni te puedes imaginar dónde he metido el televisor.

Una vez más, entrecerró los ojos peligrosamente.

—Entre tú y yo: no creo que sea el momento de que te pongas graciosa, guapa.

¡Imbécil! Yo, quiero decir.

—Lo siento. Lo siento mucho. Lo he dicho sin pensar. Tienes todo el derecho a estar furioso, pero que muy furioso.

—Pues claro que sí, joder, claro que lo tengo, y lo estoy ejerciendo.

—No he tocado absolutamente nada —afirmé, bajando los ojos con expresión contrita.

El tipo se quedó allí, sin hacer otra cosa que mirarme. Era como si pudiera ver los pensamientos cruzando por sus ojos, aunque sin adivinar ni lo más mínimo cuáles podrían ser.

Aunque intenté evitarlo, una lagrimita empezó a rodar mejilla abajo. ¡Ya podía habérmela ahorrado, demonios! ¡Qué patético! Sorbí por la nariz y me la limpié con el dorso de la mano.

—¡Hay que joderse! —murmuró.

—De verdad que siento todo esto. Lo cierto es que necesitaba un sitio en el que esconderme durante un rato. No pretendía molestarte de esta manera tan grotesca.

Suspiró, y no de felicidad, puedo asegurarlo.

—¿Lydia, has dicho?

—Sí. —Pese a todos mis esfuerzos, me tembló la voz de manera apreciable.

—Mírame.

Así lo hice. Seguía mirándome con cara de enfado y bastante inexpresiva, mientras que yo estaba hecha unos zorros.

—Mi nombre es Vaughan —dijo.

—Hola.

Alzó la barbilla y de nuevo se produjo un embarazoso silencio.

Se pasó la punta de la lengua por el labio superior, miró hacia la ventana y, de nuevo, fijó la vista en mí. Sí, estaba claro que esa había sido mi forma de irrumpir en su cuarto de baño. Mis enloquecidas habilidades no tenían nada que ver con las de Houdini.

—¿Qué estás haciendo en mi casa, Lydia? Dime la verdad.

—Es una historia bastante larga, te lo advierto. —Además de terriblemente embarazosa. Pero, en cualquier caso, ¿qué no lo había sido en este día fatídico?

Cruzó los brazos sobre el pecho y esperó, mientras yo manipulaba torpemente los harapos del vestido, intentando encontrar una forma de contar las cosas que

no me hiciera parecer una absoluta majadera. ¡Cristo, menudos agujeros tenía en las medias! Por una de ellas asomaba todo el pie. ¡Qué desastre!

Vaughan se apoyó con las manos sobre el borde de la bañera. Su cercanía me permitió comprobar la magnitud de las bolsas oscuras que tenía bajo los ojos, que resaltaban aún más debido a la palidez de la piel. Eran tan grandes que casi diría que habrían podido utilizarse para llevar la compra diaria del supermercado. Pese a la firmeza de sus rasgos, parecía estar realmente agotado, o desesperado y sin ganas de luchar; simplemente, de pasarse cien años durmiendo.

Yo conocía bien ese sentimiento.

—Lo que llevas puesto parece lo que queda de un traje de boda.

—Pues sí, tienes razón. Iba a casarme hoy mismo. —Volví a respirar hondo y me pasé la mano por la cara para terminar de limpiarme las lágrimas. Tal como me había imaginado, la palma se llenó de tiznajos negros—. ¡Madre mía! Debo de estar hecha un desastre.

No hizo comentario alguno. Ya se sabe, quien calla, otorga. Vaughan se estiró para alcanzar una toalla y me la pasó. Estaba un poco raída y vieja. Más o menos como la impresión que me dio la casa al verla. Solo la había visto desde fuera, aparte del cuarto de baño, pero los que trabajamos en el negocio inmobiliario tenemos instinto para ese tipo de cosas. Yo diría que no se había hecho un mantenimiento apropiado desde hacía unos cinco años, más o menos. Igual hasta había estado vacía. La maleza impedía que se viera desde fuera, por lo que hasta entonces no había sido capaz de observarla desde la calle.

—Gracias. —Me limpié con la toalla lo mejor que pude. Lo que quedaba de mi vestido era una ruina absoluta, y empapada—. Siento haberme colado en tu casa, Vaughan. Te juro que es la primera vez que hago semejante cosa.

—Sí, ya me lo figuraba —dijo con voz profunda—. ¿De dónde has venido?

—De la casa grande de atrás.

—¿Has saltado la valla? —preguntó alzando la ceja por la sorpresa.

—Sí.

Me pareció ver un nuevo brillo en sus ojos cansados.

—Es muy alta. Ha debido de ser una emergencia de narices, ¿no?

—Más bien un desastre.

Me estudió a fondo durante un momento. Después volvió a suspirar y se puso de pie.

—¿Vas a llamar a la poli para que venga a por mí? —pregunté, con voz ronca por la tensión—. Sé que estás en tu derecho, no te lo discuto. Simplemente me

gustaría saberlo, para prepararme psicológicamente y todo eso...

—No, no voy a llamar a nadie.

—Te lo agradezco mucho. —Noté como todo mi cuerpo se relajaba de puro alivio.

Juntó las manos, sacándome de mi ensimismamiento.

—Bueno, Lydia, voy a explicarte lo que vamos a hacer.

—Tú dirás.

—Esta mañana he llegado bastante tarde, solo he dormido un par de horas y me he pasado conduciendo casi toda la noche. Si no me tomo un café inmediatamente, las cosas se van a poner feas. Y me da toda la impresión de que tú necesitas secarte. —Hablabla tranquilo y con frialdad, e hizo un movimiento con la mano señalando mi ropa—. Vamos a arreglar primero los problemas puramente físicos, los tuyos y los míos. Y después nos sentaremos, uno enfrente del otro, para que me cuentes esa larga historia que mencionaste antes, y también cómo demonios has terminado en mi bañera. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondí. Creo que mi voz sonó hasta alegre.

Me levantó como una pluma, agarrándome con sus fuertes manos por la cintura y sacándome de la bañera como si tal cosa. De inmediato los harapos que llevaba empezaron a soltar agua, prácticamente inundando el suelo de madera, bastante gastada, por cierto. Seguro que eso a Chris no le habría gustado nada. A Chris no le gustaba el desorden. Pero como a Vaughan no pareció importarle, a mí tampoco me importó.

—¿De verdad que no vas a llamar a la policía? —insistí.

—Ya te he dicho que no. Estate quieta un momento —pidió, y con mucho cuidado me retiró de la mejilla una pestaña postiza.

—Gracias.

—Tu vestido está para el arrastre —sentenció, tras mirarme de arriba abajo.

—Lo sé —confirmé tristemente.

—Voy a dejarte para que puedas quitártelo.

—¡Espera! Por favor. No puedo quitármelo yo sola.

Frunció el ceño.

—Ya sabes, es clásico. No tiene cremalleras. Solo una fila de botones en la espalda, y además muy pequeños, como sus ojales.

—Ya, ya, por supuesto. —Sin decir nada más, me dio la vuelta y empezó a trabajar con los dichosos botones. Mientras lo hacía, inopinadamente, empezó a tararear una melodía que me resultó vagamente familiar.

—¿Ya no estás cabreado? —pregunté perpleja.

—No.

—Pero he entrado en tu casa sin invitación. Eso es allanamiento de morada.

—La ventana estaba abierta.

—Pero me colé sin permiso en una casa ajena.

Siguió ocupándose de los botones.

—Te sentaste dentro de la bañera y te pusiste a llorar porque algún cabrón te la jugó, ¿no?

Me dejó de una pieza.

—Bueno, es lo que me imagino, dadas las circunstancias: el vestido destrozado, el llanto, etcétera. ¿Fue él quien te dio ese golpe en la cara?

—No. Nadie me ha pegado. Pero sí, tienes toda la razón al suponer que alguien me la ha jugado. —Intenté mirarlo, pero me resultó imposible ver nada debido al peinado. Era increíble que hubiera sobrevivido a la ducha. La verdad es que la peluquera había hecho muy bien su trabajo.

—¿Estás segura de que no te ha golpeado? —No parecía convencido.

—Sí. Me solté cuando estaba trepando por la ventana y me di un buen golpe contra el suelo. Tengo que mejorar mi técnica de intrusión en las casas, o no haré carrera.

—Pues te sugiero que te busques otro tipo de actividad profesional. —Acabó con los botones, dio un paso atrás y se rascó la cabeza—. ¿Ya te puedes quitar el vestido..., bueno, eso que llevas, tú sola?

—Sí, gracias. —Observé su imagen en el espejo—. Gracias por todo, quiero decir.

—De nada. —Casi sonrió al tiempo que sacudía la cabeza, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba pasando. O quizá se estuviera pensando la posibilidad de empujarme por la ventana, aunque esta vez para echarme.

Solo Dios y yo sabemos las ganas que tenía de ducharme, como si con ello pudiera limpiar la mierda que me había caído encima.

—Te veo dentro de un rato —dijo mientras se dirigía hacia la puerta del cuarto de baño.

CAPÍTULO 3

Debajo del vestido, las cosas no pintaban tan mal. Las enaguas y el corsé estaban bastante secos, o al menos se secarían rápido, pues hacía calor. Tenía los ojos como los de un oso panda, así que me los limpié como pude, y me envolví el pelo en una toalla a modo de turbante. No podía hacer otra cosa, no señor.

Era el momento de salir en busca de la cocina. No me resultó difícil, pues solo tuve que seguir el aromático rastro del café. La forma de la casa era más o menos la de una ele mayúscula. Estaba claro que, en algún momento, se había hecho una remodelación para modernizarla.

Era agradable. Casi podía decir que encantadora.

Desde la cocina, unas puertas francesas se abrían a una especie de porche, en el que había varias macetas con plantas, ya secas hacía bastante tiempo. A la luz dorada del atardecer se veía flotar el polvo en suspensión.

Vaughan me esperaba sentado a la mesa, con una taza de café entre las manos. En la mesa, frente a él, había otra taza llena. Se había puesto unos *jeans* y una camiseta gris bastante arrugada, con una leyenda que no pude descifrar. Su aspecto así, sentado en la silla, seguía siendo magnífico. Muy diferente al de Chris, pero tremendamente atractivo, con un cuerpo largo y proporcionado y el pelo cayéndole sobre los ojos. ¡Qué rabia me da la gente que resulta tan atractiva sin hacer ningún esfuerzo! Seguro que, al verme, tuvo que contener la risa debido al lamentable aspecto que yo tenía.

—¡Hola! —saludé, alzando la mano.

Él miraba al vacío, perdido en sus propios pensamientos, pero cuando lo saludé pestañeó varias veces y me miró despacio. Pese a que lo había visto completamente desnudo, eso de estar plantada delante de él en ropa interior me hizo sentir un poco de vergüenza. ¡Qué boba! Hacía tiempo que se me había pasado la época del rubor adolescente. Y, además, el corsé hacía que la carne que me sobraba, bastante abundante por otra parte, me hiciera parecer una especie de reloj de arena gigante. Estaba claro que Vaughan se daba cuenta de ello. Lo

cierto es mi estado de ánimo no estaba para cuestiones relacionadas con el sexo, ni real ni imaginado. No obstante, el que un hombre atractivo como él apreciara mi, digamos, rotunda femineidad, me hizo sentir bien. Por arriba, por abajo y por en medio, ya sabéis lo que quiero decir.

—He procurado limpiar un poco el cuarto de baño —expliqué mientras me sentaba—. Y he puesto a secar el vestido.

—De acuerdo.

—Gracias por el café.

—Sin problemas —dijo con voz algo ronca—. Espero que te guste solo y sin azúcar. Llevo bastante tiempo fuera de aquí y no he hecho la compra.

—Está bien así. —Bebí un sorbo con cautela. ¡Ah, café! Mi mejor amigo, si dejamos aparte el vodka. Me imaginé que, pese a su confesión de hacía un momento, debía guardar algunos granos en el frigorífico, porque estaba realmente bueno. Si hubiera sido un instantáneo de mierda solo me lo habría tomado por educación. Afortunadamente, no fue así. Los pequeños placeres son muy importantes—. Tiene un sabor magnífico.

Gruñido.

Mientras la cafeína iba invadiendo mi cuerpo, di los primeros pasos para volver a sentirme yo misma. Empezaba a abandonar el personaje de la casi exseñorita Havisham, con su historiado vestido de novia, y recobrar el de una mujer moderna y capaz. Para librarme del todo de la porquería, me erguí en la silla.

—Vaughan, de verdad que siento mucho el haberte metido de cabeza en problemas que solo son míos.

—Ya lo sé. —No me miraba a los ojos. Parecía que mis atributos femeninos ejercían de imán. Puede que estuviera algo desbordado, por el cansancio acumulado y por la sorpresa de encontrarse en pleno ojo del huracán de un drama que acaba de ocurrir justo en la casa vecina y que se encarnaba en mí, nunca mejor dicho lo de encarnarse.

—Debo insistir. Te has portado de maravilla conmigo, de verdad.

Otro gruñido.

Tengo que admitir que la curiosidad respecto a ese hombre empezaba a picarme. Me preguntaba cómo sería una vez que hubiera dormido a pierna suelta y se hubiera librado de una novia a la fuga que se dedicaba a allanar propiedades ajenas. ¿Sonreiría habitualmente o no? No sabría decirlo. Para ser alguien que se ganaba la vida intentando adivinar en pocos minutos la forma de ser de las personas, para así poder venderles la casa más cara posible, en ese momento no

era capaz de interpretar ni la más mínima de la señales que me transmitía.

—¿Ni siquiera te has podido duchar? —pregunté.

—Lo haré después —respondió, encogiendo un solo hombro.

—Te prometo que, en cuanto me acabe el café, te dejaré en paz.

—No hay prisa. —Seguía evitando el contacto visual.

Me removí un poco en el asiento.

La verdad es que me resultaba atractivo así, como estaba en ese momento. Sus labios no eran ni muy carnosos ni muy finos. Del tamaño adecuado. Me habría gustado verlos curvarse y sonreír. Aunque solo fuera para saber que, con mis desgracias, no había echado a perder del todo su día.

—De verdad que esta casa es muy agradable y bonita —dije—. Pero parece que no pasas mucho tiempo aquí.

—No.

—Una pena.

La verdad es que no parecía tener muchas ganas de conversación. Por mí estaba bien. Pero, no sé por qué, me daba la impresión de que no era así del todo. Estaba agotado, eso era seguro, y quizás incluso con *jet lag*. Pero dudaba de que solo se debiera al cansancio.

Incliné la cabeza y lo miré con más intensidad.

—¿Vaughan?

—¿Sí?

—Hace muy buen tiempo, ¿no?

—Sí, magnífico.

—Estupendo, de verdad —confirmé con entusiasmo—. Me encanta esta época del año, cuando ya hace buen tiempo.

Su agraciada cara seguía completamente inexpresiva, y los dedos quietos, sujetando la taza de café medio vacía. De no ser por sus respuestas, cortas y desganas, y el movimiento rítmico de su pecho al respirar, hasta habría dudado de si estaba vivo o le habría dado un patatús que lo hubiera dejado frito. Y, por otra parte, lo cierto es que no me miraba los pelos de loca ni la cara, que probablemente mantenía algún resto del maquillaje profesional. De hecho, me daba toda la impresión de que su mirada ni siquiera había llegado tan arriba en ningún momento.

Parecía que a mi proyecto no consumado de vecino de al lado lo que de verdad le gustaba eran las tetas.

Debo reconocer que mi lencería de novia, de marca Elomi (nada de imitaciones), era magnífica. En su momento estaba convencida de que a Chris le

habría encantado, y que le habría provocado un ataque de lujuria de recién casado. ¡Menudo chiste! Un consolador con cinturón habría sido mucho más adecuado

—Solo quería darte las gracias de nuevo por mostrarte tan comprensivo — dije.

—No es necesario —dijo, dirigiéndose a mis pechos.

—Te has portado muy bien.

—Mmm.

—Seguramente cualquier otra persona no habría reaccionado así.

—Hay mucho imbécil suelto —afirmó, torciendo los labios con una mueca de desaprobación. Noté cómo las tetas agradecían extraordinariamente sus palabras.

Me bebí el café, esperando a que se aburriera de contemplarlas. Pero que si quieres arroz, Catalina. El tic-tac del reloj de pared sonaba con fuerza, o al menos lo parecía, pues era lo único que se oía en la habitación. Aunque yo no podía negar que lo hubiera estado mirando de una manera completamente inocente, bueno, a su... tampoco había clavado la mirada en él de esta manera tan atenta y continuada. Había sido más discreta, la verdad.

—¿Vaughan?

—¿Qué? —Respiró con fuerza y le temblaron las aletas de la nariz.

—Pareces mirar fijamente...

—¿El qué?

—Mis pechos. —Paseé la mano por las zonas mencionadas de mi anatomía, pese a que estaba casi segura de que él sabía perfectamente a lo que me refería y por dónde estaban—. Estos, Vaughan. Los que alimentan a los niños y suelen ser la antesala del pecado. ¡Las tetas, vaya, por usar un término coloquial y en femenino! No dejas de mirármelas.

Por fin alzó los ojos y me miró a la cara, bastante azorado.

—No quería echarte en cara nada, tampoco es tan grave, pero es que ya ha pasado un rato y empezaba a sentirme algo incómoda.

—¡Mierda! —espetó entre dientes como si acabara de caer en ello. Volvió la cabeza para mirar hacia otra parte.

—No me malinterpretes —dijo, a modo de explicación—. Dado que se puede decir que eres el único que me has visto con esta lencería, tengo que reconocer que hasta me gusta un poco que la aprecies. Pero..., sí, estaba empezando a ser demasiado.

—Perdóname, Lydia.

—No pasa nada. —Intenté esbozar una sonrisa. De verdad que lo intenté...

Bajó las pestañas y se concentró en beberse su café.

—No era consciente de lo que estaba haciendo.

—Tranquilo. Te gustan las tetas, me doy cuenta —dije, bajando la mirada para verlas a mi vez—. Y sí, la verdad es que sobresalen bastante con este sujetador y el corsé.

—Sí.

—Y, para ser sinceros, hace un rato yo misma te he observado en toda tu gloria.

Emitió una especie de carcajada ronca. No me hago a la idea de cómo consiguió que resultase agradable, pero así fue. Y entonces, sus labios se curvaron y esbozó una media sonrisa divertida. ¿Os imagináis cómo fue? Pues claro, adorable.

No me interesaba en absoluto lo que estuviera pasando en la casa vecina con Chris y compañía. Si se hubiera formado un puente inclinado entre su jardín y el infierno, no habría ayudado a nadie a sujetarse. Supongo que acababa de adentrarme en la etapa más amarga en lo que se refiere a la superación de mi ruptura sentimental. No me cabía la menor duda de que había superado la etapa de negación.

—Estabas a punto de contarme los detalles del desastre de tu boda —me recordó Vaughan.

—Es verdad. —Crucé los brazos sobre el pecho. Fue un movimiento defensivo, pero se produjo el típico temblor, aunque fuera mínimo. Inmediatamente, la mirada de Vaughan hizo que, de nuevo, me sintiera algo incómoda, y que me removiera en la silla—. No tendrías una camiseta, para prestarme, ¿verdad?

—No.

—¿No?

Se aclaró la garganta.

—Lo siento.

—¿Solo tienes esa camiseta?

—Sí, es que... ya ves, mi equipaje se ha extraviado.

—Creía que me habías dicho que habías estado conduciendo toda la noche.

—Sí, es verdad. He volado y después he venido conduciendo. Decidí venir desde Portland para ver el paisaje.

—¿Por la noche?

—Sí. —Volvió la cabeza y se rascó la rojiza barba incipiente del mentón—. Las estrellas, y todo ese rollo. Ha sido precioso.

¡Vaya! Seguramente no tendría mucho sentido pedirle una toalla o dos. Las únicas que había visto se estaban secando lentamente en el cuarto de baño. Y quitar una sábana de la cama para ponérmela encima a modo de toga quizá fuera ir demasiado lejos. Pues de acuerdo, tendría que afrontar la situación con descaro. Era obvio que mi anfitrión no tenía el menor problema a la hora de dejarlo todo al aire, al menos físicamente hablando, si la ocasión se terciaba. De todos modos, él parecía estar forjado en piedra, y yo era más... dúctil, digamos. A Chris le gustaba decir que yo era su bollito relleno de crema. Lo cierto es que hacía que sonara dulce, pero no dejaba de fastidiarme un poco, incluso antes de saber que no era su postre favorito.

¿Cuántas cosas había dejado pasar, o simplemente no había querido ni sabido ver? Buena pregunta. Sentí una punzada de dolor y me mordí la uña del dedo gordo, mientras me doblaba un poco sobre mí misma. No, ya estaba bien. No iba a permitir que ni él ni su montaje de circo siguieran minando mi autoestima. El vídeo me había abierto los ojos por completo. Ya bastaba de excusas.

—He descubierto que mi novio es gay y que me ha estado utilizando para ocultarlo —expliqué, manteniendo la barbilla bien erguida—. Muy resumidamente, esa es la explicación.

—¡Manda huevos! —exclamó Vaughan abriendo mucho los ojos.

—Yo no lo habría expresado mejor.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me estaba preparando para la ceremonia y alguien tuvo la amabilidad de enviarme un video suyo, en plena faena con otro tío.

—¿Y por eso saliste corriendo?

—Sí, por eso salí como alma que lleva el diablo —confirmé, echándome hacia atrás en la silla—. ¿Por qué? ¿Qué habrías hecho tú?

—Pues eso, irme de allí, aunque fuera al infierno.

—Bien —aprobé, asintiendo con la cabeza y notando que me sentía mucho más relajada, tanto por haberlo contado como por su reacción.

—No me van los tíos. Supongo que si estuviera borracho como una cuba y no me enterara de lo que estaba pasando, a lo mejor hasta alguno podría intentar llevarme al huerto —dijo, lanzándome una mirada que me pareció algo ladina—. Pero seguro que, incluso en esas circunstancias, habría echado el cerrojo.

Me reí con ganas.

Por su parte, la sonrisa llegó despacio, pero, finalmente, allí estaba. Extrañamente, cuando lo vi sonreír mis hombros se relajaron. Todo el polvo y la oscuridad de la casa desaparecieron como por ensalmo. Seguramente lo que

pasaba era que había dejado de sentirme completamente sola, aunque la verdad es que no lo sé. En todo caso, me ayudó.

—Debo reconocer que me resulta difícil imaginarme a nadie tan bien vestido como tú en ropa interior femenina. Por ejemplo, yo estaría hecho un desastre. — Lo dijo como si estuviera reflexionando, al tiempo que pasaba el dedo gordo por el borde de la taza de café.

—¿Ah, sí?

—Claro. Carezco de ciertos atributos que tú sí que tienes.

—¡Vaya, gracias por el cumplido! —dije, arrastrando las palabras y riendo suavemente—. Estoy segura de que tendrías un aspecto magnífico disfrazado de *drag queen*, pero gracias por lo que me has dicho.

—De nada. —Dio un sorbo de café sin dejar de mirarme con esos ojos de intenso color azul. En ningún momento volvió a dirigirlos hacia los atributos que había mencionado. Seguramente se habría distraído observando la colección de heriditas, arañazos y demás consecuencias de la accidentada huida.

Volví a removerme en la silla. Me sentía un tanto confusa y molesta. ¿Qué estaba pasando? Tenía un aspecto horroroso, sin duda. Podría decirse incluso que indescriptible. Solté el aire con fuerza, como si así pudiera librarme de toda la basura que tenía dentro. Todo iba a ir bien, la vida seguiría su curso. Yo misma y la absoluta locura de situación en la que me encontraba habían despertado la comprensión y hasta la simpatía de este hombre. O al menos eso parecía. Y le habían levantado el ánimo, al parecer.

En efecto, estaba cometiendo un error al preocuparme así. Sin duda que había vivido un infierno. Pero las cosas no estaban tan mal, después de todo. Aparte de la ristra de heridas y arañazos que me había hecho y que se curarían, y del dolor muscular que empezaba a atormentarme, la salud no me había abandonado.

—Tienes una sonrisa preciosa —afirmó. Seguía mirándome con fijeza.

¡Demonios, lo había dicho en serio! Bueno, puede que solo tratara de ser amable.

—Gracias.

Asintió, sin más. Después volvió a rascarse la barba del mentón y se le formaron algunas arrugas en la frente.

—¿No sentiste la tentación de mostrarle el vídeo a todo el mundo, quiero decir, a los invitados?

—¿Quieres que te diga la verdad? —Me tomé mi tiempo para sopesar la respuesta—. Pues, si te la digo, no es que sintiera miedo, o vergüenza. Simplemente... no eran mis amigos, ni mi familia. Todos los invitados eran

compañeros de trabajo, conocidos, amigos de su familia. De hecho, no conocía a muchos de ellos. No llevo en la ciudad el tiempo suficiente como para haber hecho amigos propios. He pasado el rato o trabajando o con Chris. Mis padres no han podido venir y la verdad es que he perdido casi del todo el contacto con mis amigas del instituto.

—Tampoco me importa lo más mínimo lo que vayan a pensar de mí todos esos imbéciles. Piensen lo que piensen, de él y de mí, todo esto es culpa suya. Que se las apañe solo. Lo único que quiero es alejarme de él y de su vida, cuanto antes mejor. —Miré por encima de su hombro, perdida en mis pensamientos—. Supongo que me sentía avergonzada. ¿Cómo no iba a estarlo? Ha jugado conmigo desde el principio.

Emitió un sonido gutural.

—Pues eso. ¿He contestado a tu pregunta?

—Así que por eso te escondiste en mi bañera.

—Sí —contesté con una media sonrisa—. Caí en la cuenta de que no tenía dinero ni tarjeta, aunque reconozco que un poco tarde. Así que mantenerme escondida durante un tiempo me pareció una buena idea. Ya sabes, empezar a superar la situación a solas.

—Ya.

—Y ahora que lo menciono, creo que será mejor que vuelva y compruebe los daños —afirmé, y después di un buen trago del reconfortante café—. Así te dejaré en paz y recobraré mi bolso y mi vida.

—No tengas prisa.

—Creo que ya te he robado bastante tiempo con mi drama —dije riendo quedamente. Pero la risa sonó falsa, me di perfecta cuenta. Seguramente tendría que pasar varios días de duelo antes de volver a reírme con ganas, o a contar chistes. Por ahora, las cosas seguían complicadas, al borde del abismo. Seguro que en cualquier momento volvería a estallar en lágrimas. O eso, o me embarcaría en un comportamiento sicótico y vengativo. Sentía demasiadas emociones a flor de piel. Y pensaba que sería incapaz de contenerlas. Cualquier detalle, cualquier tontería, y todo volvería a estallar.

No. De ninguna manera. Me levanté de la silla. Podría con todo esto. Podría, y lo haría.

—Lo digo en serio. —Agitó una mano, indicándome que volviera a sentarme. Entonces se estiró, levantando los brazos por encima de la cabeza y moviendo el cuello para desentumecerlo—. No creo que quieras volver allí, al menos de momento. Si yo estuviera en tu lugar, no lo haría por nada del mundo.

—¿Estás seguro? ¿Y entonces qué hago?

—Sí, estoy seguro —confirmó asintiendo—. Además, el que te quedas aquí me da una excusa de puta madre para enfrentarme a mi propia mierda.

—¿Tú también tienes un drama encima?

—¿Acaso no lo tenemos todos? —dijo, encogiéndose de hombros.

—Supongo que es uno de los efectos secundarios de la respiración humana.
Sonrió.

CAPÍTULO 4

—¿No hubo nada en vuestra vida sexual que te hiciera pensar que era gay? — preguntó Vaughan.

—Eh...

—Si te molesta la pregunta, olvídalo.

—Bueno, sí. No me refiero a la pregunta, que no me molesta. Y quiero decir que sí, que nuestra falta de intimidad debería haber hecho que me lo pensara dos veces. —¡Por Dios, ya lo creo que sí! Eso de no haber follado una sola vez, con lo bien que me lo paso haciéndolo... Sentí vergüenza—. Todavía no me puedo creer que haya estado a puntito de casarme con ese capullo.

—Me imagino que sería un tipo convincente... en los demás aspectos.

—Te puedo asegurar que sí.

—Por lo menos no has seguido adelante con la boda.

—¡Sí! —Solté un sonoro suspiro de alivio—. En cuanto vi... eso, no lo dudé. Asintió.

—No tengo claro si habrá caído en la cuenta ya de que no me voy a casar con él, ni hoy, ni mañana, ni nunca. No voy a malgastar mi vida construyendo con él un hogar fundamentado en la mentira.

—Sí, sería tremendo.

—Ya lo creo. —Puse las manos en el regazo—. Me vi arrastrada por una especie de fe ciega. Me engañó.

No dijo nada. La verdad es que no había nada más que decir.

—Confié en un maldito embustero. Pero bueno, ya pasó. —Meneé la cabeza como si así pudiera alejar de mí la desgracia—. Hay que seguir adelante y todas esas cosas que se suelen decir. Si sigo pensando en ello, puede que al final me hunda. Y para terminar de responder a tu pregunta de forma concreta, Vaughan: no tuvimos una relación sexual de la que merezca la pena hablar.

—¿Cómo dices? —Apoyó los codos en la mesa y se inclinó, acercándose un poco más a mí—. ¿Cuándo fue la última vez que follasteis? Juntos, quiero decir.

Pestañeé varias veces. Nada de «os acostasteis», ni siquiera «hicisteis el amor». Follasteis. A mí me parecía que, para hablar de eso, era mejor ser un poco más delicado con el lenguaje. Pero bueno, igual es porque soy una mojigata... Nunca había pensado que lo fuera, la verdad. Hasta hoy: ahí está la prueba.

—¿Lydia?

—Perdona. Ya estaba otra vez dándole vueltas a la cabeza.

—Pues deja de hacerlo. Eso no te va a ayudar en nada.

—Ya lo sé. Pero es difícil de evitar. Al menos hoy.

—Mmm.

Llevaba los brazos llenos de tatuajes, hasta las muñecas. En su mayoría grises y negros, aunque con algún rasgo de color asomando aquí y allá. Una guitarra eléctrica, decorada con una calavera. Un pájaro azul zambulléndose en el agua y rodeado de llamas. Ese trabajo era realmente bonito. Quienquiera que fuese el artista, era bueno de verdad.

Se echó hacia atrás el cabello pelirrojo, dejando claro que aún esperaba mi respuesta.

—Bueno, estábamos esperando para tener relaciones sexuales. Su familia es muy tradicional y religiosa. —Me retorcí las manos—. Les dan mucha importancia a las apariencias y todo eso. Sí...

Se le formaron unas pequeñas arrugas entre las cejas.

—Pero en todo momento me dijo que me quería. Y me llamaba varias veces al día para preguntarme qué tal estaba, si necesitaba algo, y todo eso. —Noté en mi propia voz un pequeño atisbo de desesperación—. Me respetaba. Sin lugar a dudas, es la persona más adulta y centrada con la que me he relacionado hasta ahora. Los dos deseábamos lo mismo, un futuro económicamente estable y una familia. Concretamente, dos niños. Los dos teníamos ganas de establecernos de una vez. Casarme con él tenía toda la lógica del mundo.

—Suenas fantástico, la verdad —dijo, pero con cara absolutamente inexpresiva.

—Eso me pareció.

Se inclinó hacia delante todavía más.

—A ver si me he enterado bien. Habéis estado juntos durante meses antes de la boda.

—Sí.

—Y nunca os habéis metido juntos en la cama.

Apreté los labios y me reajusté la toalla que me cubría el pelo como un

turbante. Ya sabéis, para ganar tiempo. Tenía que haberme quedado bien calladita, dejando que se solazara mirándome las tetas. Eso habría sido muchísimo mejor que mantener esta charla tan humillante, y especialmente con él. Este tipo tenía toda la pinta de ser una especie de deidad sexual del estado de Idaho. Si es que existía algo semejante, y en ese momento tenía la impresión de que sí, y de que sin duda era él.

—¿Lydia?

No sé si gemí o gruñí. Pero fue o una cosa o la otra, de eso no estoy segura. Me sentía muy trastornada emocionalmente.

—Pues sí, hubo algún intercambio encima del colchón. Abrazos y eso, pero nunca llegamos más lejos. Aunque en cierto modo sí.

—¿En cierto modo? —Alzó las cejas. Esto iba de mal en peor.

—Eso he dicho.

—Mira chica, si no estás segura acerca de si habéis tenido o no relaciones sexuales, es que no las habéis tenido. ¡Vamos a ser más directos a partir de ahora!, ¿te parece?

—Sí, me parece. —Seguro que mi sonrisa se quedó en una mueca horrible.

—Para empezar: estabais saliendo y no quería acostarse contigo.

—Eh... pues...

—¿Tiene polla?

—Sí, Vaughan, sí que la tiene.

—¿Estás segura?

Miré hacia el cielo, pero no me llegó ninguna ayuda.

—Es muy amable de tu parte el que me preguntes eso.

Se rio y me miró los pechos durante un milisegundo.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo único que quiero es cerciorarme.

—Hay gente que prefiere abstenerse del sexo antes del matrimonio.

—Tú no, me parece.

Tenía toda la razón. Pero no iba a reconocerlo, ni muerta.

—Tú no —insistió.

—Yo confiaba en él. —Mi orgullo estaba muy, pero que muy súper disminuido. Me pareció notar como salía de mi cuerpo y caía al suelo, completamente sin vida—. Voy a decirte una cosa: creía que hablar de esto me serviría de algo, que me ayudaría, pero no es así. ¿Te importa que lo dejemos?

—Sí que me importa. Quiero entenderlo.

—¡Dios, qué tozudo! —Esta vez lo que solté sí que fue un gemido de desesperación y pena por mí misma—. Ni siquiera estoy segura de si puedo

explicarlo mejor. Y tú lo que quieres es burlarte de ello, no entenderlo.

—Eso no es verdad. Te juro que intento entenderlo.

Alcé las cejas y lo miré sorprendida.

—¡En serio! Tenías que sospechar que había algo raro.

—O también puede que fuera un actor consumado y yo una de esas mujeres solitarias y tristes que resultan fáciles de engañar. —Esa era la verdad, por horrible que sonara. Se me revolvió el estómago y me entraron ganas de vomitar.

—Pero...

—Ya basta, por favor. —No podía más, por el amor de Dios. Bajé la cabeza despacio y apoyé la cara entre las manos—. ¿Puedo convencerte de que presentes una denuncia? Puede que, después de todo, me venga bien ir a la cárcel una temporadita. Puede que lo que necesite sea una celda tranquila y pequeña en la que descansar.

—No vas a ir a la cárcel, joder.

Tenía que intentarlo.

—Oye, siento que esto te haya fastidiado tanto, pero tienes que librarte de toda la mierda que llevas dentro.

Me dio un golpecito en la cabeza y el nudo del turbante se desató. Me cayeron sobre la cara un montón de mechones rubios. Alcé la cabeza de nuevo e intenté arreglar el desaguisado.

—Perdóname —insistió él, arrojando la toalla hacia la encimera de la cocina—. Solo intentaba reconfortarte.

—Gracias.

Se produjo una pausa.

—Ningún tipo como es debido te dejaría ir —dijo con tranquilidad—. Al menos así lo veo yo.

—No a todos les gustan tanto las tetas.

—Pues deberían gustarles —gruñó—. Son lo mejor.

Yo gruñí a mi vez, y no pude evitar reírme, bien a mi pesar.

De nuevo se produjo un silencio. Cada uno de nosotros se quedó perdido en sus propios pensamientos.

—Estoy de tu lado, Lydia.

—Te lo agradezco —dije sinceramente—. Y debo decirte que sé lo que es el sexo, Vaughan, ¿de acuerdo? Entraron en juego las manos, pero ninguno de los dos llegó a nada. Paramos. Bueno, él fue quien paró. Hubo una llamada de negocios importante, o algo así. Así que hubo algo de sexo «en cierto modo», ¿de acuerdo?

Desde el otro lado de la mesa se produjo un silencio sepulcral.

—¿Qué pasa?

—Todavía no te estoy tomando el pelo, ¿de acuerdo? —dijo levantando un dedo en señal de advertencia.

—Muy bien.

—Pero si un tipo interrumpe juegos eróticos con una mujer que se supone que le gusta por una puta llamada telefónica, mi conclusión es que se trata de un capullo sin la más mínima consideración, y que no deberías ni haberte planteado siquiera la idea de abrir las piernas para él.

—Ya me he dado cuenta.

—Hablo en serio, Lydia.

Durante un momento miré hacia abajo, procurando recomponerme.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Media hora, o una?

—Bueno —dijo, y se volvió en la silla para echarle una mirada al reloj de la cocina—. Sí, más o menos eso.

—¿Y no crees que la mayoría de la gente tarda un poco más en hablar de cuáles son las reglas de comportamiento en lo que se refiere a juegos eróticos? ¿O sobre para quién debe o no abrirse de piernas una chica? Y esas cosas, vaya...

—¿De verdad?

—Sí, claro.

—Bueno, joder. —Se echó hacia atrás y me miró sonriendo, lo cual me dejó algo aturdida. El brillo de los dientes, muy blancos, la curva de los labios, el destello de diversión en los ojos... Tamborileó los dedos sobre la mesa y vi como se movían los tendones del brazo, provocando a su vez una especie de olas en los elaborados dibujos de los tatuajes.

No pude evitar sentir curiosidad acerca de la naturaleza de su propio drama.

—No todo el mundo se mete en mi bañera vestida de boda. Pero, vamos a ver, muñeca. ¿Te ha sentado bien? ¿He seguido adecuadamente las reglas de comportamiento para un caso como ese? ¿He hecho lo que suele hacer la mayoría de la gente?

—No me llamo muñeca.

Esbozó una sonrisa paciente.

—¿Te ha sentado bien, Lydia?

—¿No es evidente?

—¿Por qué no tenías ningún sitio en el que refugiarte después de lo que averiguaste? ¿Por qué no ha ido nadie a recogerte?

—Mis padres me llamaron a última hora para decirme que no podían venir a la boda. Un asunto de negocios, o algo así. Sonaban bastante apenados y, en fin... a veces pasan esas cosas, ¿de acuerdo? No hay ningún problema entre nosotros, simplemente es que son la clase de personas que solo viven para el trabajo. Me sobran dedos en la mano para contar cuántos cumpleaños, días de Acción de Gracias o navidades hemos celebrado en la fecha que correspondía de verdad. —Me retoqué el pelo y me pasé después la mano por la cara por si se me escapaba una lagrimita—. Por eso no tenía con quien marcharme.

No respondió nada. No obstante, me pareció notar un trazo de tristeza, y también de comprensión, en su mirada. Chris también tenía los ojos azules, pero de un color distinto a los de Vaughan. Más oscuros. Y con algunos destellos de color avellana procedentes de lo más profundo del iris. Los ojos de Chris no me habían parecido nunca demasiado expresivos, al contrario que los de Vaughan. Ahora supuse que era debido a todos los secretos y mentiras que se guardaba. Los ojos son una especie de ventanas del alma. O no. Lo cierto es que no puedes adivinar lo que esconde una persona dentro de sí con solo mirarla a los ojos.

—Si quieres que sea totalmente sincera contigo, Vaughan, tengo que decirte que creo que, en estos momentos, mi vida se ha convertido en una auténtica mierda.

Me miró con los ojos muy abiertos, nada más.

—Además de que Chris ha logrado que me comporte como una auténtica estúpida y, para quien no conozca el fondo del asunto, como una lunática, da la casualidad de que estaba trabajando con él, así que doy por hecho que he perdido mi trabajo. También dejé mi apartamento para mudarme a la gran mansión de aquí al lado, por lo que no tengo ni la menor idea de dónde voy a dormir esta noche. —Cruce los brazos sobre el pecho, cubriéndolo lo mejor que pude. En estos momentos no me apetecía exponer mi físico, y menos a un perfecto extraño. Ya valía con abrirle mi alma, al menos en sus aspectos más inmediatos.

Bueno, daba igual. La situación era la que era e, independientemente de lo cabreada que estuviera con Chris, también yo tenía una buena parte de culpa en todo lo que me estaba pasando. Había elegido mal, lo mirara por donde lo mirase.

—De todas formas, no solo es culpa de Chris. Creo que se puede decir que, en lo que se refiere a las relaciones sentimentales, soy un desastre total, y no exagero. Cuando era pequeña no parábamos en ningún sitio más de un año, y después de dos o tres mudanzas decidí no tomarme ni siquiera la molestia de hacer amigos nuevos, ¿sabes? Resultaba más sencillo.

Siguió mirándome sin decir palabra.

—Hasta en la universidad me mantuve dentro de la concha, por así decirlo. Me dediqué a estudiar y a trabajar de camarera, sin más. Porque trabajar ayuda, por lo menos a mí. El chico con el que salía tampoco tenía mucha vida social. Ninguno de los dos éramos jaraneros, y no nos gustaba demasiado ir a fiestas. —Solté el aire por la nariz con un ligero estremecimiento—. Después de acabar la carrera, esa relación terminó de muerte casi natural.

—¿Sí?

—Él tenía la ilusión de trabajar fuera de los Estados Unidos y yo lo único que quería era establecerme en un sitio agradable. Lo intenté varias veces y en distintos lugares. Coeur d'Alene ha sido el primero que me ha gustado de verdad. He hecho algunos amigos fuera del trabajo y me he relacionado con los vecinos. —Me volví para dejar de mirarlo, pues no quería ver la cara que ponía—. Es lo normal, ¿no crees?

—Bueno, en cierto modo sí que lo es, aunque no para todo el mundo.

—Ya... —¡Caramba! eso de escucharme a mí misma intentando aparentar que mi vida había sido normal y casi placentera me hizo desear arrojarme al vacío por el acantilado que tuviera más a mano. O, alternativamente, pasarme un día entero en un balneario. Con toda probabilidad, cualquiera de las dos cosas me sentaría bien—. Dado mi historial, es increíble que yo llegara a pensar que mi relación con Chris tenía algún futuro. Sin embargo, él lo tuvo claro desde el primer momento: era la víctima perfecta para su engaño. La palabra que me define mejor es «imbécil» —concluí, forzando una sonrisa.

—No digas eso —me reprendió—. Puede que te comportaras de forma un poco ingenua e inexperta. Pero no eres una imbécil.

—Gracias. Bueno, tienes razón. Dejémonos de explicaciones lacrimógenas, así que... —Alcé los hombros y lo miré directamente a los ojos—. Tengo la impresión de que lo tuyo no es seguir las reglas habituales de la urbanidad y esas cosas. ¿Cómo te va a ti en la vida?

Torció ligeramente la comisura de los labios.

—¿Con sinceridad?

—Con sinceridad.

—Pues fatal, o como la mierda, por decirlo de otra manera. —Tras admitirlo, se puso las manos detrás del cuello.

—¿De verdad? ¿Tan mal?

—Destrozado, sin trabajo y, muy posiblemente, a punto de perder esta casa.

—¡Caray! —Me removí en la silla—. ¡Menuda pareja que formamos!

—Sí, menuda pareja. —Su sonrisa de desconsuelo se amplió—. Ni dinero, ni esperanza, ni nada de nada.

—Eso es, en resumen.

Echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. En esa postura, los potentes músculos de su cuello quedaban perfectamente delineados. No pude observar del todo el tatuaje que asomaba por encima del borde de su camiseta. Eran palabras, pero no sé cuáles. Bajó la cabeza como para mirarme entre las pestañas entrecerradas.

—¿Había al menos algún trago que tomar en esa fiesta tuya del otro lado de la valla?

—A montones. Y de calidad, eso además. Mucha cerveza europea.

—Estupendo. Pues vamos a robar un poco.

Asentí inmediatamente. Las ideas de locos merecen todo el apoyo del mundo.

—Me parece muy bien. Al fin y al cabo, era mi boda, así que no vamos a robar nada. No obstante, vas a tener que ayudarme a volver a saltar la valla. Me da la impresión de que la primera vez me he contracturado todos los músculos, al menos de cintura para abajo.

—Claro que te ayudaré.

—Pues entonces vamos —dije—. Mañana será otro día, y ya veremos qué hacemos con nuestras respectivas vidas. Esta noche nos dedicaremos a brindar por nosotros y a ahogar las penas en alcohol.

Nos sonreímos mutuamente, en señal de camaradería.

—¿Hasta qué punto estás decidido a hacer esta barbaridad? —pregunté, con más curiosidad que miedo. O eso creía.

—Alguna vez vas a tener que volver ahí —dijo, encogiéndose de hombros—. Así por lo menos el viaje habrá merecido la pena.

—Eso espero. —Arrugué la frente—. Un poco de alcohol desde luego que nos sentaría bien.

—Te garantizo que necesito una copa para hacerme a la idea de que estoy aquí otra vez. —Negó con la cabeza lentamente—. Mi vida está jodida, chica, y no puedes ni imaginarte hasta qué punto.

Me reí, pero no a propósito. Ni sus desgracias ni las mías merecían siquiera una sonrisa. Dios sabe que no tenía ningunas ganas de reírme, pero lo hice, no sé por qué. Vaughan primero frunció el ceño, después sonrió ligeramente y después se echó a reír también. Primero un poco, y después a carcajadas. Muy pronto el ruido inundó por completo la casa, hasta entonces silenciosa como un sepulcro. Rio hasta que los hombros le empezaron a temblar, de modo que el pelo pelirrojo

oscuro le inundó la cara, haciendo más umbría la palidez de sus mejillas. Para no ser menos, empecé a botar sobre el trasero, hasta que empezaron a brotar las lágrimas.

Las cosas no podía decirse que estuvieran como para tirar cohetes pero, de todas formas, la situación en su conjunto y en ese momento sí que era graciosa. Nosotros, nuestras vidas, éramos un chiste. Malo, pero un chiste, al fin y al cabo.

Creo que algunas veces la mejor respuesta a una situación que parece no tener salida es reírse. Así que eso fue lo que hicimos. Y lo cierto es que, por extraño que parezca, nos ayudó. A ambos.

Allí, sentada en la cocina de un completo extraño, habiéndolo confesado todo sobre mi vida, pensé que jamás habría podido siquiera imaginar que esa iba a ser la forma en que se desarrollara el día de mi boda. Pero aquí estábamos. Lo injusto era que yo había aireado mis secretos más oscuros y mis dudas más profundas, mientras que el hombre que tenía enfrente seguía siendo un misterio absoluto para mí.

En ese preciso momento se echó hacia atrás la melena, utilizando esos dedos tan largos que tenía y mirándome fijamente. Aún seguía sonriendo un poco. Era una sonrisa cálida. ¿Y también insinuante?

No sabría decirlo.

Pero lo cierto es que empezó a atraerme. No dejó de mirarme, siempre con esa sonrisa amigable, tranquilizadora y extraordinariamente sexi. Absolutamente maravillosa. No importaba si este chico se dedicaba a pelar patatas en un Burger o a sacar la basura. Si se mira en un diccionario ilustrado la palabra «sexí», podéis apostar lo que sea a que allí aparecerá una foto de Vaughan, mirándote a los ojos desde la página.

Cuando salíamos, Chris siempre me tomaba de la mano o me llevaba por la cintura. Yo interpretaba eso como una señal de que se sentía orgulloso de que le vieran conmigo, y también de que le gustaba mi cuerpo, aunque me habría gustado que lo trabajara un poco. Pero no era eso; por el contrario, lo que buscaba era no dejar ni el más mínimo resquicio de duda acerca de cuáles eran sus preferencias en materia sexual, de su virilidad. Yo era su compañera... y su coraza.

A Vaughan le gustaban mis pechos, eso lo tenía claro, pero no disponía de la menor pista acerca de si también le gustaban otros aspectos, como por ejemplo mi forma de ser.

Las capitalistas de manual, como yo misma, no creo que fuéramos su tipo. Llevaba ropa muy informal, unos *jeans* muy gastados y una camiseta

descolorida. No vi que llevara anillos, ni pendientes, ni ningún otro tipo de joya. Solo los tatuajes; eso sí, muchos. No tenía un cuerpo muy voluminoso, pero sí atlético. Fuerte y en forma, a juzgar por la facilidad con la que me había sacado de la bañera a fuerza de brazos y sin siquiera doblar la espalda. Más o menos de mi edad, quizá un poco mayor.

Y por lo que respecta a la casa, seguro que a alguien le había gustado mucho en su momento. Había polvo, pero no suciedad, no sé si me entendéis. No pude ver fotografías, ni recuerdos personales. Nada, excepto el puro mobiliario, alguna pieza bonita de los cincuenta y lo demás de madera de pino barata. La pintura del techo tenía algunos desconchones, pero la de las paredes, de color crema, parecía casi recién aplicada. Sin marcas. Como si el sitio estuviera en espera, ¿pero de qué?

Sentía una enorme curiosidad acerca de él. Me habría gustado introducirme en su mente, leer sus pensamientos, acariciar su atractivo cuerpo. Ese tipo de cosas.

Además, seguía mirándome de esa manera.

—Por lo menos acabas de hacer un amigo —dijo.

—Ya. —Me retorcí en la silla—. Supongo que sí, pero habrá que comprobarlo.

A propósito o no, el tipo tenía mi cuerpo en la palma de la mano. Los pulmones bombeaban más deprisa de lo habitual, y de hecho ganaban velocidad con cada inhalación. Me pareció que hasta la sangre fluía más deprisa en mis venas. Y por lo que respecta al sexo... que Dios se apiadara de él. Todo lo que había entre mis piernas se había puesto en alerta máxima, imaginando por su propia cuenta todo lo bueno que mi reciente amigo Vaughan podría proporcionar. Mi vagina estaba rugiendo, preparada para entrar en acción. De haber conocido la situación de mis órganos sexuales, seguro que el tipo hasta se habría asustado. No tenía la menor idea acerca del monstruo ávido de sexo al que se estaba enfrentando. Sin control. Nada. Cero.

Sexo sin compromiso entre nuevos amigos. Era lo que necesitaba. Ahora, ya. Sin esperar. Yo estaba aquí. Él estaba aquí. ¡A por ello!

Justo antes de que me lanzara hacia él, me miró con cara de perplejidad.

—Un momento. ¿Me has dicho que tu novio se llama Chris?

—¿Cómo dices? —Pestañeeé repetidamente.

—El nombre de tu novio. Se llama Chris, ¿verdad?

—Esto... sí. —Agua fría. Necesita verter agua helada en alguna parte de mi cuerpo para apagar el deseo—. Chris Delaney.

—¿Delaney? —Se golpeó el muslo y movió la cabeza de lado a lado, con gesto de incredulidad—. Sí claro. Es marica, y además todo el mundo lo sabe.

—¿Cómo dices? —siseé.

El tipo se encogió de hombros con hiriente indiferencia.

—Sí. Ese tipo ya salía con el capitán del equipo de fútbol americano cuando iba a secundaria. No me acuerdo de cómo se llamaba. Intentaban ser discretos, pero lo sabía todo el mundo.

—Lo sabía todo el mundo. —Se me cayó el alma a los pies y me quedé con la boca abierta, mucho rato. Muchísimo rato—. Todo el mundo.

—Pues sí, probablemente. Yo diría que sí. Ya sabes una familia como esa en una pequeña ciudad como esta. ¡Bingo!

Intenté hablar, pero no fui capaz de pronunciar palabra. Estaba anonadada, me daban ganas de darme de cabezazos contra una pared. Y también de hacer alguna barbaridad. Por ejemplo, saltar la valla, con o sin ayuda, y prenderle fuego a la casa. Librarme de esta mierda. Por completo.

—Bueno, venga —dijo—. Igual deberías respirar hondo.

Asentí con la cabeza y empecé a hiperventilar, bastante despacio. Como dicen que ocurre cuando mueres y eres consciente de ello, los últimos cuatro meses pasaron por mi cerebro en un instante, con toda claridad y precisión. Estúpida, chica estúpida. Hijo de puta tortuoso e intrigante.

—Vamos, Lydia.

Lo sabía todo el mundo. Me agarré con fuerza al borde de la silla, casi clavando las uñas en la madera. Parecía como si todo este tiempo hubiera estado en una montaña rusa y ahora llegara a la caída final. Empecé a ver manchitas blancas.

—¿Lydia? Vamos. Respira.

—Odio esta ciudad —acerté a balbucear primero, porque no iba a permitir que nadie me diera órdenes así como así. Aunque el consejo fuera lógico y bienintencionado, estaba hasta las narices de que dirigieran mi vida. De que la manipularan. Los pulmones empezaron a trabajar, aspirando aire a toda pastilla—. ¡Ese mierda de manipulador asqueroso!

—Sí, lo has definido muy bien.

—Quiero hacerle daño. Mucho.

—Es comprensible. —Me di cuenta de que la lengua de Vaughan se movía dentro de la boca, como si estuviera reflexionando intensamente—. Te ha dado muchas razones para ello. Dime, ¿sus padres siguen intentando convertirse en los Kennedy de Coeur d'Alene?

—Los has descrito a la perfección.

—¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad?

—Cuatro meses. Ha sido un romance rápido. —Pestañee al tiempo que los ojos se me volvían a llenar de lágrimas. Se acabó. No volvería a relacionarme con ningún hombre, joder—. Supongo que al final lo habría averiguado todo, pero no tenía ningún indicio. Nadie me dijo nada.

—Ya, claro... Probablemente no lo han hecho porque eres nueva en la ciudad. Una extraña. En el fondo, en este lugar sigue siendo un pueblo.

—Sí, desde luego.

—Bueno —dijo con un suspiro—. ¿Se te pasa? ¿Vas a saltar la valla?

—Sí, voy para allá. —Todo el mundo lo sabía. ¡Qué humillación! Miré hacia arriba absolutamente furiosa, y me imaginé troceando sin piedad el pene de Chris con un cuchillo bien afilado, haciéndole sangrar como a un cochino en la matanza. Las tendencias violentas no eran muy naturales en mí. Pero, en este caso, Chris me había conducido al borde del abismo, y me había empujado. A falta de cuchillo, las tijeras de podar podrían servir, o un hacha para cortar leña. Sí, las hachas eran estupendas, lo sabía por las películas. Además, el ejercicio me serviría para mejorar la forma física, lo que al parecer era una de las prioridades de Chris. ¡Vivan los efectos secundarios positivos! Seguro que dejaba el jardín hecho un desastre, pero me daba igual. La prioridad era destrozarle la polla.

—¿Muñeca?

—¡No me llamo así! —dije, poniendo voz de cabreo.

—Da igual. Estás poniendo cara de asesina. ¿Va todo bien?

—Sí, muy bien. Estoy intentando dilucidar cuál sería la mejor manera de despojar a ese capullo de su masculinidad.

Vaughan se estremeció.

—¿Te parece que no tengo derecho?

—Sí, claro que lo tienes —concedió, y apoyó las manos sobre la mesa—. Ese hijo de puta te estaba engañando desde el primer momento. Pero antes de que empieces a lavar las calles con su sangre, intenta considerarlo desde su punto de vista.

—¿Intentas defenderlo? ¿En serio? —. Estaba absolutamente perpleja.

—¡Joder, no, de ninguna manera! Pero ¿cómo crees que se tomarán esos imbéciles que forman su familia y su grupo de amigos el que lo dejes plantado, eh?

Pensé durante un momento. Solo un momento.

—Lo cierto es que siempre han pensado que yo no era lo suficientemente buena para él. El hecho de que lo rechace tan abiertamente y en público... Sí, sería una tremenda humillación para él.

—Sí. —Su malvada sonrisa me pareció gloriosa. Nada que envidiarle al brillo del sol.

—Hablarán de ello durante muchísimos años.

—Durante toda la vida. En sitios como este, semejantes escándalos quedan marcados a fuego.

—Además, me he dejado el teléfono. A no ser que lo haya encontrado él antes, van a contemplarlo en plena faena con Paul. —Seguro que mi sonrisa ahora era lobuna—. Todo el mundo sabrá por qué lo ha hecho.

—¡Claro, Paul! —exclamó Vaughan chasqueando los dedos—. ¡El amigo futbolista se llamaba así!

—¿Qué amigo?

—Sí, mujer, ya sabes, el capitán del equipo del instituto. Tiene su gracia que hayan estado liados durante todo este tiempo.

—¡Sí! ¡Qué fidelidad! —dije con ironía mientras me levantaba para salir de la cocina. Estaba demasiado furiosa como para seguir sentada. Me inundaba una energía desenfrenada—. ¡Qué bonito! Amor perdurable.

—Perdóname —dijo, incapaz de contener la sonrisa ni de esconderla detrás de la mano.

—¿Quién enviaría el video?

—¿El número de teléfono estaba oculto?

—Sí.

—Si Chris sigue siendo tan cabrón como en el instituto, no creo que le falten enemigos. —Entrecerró los ojos para mirarme con fijeza—. Tu pareces una buena chica. ¿Porqué querías casarte con ese tipo? ¿Por el dinero?

—No —Se me erizó el vello y me puse rígida—. Ya te lo he dicho. Se portó muy bien conmigo.

—Entiendo. Te llamaba a todas horas, y esas cosas.

—Y me agasajaba. Prácticamente todas las noches íbamos a cenar fuera, me llevaba a espectáculos, etc. La verdad es que nos divertíamos.

—Siempre a sitios públicos donde os viera mucha gente, claro.

—Sí. —Me temblaron los labios de pura rabia—. Así al verle con una chica, no podrían pensar que era homosexual. Ya sé, lo entiendo, todo era un montaje. Y, de todas maneras, ¿cuál es el maldito problema de ser gay?

Se echó un poco hacia atrás, como si yo fuera peligrosa. Un tipo listo.

—¿Y bien? —insistí.

—Para mí no supone ningún problema el que alguien lo sea. Simplemente yo no lo soy, en cualquier caso.

En ese momento sonó una llamada en la puerta de la cocina, que se abrió de inmediato sin que nadie diera el visto bueno. Era un hombre vestido con esmoquin negro brillante. Me invadió una furia inenarrable y me lancé hacia él.

—¡¡Te voy a matar, hijo de puta!!

CAPÍTULO 5

—¡Tú! —rugí, cargando contra él.

La atractiva cara de Chris se endureció de inmediato.

Una mano fuerte y poderosa me sujetó por la cintura y me levantó en volandas. Sentí como me apretaba contra un cuerpo duro como una roca y, por segunda vez en el día, sentí que mis pies no eran capaces de tocar el suelo.

—¡Me has estado mintiendo, hijo de puta! ¡Durante todo el tiempo! —Me debatí intentando soltarme de la sujeción de Vaughan, y pateándole las piernas. Él se limitó a gruñir y continuó agarrándome por la cintura. ¡Era fuerte, el condenado! No tenía nada que hacer. Pero ¿iba a permitir que esto me detuviera? ¡No, demonios, no! Hacía tiempo que la razón y la lógica me habían abandonado —. ¡Te gustan las pollas, no los coños! ¡Me has utilizado!

—No sé de lo que hablas, no tengo ni la menor idea —dijo Chris con desdén —. Contrólate, Lydia.

—¡Te voy a matar!

—Cálmate, muñeca —me susurró Vaughan al oído.

—¡Suéltame!

—No creo que sea una buena idea. No te apetece nada ir a la cárcel. Me lo has dicho. ¿No te acuerdas?

—Quiero matarle. ¡Varias veces! —berreé.

—No, de ninguna forma. Eres una buena chica. Sigues las reglas. Cumples la ley.

—¡A la mierda! ¡Quiero bailar sobre su tumba!

—¿Estás borracha? —Con movimientos rápidos, Chris se quitó la pajarita de seda. Posó la vista en mí, sin mostrarse impresionado en absoluto—. Has bebido, y mucho, ¿verdad? ¡Vaya pinta más ridícula tienes, por Dios! ¿Qué demonios pasa contigo, Lydia? Te hemos estado buscando por todas partes. ¿Tienes idea de cuánta gente hay en casa, esperando?

—Pues van a tener que esperar un montón de tiempo. Os vi juntos, a Paul y a

ti.

Noté un destello de pánico en sus ojos, pero lo disimuló rápidamente alzando la barbilla con gesto altanero.

—¿Ah, sí? Ya te dije que ayer por la noche nos tomamos unas copas juntos. Eso difícilmente puede justificar la que has armado hoy, huyendo de esta manera.

—Os lo estuvisteis montando juntos.

Su rostro se volvió absolutamente inexpresivo.

—No sabes de lo que hablas.

—¡Claro que sí! Estabais haciendo el amor.

—¡Basta ya!

—Follando.

Apretó los puños. Desde que lo conocía, nunca le había visto hacer eso.

—¡Cierra la boca, Lydia!

—No le hables de esa manera —intervino Vaughan en voz baja pero amenazadora. En cualquier caso, continuaba sujetándome.

Desde la puerta principal llegó el ruido de un fuerte golpe. Lo siguiente que pude ver fue el pelo rubio platino de ese esperpento de madre que tenía Chris, avanzando como si fuera un marine y con cara de furia incontenible. Un paso por detrás de ella iba el padre, con una cara de rabia bastante parecida. ¡Increíble! Ahora sí que iba a empezar la fiesta...

—¡Manda huevos! —Vaughan me levantó un poco más, sujetándome todavía más fuerte—. ¿En esta ciudad ya nadie respeta los derechos de propiedad, o qué?

—Igual deberías cerrar las puertas con cerrojo —susurré. Decidí dejar de pelear por soltarme. No había manera. Al menos de momento.

—Y las ventanas. Me habría ahorrado todo este circo —murmuró entre dientes.

—Samantha, Ray —saludé, procurando erguirme, tanto como me lo permitía la sujeción de Vaughan. La mirada láser de la mujer me traspasó, sin ni siquiera preocuparse por el dueño de la casa. Inmediatamente después me puso delante de las narices el teléfono móvil. Los ya demasiado familiares jadeos pornográficos de Chris y de Paul resonaron en la cocina.

—Este teléfono es tuyo —siseó—. ¿Qué demonios es esto?

—¿No está claro? Me parece que se trata de tu hijo y de su mejor amigo, en plena faena.

Sonó un ruido ahogado que, por supuesto, procedía de la garganta de Chris. Lo cierto es que aplacó un poco la furia que sentía.

—Imposible. —La arpía echó una mirada circular a toda la casa, con el marido pegado a sus talones. La verdad es que resultaba casi impresionante cómo conseguía mirarlo todo por encima del hombro, con una mueca de desprecio. Pensé que tenía que estarle doliendo la cabeza de forma constante. Al cabo de un momento apareció Paul, merodeando por detrás de ellos, y me dio la impresión de que preparado para salir pitando en cuanto las cosas se pusieran feas. No me cabía ninguna duda de que lo haría, el muy baboso. Si no hubiera sido por los grilletos de Vaughan, también me habría lanzado a por él.

Me hervía la sangre.

—No, no es imposible, ni mucho menos. Como habrás podido ver en el vídeo del teléfono, cuando dos hombres se quieren de verdad, con solo utilizar un poco de lubri...

—¡Mentiras! —Los artificialmente blanqueados dientes de la mujer brillaron en todo su furioso esplendor—. ¿Cómo te atreves?

—¿Yo? ¿Que cómo me atrevo yo? Es tu hijo el que ha estado mintiéndome a mí, no yo a él. Además, teniendo en cuenta que al parecer media ciudad sabía que estaba en la otra acera, y puede que me quede corta con lo de media, me cuesta creer que tú no estuvieras al tanto también.

—¡Solo son rumores malintencionados! —Me señaló con una garra pintada color rojo sangre—. En cierto modo esto es cosa tuya.

—¿Cosa mía? —repliqué con tono de burla—. Ya, a ver si lo deduzco... me compré un consolador de correa, me vestí como Paul y me las apañé para convencer a Chris de que lo grabáramos todo. ¿Es eso lo que quieres decir?

Vaughan ahogó una carcajada, lo que, como efecto colateral, sirvió para que la sujeción se aflojara, aunque solo un poco.

—Muy bien, tienes razón Samantha. Todo es culpa mía, como resulta evidente por el vídeo. —¡Dios nos libre de la estupidez de una mujer como ella!

—¡Si te hubieras esforzado en resultarle atractiva! —espetó—. ¡Podías haber utilizado tu gordo culo para algo más que para sentarte! ¡Si lo hubieras hecho no habría pasado nada de esto!

Boqueé al tiempo que Vaughan volvía a apretarme con fuerza. Lo vi todo de color rojo. Estaba tan cabreada que pensé que nunca me recobraría por completo.

—¿De verdad? Acércate y repítame eso a la cara.

La muy bruja apretó los labios y avanzó hacia mí, aceptando la invitación. Ya se sabe, la prioridad siempre es el hijito querido. Al mismo tiempo, Chris le arrancó a su madre el teléfono de las manos; era la primera vez que lo veía a punto de perder el control. Con la cara completamente roja y los ojos brillantes,

lo arrojó al suelo y lo pisoteó. Una vez. Otra más. Y una tercera. La pantalla se hizo añicos, y el teléfono quedó absolutamente inutilizado, de forma que el video de porno casero dejó de inundar la habitación de jadeos.

—Muy bien, ya ha desaparecido —dijo Samantha—. De todas maneras, seguro que era falso. Y es que ¿quién podría atreverse a grabar algo semejante?

—¡Vaya, esa sí que es una buena pregunta! —Hasta ese momento, ni se me había ocurrido pensar en ello. Tampoco estaba cabreada por la destrucción del teléfono, al menos de momento. La expresión de furia de mi exnovio era un recompensa más que suficiente. Ray abría y cerraba la boca sin control. Hasta Samantha parecía bastante asombrada. Solo Paul permanecía inexpresivo. Y nada sorprendido, además.

—¡Lo enviaste tú! —dije, comprendiendo de repente.

—No, yo no lo hice —negó Paul, cuya expresión parecía la de un ciervo al que le hubieran deslumbrado las luces de un automóvil al cruzar una carretera a oscuras.

—¡Sí, claro que sí, por Dios! —Negué despacio con la cabeza, completamente asombrada—. Querías que lo supiera. ¿Por qué, si puede saberse?

Movió la boca, pero no dijo una palabra.

—¿Estabas celoso? ¿Harto de ocultar la situación? ¿O qué?

—¡Paul! —Chris echaba humo—. No será verdad, no puede ser...

El individuo, que era bastante alto, se apoyó en la pared, bastante desmadejado. Su hubiera podido atravesarla o fundirse con ella, lo habría hecho, sin la menor duda.

—Yo...

—¡Coño! —Vaughan se pasó la mano libre por la cara—. ¡Esto es increíble!

—Christopher, nos dijiste que habías superado esa tontería —afirmó Ray, visiblemente enfadado—. Que solo había sido una fase pasajera.

—¡Oh, Dios! —Samantha se dejó caer sobre un sillón de cuero bastante raído—. Esto es una catástrofe absoluta. ¿Qué va a pensar todo el mundo?

El hecho de que Paul fuera cabeza y media más alto que Chris no fue óbice. Ni siquiera un poco. Chris lo agarró por las solapas y lo zarandeó de lado a lado, haciendo que su cabeza se bamboleara violentamente.

—¡Me has traicionado! ¡Joder, me has traicionado!

—Te quiero —gritó Paul, mientras le rodaba una lágrima por la mejilla—. ¿Cómo demonios iba a soportar y a contemplar en primera fila el que te casaras con otra persona, aunque fuera una tipa que no vale una puta mierda, eh?

—¡Lo sabía! —Apreté los puños. Volvía a respirar con dificultad, a pesar de que lo hacía muy deprisa. Solo sentía furor, no había espacio para nada más.

—Bueno, ya sé lo que vamos a hacer —Los ojos de Samantha brillaron casi con regocijo—. Le diremos a todo el mundo que fue culpa de ella. Que hizo algo...

—Excelente —dijo Ray—. Es perfectamente creíble.

—¿Cómo? —exclamé amenazadoramente, en voz muy alta.

—¿Tú me quieres? —preguntó Chris, ajeno a todo y dando un paso atrás.

—¡Por supuesto que sí!

Los dos hombres se miraron con los ojos muy abiertos, ajenos al resto del drama que se estaba desarrollando a su alrededor. Mientras tanto, Ray y su mujer hablaban en susurros. Vaughan me soltó y se apoyó contra la pared; su expresión era una mezcla de asombro y diversión. Lo entendía: no era su vida la que se estaba yendo por el desagüe, sino la mía, así que me tocaba a mí ponerme las pilas.

—Pero sabes de sobra que ella no es nada para mí —dijo Chris con convicción—. Absolutamente nada.

—Claro que lo sé. —Paul le acarició la cara durante un momento. ¡Qué tierno! ¡Qué dulce! ¡Ya estaba bien, joder! Se me había roto algo por dentro y no sabía cómo recomponerme.

Notaba como la furia, y no la sangre, me borboteaba en las venas, y avancé hacia los tortolitos. Los amantes. Chris volvió la cara hacia mí, completamente ajeno a mis intenciones. Aunque quizá no del todo. Intentó alzar una mano, pero demasiado tarde.

Con la mano bien cerrada y los músculos muy tensos, le solté un puñetazo. El puño se dirigió hacia su perfectamente recta nariz con las peores intenciones del mundo. Al tiempo que empezaba a sangrar a borbotones por las fosas nasales, yo noté un fuerte dolor en la mano y también por todo el brazo, prácticamente hasta el hombro. ¡Caray, qué cantidad de sangre! Hasta el Niágara tendría envidia.

¡Uau!

Chris gritó y se dobló, cubriéndose la cara con ambas manos. Noté la mano de Vaughan apoyarse en mi hombro desde atrás. Allí gritaba todo el mundo, excepto él y yo. Al parecer, tenía un puño más fuerte de lo que creía. Pero en la cara se me dibujó una sonrisa de satisfacción. Estiré los dedos y los flexioné varias veces. Me dolieron, pero funcionaron todos, así que ninguno estaba roto. Era la primera vez que golpeaba a alguien con tanta contundencia, y sabe Dios que me lo había guardado para el momento más oportuno: mi exnovio se lo

había merecido, estaba más claro que el agua. En la habitación todo era movimiento y ruido, mucho ruido. Pero yo solo era capaz de oír mi propia sangre golpeando rítmicamente tras los oídos.

Solo quedaba una cosa por hacer antes de convertirme en una mujer oficialmente libre.

Ese anillo de diamantes, pretenciosamente grande, no me pertenecía. Me lo quité del dedo anular y lo lancé al suelo, a sus pies. Miró hacia arriba, con los ojos color carmesí y la cara llena de sangre. Era yo quien había hecho eso. Yo solita. Esa que no era nada para él. Mi sonrisa, probablemente de loca, se amplió todavía más.

—Que te jodan, Chris. Obviamente, hemos terminado.

No me imaginaba que la policía pudiera acudir tan deprisa. Fue como ese chiste verde en el que se le da a una chica joven una idea poco realista acerca de lo que tarda en llegar un fontanero, pero no exactamente en llegar a arreglar la tubería. En un momento dado Vaughan estaba aplicándome hielo en la mano, y al siguiente ya me estaba enfrentando al largo brazo de la ley.

¡Qué barbaridad!

Resultó que el poli que me tomó declaración era un viejo amigo del colegio de Vaughan. Me pregunté si habría alguien en esta ciudad con quien no hubiera coincidido en el colegio. El agente Andy me pareció un buen chico, y creí adivinar que la situación le divertía bastante, aunque lo ocultó con habilidad. Por lo que se refiere a los aspectos legales, dado que toda mi declaración consistió en decir: «¡Demonios, pues claro que he sido yo!», pensé que mis probabilidades de quedar en libertad eran escasas.

Me puse a andar alrededor de la puerta de entrada, mirando de vez en cuando a Chris y compañía. En el jardín delantero había un alboroto considerable. Samantha quería que se me acusara de agresión, y parecía querer superar la velocidad del sonido con sus chillidos.

Muchos vecinos se habían acercado a fisgonear.

Según Samantha, yo era una delincuente muy peligrosa que quería destruir su familia, aunque la verdad era que mi único interés actual consistía en que desaparecieran de mi vista y, de paso, yo de la suya. Además, proclamaba a los cuatro vientos que, comparada conmigo, Moby Dick parecería anoréxica, y lo que yo había procurado era aprovecharme del pobre Chris para labrarme un futuro.

Seguramente tenía razón en lo de labrarme un futuro, pero desde luego no

sería con Chris.

Mientras tanto, su marido paseaba por el sendero del pequeño jardín, recorriéndolo una y otra vez al tiempo que hablaba por el teléfono móvil. Movía mucho la cabeza y susurraba. En otro extremo estaban Paul y Chris, con las cabezas muy juntas. La nariz de este último rebosaba de pañuelitos de papel, pues al parecer el flujo de sangre no había cesado del todo. Su previamente prístina camisa blanca ya no era de ese color, ni mucho menos. Estaba hecho una ruina. Se lo merecía.

—Oye —dijo Vaughan, colocándome sobre los hombros un polo de botones—. Ponte esto.

—Creía que te habían perdido el equipaje.

—Ya. Te mentí. No quería que te vistieras.

—¡Qué gracioso! —dije sonriendo, pero enseguida me puse seria otra vez—. Lamento lo sucedido.

—Tranquila, no tengo planes para esta noche —dijo, encogiéndose de hombros. —¿Qué hacen todos esos?

—Bueno, ¿por dónde empiezo? —pregunté retóricamente—. A ver: Ron está hablando por teléfono con su abogado, supongo que intentando dilucidar cuál es la mejor manera de acabar conmigo pero, al mismo tiempo, manteniendo la buena fama de la familia Delaney. Por su parte, Samantha anda por ahí volviendo loco a tu amigo, el agente Andy, y presionándolo para que me lleve al calabozo por agredir a su hijito, con resultado de lesiones.

—¡Mierda!

Chris me dirigió una mirada verdaderamente malévola. La expresión de su cara, ensangrentada y todo, rebosaba odio en estado puro. ¡Y pensar que había estado a punto de casarme con ese cabronazo! En cualquier circunstancia, las posibilidades de que me dejara marchar sin hacerme daño, independientemente de que fuera culpable por haberme engañado de esa manera, eran prácticamente nulas. Su orgullo seguro que clamaba venganza.

Seguro que ahora lo único que procuraba era dejar que yo me recociera con su paripé. ¡Chupapollas!

¡Y pensar que me había tragado durante tanto tiempo esa comedia de la dulzura y la amabilidad! A la primera oportunidad que tuviera, me golpearía yo misma la cabeza contra una valla de cemento. Para intentar, con el golpe, ganar en lucidez, aunque fuera un poco.

Paul lo agarró por el codo y los tortolitos volvieron a su conversación intimista. La verdad es que formaban una pareja atractiva: Chris, con el rostro

bien moldeado y el pelo castaño, y Paul, de aspecto nórdico. Lástima que su historia de amor estuviera salpicada de acciones indignas y de desprecio absoluto a los demás. O, más concretamente, a mí.

—¿Y por qué crees que no te ha detenido todavía? —preguntó Vaughan mientras miraba con atención a todas las personas que estaban en el jardín delantero.

—Pues, si te digo la verdad, no tengo ni la menor idea.

—Mmm. —Soltó el aire—. Me da la impresión de que tu habilidad a la hora de elegir a los hombres es una puta mierda, Lydia.

—Acabas de ganar el premio anual a la mejor sutileza, muñeco.

Me dedicó una media sonrisa.

—¿Qué tal la mano?

—Dolorida y magullada. —La extendí para enseñársela. Los nudillos tenían un atractivo color púrpura—. Pero creo que no hay nada roto.

—Bueno, hacen juego con la mejilla.

—¡Qué bien!

Bajó los escalones de la puerta principal, con las manos en los bolsillos.

Metí los brazos en las mangas del polo, para ver si lograba cubrir algo más mis atributos pectorales femeninos. Me preguntaba si los calabozos serían como los que salían en las series de la televisión. ¡Lástima que, por un arrebato de dignidad, no me hubiera quedado con el anillo! Utilizarlo para pagar mi defensa legal habría sido un acto de justicia. De todos modos, pasara lo que pasase, se acabó lo de ser huésped de la familia Delaney. Ya estaba bien de tonterías.

—Lydia. —Ray se acercó a mí, y se quedó parado al pie de los escalones que conducían al patio—. Estás despedida, por si acaso no lo tuvieras claro.

—¿En serio, Ray? —¿Se podía ser más imbécil?

Se atusó el pelo, y se hinchó como un pavo. Fue un milagro que no se le saltasen los botones de la camisa.

—Has golpeado a un compañero de trabajo, Lydia. Que, además, resulta que es el hijo del dueño. Saca tú misma las conclusiones.

—Tienes razón —asentí—, eso es lo que he hecho. Y, por hablar de todo un poco, ¿qué te parecería si pusiera una demanda contra Chris por fraude y daños emocionales?

—¿Cómo dices?

—¡Madre mía, menudo escándalo!, ¿no te parece? Los vecinos de esta hermosa y tranquila ciudad se iban a pasar años, lustros, décadas, siglos hablando y regocijándose, ¿no crees?

Las arrugas que tenía alrededor de la boca se acentuaron. A la luz de la tarde parecían auténticas cavernas.

—¿Estás intentando chantajearme?

—¿De verdad quieres profundizar sobre la ética que subyace a la situación, Ray? La verdad es que, si llegamos al fondo del asunto, creo saber quién saldría perdiendo.

Volvió a enfrascarse en su inacabable conversación telefónica. Cuando se encaró de nuevo conmigo, su expresión no parecía feliz. Para nada.

—Podríamos llegar a algún acuerdo si yo estuviera seguro de que ese vídeo no va a volver a circular. Y también tendrías que comprometerte a no decir ni una palabra acerca de tu relación con la familia.

—También quiero una referencia no ya favorable, sino de excelencia, respecto a mi desempeño profesional anterior a los acontecimientos de hoy.

—De acuerdo.

Alcé la barbilla. Yo controlaba el juego.

—Y me gustaría que tu hijo no presentara cargos por agresión.

—Veré lo que puedo hacer. —Ray frunció el ceño y miró a su esposa, no a Chris. No me sorprendió nada comprobar quién era la persona que llevaba las riendas del matrimonio y de la familia. Samantha era una auténtica Reina de las Tinieblas, la primera que tenía la ocasión de conocer en todo su esplendor. Pensé que, pese a las cartas que había jugado, creía que todas, las posibilidades que tenía de no tener antecedentes penales después de esta noche seguían siendo escasas.

Desde todos los puntos de vista, los Delaney tenían muchísimas más posibilidades que yo de contratar abogados para defenderse de mis hipotéticas demandas. Sería mejor no llegar a eso. Sin duda, Ray procuraría destruir mi reputación en otros aspectos, y ya se sabe que con dinero se puede conseguir todo. Se me cerrarían todas las puertas en esta ciudad, tanto desde el punto de vista social como profesional.

En cualquier caso, parecía claro que Coeur d'Alene y yo habíamos terminado para siempre. Una pena, porque me gustaba el sitio. La ciudad tenía buen ambiente, y no resultaba ni muy pequeña ni muy grande. Además, con el lago y las colinas, era verdaderamente preciosa. Sin duda habría estado a gusto en ella.

En fin, qué le iba a hacer.

De lo que debía preocuparme ahora era del posible periodo de permanencia en el calabozo por darle un puñetazo a Chris, con resultado de daños. Tenía que mantenerme optimista al respecto. Igual me castigaban con servicios

comunitarios, o con una multa, o algo así. Me preguntaba si, pese a mis amenazas, podrían condenarme a prisión.

¡Dios, si lo pensaba bien, lo cierto es que casi todas las posibilidades eran aterradoras! Se me puso la carne de gallina, pese a que la tarde era calurosa. Hasta una minúscula parte de mi cerebro lamentó el hecho de haber golpeado a Chris.

¡No! ¡Nunca! Me agarré a mi orgullo mientras, a toda prisa, me dirigía a la ducha. Mi mano, por su propia cuenta, volvió a cerrarse formando un puño. A veces la violencia y el caos son la única alternativa.

CAPÍTULO 6

—¡Mira qué bien! —dijo Vaughan con tono seco—. Has encontrado tequila.

El agente Andy y él estaban de pie frente a la mesa de la cocina. Ambos se quedaron mirándome con cara de reproche. No se daban cuenta del aspecto tan pomposo y ridículo que tenían. La gente dice muchas tonterías. Y sobre todo los hombres.

—Sí. Parece que, después de todo, no ha habido necesidad de ir a la casa de al lado —dije sonriendo—. Tenías esto escondido en la despensa.

—¿En serio? Ni me acordaba.

—¿Te importa que eche un trago?

—No, para nada.

—¿Sabéis? Estaba pensando en todos esos famosillos que aparecen en las revistas de la prensa amarilla y los programas de cotilleos de la tele cuando se meten en algún lío —expliqué después de sentarme en el suelo, en un rincón de la cocina—. Y se me ha ocurrido que quizá esta sea la única oportunidad que voy a tener en mi vida de experimentar algo parecido.

—¿Lo dices en serio? —espetó, masticando las palabras.

—Completamente. La vida es corta, Vaughan —respondí sonriendo—. Además, corta o no, mi intención es vivirla.

—¿Vivir qué?

—¡Pues mi vida!, ¿qué va a ser? Solo una, la que tengo. Tampoco soy avariciosa.

—Muy bien. —No parecía del todo convencido. ¡Mira que me gustaba, caramba! Era guapo a rabiar. Él y su polla habían sido los únicos puntos fuertes del día. Si me tomaba un par o tres de copas más, hasta se lo explicaría con pelos y señales. ¡Qué divertido! Me preguntaba si me permitiría sacar una foto para llevarla en la cartera. De su cara, por supuesto.

—Repondré las existencias, te lo prometo —dije.

—Me preocupa bastante más tu hígado que las existencias. —Se acercó, me

quitó la botella de las manos y aplicó la nariz—. Me sorprende que aún esté en condiciones de poderse beber. Mi hermana la dejó aquí hace varios años. Por aquel entonces ya era material casi de garrafón, y no creo que sea de lo que mejora con los años.

—La verdad es que resulta un poco fuerte al paladar.

—¿Y estás bebiendo directamente de la botella? ¡Qué estilo!

—No quería molestarte ensuciando un vaso.

—Muy amable. —Dio un sorbo y puso cara de disgusto—. ¡Jesús, Lydia!

—Tampoco está tan mal... —protesté, ahogando la risa.

—¡Está fatal, joder!

—La verdad es que los primeros tragos han sido lo peor. Pero después la garganta se anestesia. O se quema, que para el caso es lo mismo, y tampoco me importa demasiado —corregí.

Vaughan me devolvió la botella con cara de duda. Después se puso de pie a mi lado, cruzando las piernas a la altura de los tobillos y apoyando la cadera en el borde de la encimera. Pese a la multitud que había invadido su casa, siempre se había mantenido tranquilo y relajado. Iba descalzo, y pude comprobar que la piel de los pies era un poco más clara que la de su rostro. Del bajo de los gastados *jeans* colgaban algunos hilos.

Volví a preguntarme quién era él en realidad, y en qué consistirían sus problemas. Si pudiera ayudarle en algo, lo haría, eso estaba fuera de dudas. Por Dios que se lo había ganado. Pocas personas se habrían portado de una manera tan comprensiva.

El agente Andy cambió de postura, se apoyó sobre el otro pie y se pasó la mano por el pelo, corto y rubio al estilo militar. Se estaba impacientando. Estaba siendo un día largo para todos.

—Señora, cuando esté preparada me gustaría explicarle la situación en la que se encuentra —empezó.

—Adelante, no se cohíba —le animé, poniéndome de pie inmediatamente.

—La buena noticia es que Chris Delaney ha decidido no presentar contra usted cargos de agresión —explicó el agente Andy.

—¿Cómo? —Todo mi cuerpo se relajó, tanto que tuve que apoyarme contra la pared, pero no volver a sentarme; en este caso me caí de culo—. ¿En serio?

—Sí.

—¡Madre del Verbo Divino! ¡No sabe lo que me alegro! —El tequila se fue para abajo. Para abajo a través de mi garganta, quiero decir. ¡Joder, lo cierto es que era lo más potente que había bebido nunca! Jadeé con la mayor delicadeza

que pude, que no era mucha, la verdad, y me cubrí la cara con las manos. Se me caían as lágrimas—. ¿Y por qué ha hecho eso?

—Discutí la situación con ellos muy a fondo —explicó con la mirada seria—. En circunstancias como las que se han producido, no es raro que la gente se deje llevar un poco y reaccione mal. Una vez que se toman algo de tiempo para reflexionar sobre las consecuencias de sus actos o, por decirlo de otra forma, sobre todas las ramificaciones que podría acarrear el conflicto, es normal que cambien de opinión respecto a presentar demandas.

—Ya...

—Sí. Bueno, Vaughan también indicó que, si presentaba una demanda contra usted, sería más que probable que los medios locales se interesaran por el asunto... por todo el asunto.

Miré a Vaughan, que se encogió de hombros antes de hablar.

—Todavía tengo algunos amigos en la emisora de radio local. Me bastaría con una llamada y una explicación bastante somera.

—¿En serio? —El asombro limitaba mucho mi capacidad de expresión, lo reconozco.

Miró hacia abajo, ponderando la posibilidad de echar un trago del matarratas. Al final lo hizo.

—No tiene importancia.

—¿Qué no tiene importancia? ¡Me has librado de la cárcel, nada menos!

—¡Vamos! —Echó otro trago de tequila, y esta vez solo torció el gesto un poco. O anestesiado o quemado, lo que yo decía—. No iba a dejar que te llevaran a la cárcel esta noche. Tenemos planes.

—¡Eres increíble, el mejor! —le susurré. ¡Vaughan, mi héroe!

Me guiñó un ojo.

El agente Andy se aclaró la garganta, y me pareció que se estaba sintiendo un tanto agraviado. El porqué, se me escapaba. La verdad es que casi se me había olvidado que continuaba allí.

—Dado que lo último que desean es que esta situación se haga viral, decidieron dejarlo pasar —concluyó.

Solté un sonoro suspiro de alivio.

—No obstante, van a solicitar órdenes de alejamiento —dijo Andy.

—¿Órdenes de alejamiento? —¡Vaya! La verdad es que eso me sonaba mal, a asuntos de la mafia o así. Como si yo estuviera siempre merodeando por las calles de Coeur d'Alene con la intención de romper la nariz de un puñetazo al primero que viera.

—Sí. —Andy introdujo los pulgares de ambas manos en el cinturón de su uniforme policial, que me recordó al de Batman—. No debe acercarse a ningún miembro de la familia, bajo ningún concepto, ni tampoco entrar en ninguna de sus propiedades, incluidas oficinas o establecimientos comerciales. ¿Me ha entendido?

—Será un verdadero placer no volver a poner la vista encima ni tener nada que ver con esos estúpidos. —En ese momento me acordé de algo—. Pero ¿qué pasa con mis cosas? Todas mis pertenencias están en su mansión.

—La señora Delaney me ha asegurado que se las enviará de inmediato.

—¡Qué amable! —Bajé las pestañas, pues no me fiaba ni un pelo de Samantha. En cualquier caso, no tenía elección. Así que, de momento, todo lo que poseía era mi lencería de novia. Además del polo de Vaughan y su buena voluntad, naturalmente.

—Me da no sé qué seguir molestándote, Vaughan —dije, volviendo a agarrar la botella de tequila para echar otro trago—, pero ¿podría pedirte que me dejaras dormir en el sofá hasta que recupere mis cosas y decida qué hacer?

—La habitación de invitados está a tu disposición.

—Gracias.

—Y le he dicho a Ray que puede enviar aquí todo el papeleo hasta que encuentres otro sitio —indicó Vaughan tras dar otro tiento a su denostado licor. Esta vez se llenó la boca, me di cuenta. Se habían acabado los melindres. ¡Impresionante! Muy masculino, muy varonil, y todo eso. Seguro que me iba a atrapar en cuanto chasqueara los dedos.

—Te agradezco que les hayas ganado el pulso —insistí.

Otro movimiento mínimo de la mandíbula.

—Bueno, señora, pues si lo tiene todo claro, será mejor que me vaya. —Desde el otro lado de la mesa, el agente Andy me habló muy erguido, con pinta de poli competente y demás parafernalia.

—¿Se han largado o siguen ahí fuera? —¡Vaya, mi voz sonó muy tímida!—. No crea que les tengo miedo; simplemente es que ha sido un día muy largo, demasiado.

—Tranquila, se han ido. —Vaughan me acercó la botella con lo poco que quedaba dentro, todo adornado con una sonrisa—. Se han llevado al imbécil de tu novio al hospital para arreglarle la nariz.

—¿Se la he roto?

—Apostaría a que sí. —Intercambiamos sonrisas.

Suspiré profundamente, sintiéndome absolutamente relajada, como no lo

había estado desde hacía bastante tiempo, y apoyé la cabeza en el armario.

—Ni tengo casa ni tengo trabajo, pero soy libre.

—Bueno, os dejo para que podáis celebrarlo —dijo el agente Andy.

—Gracias, Andy. —Los dos hombres se dieron esa clase de toquecitos en el hombro que suelen intercambiar los tipos—. Ha sido un placer verte de nuevo.

—Lo mismo digo. —Dudó por un momento, pero volvió a hablar—. Lástima lo de Nell y Pat, ¿verdad?

—Sí. —la sonrisa de la cara de Vaughan se esfumó.

—No... no sabrás si ella ha empezado a salir con alguien otra vez, ¿verdad?

Larga pausa.

De la cara de Vaughan había desaparecido cualquier rastro de felicidad. Y también de calma y sosiego. Me pregunté quiénes serían Nell y Pat. Personas importantes para él, con toda seguridad.

—Buenas noches, Andy —se despidió, sin responder a su pregunta.

El poli captó el mensaje sin necesidad del lenguaje de signos.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches —corroboré, saludándolo con la mano—. Y gracias.

No respondió. El agente se marchó, y Vaughan lo observó con cara de pocos amigos. Si me hubiera mirado a mí, habría salido corriendo. Pero soy como soy, e intenté cambiar de tema para que, fuera el que fuese el motivo del enfado, se le olvidara, al menos por un rato.

—Gracias por no tirarme a la basura —dije, agitando la botella en signo de invitación.

Con la cara todavía seria, volvió sobre sus pasos y se sentó en el suelo, a mi lado.

—De nada.

—Te prepararé el desayuno. ¡Qué menos!

—En la casa no hay comida. Nada.

—¡Vaya! Bueno, pues si la arpía de Samantha me ha devuelto el bolso por la mañana, la compraré.

—Hecho.

Durante un rato nos fuimos pasando la botella, sin pronunciar palabra. Mis pensamientos se iban volviendo cada vez más borrosos, y todas las emociones del día fueron decantándose poco a poco. Me sentía humillada, herida y físicamente maltrecha. Los nudillos de la mano derecha me ardían como demonios, y volví a repasar mentalmente todos los «si hubiera hecho» o «si hubiera dicho» que suelen venir a la cabeza cuando ya es tarde. Si seguía así me

volvería loca.

Un fluorescente iluminaba la mesa de la cocina, dejando en tinieblas el resto de la habitación y de la casa. Conforme se hacía de noche su aspecto era más vacío y tranquilo.

—¿Desde cuándo no estás aquí? —pregunté.

—Hace unos años tocamos en un festival en la ciudad. Desde entonces no había vuelto.

—¿Estás en un grupo?

—Estaba. Nos separamos hace un par de meses. —Había apoyado la cabeza en los cajones de la cocina, con los ojos cerrados—. Llevábamos diez años juntos. Nuestra base estaba en Los Ángeles.

—¿Qué instrumento tocas?

—La guitarra.

—¡Eso es estupendo! —Debería haberlo deducido. Tenía todo el sentido del mundo. Sacudí la cabeza maravillada, y por la habitación aparecieron lucecitas como luciérnagas. Aunque igual era en mi cerebro donde se formaban, no estaba muy segura—. No el que tu grupo se haya disuelto, entiéndeme, sino el que seas músico. ¿Vas a unirte a otra banda o...?

Hizo un ruido extraño con la garganta.

—He estado intentando formar una nueva. El bajo de la antigua sigue al pie del cañón, pero no hemos tenido la suerte de encontrar la gente adecuada.

—¡Qué putada!

—Ya lo creo.

—¿Así que ese es tu problema?

—Fundamentalmente, sí. —Abrió un ojo—. He vuelto a la ciudad solo para venderle esta casa a mi hermana. Hay que terminar de pagar la hipoteca y obtener un poco de pasta para vivir mientras encontramos vocalista y batería. Si conseguimos eso, a correr que, como dice el Boss, para eso he nacido.

—¿Tu hermana es esa Nell por la que preguntaba Andy?

—Sí —respondió, y su mirada se volvió sombría otra vez—. Hace poco rompió con su marido. Me imagino que le apetecerá comprar la casa y tener un sitio propio donde vivir. Siempre le gustó mucho esta casa.

—Es bonita.

—Ya —dijo, y sonrió con malicia—. Te encantan las casas del movimiento de Artes y Oficios.

—Pues sí, es verdad. —Cuando me sonrió de esa manera... ¡madre mía, por poco me deshago! Digamos que la casa no era lo único bonito. No, para nada—.

Siento que lo estés pasando mal.

—Y yo siento que tú también tengas problemas.

—Me da rabia haberte metido en todo esto. Son cosas mías.

—Ya, tranquila. —Me cubrió la mano con la suya, mucho más grande. Y cálida. Y adorable, y todo eso. Si la mierda de día que había pasado, además del tequila tóxico de garrafón que me había trasegado no me hubieran dejado sin fuerzas ni ganas de nada, os aseguro que me hubiera librado en un plis plas de esa idea acerca de lo inadecuado que resulta irse a la cama con un desconocido. Pero, tal como estaba, mejor dejarlo para mañana. Por lo menos me quedaría con su maravillosa imagen, desnudo de cintura para abajo, por delante y por detrás, para alegrarme la noche. Y tenéis que creerme cuando os digo que era una alegría haber visto a este hombre desnudo. Tenía que soñar con él, era imperativo. Si no ocurría, hablaría muy en serio con mi subconsciente.

—Bueno, ¿qué? —preguntó.

—¿Qué qué?

—Me estás mirando raro.

—¿De verdad? —Me di cuenta de que tenía que cerrar la boca, y lo hice. La mandíbula protestó con un ruido. ¡Vaya día! Dejé caer la cabeza sobre su hombro poniéndome cómoda y cerré los ojos.

—¿Quieres quedarte frita aquí mismo? —preguntó.

—Mmm.

—De acuerdo.

Solo pude oír el sonido de su respiración y el movimiento del licor en la botella mientras tomaba un trago. Todo estaba en calma. En paz. Al menos por ahora.

—Eras una novia muy guapa, Lydia.

Sonreí, pero no pude hablar, pues estaba a punto de dormirme.

—Guapísima.

CAPÍTULO 7

¡Maldita Samantha! Si la muy asquerosa ardiera, usaría las brasas para hacer un asado.

Después de quedarme frita con total elegancia en el suelo de la cocina, me había despertado por la mañana en la cama de la habitación de invitados. ¡Me dolía todo! Me abalancé hacia la cocina para beber agua, a ver si así se me pasaba el resacón que llevaba encima, y pude ver a través de las ventanas el siguiente desastre, que se mostraba en todo su esplendor en el patio. Mi casi suegra había estado muy ocupada. Pero mucho.

Me encasqueté las gafas de sol de aviador de Vaughan para protegerme del sol, que cuando me golpeaba los ojos parecía pincharme con una aguja en el cerebro, y salí al patio trasero en busca de mis pertenencias. Un sujetador por aquí, un par de medias por allá, bragas por todas partes... Nunca se sabe lo que uno es capaz de encontrar entre la hierba y los arbustos, sobre todo si lleva años creciendo a su libre albedrío.

En fin, era como buscar el tesoro en una isla, pero sin mapa.

Y sin la diversión.

Mi blusa verde de seda colgaba de la rama de un árbol, muy alta, por supuesto, y estaba bien acompañada. Solo Dios sabe cómo se las había apañado para poner todo eso ahí arriba. Utilizando sus poderes de bruja, supuse. Oh quizá había soltado durante un rato a sus monos voladores. Con las brujas nunca se sabe...

Seguramente había lanzado por encima de la valla, como si se tratara de basura, mi caja de libros y de recuerdos familiares. No reuní el ánimo suficiente como para mirar dentro y comprobar qué era lo que se había roto. Porque algo se habría roto, seguro. Me dolían todos los músculos de la cara. Tenía ganas de gritar, de armar un escándalo, de estallar. Una vez más. Pero sabía que, si empezaba, no sería capaz de parar, con todas sus consecuencias.

El hecho de tener la cabeza como un bombo y el estómago revuelto no

ayudaba en lo más mínimo. Tras una rápida búsqueda por la cocina, por supuesto no encontré nada ni siquiera parecido al ibuprofeno. Ni el tequila, ni que decir tiene Samantha, eran de fiar. Estaba claro que tenía que haber sido ella la que había lanzado mis cosas por encima de la valla. ¿Quién si no? Chris se habría limitado a pagar a alguien para que dejara el material en el patio delantero. Ese era su estilo: emplear el dinero para poner sus responsabilidades y problemas en manos de terceros.

No, solo su madre disfrutaría con este tipo de putada.

—Zorra vengativa —susurré mientras añadía un par de *jeans* al montón que estaba apilando. Cada prenda que agarraba contribuía a azuzar la furia.

Tendría que haber una zona especial del infierno para castigar a las personas así. Una en la que no existiera el bótox, y donde te tiñeras el pelo como te lo tiñeses, no hubiera forma de esconder las raíces negras, o blancas, dependiendo de la edad. Y, de paso, un círculo infernal dantesco en el que solo pudieras vestirme con camisetas de segunda mano y sin lavar, llenas del sudor de otros. Así aprendería.

Aquí podéis insertar risas de loca. Sí, estaba perdiendo la cabeza. Por fortuna, nadie estaba presenciando mi rápido descenso a los abismos de la locura.

¡Huy, creo que había hablado demasiado rápido!

No la había visto llegar, pero el caso es que había una mujer que me observaba desde la puerta de la cocina. El pelo, entre rubio oscuro y pelirrojo, brillaba al sol de la mañana. En los brazos no le cabían más tatuajes. La puerta estaba abierta, lo cual solo podía significar que había llegado por la entrada principal y que, por tanto, disponía de una llave. Interesante.

—Hola —saludé.

—Hola —respondió de inmediato—. Soy Nell, la hermana de Vaughan. Se acercó a mí con la mano extendida, y las chocamos.

—Y yo Lydia. Soy amiga de Vaughan... desde ayer.

—Encantada de conocerte. —Le echó una mirada a mi ropa y elevó una ceja, claramente sorprendida. Seguramente porque nada de lo que llevaba puesto era mío. Vaughan había dejado algunas cosas a los pies de la cama, bendito fuera. Un pantalón de pijama gris enorme, al que le tuve que doblar los bajos, pues era para una persona mucho más alta que yo, y una camiseta con el logo de los Rolling Stones. Me encantaba el modo como la roja lengua se elevaba sobre mis pechos. Muy apropiado. Afortunadamente, una de las primeras cosas que recuperé en mi búsqueda del tesoro fue un sujetador. Esos pechos míos fuera de control no podrían traerme nada bueno.

La curiosidad inundó la mirada de Nell.

—¿Amiga desde ayer? No es asunto mío, pero...

—En efecto, no es asunto tuyo —confirmé, cruzando los brazos sobre el pecho—. Y sí, simplemente una amiga, y desde ayer. Tengo que buscar una casa, porque ya no puedo quedarme donde estaba, así que me ha dejado pasar aquí la noche. Como puedes ver, mis pertenencias han sufrido un pequeño percance.

Era una forma de describir lo indescriptible.

—¡Ya lo creo que puedo verlo! Ahora iba a preguntarte qué había pasado. Normalmente, las ventas de material de segunda mano se hacen en el patio delantero. —Señaló con el dedo índice un par de bragas que estaban a sus pies. ¡Madre mía! Eran negras, con transparencias y lacitos. Por lo menos eran llamativas. En fin, tras todo lo ocurrido no iba a sentirme avergonzada por el hecho de que una extraña viera mi ropa interior. ¿O sí?

—Gracias. —Añadí las bragas al montón, con una sonrisa que se había helado en el rostro—. Un problemilla con mi ex... y su señora madre.

—¡Hombres! —dijo, y apretó los labios.

—Mmm.

—Se creen que tienen derecho a todo por el simple hecho de que les cuelgan ciertas cosas de la entrepierna.

—Más o menos —confirmé gruñendo.

—Unos capullos absolutos, todos, sin excepción. —Ella mejoró mi gruñido. De hecho, se le pusieron rojas las mejillas de pura indignación—. Estaríamos mucho mejor si pudiéramos lanzarlos en masa al espacio exterior.

Parecía claro que Nell aún no había superado su ruptura sentimental, y que todavía se encontraba en la fase de odio y amargura. Yo, por mi parte, estaba en fase de superación, pese a lo reciente de los acontecimientos. El mal ya estaba hecho, así que lo único que quería era recomponerme e irme de esta ciudad cuanto antes mejor. Buscar una nueva vida en otro sitio. Por muy bonito que fuera, este lugar no se había portado nada bien conmigo.

—Lo hombres la cagan continuamente —dije—. Pero este trabajito lo ha hecho su... madre. Me ahorro el calificativo.

—¿Me tomas el pelo? —Arrugó la nariz, lo que provocó un gracioso movimiento de pecas por los alrededores. Parecía un poco mayor que yo, y era bajita, en eso no se parecía a su hermano. Eso sí, sus ojos azul pálido eran idénticos. Llevaba unos pantalones de vestir negros y una camiseta con el dibujo de un pájaro azul y la leyenda «The Dive Bar».

—No, para nada —dije—. Lleva su firma. Definitivamente, es el estilo de su

madre.

—¡Joder! Bueno, venga, te ayudaré a recogerlo todo.

—¿De verdad?

—¡Claro! —Ahora la sonrisa de Nell era sincera y amable.

—Muchas gracias. —El humor de esta chica cambiaba mucho más deprisa que el mío. No estaba segura de que pudiera estar a la altura.

—De nada. Será mejor que quedarme sentada esperando a que el idiota de mi hermano se despierte de una puñetera vez. Necesitaremos algo donde guardar las cosas. Creo que en el garaje hay algunas cajas vacías. —Sin más, fue andando a toda prisa hacia un lado de la casa, dejándome allí casi pasmada.

Así es la gente. Nunca se sabe por dónde va a salir.

Moví los hombros intentando superar las contracturas del cuello y de la espalda. Desde luego, el cuerpo en general me dolía hoy bastante más que ayer. Y los músculos, mil veces más.

Gracias a la presencia de Nell y a su ayuda, el peso que me había caído encima pareció aliviarse. Puede que las cosas no fueran tan tremendas, y que no toda la raza humana estuviera en mi contra.

Hoy había sido el primer día en muchos meses en el que no había recibido un mensaje de buenos días de Chris.

Esperad... claro que no lo había recibido. Mi teléfono estaba destrozado, claro. Pero el hecho de no tenerlo no había supuesto ningún problema, más bien todo lo contrario. Me había acostumbrado demasiado a formar parte de una pareja. A ser «nosotros». Era el momento de volver a ser yo, y nada más.

Sí, volvería a cantar en solitario.

Volaban a mi alrededor bastantes moscas, abejas y mariposas, todas ellas a sus cosas. Era un día de verano perfecto. En un universo alternativo, Chris y yo estaríamos volando camino de Hawái, de camino a nuestra luna de miel. ¡Y pensar lo que me apetecía ese viaje! Playas interminables de arena dorada, cócteles de frutas y diversión a raudales. En vez de eso, mi traje de baño nuevo, de un negro reluciente, se movía en la rama de un pino, dulcemente mecido por el viento.

La verdad es que había que reconocer la enorme dedicación y el empeño que había puesto Samantha en su tarea. Se había tenido que pasar un montón de horas desperdigando mi ropa por todas partes.

Vaughan apareció al cabo de una media hora, mientras Nell y yo recogíamos como podíamos el contenido de la bolsa de maquillaje y el joyero, que había ido a caer en medio de un arbusto espinoso. Se asomó a la valla y emitió un sonoro y

orgullosos bostezos. En una mano llevaba una taza de café, y en la otra un bollito. *Jeans* rotos, sin camiseta y una incipiente barba que parecía bastante más pelirroja que el pelo de la cabeza.

¡Caray, estaba para comérselo! Tenía ese aspecto viril que los hombres solo consiguen con la edad y la experiencia. La verdad es que yo no tenía interés en él, más allá darme un revolcón con un nuevo amigo, ya sabéis. Ninguno de los dos pensábamos quedarnos en la ciudad y yo acababa de salir de una relación absolutamente catastrófica. ¡Pero joder, parecía la deidad sexual masculina del norte de Idaho!

Tenía la seguridad de que el hombre primitivo adoraba al sol, pero no estaba menos segura de que el propio sol adoraba a Vaughan. El modo como lo iluminaba con su luz dorada, haciendo que destacasen sus tatuajes... ¡madre mía! ¿Un trabajo fijo y un lugar estable en el que vivir? Sí, claro que sí. ¿Un estilo de vida temerario, inadecuado y roquero, que era el que le iba a Vaughan? No, claro que no. Estaba en contra de la forma de vivir a la que me habían obligado mis padres, lo que incluía la ausencia de estabilidad y de raíces, que era lo que había tenido que sufrir durante mi niñez.

Pero igual tenía que empezar a cuestionarme todo eso, dada mi experiencia de los últimos meses y las malas decisiones que había tomado. En fin, que estaba hecha un lío. ¿Qué había de malo en desear un hogar y un poco de estabilidad? Nada, pero sí en abalanzarme hacia ello ciegamente, sin analizar con sensatez lo que había a mi alrededor, sin hacer caso de las señales, sin seguir las pistas... La próxima vez me lo tomaría con mucha más calma, me daría tiempo más que suficiente a mí misma para conocer a fondo a la persona escogida y asegurarme de que de verdad estábamos hechos el uno para el otro. Había aprendido la lección.

Así que, de momento, decidí no hacer caso de la llamada de la lujuria. Los buenos modales no cuadraban con lo que, por un momento, había pensado hacer, a saber: saltar a los brazos de ese hombre delante de su hermana. Además, el hecho de que todo mi guardarropa estuviera esparcido por su jardín parecía no aconsejar una sesión de sexo sin barreras. Vamos, que no. Seguiría observando al tipo y procuraría estar atenta para ver si captaba señales adecuadas. Mis ansiosas partes femeninas tendrían que esperar.

Por suerte, las sombras impedían que se fijara en cómo lo miraba. Probablemente hasta se me había caído la baba. Así que, con mucha discreción, lo puse en el punto de mira.

—¡Qué cara más dura tienes! —dijo Nell, quien, sin que me diera cuenta, se

había colocado junto a mí. Estaba muy tensa. No me habría sorprendido que le hubieran salido espinas a lo largo de la columna vertebral—. ¿Te habrías muerto si me hubieras llamado para avisarme de que venías?

—Hola, hermanita —masculló sin apenas abrir la boca. Soltó otro bostezo. Después abrió la boca en todo su esplendor, eso sí, bien llena de trozos de bollito a medio masticar, y empezó a hablar con la boca llena. De haberlo visto, a Chris le habría dado una apoplejía. (¡Qué te follen Chris!)—. Gracias por traer el desayuno.

—¡No hables con la boca llena, coño! ¡Dios, ya eres mayorcito! —Nell cruzó los brazos y lo miró enfadada—. ¿Has evolucionado algo desde que tenías ocho años?

—Soy más alto. Y también me he vacunado contra casi todos los gérmenes femeninos —dijo, guiñando un ojo.

—Ya me imaginaba algo parecido, una vez comprobada la forma en que utilizabas esa pistola que tienes entre las piernas durante el bachillerato. — Después de decir eso, Nell imitó la voz de su hermano—. «Oye, muñeca, soy guitarrista en una banda. Escribo canciones, y me preocupo de los sentimientos y esas cosas. Vamos, seguro que quieres un poco de lo que te pueda dar, ¿a que sí?»

Me reí quedamente. Lo imitaba de maravilla.

Por su parte, Vaughan rompió a reír a carcajadas. Hasta se dobló por la cintura.

—No ha estado mal —logró decir finalmente—. Pero al final había que llevarlas junto al lago y tocar alguna basura de canción sentimental. Eso sí que funcionaba.

Nell le hizo una peineta.

—Tómatelo con calma —continuó él—. Te pensaba llamar hoy mismo. Ayer la tarde se terminó poniendo muy complicada.

—¡Ah, sí, ya sé de lo que hablas! Está en boca de todos. Así me enteré de que quizá os vendría bien que os trajera el desayuno a los dos.

—¡Increíble! —murmuré. No me sorprendió por completo, pero aún así... Lo cierto es que en el jardín o en sus alrededores estuvieron más de doscientos invitados, esperando en vano la ceremonia. Esas son muchísimas bocas, todas ávidas y capaces de iniciar conversaciones.

—Lo siento —insistió Nell—, pero tu boda frustrada, y sus efectos colaterales, han dado mucho juego, como te puedes suponer.

Asentí con un gesto de frustración en la boca.

—Tenemos que hablar —intervino de nuevo Nell, dirigiéndose a su hermano.

—Parece serio.

—Sí, lo es. Llevo varias semanas intentando localizarte.

—Ya, lo siento. —Vaughan le guiñó un ojo, pero con la cabeza ladeada y gesto algo amargo—. Han ocurrido un montón de cosas. Pero bueno, ya estoy aquí.

—Lo cual me lleva a la siguiente pregunta. ¿Por qué estás aquí? —Inclinó la cabeza—. Durante años has evitado este sitio como si fuera una plaga.

—¿Acabas de decirme que querías hablar conmigo y ahora me das la plasta porque estoy aquí? —Se rascó con fuerza la parte trasera del cuello—. Como has dicho, hacía mucho tiempo que no venía. Igual solo quería verte.

En lo que se refiere a las cejas, las de Nell eran particularmente expresivas. El modo como levantó la izquierda fue más que suficiente para mostrar la escasa credibilidad que concedía a lo que había dicho su hermano.

—¿De qué vas, Vaughan? Lo último que había oído era que estabas de gira con Stage Dive, y que todo iba muy bien.

Él esbozó una sonrisa que, en realidad, fue un gesto amargo.

—Tan jodidamente bien que el cantante ha decidido ir por su cuenta y el batería se ha unido a otro grupo.

—¿La banda se ha disuelto? —exclamó Nell, asombrada y boquiabierta.

—Sí.

Su hermana era incapaz de cerrar la boca.

—Ya estaba decidido a finales del año pasado: en cuanto termináramos la gira con Stage Dive nos separaríamos. Al menos así me ha dado tiempo a acostumbrarme. No pasa nada, estoy bien. —Dejó de prestar atención a su reacción y se volvió hacia mí—. ¿Y tú qué tal estás Lydia?

—¡Hola! Bien, supongo.

—Doy por hecho que mi hermana y tú ya os habéis presentado. Ven dentro, también hay café para ti.

—Sí, dentro de un momento. —Un brillo metálico entre las hojas había captado mi atención. Con mucho cuidado, conseguí recuperar el collar de plata que me había regalado mi abuela el día de mi veintiún cumpleaños.

Levanté el collar y, con dedos nerviosos, me lo puse al cuello y me lo abroché. ¡A la mierda Chris y su maldita familia! Me había reencontrado a mí misma. Ya no significaban nada para mí, menos que nada. Me importaban tan poco que ni tenía palabras para describirlo. Ya había dado el paso adelante.

—Muñeca, ¿por qué están por ahí tiradas todas tus cosas? —preguntó

Vaughan.

—¿Disculpa? —. Todavía estaba en las nubes.

—Tus cosas, que por qué están por ahí tiradas. —Se bebió lo que le quedaba del café de un solo trago y me miró fijamente.

¡Anda ya! Como si él no tuviera suficiente con lo suyo como para preocuparse de mis cosas.

—Sí, perdóname —dije—. Enseguida lo limpio todo, no te preocupes.

—Un momento, Lydia —ordenó con voz ronca. Inmediatamente después su mirada se suavizó—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Pues nada, que Samantha ha «entregado» mis cosas —contesté, procurando por todos los medios recoger mi mejor sombra negra de ojos sin pincharme con el maldito arbusto. El caso es que estaba en medio de una bola que parecía blindada de espinas punzantes, debajo de un par de hojas. ¡Mierda de matorrales! Como me hiciera más cortes en la cara parecería que acababa de llegar de una pelea de gatos. Lo cual no estaba muy alejado de la realidad.

—¡Me tomas el pelo, coño! —Bajó deprisa los peldaños para acercarse a mí.

—Ojalá.

—Tranquila. —Me puso la mano en la parte de atrás del cuello y me lo acarició con mucha más suavidad de lo que antes había hecho con el suyo propio. Noté las rugosas callosidades de sus dedos, y la sensación era muy distinta de la que estaba acostumbrada a experimentar con Chris, cuyas manos eran muy suaves y delicadas—. Esta pequeña maldad de zorra es lo peor que puede hacerte ya. No hagas caso. Tú estás por encima de esto.

—La verdad es que no lo sé. Si tuviera la oportunidad, creo que no tendría problemas en dispararle, aunque fuera un misil.

—¿De verdad que es eso todo lo que se te ocurre? ¡Qué decepción!

—No, Dame tiempo. Prácticamente acabo de despertarme.

¡Madre mía, su risa! Honda, casi amenazadora, preocupante. Nunca había oído nada parecido. Había olvidado cómo sonaba la de Chris. De hecho, me preguntaba hasta si se había reído alguna vez delante de mí. No me vino nada a la memoria. ¡Qué tristeza, el tiempo de mi vida que le había dedicado, aunque solo hubieran sido algunos meses! Y aunque de los problemas de Chris la culpa era solamente suya, me habían terminado salpicando como los charcos sobre los que pasan los automóviles los días de lluvia.

Necesitaba urgentemente un cambio. Lo necesitaba ya.

También tenía que dejar de hacer comparaciones, de utilizar a Chris como elemento de referencia. Estaba fuera de mi vida, por completo. Fin.

Vaughan señaló hacia la casa con la barbilla, mientras continuaba riéndose.

—Ve a tomarte el café y el pastelito, anda. Y después me cuentas más fantasías de venganza. ¡Son divertidísimas! Me apetecen sangre y vísceras, algo muy gore, Lydia. Por ejemplo, atarlo, cubrirlo con miel y soltar miles de hormigas toro australianas para que se lo coman vivo. Y grabarlo, por supuesto. ¡Vamos, a por él!

Me dirigí hacia la casa sonriendo, de muchísimo mejor humor tras contemplar la sonrisa de Vaughan.

—No hay pastelitos, son palmeras —corrigió Nell.

—Sean lo que sean, están estupendas —dijo.

Su hermana gruñó.

—Me alegro mucho de verte, hermanita.

En la encimera de la cocina reposaban otro café y una gran bolsa de «The Bird Building», llena de las susodichas palmeras. Era una tienda del centro, una zona a la que había ido pocas veces. En nuestro negocio inmobiliario, Ray y yo solíamos dedicarnos a las propiedades residenciales; por supuesto, las más caras se las reservaba para él. Chris era el encargado de los locales comerciales.

El café estaba delicioso, y no me importó recalentarlo en el microondas. Mis años pasados trabajando en oficinas me habían acostumbrado a no tener en cuenta esas minucias. Las palmeras eran de esas cubiertas de azúcar glasé. Estaban riquísimas, tan ligeras y dulces que prácticamente se derretían en la boca. ¡Qué delicia!

Me llevé fuera el desayuno y me senté en los escalones.

—¿De qué tienes que hablar conmigo? —le preguntó Vaughan a su hermana.

Nell me lanzó una mirada furtiva. Me sentí incómoda.

—Mejor me voy dentro a desayunar. Así me libero del sol durante un rato. ¡Pega fuerte! —dije, logrando con cierta dificultad que no se me cayera ni una miga de la boca. ¡Qué les dieran a los buenos modales! Estas palmeras eran gloria bendita.

—No, no te vayas. Lydia puede escuchar cualquier cosa que tengas que decirme —afirmó para mi sorpresa, y además me dedicó una sonrisa irónica—. No tenemos secretos, ¿verdad?

—Bueno, después de lo de ayer creo que no demasiados, pero...

—Por mi parte no hay problema. —Nell se sacudió las manos en los laterales de los *jeans* negros—. En serio.

Volví a sentarme con cierta precaución. Puede que en unos minutos decidiera excusarme para ir al baño. Ya veríamos.

—¿Y bien? —insistió Vaughan—. Dispara.

—Necesito que me prestes cincuenta y seis mil dólares, o que compres por esa cantidad la parte del restaurante que le corresponde a Pat.

Abrió mucho los ojos y soltó un bufido.

—¡Mierda! ¿Tanto?

—Sí, hablo en serio.

—Ya me había dado cuenta.

—¿Lo harás? —Se recogió el pelo despacio. No obstante, no podía mantener quietas las manos, y empezó a pasárselas por la camiseta. Estaba nerviosa, muy nerviosa—. Por favor, Vaughan. Quiere irse, y yo tampoco quiero volver a tener nada que ver con él. El divorcio se consumará en unos días, y las cosas están tan tensas que ya no puedo soportarlo.

Él echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo.

—Nell...

—Pat me odia. Está insoportable. Se niega a seguir trabajando en el bar.

—¿Qué demonios ha pasado? Lleváis juntos desde que tú tenías catorce años. ¿No puedes aguantar un poco más?

—Llevas fuera mucho tiempo, Vaughan —dijo. Tenía unas ojeras bastante pronunciadas—. Ha cambiado, sobre todo desde que rompimos. De hecho, él y Eric se pelean en cuanto se cruzan.

—¡Mierda!

—Pat no para de proferir amenazas acerca de lo que hará si no le compramos su parte del negocio —explicó Nell, retorciéndose las manos.

—¿Joe no puede comprarlo?

—No tiene suficiente dinero —dijo ella, negando con la cabeza—. Eric todavía le está devolviendo en efectivo el treinta por ciento que le prestó cuando abrimos.

—¡Madre mía, qué lío! —exclamó, pasándose la mano por la cara—. Estas cosas son las que suelen pasar cuando te metes en negocios con amigos o familiares. Siempre se vuelven muy difíciles cuando las cosas vienen mal dadas.

—Tienes razón. Debería haber recurrido a extraños para cumplir el sueño de mi vida, ¿no?

—No tenía ni idea de que te iban tan mal las cosas —dijo Vaughan levantando los hombros en gesto de impotencia.

—Estabas muy ocupado, de gira, grabando y demás. No quería preocuparte. Pensé que podría solucionarlo por mí misma.

—Ya... —Soltó un suspiro muy prolongado—. Lo siento mucho, Nell. No

dispongo de ese dinero. Si lo tuviera no tardaría ni un segundo en prestártelo, pero no lo tengo.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy sin blanca. Las cosas... no iban tan bien como os hacía pensar. —Se puso las manos en las caderas y la miró a los ojos—. De hecho, estaban verdaderamente jodidas. Hasta esperaba que fueras tú la que me compraras esta casa. Lo siento.

¡Dios, pobre Vaughan! En ese momento, me habría gustado desaparecer del mapa. Pero como no podía, me quedé en mi sitio, muy quieta, deseando que ambos se hubieran olvidado de mí.

—¿Quieres venderla? ¿Tan mal está la cosa? —preguntó.

—Ya se me ocurrirá algo. Todo se arreglará. —Se mordió los labios y miró al suelo.

—¿Tan mal está, Vaughan?

Cerró los ojos con lentitud y echó la cabeza hacia atrás. Tardó mucho tiempo en contestar.

—Tuve que pedir un préstamo para comprarte tu parte.

—¿Cómo? ¡Pero si me dijiste que tenías el dinero! —Nell estaba asombrada.

—¿Y qué querías que te dijera? —Entrecerró los ojos y la miró con enorme intensidad. Su mirada parecía un láser—. Como dijiste antes, abrir el bar era el sueño de tu vida. Igual que el mío era dedicarme a la música. Me apoyaste todo lo que pudiste. ¿Acaso creías que no iba a hacer lo mismo por ti?

Nell se cubrió la cara con las manos, diciendo palabrotas al tiempo que respiraba. Se pasaron así un buen rato.

—Durante un tiempo la cosa fue bien —siguió Vaughan—. Hacíamos bolos, nos pagaban. Después pasamos una mala época y tuve que hipotecar la casa.

—¿Hipotecaste la casa en la que crecimos? —Su voz era casi un lamento. Supuse que lo que se dice acerca de las personas pelirrojas y la intensidad de sus sentimientos debía de ser cierto, al menos por lo que a las mujeres se refiere—. ¡Vaughan!, ¿cómo pudiste?

—Está casi pagada. La gira con Stage Dive ha producido muchos beneficios, pero todo se fue al carajo cuando se disolvió el grupo.

—Si mamá siguiera viva, esto la habría matado. Ahora debe de estar removiéndose en la tumba —dijo ella meneando la cabeza.

—Lo sé.

—Y respecto a papá... ni sé lo que habría hecho. Pero nunca encontraron su cuerpo. O lo que quedara de él.

Vaughan no pronunció palabra alguna. Su cara lo dijo todo por él.

En la distancia, se oyó el rugido de una segadora poniéndose en marcha. Era irónico darse cuenta de cómo las desgracias que nos afectan no rozan la vida cotidiana del resto de la gente, ni siquiera de la que vive muy cerca de nosotros. Sin embargo, desde dentro nos parecen insolubles, y por tanto insoportables. Nos quitan la fuerza y la alegría. Es más, nos sentimos estafados con la vida. Lo cual es una absoluta tontería, la verdad: era seguro que, fuera como fuese, Vaughan solucionaría sus problemas económicos y yo me enamoraría de nuevo. Yo encontraría un trabajo que me gustara, o al menos que tolerara, y él formaría otro grupo musical. La vida seguiría su curso.

Sin embargo, ahora parecía un enorme montón de mierda inamovible.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer —dijo Nell, irguiendo la espalda—. Vendrás a trabajar al Dive Bar.

—Pero... —Ella alzó la mano con autoridad para interrumpir su protesta.

—No, Vaughan —dijo—. Tú necesitas dinero, y nosotros necesitamos un encargado del bar. Demonios, hasta puede que necesitemos más personal. De un modo u otro, tú estarás cubierto. A partir de ahora ocuparás el puesto de Pat detrás de la barra.

—Mi intención era quedarme en la ciudad unos días nada más. Una semana, como mucho.

Alrededor de la boca de Nell se formaron unas indescifrables arrugas.

—Muy bien. Lo que sea. Trabaja mientras estés aquí. Empiezas a las seis. No llegues tarde.

—De acuerdo. Llegaré a la hora.

—Y que Lydia se venga contigo.

—¿Por qué?

—Porque me gusta. Entre otras buenas cualidades, no ha hipotecado la casa en la que me crié.

—Está bien —dijo Vaughan cruzando los brazos.

—Gracias por el café y las palmeras —dije.

—De nada. Nos vemos después.

A él le costó un buen rato hacer siquiera un movimiento tras la marcha de su hermana. Se quedó mirando en la dirección en que ella se fue, perdido en sus cavilaciones. Por mi parte, mi cabeza se llenó de clichés inútiles, la típica bazofia cutre para animar torpemente a alguien bien jodido, y que nunca cumple su propósito. Así que no dije ni una palabra. A ninguno de los dos nos apetecía escuchar obviedades.

Este verano se estaba destapando como un auténtico hijo de puta.

Me preguntaba qué estupideces se estarían diciendo acerca de mí en la ciudad. Tampoco es que me importara. No iba a acompañar a Vaughan esta noche al bar de su hermana para averiguarlo. En primer lugar, necesitaba encontrar un sitio en el que quedarme hasta que se solucionaran del todo las cosas con los Delaney. Y, si quería tener algo que ponerme a corto plazo, tenía que encontrar mis cosas en esta jungla.

Así que me froté las manos y dejé la taza de cartón en la escalera para tirarla después a la basura.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Mentiroso —susurré.

—No lo soy —susurró él en respuesta.

—Bueno, igual no.

Me miró dubitativo.

—Ha sido una conversación muy dura. Lo que quiero decir es que no estar bien es lo lógico en este momento. O sea, que eso equivale a estar bien.

Soltó un gruñido y echó los hombros hacia atrás.

—¿Tienes ganas de hablar sobre sentimientos, Lydia? ¿Es eso lo que quieres?

—¡No, por todos los demonios, para nada! —dije riendo—. Después de lo de ayer quiero dejarme de ese tipo de conversaciones durante todo el tiempo que pueda. Propongo que nuestras charlas, si las hay, sean tan superficiales como resulte humanamente posible.

—No sabes lo que me alegra escuchar eso. —Una mano enorme me acarició el cabello con suavidad. Tenía el pelo tan enmarañado que debía de parecer el de una loca, pero es que no me había peinado después de haber dormido un montón de horas. Su mirada se suavizó—. Me tenías preocupado.

—Pues no tienes por qué —dije rápidamente—. Y quiero que sepas que estoy contigo, exactamente igual que tú estuviste ayer conmigo.

—Eso suena muy peligrosamente a una conversación sobre sentimientos, Lydia.

—No, no es así.

—Sí, sí es así.

—Bueno, pues tómatelo como quieras. —Me encogí de hombros y me adentré en la espesura, en busca de mis pertenencias. Vi brillar algo entre la hierba, que estaba muy crecida. Un anillo—. Me apetecería tirotear desde un automóvil la casa de Samantha y Ron, o por lo menos lanzarles huevos, pero la

valla es demasiado alta.

—Sí, eso es un problema. —Vaughan se puso de rodillas junto a mí y empezó a buscar entre la vegetación—. ¿Y si envolvemos la valla con papel higiénico?

—Estaría bien.

—Conocí a un tipo que dejó a su novia mandándole un mensaje de texto. Llevaban saliendo cuatro o cinco años. Era serio, vaya, no un pasatiempo. Ella llenó un par de jeringas de las grandes con aceite del que queda después de freír pescado y lo inyectó en su automóvil por el hueco de las puertas. Fue a parar directo al interior, a la tapicería del suelo y de los asientos. —Me miró con una sonrisa aviesa—. El tipo regresó de una gira dos meses después, y te puedes imaginar cómo apestaba el interior de su deportivo. No te podías ni acercar, así que imagínate conducirlo...

—¡Esa chica debería optar al Nobel! —dije. Solo me faltó aplaudir.

—¿A que sí? —Lo miré y descubrí con horror que, agarradas con el índice y el pulgar, me mostraba unas bragas verdes de seda—. ¿Son tuyas?

—No. Seguramente serán de alguien cuyas pertenencias hayan sido arrojadas a tu jardín trasero. Pero me haré cargo de ellas, tranquilo, no hace falta que te las quedes.

—Tiene sentido. —Las inspeccionó con interés—. Tipo tanga brasileño, ¿no?

—Parece que conoces bien la ropa interior femenina, ¿no? —espeté, imitando su tono.

—Es importante saber apreciar las cosas buenas de la vida. Sobre todo, si tienen que ver con una mujer guapa.

—¡Qué amable!

—¿Sabes? Te estaba imaginando con esas cosas puestas. Solo con ellas, quiero decir. —¡Otra de sus sonrisas!—. De todas formas, me alegra estar equivocado. Son sexis, muñeca. Pero que muy sexis.

—A mí me alegra que cuenten con tu aprobación.

—Dime que vas a venir al Dive Bar conmigo esta noche.

—¡Vaya! —Dudé, aunque todo lo que pensaba me llevaba a rechazar la idea—. Es un lugar público. No creo que resulte conveniente. Pienso que, en estos momentos, lo mejor para mí es pasar desapercibida. Encontrar algún sitio donde esconderme unos días, arreglarlo todo y marcharme de esta ciudad. Y después empezar de nuevo en otra parte.

—Te quedas conmigo hasta que estés preparada para irte —dijo, como si fuera algo obvio.

—¿En serio?

—Pues claro.

—¿No te molestaré, ni estaré en medio?

—No. —Me pasó las bragas—. Por supuesto que no.

Las metí a toda velocidad en la caja que tenía más cerca. Dados los niveles de vergüenza a los que había llegado durante las últimas veinticuatro horas, cercanos a una alarma nuclear «DEFCON UNO», lo cierto es que un par de bragas, por mucho que fueran tipo tanga y de seda, no deberían haberme afectado nada. Pero el caso es que sus bromas y comentarios lograron perturbarme.

—No sé, la verdad —dije—. Si lo pensamos bien, apenas nos conocemos.

—Solo van a ser dos o tres días. Como mucho una semana, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Quién te preocupa, tú misma o yo?

—Tú —respondí. Agradecí el hecho de llevar puestas las gafas de sol. Esos bonitos ojos azules eran muy inquisitivos, y sabían mirar dentro—. Podrías cambiar de opinión y hartarte de mí. No quiero añadir más problemas a los que ya tienes.

—Lydia, yo tampoco busco echarte encima más problemas. Pero quiero que estés aquí.

—¿Eso quieres? —No quería perder el aliento, eso seguro. Fue un accidente. La idea de que yo de verdad le gustara a Vaughan me apetecía tanto como me aterrorizaba. Él era muy atractivo. Y yo era como era. Pero podía fingir frialdad durante unos días. Seguro que podría hacerlo—. ¿Y por qué, si no te importa que te lo pregunte?

Frunció el ceño y se tumbó sobre la hierba, relajándose por completo, al menos físicamente.

—¿Puedo decirte una cosa en confianza?

—Por supuesto.

Se mordió el labio una vez más y suspiró.

—Mi madre y mi padre murieron cuando yo tenía veinte años. Nunca he estado aquí sin ellos, al menos no más de una o dos noches seguidas. No sé, no me siento bien.

¡Demonios! Me partió el corazón.

—Nell se encargó de sacar las cosas, y buscó a alguien para que pintara la casa. Supongo para que yo no me sintiera extraño, para que me pareciera que era mi propia casa, no la de mis padres. Pero no me acostumbro. Lo es, no hay vuelta de hoja.

Me senté frente a él en la hierba, con las piernas cruzadas. Arranqué un diente de león y lo moví suavemente por la palma de la mano.

—Vaughan, será estupendo permanecer aquí hasta que arregle las cosas.

—Me alegro. —Una sonrisa se le fue dibujando despacio en el rostro—. Y me gustaría muchísimo que me acompañaras esta noche y conocieras el bar de Nell. A ella le encantaría que fueras, lo ha dicho.

Me froté la nariz.

—¡Vamos! Alguna vez tendrás que salir.

—Mmm. No es una buena idea. Creo que por este año ya he agotado con creces mi cuota de humillación.

—Lo pasarás bien —afirmó, negando con la cabeza ante mi comentario—. Nell no va a permitir de ninguna manera que nadie se meta contigo en su bar, muñeca.

—No me llamo así. —El diente de león salió volando debido a la cálida brisa, que se lo llevó Dios sabe adonde.

—De acuerdo, de acuerdo. Si vienes esta noche no volveré a llamarte nunca muñeca.

—¿Nunca jamás? —Lo miré por encima de las gafas de sol, tratando de averiguar hasta qué punto hablaba con sinceridad.

—Tienes mi palabra. —Con deliberada lentitud, se dibujó con el dedo pulgar una cruz en el pecho.

Le debía mucho a este hombre. Muchísimo. Pero la idea de mostrarme en público y arriesgarme a morir, a que me cortaran en pedacitos o, lo que es lo mismo, a que los cotilleos no pararan, y encima a pocos metros de mí, me descomponía. Hay gentuza en todas partes. Aunque, por otro lado, él también tenía razón. Alguna vez tenía que salir.

—De acuerdo —dije, extendiendo la mano.

Me la estrechó y la mantuvo así, mirándome a los ojos con fijeza.

—Te vas a divertir, Lydia.

CAPÍTULO 8

No me estaba divirtiendo. En realidad, lo que hacía era procurar no vomitar. Aunque, para ser sinceros, el estado en que tenía el estómago tenía mucho más que ver con la resaca que con cualquier otra cosa.

El Bird Building no era un centro comercial. Se trataba básicamente de un enorme edificio de ladrillo, de noventa años de antigüedad y dos pisos, situado en pleno centro de la ciudad. En la planta que daba a la calle había varios locales comerciales. Los dos primeros estaban vacíos, con las ventanas llenas de carteles anunciando actuaciones de grupos de rock, perros buscados por sus dueños, ferias al aire libre y todas esas cosas. Después una tienda de guitarras, The Guitar Den, un local de tatuajes llamado Inkaho y, finalmente, el Dive Bar, que ocupaba estratégicamente la mejor esquina del edificio.

Sonaba música de los Rolling Stones, que llenaba la cálida atmósfera junto con el ruido de vasos entrecrocando y de muchas charlas en voz relativamente alta. El ruido salía por las ventanas e inundaba también la calle, por otro lado, muy tranquila. Me dio la impresión de que había bastante gente para tratarse de un domingo. En verano acudían a la ciudad auténticas manadas de turistas, pero la mayoría de ellos se alojaban y permanecían en la zona del lago. Seguramente los bares, los restaurantes y las tiendas de esa zona estarían a rebosar. El centro, más lejos del agua, solía estar más tranquilo. Era un lugar más para la gente de la ciudad que para los visitantes ocasionales.

Vaughan me empujaba suavemente poniéndome la mano en la espalda.

—¡Tampoco voy a huir corriendo, tranquilo! —protesté, volviendo a apartarme el pelo de los ojos y estirándome las imaginarias arrugas del top negro de lino que llevaba.

—Ni se me había pasado por la cabeza que fueras a hacerlo —dijo, aunque su mirada era la imagen de la duda.

—Mentiroso.

—La verdad es que casi tuve que sacarte a tirones del automóvil...

—Eso solo significa que tienes un automóvil muy cómodo y agradable.

—De acuerdo. —Seguro que por dentro se estaba riendo de mí—. Adelante, chica soltera.

Sin ningún tipo de sutileza, me tomó por el hombro. Noté cómo sus músculos se tensaban, como si temiese que me fuera a escapar de un momento a otro.

Eso de que te guste una persona termina siendo traicionero. Y prometer algo que no quieres hacer, más todavía.

—He estado pensando sobre tus problemas de dinero —dije, según nos acercábamos al edificio—. En cómo podría ayudarte.

—Me da la impresión de que lo único que quieres es retrasar la llegada al bar —replicó, mordiéndose los labios.

—No, en serio, he estado preocupada durante todo el día por eso de que Nell no pueda comprarte la casa, que era lo que tú esperabas. Ya sé que acabamos de conocernos, pero si puedo me gustaría ayudarte.

—Tendré que vendérsela a otra persona —dijo suspirando—. Es una mierda pero, dada mi situación, no puedo hacer otra cosa.

—Lo siento.

—Gracias —respondió, pasándose la mano por la cara—. No estarás replanteándote la decisión de dejar la ciudad y hacer una oferta, ¿verdad?

—Ya me gustaría a mí tener dinero suficiente como para hacerlo. Y trabajo. —Un par de años en el mercado inmobiliario me habían permitido ahorrar algo, pero no lo suficiente como para pensar siquiera en comprar la casa de Sanders Beach—. Lo que estaba pensando es que te podía aconsejar respecto a la situación del mercado, presentarte a un buen agente, y esas cosas.

—Ya, bueno... ya hablaremos sobre eso en otro momento, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. En cuanto estés preparado.

—Gracias.

Dos chicas jóvenes pasaron a nuestro lado, y una de ellas volvió la vista para mirarme de nuevo. Ya os imagináis lo que pasó después: rápida como el rayo, empezó a susurrar al oído de su amiga. Y la amiga se volvió hacia mí sonriendo. ¡Agg!

—Puede que esta noche sea demasiado pronto —dije, dando un paso atrás—. Quiero decir que tú tendrás que concentrarte en el trabajo del bar y, la verdad, Nell estará muy ocupada en la cocina, así que...

Con un movimiento bastante rápido se colocó frente a mí y me miró a la cara. Me agarró por las caderas, evitando así de forma abrupta la huida que estaba a punto de emprender.

—¿Lydia?

Pestañeé varias veces.

—¿Vaughan?

—Vamos a entrar y todo va a ir bien.

—Yo no estoy tan segura.

Se detuvo un segundo para pensar y tragó saliva.

—¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

—Que todo el mundo me señalara y se echara a reír, con lo cual reviviría toda la vergüenza y el trago terrible que pasé ayer por la tarde.

—Sí, tienes razón. —Me acarició las caderas suavemente con los dedos por encima de los *jeans*, y acercó mucho la cara. No hizo nada, solo estar allí cerca —. ¿Y cómo lo superaste?

—Bueno, por orden cronológico: salí huyendo, apareciste tú, soporté el sarcasmo, actué con violencia, me sacaste del apuro y, aunque no por ser lo último resulta menos importante, el tequila ayudó lo suyo.

—Bueno, pues hoy, con excepción de la huida, puedes repetirlo todo — explicó—. ¿Qué te parece?

—¿Quieres que te conteste con sinceridad?

—No, ni mucho menos. Te lo vas a pasar bien, Lydia.

Lo dudaba mucho; es más estaba segura de que no iba a ser así, pero sería poco educado decírselo a la cara.

—Y si alguien ahí dentro se mete contigo, yo le daré un puñetazo en tu nombre.

—Todavía me duele la mano, así que te lo agradezco. Eres muy amable.

—Espero no tener que hacerlo, pero si ocurre, será un verdadero placer.

Nos pasamos un buen rato allí de pie, el uno frente al otro, sonriendo. Fue perfecto. Pero de inmediato me di un golpe en la frente con la palma de la mano.

—¡Joder! Es tu primer día de trabajo y aquí estoy yo otra vez, dándote la tabarra con mis problemas.

Levantó un poco la cabeza.

—Pues sí, es verdad.

—Lo siento mucho.

Exhaló un larguísimo suspiro. Su capacidad pulmonar era tremenda, al parecer. Y también la de soportar amigos tóxicos, como yo misma.

—¿Vaughan?

—Para empezar por lo bueno, te diré que cuando estás preocupada las tetas se te mueven para arriba y para abajo cada vez que respiras. ¡Es magnífico! No me

canso de mirarlas, de verdad. —Pude comprobar que se le formaban unas pequeñas arrugas en la frente y en los labios, no sé si debido a la admiración del movimiento que había descrito, y que se producía a pocos centímetros de su propio pecho—. Me gusta tanto que a veces tengo la tentación de empezar a hablar de tus problemas para que empiece el espectáculo.

Sonrió ampliamente. Yo no hice ningún gesto.

Bueno, eso no es verdad.

—Me sentía mal, idiota.

El muy capullo, aunque guapo como él solo, eso sí, siguió sonriendo. En la distancia, pude ver la primera estrella del crepúsculo brillando contra la luz gris y violeta del cielo. La silueta de las montañas se recortaba, oscura por el contraste. El espectáculo de la naturaleza. Pero eso no tenía nada que ver con lo que yo sentía en las cercanías de Vaughan. Deseo, atracción, lo que fuera... En este momento me dominaba por completo, y de la peor manera posible. Puede que, si al acabar de trabajar estuviera de buen humor, le propusiera aquello del sexo entre amigos, sin más. Los dos íbamos a estar solos en la ciudad durante unos días, el tiempo pasaría rápido. Él me miraba alternativamente la cara y los pechos, sin detenerse mucho rato ni en la una ni en los otros.

Los pezones son unas bestezuelas que reaccionan a todo, sin tener en cuenta lo discreta que quieras mostrarte. Así que, por supuesto, en ese momento se pusieron duros como piedras, y él se dio cuenta. ¿Cómo iba a pasársele eso por alto? A toda velocidad crucé los brazos en gesto defensivo y de autoprotección.

—Ni me había dado cuenta... —Palabras absurdas, la verdad—. Lo que dices no tiene sentido. Quiero decir, estoy vestida, y el top no deja ver ni siquiera parte del canalillo.

—Eso no importa. Puedo ver perfectamente su forma. Eso es más que suficiente para hacer feliz a un tipo como yo.

—Me da la impresión de que tienes un trastorno obsesivo-compulsivo con los pechos. ¿Has pensado en apuntarte a una terapia para intentar superarlo?

Suspiró con falsa cara de disgusto.

—No hay nada de malo en el hecho de que a un hombre le guste el pecho femenino, sobre todo si es bonito. Pero si no estás de acuerdo, puedes golpearme con las tetas todas las veces que quieras, no me importa.

Puse los ojos en blanco.

—De acuerdo, ya hemos hablado de tus problemas y de los míos. ¿Hemos terminado? —preguntó, recobrando de pronto la seriedad—. ¿Podemos entrar en

el bar?

—Vamos.

Asintió.

—Lo vas a hacer muy bien —lo animé, con todo mi entusiasmo.

—Eres tú la que está nerviosa, no yo. Yo estoy perfectamente, muñeca —dijo para tomarme el pelo.

—¡Qué gracioso! Si me llamas otra vez muñeca me largo.

Lo que hizo fue agarrarme fuerte del brazo y apartarme para esquivar a la pareja que estaba en los escalones. Así atravesamos las puertas de cristal esmerilado.

Aunque no estuviera nervioso, no estaba de todo segura acerca de su estado de ánimo general. Me parecía que eso de trabajar para su hermana Nell podía contradecir su forma de concebir la vida, que sin duda era la de un guitarrista de rock que va a lo suyo. Tendría que adaptarse a recordar precios, recetas de cócteles, el lugar en el que estaba cada cosa, las comandas, la trayectoria de otros camareros para no tropezar, la compra sin pasarse o no llegar, en fin, a todo lo que tiene que ver con llevar un bar adecuadamente. La verdad es que Vaughan tenía por delante una noche de lo más difícil. Y, además, acababa de volver a la ciudad en la que había pasado su niñez, volvía a respirar la brisa de Idaho, en donde sus padres habían muerto antes de convertirse en un adulto en toda regla... seguro que todo eso lo machacaba, quisiera o no. Y además había que añadir el problema económico y la reciente ruptura de la banda. Era lógico que me preocupara por él, no podía evitarlo. Los dos habíamos tenido sueños que se habían ido por el desagüe.

Se había pasado todo el día a mi lado, ayudándome primero a encontrar mis cosas y después a guardarlas y limpiarlas. No habíamos hablado de nada profundo ni significativo. Solo de las cosas que nos gustaban: películas y series, música, sitios que habíamos visitado y esas cosas. Me contó anécdotas ocurridas durante las giras. Tuve la sensación de que quería mantener la mente ocupada a toda costa.

Era comprensible. Quería olvidar los problemas, no hablar de ellos. A ambos nos desbordaban.

Cuando entramos no reconocí ninguna cara, pero era normal, pues seguía nerviosa por tener que aparecer en público después del espectáculo del día anterior.

—Aquí estoy, deseando quedarme admirada por lo bien que trabajas como camarero —dije mientras avanzábamos como podíamos, esquivando las mesas y

a la gente.

—De acuerdo. Haré unos cuantos malabarismos con tres o cuatro botellas, al tiempo que caliento algo al fuego y te preparo un martini seco. —Lo pronunció como si ese cóctel fuera su secreto mejor guardado—. ¿O eres más de margaritas?

—Hoy creo que me va a bastar con varios vasos de agua con hielo. Si quieres ponerte fino, aceptaré que le pongas una rodaja de limón. Y hasta una pajita.

—¿En serio? —Sonrió, pero solo con los labios. ¡O sea, que no estaba nervioso, vamos ya! Puede que ocultara los sentimientos mejor que yo, pero cuando son intensos acechan justo debajo de la superficie, es inevitable. Todo aquel que sabe buscar es capaz de distinguirlos.

—¿Todavía sufres las consecuencias del tequila de anoche? —preguntó.

—Más o menos.

Se inclinó un poco, suavizando la mirada.

—Lydia...

—¡Ya estáis aquí! —Nell se acercó a toda prisa. Llevaba el pelo muy sujeto, y vestía un delantal negro de lo más profesional.

Vaughan frunció el ceño mientras miraba el reloj.

—He llegado a la hora.

Una de las cejas de Nell se levantó como un resorte.

—¿Acaso he dicho yo lo contrario?

—Bonito sitio. —Interrumpí la discusión en ciernes entre los hermanos antes de que fuera a más—. Me encanta el contraste de la madera oscura con el ladrillo visto, y los enormes ventanales, por supuesto. Se crea una atmósfera de lo más sugerente. —Era así de verdad. La palabra que, para mí, describía mejor el aspecto del sitio era «auténtico». No obstante, había algún que otro detalle lujoso y ciertas trazas de los años veinte, de cuando se construyó el edificio. Se había conservado una parte de la pared con carteles de grupos clásicos de rock. Una escalera de caracol, de hierro negro, ascendía grácilmente hacia el piso de arriba, que estaba cerrado. Las mesas, con patas metálicas y superficie de madera, y las sillas tenían cierto toque industrial. Pero también había reservados en los que abundaba el cuero, negro y brillante. Podría parecer que no pegaba, pero, sorprendentemente, sí, y quedaba muy bien. Daban ganas de sentarse en uno de ellos y pedir una copa, o algo para comer.

—Es increíble, Nell.

Las arrugas de preocupación o fastidio que había en la boca de Nell desaparecieron dando paso a una sonrisa de genuino placer.

—¿De verdad te gusta?

—¡Me encanta! —Chris ni habría asomado la nariz por este sitio, por no ser lo suficientemente elegante y distinguido para él, pero que le dieran. El bar te hacía sentir a gusto, relajada, pese al movimiento continuo de la gente yendo de un lado para otro, mirando y susurrando. No. De acuerdo. No era verdad. Ni me gustaba ni me relajaba. Nunca debí dejarme arrastrar y venir aquí, había sido una idea horrible. Tenía que haber permanecido escondida en casa de Vaughan.

¡Oh, no! Esperad. Me equivocaba. A quien miraban era al propio Vaughan, con sus *jeans* ajustados. Lógico. Su trasero era una obra de arte. Me relajé y respiré hondo. Excelente. Iba a ser una noche agradable. Me adaptaría, me relajaría y charlaría con Nell.

—La mayor parte del trabajo lo hicieron Eric y su hermano Joe. Ven conmigo, te los voy a presentar. Joe, esta es Lydia —dijo en voz muy alta, atrayendo la atención de casi todo el mundo.

Pues vaya. Ahora sí que era el centro de atención. Bendita fuera Nell y su extraordinaria capacidad pulmonar. Lástima que la utilizara para hacer el mal, y no el bien.

—Ya sabes, la chica de la que te he hablado. —Me agarró con fuerza de la muñeca y me arrastró por el laberinto de mesas, sillas y personas.

—Ya veo —respondió una barba rubia desde detrás de la barra, al tiempo que inclinaba la cabeza en dirección a mí. Inmediatamente después sus ojos sonrientes se centraron en Vaughan—. Has sido muy amable al hacernos saber que volvías a la ciudad, capullo.

—De acuerdo, de acuerdo, ya se ha encargado Nell de echarme la bronca por todos. —Vaughan se acercó moviéndose con agilidad y agarró del hombro a su amigo—. Me alegro de verte.

—Y yo. ¿Cuánto tiempo vas a pasar aquí esta vez?

—Pues no lo sé, la verdad. Tengo que solucionar algunas cosas.

Joe asintió con un gruñido.

El tipo tenía todo el aspecto de un cruce entre una montaña de Idaho y un camarero de bar de carretera. Una especie de guerrero vikingo, para que me entendáis. Era enorme, tenía unos hombros enormes y una barba rubia enorme. Estaba claro que en la zona septentrional de Idaho había bastantes más dioses del sexo de los que yo me había imaginado. Tendría que replantearme la pobre impresión que había recibido con mis compañías previas, y añadir alguna categoría nueva. Vaughan ocupaba el nivel más alto, eso estaba fuera de toda duda, pero este tipo, si se celebrara un concurso de metrosexuales, igual hasta lo

ganaría. En vista de mi apresurado retorno a la condición de soltera y sin compromiso, estaba claro que tendría que replantearme mis clasificaciones en lo que se refería a los hombres.

Sí, sí, ya sé que no es adecuado, por sexista, considerar a los tipos como puros objetos. Pero comprended mi situación.

—Me han dicho que estás contratado —le dijo Joe a Vaughan.

—Pues sí.

—Entonces ponte en el lado de la barra que te corresponde.

Vaughan se rio con ganas e hizo lo que le dijeron. Estaba claro que el bar era antiguo, y a la vez original. Sobre la madera pulida de la barra había escritos a punzón, o lo que fuera, montones de nombres, fechas y otras cosas, que seguramente no se habían hecho desaparecer desde el momento de la inauguración, muchos años atrás. Era un sitio con historia, no cabía duda alguna. La barra era bastante grande, y ocupaba toda la longitud de una de las paredes interiores. Por detrás había muchas estanterías, llenas de botellas de todas clases. De todo lo que uno pudiera imaginar. Unas luces bajas las iluminaban, con un resultado de lo más efectista. La de abajo estaba atestada de botellas de cerveza. ¡En mi vida había visto tantas juntas!

Estaba claro que en el Dive Bar la bebida se tomaba muy en serio.

—Oye, hermanita —dijo Vaughan bajando la voz.

—¿Qué?

—Sé amable.

—Yo siempre soy amable —dijo Nell dándome unos golpecitos en el brazo antes de volverse hacia su hermano—. No te preocupes, tu nueva novia estará a salvo conmigo. Bueno, vamos a repasar rápidamente la lista de precios.

—No soy su novia —dije en voz bastante alta, para que se enteraran bien los que estuvieran escuchando—. Solo somos amigos.

—¿Ah, sí? —preguntó Joe rascándose la barba—. Pues mira, yo tampoco estoy saliendo con nadie.

—¿En serio? —pregunté, e inmediatamente me avergoncé por haber mostrado tanto asombro.

El grandullón se encogió de hombros, mirándome con cara casi de disculpa.

—Ya sabes, trabajar de noche, un sitio como este...

—¿Estás intentando decirme que no tienes la oportunidad de conocer a un montón de chicas trabajando aquí?

Juro por Dios que bajo esa espesa barba había un hoyuelo.

—Sí, conozco a muchas chicas, y no necesariamente de las que llevarías a

casa para que conocieran a mamá, ya me entiendes.

—No hay nada de malo en eso.

—Por supuesto que no, señora. —Joe empezó a observarme con renovado interés y, por supuesto, su mirada oscura se tropezó con mis atributos femeninos. Pero por atractivo y viril que fuera, que lo era, el hecho de ser compañero de trabajo de Vaughan complicaba las cosas. Y lo que menos deseaba, hasta que mirara esta ciudad desde el espejo retrovisor, era buscar complicaciones. Más complicaciones, quiero decir.

Nada que implicara a mi cuerpo no casado, aunque lleno de curvas.

—Lo siento —dije—. En estos momentos no tengo en mente conocer, o no conocer, ni a tu madre ni a la de nadie. Acabo de salir de una mala relación, y con una madre todavía peor.

—Sí, algo he oído —dijo con certeza absoluta.

—Ya. —¡Agg!—. Un desastre.

—¿De verdad trepaste por una valla de dos metros y medio, con tacones y vestida de novia?

—En realidad era de unos dos metros.

El camarero soltó un bufido.

—De todos modos... ¡Impresionante!

—Gracias.

La música de los Rolling dio paso a la de Arctic Monkeys, y con los aromas procedentes de la cocina se me hizo la boca agua. Ajo, carne de ternera, guisos en general, todos de lo más apetecibles. Pese a la música, estaba casi segura de que en dos manzanas a la redonda se podía oír el ruido que me hacían las tripas.

—Joe estará contigo toda la noche, Vaughan, así que puedes preguntarle lo que necesites —dijo Nell, dando por terminada su brevísima clase.

—Muy bien, gracias.

Los dos me dedicaron una sonrisa.

—Recuerda todo lo que te he contado sobre Lydia —dijo Vaughan, mirando a su hermana con mucha seriedad—. Y, sobre todo, que no se moje ni coma nada después de medianoche, porque de lo contrario se convertirá en un ser peligroso, extraño y sicótico. No será nada bueno.

—¡Oye, que no soy un Gremlin! —dije.

—¡Es cierto! —Vaughan se golpeó la cabeza en plan teatral—. Soy un desastre. ¡En realidad fue el tequila, no el agua ni la comida! Así que puedes mojarla y alimentarla todo lo que te parezca. Simplemente que ni huela el tequila.

Me llevé el dedo índice a la sien y lo moví.

Los dos idiotas compartieron risitas. La verdad es que Nell tenía toda la razón. Cuanto antes mandaran a todos los hombres del mundo en una misión para colonizar la luna, o a ser posible un satélite de Júpiter, mejor para todas nosotras.

—¿Hay alguien que de verdad esté trabajando aquí esta noche? —Una mujer bajita, morena y delgada, que llevaba una camiseta del Dive Bar, se apoyó en la barra con gesto de impaciencia. Ella y Vaughan se saludaron haciendo un gesto de familiaridad con la cabeza.

—¿Alguna noticia de Stella? —preguntó Nell.

—No —respondió la chica—. Mi compañera sigue desaparecida en combate.

—¡A esa chica la voy a poner de patitas en la calle más pronto que tarde! Me da igual lo buena que sea con los clientes, al menos según Eric. Rosie, esta es Lydia —me presentó Nell—. Lydia, Rosie, una de nuestras camareras. Lleva con nosotros desde el principio. También fue compañera de curso de Vaughan en el colegio. Dile hola.

—Hola —obedecí.

—¿La novia a la fuga de los Delaney? —Los ojos de Rosie brillaron de curiosidad—. Llevo todo el día oyendo hablar de lo mismo. ¿De verdad fuiste capaz de saltar una valla de tres metros con alambre de espino en lo alto?

—Me ha dicho que sería de unos dos metros —contradijo Joe con su voz profunda—. Y no he oído nada relativo al alambre de espino.

El brillo de los ojos de la camarera dejó de ser tan intenso.

—Bueno, en todo caso no está mal para una mujer vestida de novia. A mí el vestido me quedaba tan apretado que ni siquiera habría podido salir de un charco de barro sin ayuda. ¿Sabías que el novio frustrado y su padrino han viajado a Hawái?

—¡No puede ser! —exclamó Nell.

Se me revolvió el estómago.

—¿Se han ido de luna de miel?

Tenía sentido, la verdad. De no hacerlo, los billetes se habrían desaprovechado. Bueno, por lo menos los de Chris. Seguramente tuvieron que comprar unos nuevos para el padrino. Los míos eran intransferibles, y dudo mucho que el seguro de cancelaciones cubriera la contingencia de una huida de la novia a causa de una cinta pornográfica entre homosexuales. No obstante, Chris y Paul estarían disfrutando ahora de una romántica luna de miel en la playa que, en realidad, me pertenecía a mí. Todo lo que me esforcé en buscar el hotel

más adecuado y la mejor habitación en la que comenzar nuestra vida de casados... Me pregunto lo que estarían pensando acerca de los masajes y las cenas románticas a la luz de las velas que había reservado. Pero apreté los dientes y cerré los ojos con determinación. Los llantos se habían acabado.

No me importaba. No, no me importaba.

—Yo también he oído decir que se habían ido —dijo una cliente que estaba en una mesa cercana.

Demasiada gente. Había demasiada gente hablando de mis asuntos. Me entraron escalofríos. De repente, los enormes ventanales y la madera oscura y brillante y todo el bar me pareció una ratonera. O un escenario con todos los focos centrados en mí. Levanté los hombros, intentando defenderme de las miradas de curiosidad. Nunca había pensado demasiado en cómo se sentirían los personajes que aparecían en las revistas del corazón. Siempre perseguidos por *paparazzi*, y con tu vida al aire impresa en papel cuché, analizada hasta el más mínimo detalle. Y eso que se trataba de un pequeño escándalo en una ciudad pequeña. Mi aversión a convertirme en el centro de las miradas y del interés, sobre todo tratándose de un asunto tan violento como este, me hizo pensar en la ridiculez del intento de los Delaney para comprar mi silencio. Esa gente no me conocía, ni lo más mínimo.

Quería recobrar mi privacidad. No ser más que una cara más entre la multitud, haciendo lo que me apeteciera, viviendo mi vida. Coeur d'Alene y yo habíamos terminado. Por siempre jamás.

Entre toda la locura, pude oír una voz.

—¡Oye!

Los ojos de Vaughan me atraparon, y me calmaron. El cotilleo no era el fin del mundo, no del mío. En unos días, pocos, estaría lejos de aquí. La idea de perder la compañía de Vaughan no me agradó, es más, me hizo daño, pero él, a su vez, también seguiría su propio camino. De nuevo hacia la Costa Oeste, el epicentro del negocio de la música. Yo haría amigos nuevos, y hasta puede que algún día encontrara un hombre en el que pudiera confiar, y con el que hacer planes de futuro.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —mentí—. ¿Por qué no iba a estarlo?

Se apoyó en la barra para acercarse a mí y aislarse un poco de los demás.

—Ese capullo te ha robado la luna de miel.

—¡Bah! Seguro que se dedica a cazar cangrejos.

—Apuesto lo que sea a que el sol le quema los huevos.

—Apuesto a que se lo comen los tiburones —dije con inquina—. No quedará de él más que una buena cantidad de sangre sobre la superficie del agua, como en *Tiburón*.

—Me gusta tu manera de pensar —dijo Vaughan mientras asentía mostrando admiración—. ¿Cómo te imaginas que podría ocurrir?

Me mordí el labio, pensativa.

—Puede que salga a pescar en uno de esos barcos y, como es tan torpe, se caiga por la borda. Los demás detalles merecen un poco más de reflexión.

Torció la comisura de la boca mientras seguía mirándome fijamente. Me pasé la lengua por los dientes. No noté que tuviera algo entre ellos. Puede que lo que mirara fuera un pequeño rasguño de la cara, o que acabara de darse cuenta de que tenía algo de sobrepeso, o lo que fuera...

—¿Qué pasa?

—Te noto más suelta —indicó—. Ya no pones esa falsa sonrisa de plástico, que no me gusta nada.

—¿En serio?

—Claro. —Estiró los dedos y suspiró—. ¿Todo bien, muñeca?

—Sí, todo bien, pero me llamo Lydia. —Me sentía feliz porque él estaba a mi lado. Incluso ni me importó que utilizara la palabreja, pero había que mantener las formas.

—¿Quieres que le dé un puñetazo a alguien?

—No. Si es necesario, yo me encargo.

—De acuerdo. —Se volvió hacia su hermana—. Nell, cuida de esta mujer. Aliméntala.

—Estoy en ello. —Una vez más, su hermana me tomó de la mano y me arrastró hacia la cocina, a la que se llegaba desde un extremo de la barra, lejos del centro neurálgico del cotilleo. ¡El Nirvana! Buena comida. Paz y tranquilidad relativas. Y todo con el aditamento de poder ver a Vaughan, la conjunción perfecta entre el buen amigo y el paradigma de la belleza masculina, moviéndose en la barra con agilidad y destreza. ¡Increíble! Salvada una vez más por mi héroe pelirrojo con *jeans* y lleno de tatuajes.

¡Si pudiera discurrir una manera adecuada de devolverle el favor!

CAPÍTULO 9

Nell sabía cocinar, y muy bien.

También era capaz de ladrar órdenes constantemente a su asistente, un tipo mayor que ella llamado Boyd y que parecía agobiarse con facilidad, al tiempo que no paraba de hacerme preguntas acerca de su hermano, aunque pronto averiguó que yo no sabía nada. Incluso, de una forma intermitente, despotricaba sobre Pat. Era una auténtica mujer multitarea.

—¿Está siempre así de lleno? —Me coloqué en un rincón, procurando no estar en medio y molestar lo menos posible. Todas las mesas estaban ocupadas, y había también varias personas en la barra, charlando y tomando cerveza o cócteles.

—En verano es difícil prever lo que va a pasar. Cuando los bares y restaurantes de la zona del lago se llenan, suelen dejarse caer por aquí los excedentes, además de nuestros clientes habituales. —Nell terminó de secar los bordes de un plato y lo dejó en una pila, debajo de la lámpara de calor, listo para ser utilizado de nuevo—. Mientras sigan viniendo, consumiendo y pagando, todos contentos.

Joe y Vaughan estaban muy atareados. Stella, la segunda camarera, había llegado por fin, por lo que el servicio era fluido. Rosie se mostraba amigable y dicharachera, pero Stella mantenía las distancias. A Nell no parecía gustarle su forma de trabajar, bastante desabrida, y yo estaba de acuerdo con ella. Debía tener veintipocos años, el pelo negro y muy corto y un aro en la nariz. De lo más moderna.

El trabajo no cedió según avanzaba la noche. Cuando se vaciaba una mesa, alguien la ocupaba de inmediato. Propuse pedir un taxi para irme a casa y dejar de distraer a Nell, pero me dijo que me callara. Así que, tal como me indicaba, probé los platos, charlé con ella y bebí agua con hielo a sorbitos en la cocina, limpia como una patena pese al ajetreo.

—Ya está otra vez mirando. Rápido, pon cara de estar contenta —ordenó

Nell.

Volví la cabeza y levanté el pulgar en dirección a Vaughan.

—¿Es normal que se preocupe tanto?

—Pues por lo que yo he conocido, no. Pero hacía años que no venía, así que no sé si habrá cambiado.

Empezó a cortar cebolla con un cuchillo de aspecto letal. No derramó ni una sola lágrima, y la admiré por ello. Si yo olía una cebolla fresca, lloraba como una Magdalena. Después fue a probar la textura de la pasta que hervía en una cazuela.

—He ido a la costa a visitarle unas cuantas veces. Siempre estaba muy ocupado, era una locura. O estaba en mitad de una grabación, o preparando una gira, o lo que fuera. Nunca teníamos tiempo para hablar.

—Una pena, ¿no?

—Sí. Y cuando abrí el bar, mi vida dio un vuelco. O estoy aquí trabajando, o en casa descansando y, sobre todo, durmiendo.

—No me extraña. —Nunca había dirigido un negocio propio, pero podía imaginármelo perfectamente.

—Desde que murieron nuestros padres, Vaughan apenas se ha dejado ver. No sé, supongo que en la mayoría de las familias pasa lo mismo, ¿no?

—Me da la impresión de que no soy la persona más adecuada para contestarte. Para empezar, mi familia nunca ha estado muy unida.

—¿De verdad?

—Yo fui un accidente. Mis padres no querían tener hijos, no estaba en su agenda. Siempre estaban trabajando, deseando prosperar más y más. Tener dinero para comprarse la mejor casa de los alrededores, y poder llenarla con lo último de lo último. —Me encogí de hombros—. Yo nunca me he planteado trabajar de esa manera.

—Papá trabajaba mucho, pero mamá siempre estaba en casa —explicó Nell frunciendo el ceño.

—No pretendo ser entrometida, ¿pero podrías contarme cómo murieron tus padres?

—En un accidente de tráfico —dijo, bajando acusadamente la voz—. Ocurrió de noche. Acababa de empezar a llover y había aceite en la carretera. Papá perdió el control y se estrellaron contra un árbol. Mamá murió en el acto, pero papá duró algo más. Lograron sacarle del automóvil y lo llevaron al hospital. Afortunadamente, nunca recobró la consciencia tras el accidente, así que no se enteró de que mamá había muerto.

—Lo siento mucho.

—Gracias. —Sacudió la cabeza—. En fin... Vaughan y yo estábamos muy unidos cuando éramos pequeños y en el instituto. Salíamos con la misma gente. Se me hizo muy raro, muy difícil, cuando se marchó. Estaba acostumbrada a tenerlo cerca casi siempre.

Me pasó un plato con queso feta y aceitunas.

—De hecho, mi exmarido, Patrick, era amigo de Vaughan. Así nos conocimos. Yo se lo robé. Quizá por eso esté preocupado por haberte dejado conmigo. —Me guiñó un ojo—. Igual le preocupa que haya salido del armario —me dijo con tono sarcástico.

—Bueno... si es así, lo siento, pero tendré que rechazar la oferta. —Me metí una aceituna en la boca. Deliciosa—. Eres muy atractiva, pero también muy complicada. Mi intención es evitar cualquier tipo de complicación romántica, al menos durante una temporada.

—¡Ja! Pues tendré que conformarme con que seamos amigas.

—Eso sí que me gustaría.

Sonrió y empezó a comprobar cómo iban las *pizzas*, que no eran demasiado grandes, pero parecían muy especiales. Las colocó en los respectivos platos haciendo un alarde de precisión. Que yo pudiera ver, llevaban queso *halloumi*, calabaza, espinacas y piñones. Tenían un aspecto divino y el aroma que desprendían era indescriptible.

—A mí también.

—Este sitio es mucho mejor que la mayoría de los bares-restaurantes en los que he estado. —Para ser sinceros, se parecía más a esos restaurantes modernos, que conforme avanza la noche se van convirtiendo en bares de copas y cócteles, y con un pequeño escenario en un rincón—. Está mucho más limpio, y las suelas de los zapatos no se quedan pegadas al suelo.

—Hemos mantenido el nombre —explicó Nell—. El padre de André Bird, el dueño del edificio, abrió el Dive Bar en los setenta. Hace seis años murió, apoyado en la barra. Un infarto fulminante. En un momento estaba sirviendo cerveza, y al siguiente ya estaba frito.

—¡Joder!

—Pat jura que vio el fantasma del tipo una noche mientras cerraba. Pero lo que yo creo es que mi ex estaba hasta arriba. —La sombra de una sonrisa pasó por su rostro, pero se disipó de inmediato—. ¿Sabes? Stage Dive hizo su primera actuación pública en ese escenario.

—¡No! —exclamé, abriendo mucho los ojos.

—Pues sí, como lo oyes. Lo que pasa es que estaban muy verdes, de verdad. Les llevó unos años lograr que mereciera la pena escucharlos.

Me quedé mirando al pequeño escenario, con la boca abierta y la mente en blanco. Pero se me pasó enseguida y volví la cabeza en dirección a Vaughan. Se le veía ocupado. Concretamente, en ese momento rellenaba de botellas de cerveza el enorme frigorífico. Todo parecía ir bien.

—Es habitual que vengan por aquí fans frikis para hacerse fotos y selfis en el escenario. —Colocó en un plato la pechuga de pollo que había estado preparando. De dentro de la carne sobresalía un relleno de queso y espinacas. Me pregunté si no estaría en la sección para *gourmets* del paraíso terrenal—. Algunos se pasan un poco: quieren besar o acariciar el suelo, y otras cosas peores. Una vez Eric y Joe tuvieron que echar a un tipo que pretendía masturbarse allí mismo. Seguro que estaba hasta las orejas de nieve, o de caballo, vaya usted a saber. ¡Qué asco!, ¿no?

—¡Ya lo creo! —espeté—. En todo caso, es increíble que conocierais tan pronto a Stage Dive.

—Vaughan fue al instituto con dos de ellos. Incluso coincidieron en alguna clase. Pregúntale cuando quieras. —Nell se detuvo un momento, haciendo una mueca—. Aunque, dado que su grupo se ha disuelto y que, además, Stage Dive está en la cumbre, quizá no sea el mejor momento para sacar el tema.

—Mejor me callo, la verdad. No debe de ser fácil aceptarlo, siendo de la misma ciudad que ellos.

Un par de chicas, vestidas con ropa muy ajustada, estaban en la barra flirteando con Vaughan. No es que fuera asunto mío, o no del todo. El exceso de alcohol en los clientes suele dar como resultado que los camareros de ambos sexos, si están buenos, se conviertan en objeto de deseo. Y la verdad es que suele haber motivos: guapos, en buena forma, con tatuajes atrayentes y misteriosos... en fin, en una palabra, atractivos. Las personas normales estamos en clara desventaja, pero así es la vida.

¿Por qué iban a sentar la cabeza si pueden mantener para siempre un estilo de vida fácil y libre?

—Es estupendo que este lugar tenga una historia tan rica —dije, obligándome a mi misma a mirar hacia otro lado. Igual tenía que graparme la cara a la pared. ¿Habría grapadoras adecuadas para eso?

Una vez más, Nell soltó esa especie de gorjeo con el que expresaba alegría o diversión, o ambas cosas. No era fácil dilucidar si se reía, si ladraba, o qué.

—Pues sí, tiene su historia. Tendrías que haber visto la cantidad de azulejos

de espejo, de papel con acabado de terciopelo y de otras guarrerías que tuvimos que eliminar hasta encontrarnos con los ladrillos y la madera originales. ¿Verdad, Boyd?

Boyd no dijo ni palabra. Sazonaba con afán.

Nell ni siquiera pareció darse cuenta.

—Yo quería cambiarle el nombre, pero Pat y Eric no estaban de acuerdo, y eran mayoría. Seguramente acertaron. Toda la ciudad lo conocía como el Dive Bar.

—Si llegáis a cambiarlo, igual el fantasma del viejo te habría poseído.

—Sí. A André padre no le habría gustado nada el cambio.

En la barra, Vaughan se afanaba en preparar dos copas de *bourbon* con Coca Cola, y después se las pasaba a Rosie. ¡Bueno, al menos había logrado dejar de mirarlo durante entre treinta y cuarenta segundos! Por algo se empieza. Joe le dio un golpecito en el brazo mientras le decía algo en voz baja. Vaughan asintió y empezó a preparar un cóctel. Su rostro anguloso parecía concentrado y decidido. Me sentí identificada con él. Aprender un nuevo trabajo nunca resultaba sencillo, y más uno de este tipo y en una noche tan ajetreada.

—¡Vaya, sí que te ha dado fuerte! —espetó Nell.

—¿Cómo? —farfullé, volviéndome hacia ella.

—No dejas de mirarlo.

—¡Qué va!

—¡Pues claro que sí! —porfió Nell—. Díselo Boyd; casi da náuseas.

Boyd ni se molestó en levantar la cabeza, ni dejó de mezclar la salsa que estaba preparando.

—Ayer me salvó del desastre. Es mi amigo y es la primera noche de un trabajo nuevo para él —repliqué, procurando no mostrarme enfadada ni agresiva—. Quiero que lo haga bien, eso es todo.

La pelirroja expresó su escepticismo del modo habitual en ella, levantando una ceja.

—De acuerdo. —Di un suspiro bastante profundo—. Nell, siento tener que ser yo quien te diga esto, pero tu hermano es muy atractivo. Vamos, que está como un queso. Te digo de verdad que, si se tiene vagina, resulta difícil no mirarlo.

Soltó una risa que a mí me pareció un ladrido.

Boyd, por su parte, se limitó a fruncir el ceño y siguió a lo suyo. Pero me sentí triunfante: ¡había reaccionado! Sorbí un poco de agua con la pajita y después empecé a darle golpecitos al hielo.

Con las manos siempre en movimiento, Nell se acercó a la parrilla, y colocó sobre ella tres grandes bistecs.

—¿Te ha dicho algo más acerca de lo de vender la casa?

¡Huy, huy, huy! Territorio peligroso...

—Creo que es a él a quien deberías preguntarle acerca de eso.

—Está muy ocupado. Te pregunto a ti.

—De acuerdo. Y yo tengo que contestarte que le preguntes a él. —Me podía mirar mal todas las veces que quisiera, pero yo no iba a decir nada que Vaughan me hubiera contado en confianza.

Los focos del techo se encendieron e iluminaron el Dive Bar con una luz muy cálida. Tranquilamente me habría sentado a leer en un rincón durante horas. Era un lugar muy agradable.

Hasta que dejó de serlo.

Un tipo con coleta corta y aspecto de ejecutivo entró en la cocina con cara tormentosa, dando voces.

—¿Qué cojones pasa, Nell?

Completamente imperturbable, la pequeña chef sonrió.

—¿Qué cojones pasa, Eric?

—Él no trabaja aquí.

—Sí que trabaja aquí.

—No. —El tipo, Eric, puso mucho énfasis en la negación—. Yo también soy propietario. No puedes hacer esa mierda de cosas pasando por encima de mí, y te digo que no trabaja aquí.

—Eric. —La otra camarera, Stella, se puso a su lado, esperando—. ¿Puedo hablar un momento contigo?

—Ahora no.

—Es importante.

Eric no tuvo la oportunidad de responder, pues Nell ya estaba en modo batalla campal.

—En su momento contratamos a Joe, que es tu hermano —dijo.

—Sí, pero en eso estábamos todos de acuerdo. Sin embargo, ahora eres tú la única que apoya esa decisión.

Con los ojos fríos como el hielo, Nell agarró un cuchillo de aspecto especialmente peligroso, largo y afilado.

—Necesitamos a alguien. Él necesita un trabajo. Todos salimos ganando.

—Vamos muy bien. Y ese imbécil puede cagarla y fastidiarnos, por lo que yo sé. —Se acercó a Nell. Me pareció increíble que no temiera por su vida.

—Es. Mi. Hermano.

—Mi hermano nos ayudó a construir esto. Trabajó un día sí y otro no a cambio de prácticamente nada. ¿Dónde cojones estaba el tuyo en aquel momento, eh? —preguntó, con la mandíbula muy tensa—. ¿Tirándose a grupis en la Costa Oeste?

—¡Por favor! Estaba haciendo lo mismo que habrías hecho tú de haber tenido alguna posibilidad.

Tras él, Stella se puso tensa. Su mirada se iba endureciendo a cada segundo. La verdad es que la chica no me transmitía buenas vibraciones, en absoluto.

—Échalo —gruñó Eric—. Ya.

—No. Lo necesitamos.

—¡Y una mierda! Yo me encargaré de la barra con Joe.

—Ni se te ocurra hacer eso, Eric —dijo Nell—. ¿Quieres que meta a Pat en esto? ¿De verdad?

Eric apretó los labios hasta casi hacerlos desaparecer.

—Él apoyaría a Vaughan. Estarías en minoría, y lo sabes. —Clavó con fuerza el cuchillo en la tabla de cortar. ¡Pobre tabla!

Las dos fuerzas de combate se miraron en silencio. Entre ellos se estaba desarrollando una guerra mundial. Muerte, destrucción, sangre y explosiones. Boyd tenía la cabeza gacha y ni se le ocurría levantarla. Lo mismo que yo.

¡Y pensar que para mí Coeur d'Alene era una ciudad tranquila! Gente agradable, tranquila, nada violenta. Cuanto más se vive, menos se sabe.

Solo una persona se atrevió a intervenir en plena conflagración. Stella se irguió todo lo que pudo, echó los hombros hacia atrás y alzó la cabeza.

—¡Eric!

La reacción del tipo fue la esperada: un bufido.

—¡Te he dicho que ahora no...!

La camarera lo abofeteó. El golpe sonó sorprendentemente fuerte.

—¡Que te jodan, a ti y a tu «ahora no»! —espetó la chica—. No voy a malgastar ni un minuto más de mi vida esperándote.

Eric se quedó callado como un muerto.

—Hablabas en serio cuando me decías que estabas explorando algo conmigo, ¿no? ¿De veras pensabas que no me iba a enterar de que saldrías a cenar esta noche con ese putón? —Stella se frotó la palma de la mano, que probablemente tenía dolorida, en la parte de delante los ajustados *jeans*—. ¿Y bien?

El tipo se había quedado helado del todo. Menos la mejilla que había recibido el golpe, claro. Parecía anonadado. Por completo.

—¡Mentiroso de mierda! —La chica rasgó con un rápido gesto el delantal negro y se lo lanzó a la cara. Sus ojos llorosos brillaban de furia—. ¡Me largo! ¡Que trabaje aquí tu puta madre!

¡Santo cielo, qué ciudad!

Durante bastante rato nadie se movió ni dijo ni una palabra en todo el bar. Estaba claro que el espectáculo había sido un éxito de público. Ahora sonaba una canción de Jason Isbell, y poco a poco el restaurante fue recobrando sus ruidos habituales: vasos entrechocando, cubiertos, rumor de charlas, etcétera. El Dive Bar volvía a la vida. La escena me había absorbido tanto que ni me di cuenta de que todo el mundo se había enterado de lo que pasó. Por lo menos no había sido yo el centro de interés. Mis minutos de gloria habían pasado, ¡qué felicidad!

Alguien me puso una mano en la espalda, fuerte sólida y masculina. No necesité darme la vuelta para saber que se trataba de la de Vaughan. La súbita felicidad de mis hormonas fue suficientemente reveladora.

—¡Atrévete a decirme que no te has tirado a otra camarera! —La voz de Nell sonó tan baja y amenazadora que casi ni la oí. Tenía la piel pálida como la nieve, con la excepción de dos rodetes muy colorados en las mejillas—. Prometiste no volver a hacerlo. ¡Y sobre todo con lo que tenemos encima!

Eric apretó los puños con fuerza.

—Nell...

—¡Atrévete a negar que me lo prometiste!

Obviamente, él no pudo hacerlo.

Nell respiró hondo y miró muy fijamente a la tabla de cortar la carne.

—Vaughan va a trabajar aquí todo el tiempo que quiera. No voy a escuchar ni una palabra más sobre el asunto —dijo en voz muy baja... y muy amenazadora.

Al parecer Eric no tenía ganas de morir joven, así que mantuvo la boca cerrada.

—Fuera de mi cocina —espetó, entrecerrando los dientes—. Hablo en serio. No me apetece volver a verte la cara en toda la noche. ¡Fuera!

—Me necesitas aquí —protestó.

—¡No, para nada! —Negó furiosamente, también con la cabeza—. Lo que necesito es gente en la que de verdad pueda confiar a la hora de gestionar el negocio. No un desgraciado que ni siquiera puede mantener la bragueta abrochada durante las horas en las que el bar está abierto.

Nadie dijo una palabra. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—¡Mierda! —. Eric arrojó el delantal sin mirar adónde y salió de la cocina a grandes zancadas.

En esos momentos el restaurante estaba a rebosar, y se oyó una voz reclamando servicio.

¡Vaya cagada! Pobre Nell...

—Hay que volver a trabajar —dijo con tranquilidad. Sus palabras lograron que todo el mundo volviera a sus quehaceres.

Yo no podía quedarme cruzada de brazos. Y mucho menos si podía ayudar. Nell había sido muy amable conmigo, y además estaba en deuda con su hermano. Así que me hice con el delantal que acababa de tirar Eric, lo estiré y me lo puse.

—Durante los tres años de la universidad trabajé de camarera.

Nell se quedó mirándome con ojos de asombro. Sus ojos azules eran igual de bonitos que los de Vaughan. Del color del cielo en verano, o del de mis *jeans* favoritos, esos que ya había lavado más de cien veces. Pero ahora esos ojos expresaban desesperación, y la palidez de la cara contrastaba ominosamente con su cabello pelirrojo. Era una mujer a la que las circunstancias habían colocado al borde del precipicio y, sin conformarse con ello, le habían dado otro empujoncito. ¡Dios, conocía muy bien esa sensación!

Respiré hondo mientras me abrochaba el delantal.

—Rosie puede ponerme al día muy rápido con los números de mesa y demás detalles.

La mano de Vaughan se deslizó sobre la parte trasera de mi cuello y me dio un apretoncito. También me acarició con el pulgar, y se me puso la carne de gallina. Me resultaba difícilísimo dejar las cosas como estaban, no ir más allá, en busca de lo que pudiera ofrecerme. Todo ese calor, y esa fortaleza... Su mínima caricia me gustó mucho más de lo que habría deseado. Sin lugar a dudas, más de lo aconsejable. Y lo mismo me pasó con su olor. ¡Mira que olía bien! A jabón, a él, a sexo. Bueno, probablemente eso del sexo sería cosa de mi imaginación calenturienta.

Inmediatamente se marchó camino del bar.

—No tienes por qué hacer esto —dijo Nell.

—Lo sé.

Se quedó quieta durante un momento, pestañeando, pero reaccionó enseguida. Palmeó sonoramente, entrando de nuevo en acción.

—¡Vamos, el restaurante está lleno y la gente hambrienta! Hay que darles servicio. Boyd, ¿cuántas veces tengo que decirte que no te quedes ahí de pie, como un pasmarote? Ritmo. ¡Ritmo!

CAPÍTULO 10

—No te muevas ni un milímetro. Voy un momento dentro a por mi cámara.

Vaughan se quedó quieto. Parecía estar divirtiéndose. Había estado mucho rato inclinado sobre el motor del Mustang, haciendo arreglos probablemente difícilísimos y dignos de un mecánico de las 500 millas de Indianápolis. Tengo que admitir que, más que la puesta a punto mecánica, me interesaba la contemplación de su trasero, bien embutido en los *jeans*, y que su postura inclinada me facilitaba sobremanera. Y el que estuviera sin camiseta agregaba un toque de sal y pimienta, como poco. La tinta de los tatuajes parecía brillar. ¡Ese tipo era una obra de arte viva!

—Buenos días, Lydia.

—Buenos días, Vaughan. —Le pasé una taza del café que me dio Nell cuando acabamos la noche anterior. No solo me dio café: también azúcar, crema y un montón de envases con sobras del restaurante, cuyo aspecto era a cuál más delicioso. ¡Qué Dios la bendiga!

—Gracias. —Dio un sorbo y me sonrió.

—No hay por qué. —Se pasó un buen rato mirándome con cara burlona—. ¿Qué miras?

—A ti —respondió. ¡Vaya pregunta la mía!—. Me miras con cara de satisfacción y me traes un café. Da la impresión de que has recobrado tu alegría y tu vitalidad natural. Que por fin has decidido liberarla.

—Tampoco tienes que sicoanalizarme —dije, burlona a mi vez, apoyándome sobre la puerta del conductor—. Simplemente me deleitaba contemplando tu trasero y procurando practicar de nuevo formas casi olvidadas de relacionarme con los hombres, y que tengo que recuperar ahora que estoy otra vez soltera y sin compromiso.

—Pues te agradezco que mi trasero sea digno de tu atención.

—No tienes por qué.

—Y te hago saber que, en el momento en que me des la señal, consistente en

levantarte la camiseta, me encantará prestarles a tus pechos toda la atención que merecen, y que, en mi opinión casi profesional, es mucha.

—¡Qué considerado! —Di un sorbo a la taza de café, procurando mantenerla recta. Como corresponde a mi infinita sabiduría, había sacado a colación el tema del sexo. O sea, todo lo contrario, a las intenciones que llevaba comunicándome a mí misma desde ayer. Y aquí estaba, con el pulso acelerado, encaminándome derechita a un ataque de pánico al ver la cara con la que me miraba. De loco, para no exagerar. ¿Me creeríais si os dijera que deseaba su atención con todas mis ganas, pero que al mismo tiempo no la deseaba? O sea, como el gato cuántico ese del que tanto se habla, vivo y muerto a la vez en su cajita—. Analizaré tu propuesta como se merece.

—Eso espero —dijo. ¡Dios, esa sonrisa que parecía tímida, pero que no lo era, ni mucho menos! Me desarmaba por completo.

Me reí, un tanto enervada.

—¿Tienes planeado algún intento de flirtear conmigo a corto plazo?

¡Caramba! Me quedé perpleja. Todavía continuó, sin dejarme meter baza.

—No es que tenga ningún inconveniente en tirarte los tejos, Lydia, o en que me los tires tú a mí. Era simple curiosidad —explicó—. Y, para que conste, no estoy intentando ser amable ni contribuir a elevar tu confianza en ti misma.

¡Agg!

—¿Doy la impresión de estar de los nervios o necesitada?

Dio otro sorbo al café.

—Sinceramente, la mierda por la que has tenido que pasar afectaría a cualquiera; fue una putada mayúscula, capaz de hacerle a uno dudar de sí mismo.

Un pájaro pasó volando, bastante cerca. ¡Qué maravilla eso de ser capaz de moverse tan rápido y poder desaparecer en un segundo! Quería que me salieran alas. La conversación era extraña y la situación incómoda. ¡Quería salir de allí! ¡Puf! Desaparecida. No hacía falta ni siquiera que fueran unas alas bonitas. Me conformaría con las de una paloma vieja.

—Sí, tienes razón —dije, y seguí con la vista al pájaro, hasta que desapareció—. Uno siempre es el peor crítico de sí mismo, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

Ya. Como si este tipo estuviera carcomido por las dudas acerca de sí mismo. Guapo. Con talento. Adorado por su familia y sus amigos. No era difícil imaginarlo en un escenario, ante cientos, qué digo, miles de personas. Eso de quitarse las espinas clavadas era solo para idiotas como yo. Otras personas saben

como destacar, o simplemente destacan desde que nacen.

—Me molestan muchísimo los artículos de las revistas de mujeres y los programas de la tele que hablan sobre esas cosas —espeté, dejando a un lado la taza de café—. «¿Estás necesitada? ¡Cómo adquirir confianza y dejar de parecer una puta mierda en diecisiete sencillos pasos! ¡Por solo trescientos mil dólares te convertimos en alguien mucho mejor!» Pues muchas gracias. La verdad, no había caído en que era un saco de defectos hasta que vosotros me enseñasteis a reconocerlos, eso les diría si pudiera.

Me recogí el pelo, que llevaba bastante largo, e intenté hacerme una especie de moño.

—Todas las mujeres del mundo deberían unirse para presentar una demanda contra los medios de comunicación. Exigiendo que sean borrados de la faz de la tierra.

No obtuve nada de mi amigo, siempre que no tengamos en cuenta el hecho de que no apartaba la vista de donde siempre. Una vez más.

—Vaughan, estoy hablando, con la b-o-c-a. Presta atención y mírame a los ojos. Aún no han inventado la forma de ponerlos ahí abajo.

Inmediatamente alzó la vista y me miró a la cara.

—Gracias.

—Ha sido una trampa. Levantaste los brazos —gruñó, y frunció el ceño. Nunca había visto un hombre que pareciera sentirse tan oprimido—. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Una trampa? ¿De verdad crees que estoy intentando atraparte? —pregunté, arrugando la frente—. Vaughan, estoy empezando a preocuparme de verdad por tu fijación con los pechos femeninos. Te lo digo en serio. ¿Cómo puedes comportarte de una forma más o menos funcional si la más mínima traza de una teta te lleva a un estado semicomatoso?

—Hace un rato me estabas mirando el trasero, y yo no te lo he echado en cara. —Hizo un movimiento para relajar el cuello—. Y, de todas formas, solo me pasa contigo. Con las demás no. En otros casos puedo mirar discretamente y admirarlas si lo merecen, pero sigo a lo mío. Las tuyas son otra cosa.

—¿En serio? —Sonreí, en cierto modo para evitar que noté un vacío en el estómago, como en la curva de una montaña rusa.

En lugar de responder, volvió a meter la cabeza dentro del capó. Pude oír el ruido de niños riendo y de automóviles circulando por la calle. Soplaban el viento entre las agujas de los pinos, y también trinaba un pájaro. ¡El lugar era encantador! Completamente relajante. Si esta casa fuera mía, no la vendería

jamás. De hecho, cuando me muriera hasta pediría que me enterraran en el jardín trasero, para servir de fertilizante.

Vaughan me miró de reojo, atrayendo mi atención de inmediato.

—Me disculpo humildemente contigo por observarte como si fueras un objeto despersonalizado —dije—. Procuraré no volver a hacerlo.

Gruñido.

Suficiente.

—¡Vaya día más estupendo! —volví a decir, ante su silencio.

No se podía pedir más a la hora de hacer fotografías. Un árbol, antiguo y frondoso, proyectaba su sombra al sendero que conducía a la casa, donde él estaba trabajando. Los escasos rayos de sol que lograban atravesar las hojas iluminaban su pelo rojizo y la tinta de los tatuajes sobre la pálida piel. Imagino que tocar en un grupo y vivir sobre todo de noche no contribuirían a conseguir un bronceado al menos pasable. Pero daba igual, él no lo necesitaba. Alto, delgado y firme en todos los aspectos corporales, Vaughan Hewson era el paradigma del sueño húmedo de cualquier chica. Afortunadamente, yo le tenía respeto por su inteligencia y su manera de ser.

—Me duelen los pies. Hacía años que no pasaba tanto tiempo andando de un lado para otro sin parar. ¡Mira que había gente anoche en el bar! —Estiré los pies dentro de las magníficas sandalias Birkenstock-clad que llevaba. Para el resto del cuerpo, había elegido un pantalón de mezclilla, muy fresquito, y una camiseta amplia. O sea, todo muy comfortable—. He estado pensando sobre lo de tu casa, por si sigues interesado en venderla.

No llegó ninguna respuesta desde las entrañas del automóvil.

—Conozco a un buen agente inmobiliario. Se llama Wes, y trabaja para Brewers Real State, que es una empresa seria. Es un tipo agradable, no un vendedor de crecepelo charlatán como casi todos los demás. Si quieres, podría llamarlo y decirle que se pusiera en contacto contigo.

Esperé una respuesta.

—Si te interesa, por supuesto.

—Pensaba que volveríamos a hablar de esto cuando yo estuviera preparado —dijo con palabras que no mostraban ni el más mínimo signo de felicidad.

—Todavía no he tenido noticias de los Delaney, pero no creo que tarden demasiado en ponerme de patitas en la calle —dije con tono irónico—. No sé cuánto tiempo más voy a estar por aquí, y no me gustaría dejarte colgado.

Dejó de trabajar y me miró.

—De acuerdo, gracias. Si le puedes llamar, te lo agradecería.

—Muy bien —respondí en voz baja.

—Lo que pasa es que... me resulta difícil hacerme a la idea de perder esto.

—Lo entiendo.

Con un paño se limpió las manos, bastante grasientas, aunque la verdad no sé qué limpiaba a qué. Después miró hacia la casa.

—Siempre había pensado que estaría aquí, siempre a nuestra disposición. Que podía volver en Acción de Gracias y otras festividades sin que nada hubiera cambiado. Papá cagándola con las luces de Navidad y mamá frenética preparando las calabazas de Halloween. Ahora soñaba con que Nell y Pat tuvieran un bebé gordinflón, y que todo iría bien. Ya sabes, la vida siguiendo su curso y esas cosas.

—Suenan muy bien.

—Ya. —Hizo una pausa—. Después de las giras y de ahorrar un poco de dinero, pensaba comprarme una de esas casas cerca del lago, y establecerme.

—¿Aquí? ¿No en California?

—No. Siempre he pensado en vivir aquí. —Apretó el paño hasta convertirlo en una bola—. Lo tenía todo bien planificado.

—¿Sabes? —He leído que todo el mundo se dedica por lo menos a tres cosas diferentes a lo largo de su vida.

—¿Sí?

—Puede que tocar en un grupo haya sido solo la primera de las tuyas.

—¿Hablas en serio? ¿Me estás diciendo que me rinda? —preguntó en voz bastante más alta—. O sea, empaquetar las guitarras, venderlas por Wallapop y conseguir un empleo en el Burger King para freír patatas, ¿no?

—No me refería a...

—Porque ese tipo de trabajo no creo que me llenara mucho, Lydia. —Lanzó el paño al suelo con gesto de furia—. Buena idea. ¡Qué digo buena, es magnífica!

—Vaughan... —me dolían los músculos de la mandíbula.

—¿Quieres saber la diferencia que hay entre tú y yo, muñeca?

No abrí la boca. ¿Para qué? Estaba segura de que me lo iba a decir, alto y claro.

—Tu sueño era casarte con un imbécil, pero, eso sí, con una cuenta corriente muy saneada y asegurada, y esconderte detrás de una preciosa valla, blanca a ser posible, durante el resto de tu vida. —El muy capullo allí de pie me sacaba la cabeza y despotricaba, furibundo.

—¿Eso crees?

—¡Joder! Es la verdad, y lo sabes. —Rio con mala leche.

¡Vaya, qué fuerte! Pero era así, no podía negarlo. Y no lo hice.

—Sin embargo, mi sueño... era solo mío. —Se puso el dedo índice en el pecho—. Y era un poco más ambicioso.

No tenía palabras. Ni una sola.

Durante unos minutos lo único que hice fue mirarlo, más que nada asombrada por su estallido. Aunque, en realidad, no tenía ningún motivo para sorprenderme. Nos conocíamos desde hacía... ¿cuánto, algo menos de cuarenta y ocho horas? Había estado cuatro meses con Chris y no me había dado ninguna pista acerca de su auténtica realidad personal. Mi historial a la hora de conocer a las personas era una mierdecilla, la verdad.

—De acuerdo, tienes toda la razón. Siento haber dicho cosas que te hayan molestado. —Hice una pausa y respiré hondo—. He sido muy insensible, lo reconozco, sobre todo teniendo en cuenta por lo que estás pasando.

Ni palabra.

—Lo único que quería decir es que podría haber otros trabajos en el mundo de la música a los que quizá pudieras adaptarte, y hacerlo muy bien. Y que seguramente te gustarían.

Silencio absoluto.

—No soy tu enemiga, Vaughan. Me importas muchísimo. —Los brazos me colgaban rígidos a los lados del cuerpo. No fui capaz de hacer otra cosa para no ahogar a ese idiota—. Lo que me has dicho no está bien. No puedes atreverte a decir que mis esperanzas para el futuro son peores, o menos importantes, o lo que sea, que las tuyas. Que no soy más que una especie de putita legal que busca dinero, dispuesta a abrirse de piernas por una casa grande y bonita y por ganar año tras año el trofeo a la mejor ama de casa del barrio.

—Lydia...

—No he terminado, tonto del culo...

Me miró desde arriba, absolutamente asombrado y desconcertado. Tenía la cara demacrada y los labios muy apretados. O sea, como debían. Lo miré fijamente, intentando memorizar cada detalle de sus rasgos para el futuro, un futuro en el que no deseara quemarlo vivo o estallar en lágrimas, o ambas cosas, como ahora. ¡Mierda de emociones femeninas, que era incapaz de controlar cuando lo que de verdad quería era mostrarme dura como una roca! Mis nalgas se bambolearon, como me ocurría y me seguiría ocurriendo siempre en situaciones como esta. Pero era el momento de aceptarme como era, con mis virtudes y mis defectos, y de avanzar.

—Bueno, lo cierto es que sí que he terminado.

—De acuerdo.

—Voy a organizar mis cosas —dije—. Creo que será lo mejor.

No hizo ningún comentario.

Me di la vuelta y empecé a andar hacia la puerta.

Casi todo estaba ya colocado en cajas. No me llevaría mucho tiempo terminar de organizarlo.

Tropecé con el primer escalón, me tambaleé y perdí el equilibrio. Me agarré al viejo pasamanos de hierro, procurando evitar darme de bruces contra el suelo. ¡Vaya por Dios, cuánta elegancia!

—Lo siento.

Me quedé fría.

No dijo nada más, ni yo tampoco.

Me di a vuelta despacio. Allí estaba, de pie, sobre la alta y descuidada hierba. Sinceramente, resultaba difícil mantenerle la mirada. Por la cara que estaba poniendo, por el modo en que intentaba controlar el cuerpo, por la emoción que transmitían sus ojos. Cuando estaba con él mi mundo se llenaba de colores. Todos los detalles se volvían vívidos, contrastados, reales. No era posible que ejerciera tanto poder sobre mí. De no ser así, me resultaría mucho más fácil marcharme. Me había colado en su casa, pero él, a su vez, de alguna manera se había colado en mí, había destrozado mis defensas, dejándome como una ciudad abierta, mucho más expuesta de lo que había estado en toda mi vida.

Y, pensándolo bien a fondo, yo de verdad creía que estaba enamorada de Chris. ¡Qué imbécil! No tenía ni la menor idea de lo que era el amor, estúpida de mí. Había sentido atracción, deseo, sentimientos que iban en esa línea. Pero lo demás era una especie de abismo, un gran agujero negro del que no podía ni siquiera imaginar en qué consistía el fondo, ni en su menor detalle. Dentro de mí notaba una gran amalgama de emociones a propósito de mi amigo Vaughan. Pero no era capaz de catalogar ninguna de ellas. Lo único que sabía era lo difícil que me iba a resultar dejarlo atrás, y lo mucho que me dolería.

—¿Eso es todo? —Crucé los dedos de las manos. Me sentía insegura.

—¿Hace falta algo más? —Levantó uno de sus anchos hombros y después lo dejó caer de nuevo.

—No estoy segura.

Dio un paso hacia mí, y después otro. Yo estaba en el segundo escalón, y él justo al pie de la escalera. Así teníamos los ojos a la misma altura. Unió sus manos a las mías, una después de la otra. ¡Tenía la piel muy caliente!

Nuestros cuerpos se inclinaron el uno hacia el otro, como si hubieran tomado el control por su cuenta. Mi corazón galopaba frenético, y me pareció notar que el suyo también. Lo miré con cierta cautela, intentando echarme un poco para atrás para mantener la distancia. Pero no funcionó, la verdad.

—Tienes razón. Me he comportado como si fuera idiota.

—Sí, es verdad.

Asintió con la cabeza.

—Y ahora voy a besarte —susurró.

—¡Ah! Muy bien —susurré a mi vez. La verdad es que no tengo la menor idea de por qué susurrábamos: estábamos solos.

No había ninguna razón para impedirle que me besara. Bueno, siempre se podía argumentar lo de protegerse de una relación casi inviable y todas esas pamplinas. Pero, dado el batiburrillo sentimental en el que me encontraba en esos momentos, ya era un poco tarde para eso.

Juntó sus labios con los míos. Fue un toque muy suave. Arriba y abajo, con movimientos mínimos y lentos, hasta que las bocas se enlazaron. Fue suave, adorable y hasta un poco extraño. Nunca me habían besado así. Nadie. Todo mi ser me pedía que apretara más. Pero, al mismo tiempo, lo que me estaba dando era muy agradable. Meterle prisa, o agobiarle, no hubiera resultado adecuado.

Su tibia respiración me calentó la cara, al tiempo que enlazaba los dedos con los míos. Me quedé muy quieta mientras juntábamos los labios, los suyos ligeramente húmedos, y lo dejé hacer. Noté la punta de su nariz contra la mejilla, e incliné el pecho, apoyándolo contra él. Tal como estaba haciendo las cosas, de no haberlo hecho me habría caído sentada. Sus besos me hipnotizaban.

Cuando por fin abrió los labios mínimamente, lo justo para acariciarme el labio inferior con la punta de la lengua, os juro que me quedé embelesada. Empezó a recorrer mis labios, primero el de arriba, después el de abajo, una y otra vez, y también las comisuras, que habían empezado a formar una sonrisa de puro placer. No dejó ninguna zona sin explorar. Sonreí un poco más, los pezones se me pusieron duros y las entrañas empezaron a clamar por Vaughan. No sé si es un término fisiológico, pero seguro que lo entendéis.

Se echó un poco hacia atrás, sonriendo también.

—¿Me perdonas?

—También te habría perdonado sin el beso.

—Ya lo sé —dijo, hablando con suavidad—. El beso ha sido porque me apetecía.

—¿Ah, sí? —¡Dios, mira que era guapo! El hombre más guapo que había

conocido en mi vida—. ¿Crees en el amor loco a primera vista?

—¿Cómo dices? —Se le formaron arrugas en la frente.

—No estoy colgada; esto, sea lo que sea, no es un cuelgue raro, que quede claro. Así que no pienses que soy una colgada de los roqueros ni nada que se le parezca, ¿entendido?

—Sí, entendido. —Parecía estar pasándose bien con mi salida.

—Pero ¿y si se tratara de amor loco a primera vista? Porque, la verdad, creo que esa explicación tiene visos de ser cierta.

Se quedó mirándome durante un momento. Era obvio que estaba reflexionando a fondo sobre lo que le había dicho.

—Tengo claro que la primera vez que te vi pensaba que estabas como una puta cabra, allí sentada en mi ducha y vestida de novia.

—Mmm, mmm.

—Y a veces me vuelves loco.

—Y tú a mí.

Se pasó la lengua por el interior de la mejilla.

—Puede que esté un poco loco por ti.

—Al menos en parte. Por mis pechos, sin la menor duda.

—Es que son de primera clase —afirmó, con las manos sobre mi espalda y apretándome contra él.

—Gracias. Te agradezco lo que has dicho.

—Además, tiene más que ver contigo en general, aunque lo de las tetas no te niego que tiene su importancia. Lo digo para tu información.

No pude por menos que sonreír.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Inclinó la frente hacia mí, acercándose todavía más. ¿Qué me dices de ti? Yo acabo de confesar. Vamos, te toca.

—Yo he sido la primera en hablar.

—Pero te has quedado a medias.

—De acuerdo —musité—. Estoy loca por ti. Loca en todos los sentidos.

—Solo nos conocemos desde hace dos días —dijo, indicando algo que era obvio y estrellando contra el suelo mi felicidad. De repente el sol dejó de brillar y la tierra de girar. Todo se fue al garete.

No. No podía permitir que pasara eso.

—Ya lo sé. Quiero decir, que a estas alturas nada puede ser permanente todavía respecto a nosotros. —Algo dentro de mí negó taxativamente lo que acababa de decir—. Se trata más bien de que se han cruzado nuestros caminos.

—De acuerdo. —Me besó de nuevo con delicadeza—. Pero eso no quita para que esté loco por ti.

—Lo sé.

—Y respecto a lo que me dijiste antes —continuó, mirando por encima de mi hombro—, sé que solo intentabas ayudar. Lo pensaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me acarició la espalda con las manos y después me soltó, suspirando pesadamente.

—A no ser que quieras que nos vayamos a la cama ahora mismo, mejor me tomo un respiro. Terminó la reparación en la que estaba trabajando, empiezo a pasar la segadora por la hierba y toda esa basura.

Miré hacia abajo. Sí, estaba claro que algo estaba creciendo y endureciéndose dentro de sus pantalones. ¡Vaya! Y eso que apenas habíamos utilizado la lengua, y por lo menos. Y eso que dicen que el amor ha muerto.

Lo de la cama sonaba estupendamente, pero aunque andábamos algo escasos de tiempo, yo tampoco quería correr demasiado. ¿Qué pasaría si hacíamos el amor y, por lo que fuera, todo lo que ahora sentía, ese subidón hormonal y sentimental que estaba recorriendo mi cuerpo, desaparecía? No, mejor tomárnoslo con calma. Nos convenía, y mucho, analizar las ventajas e inconvenientes de esta situación tan complicada.

—Haz tus cosas —dije, alejándome de él un poco bruscamente.

—De acuerdo.

—Te quería decir otra cosa en la que he pensado, si no te importa —le informé, poniéndole la mano abierta sobre el pecho desnudo para detenerlo.

Me miró con cara de preocupación.

—Tranquilo, no pasa nada. Me preguntaba si podrías ayudarme a comprar un automóvil. Tú entiendes algo de mecánica, ¿no? —Deslicé la mano por su magnífico pecho de forma pretendidamente casual—. Para escapar de este sitio voy a necesitar ruedas.

—Pues claro. Estaré encantado de ayudarte, muñeca.

—¿Muñeca? —Miré hacia abajo, arrugando la nariz.

—Muñeca —repitió en tono resuelto.

¡Bah! ¿Por qué iba a pelearme con él?

—Pues muy bien.

CAPÍTULO 11

—Nell se dejó caer por la casa a última hora de la tarde del lunes, con Rosie, la camarera, pegada a sus talones. Una traía bebida y la otra *pizzas* para llevar. Inmediatamente me empezó a rugir el estómago. ¡*Pizza*, eso era precisamente lo que necesitaba!

—¿Me he perdido la parte en la que llamabais a la puerta? —Vaughan estaba en el sofá, doblado por la cintura y abrochándose el cordón de la zapatilla.

—Eres muy gracioso, hermanito —dijo Nell hablando muy rápido y dejando la bolsa llena de botellas de vino sobre la encimera de la cocina. Llevaba minifalda de denim y camiseta naranja. Por su parte, Rosie se había puesto un vestido veraniego de falda larga. Estaba claro que no eran los uniformes del Dive Bar.

—Pues hablaba en serio —dijo Vaughan.

—Ya lo sé. Eso es lo que hace que seas gracioso.

—¿Qué pasa? —pregunté, mientras metía las cosas en mi bolso sin orden ni concierto. Estábamos preparándonos para ir a trabajar. Dada la repentina desaparición de Stella, la camarera examiga, o más bien exrollo, de Eric, yo había accedido a reemplazarla hasta que encontraran una sustituta permanente. O hasta que llegara el momento de marcharme de la ciudad, lo que sucediera primero. Me había puesto mi mejor pantalón negro de vestir y una camiseta a juego del bar que me había facilitado Nell la noche anterior.

—Nos tomamos la noche libre. —Sacó tres copas de vino de un armario de la cocina—. Lydia, Rosie y yo queremos pasar un rato solo para chicas. Sé un cielo y desaparece, ¿entendido, Vaughan?

—La verdad es que tengo que empezar a ir cerrando puertas —musitó él, retrepándose en el sofá—. ¿Quién está llevando el bar?

—Eric.

—¿Y?

—Solo Eric —dijo Nell encantada. Su mirada fue un poco desconcertante—.

También servirá las mesas, él solito. Boyd se hará cargo de la cocina pero, por lo demás, Eric se encargará de todo.

Rosie soltó una risilla un tanto alocada.

—¿Y eso va a ser bueno para tu negocio? —Lo pregunté sin pensar, mientras aceptaba un buen vaso de vino tinto—. Espera... no importa. Olvida lo que he dicho. Es un defecto muy mío meterme en los asuntos de los demás como si fuera una experta, ya ves tú. Seguro que sabes lo que haces.

Desde el sofá, Vaughan me sonrió discretamente. Su mirada era de comprensión.

—Tranquila, está bien —dijo Nell riendo—. Seguro que, en esta situación, necesitamos una mirada fresca, no contaminada y práctica. Pero la cosa es que, de vez en cuando, hay que poner en su sitio a la gente. O eso o contratar a un asesino profesional. Pero yo prefiero no tentar a la suerte, no vaya a ir a la cárcel aunque no lo merezca.

—¡Bien dicho! —Rosie estaba animada, y dio un buen trago del vino—. ¡Anda! ¡Has traído del bueno!

—Pues claro que he traído del bueno. —Se volvió a mirarnos a su hermano y a mí, con cara de curiosidad—. ¿Y qué habéis hecho hoy vosotros dos?

—Pues Vaughan se ha pasado un buen rato reparando su automóvil, y después me ha ayudado a buscar uno para mí. —Me salté el detalle de que mi amigo el agente inmobiliario había estado echando un vistazo a la casa.

—Quiere un Prius —comentó Vaughan con una risita.

—Consumen muy poco.

—Lydia, no —dijo Nell haciendo un gesto de dolor—. No. Simplemente no. ¿De acuerdo?

Hasta Rosie parecía asombrada por mi mal gusto en lo que a automóviles se refiere.

—¿Es que a ninguno de vosotros le preocupa el medio ambiente? —Levanté los hombros con gesto de asombro e impotencia.

—Hacemos esto por tu propio bien, para salvarte. —Nell levantó su copa, brindando al parecer por mi falta de visión—. Algún día nos lo agradecerás.

—Mira que lo dudo. —Este era el problema de tener amigos. Quizá debería limitarme a tener una roca volcánica, o un fósil. Hasta incluso una planta. Algo que no pudiera discutir.

En ese momento, la puerta se abrió de nuevo repentinamente, dando paso esta vez a un hombre. Era un tipo alto de barba poblada y la cabeza rapada a los lados. Llevaba un barril de cerveza fría de los de cinco litros en cada mano, y se

puede decir que prácticamente toda la piel visible la tenía cubierta de tatuajes. De la nariz le colgaba un anillo de plata.

En el momento en que vio a Nell, se quedó de piedra.

—Mierda —espetó.

—Pat —dijo ella, con voz calculadamente tranquila—. Pensaba que te habías ido a Whitefish.

—Cambié de planes.

Nell asintió, mordiéndose el labio.

—Hola. —Joe entró detrás de él, con otro par de barriles de cerveza. Parecía que todo el mundo tenía ganas de fiesta, y todas las fiestas iban a celebrarse en casa de Vaughan.

Finalmente entró otro hombre, un poco mayor que los otros dos. No era tan alto como ellos, pero se conservaba bien; tenía un aspecto magnífico y ese aire de «se puede decir que ya lo he visto todo». El pelo corto y de punta ya le blanqueaba por algunas zonas, lo mismo que la barba incipiente de la barbilla y las mejillas. Llevaba una guitarra en una mano y un par de *pizzas* grandes en la otra.

—André. —Vaughan se puso de pie inmediatamente al verlo—. ¡Joder, hombre, qué alegría me da verte!

—Gracias por decirme que habías vuelto —dijo, lanzándole a Vaughan la guitarra y sujetando mejor los cartones con las *pizzas*—. Joe ha tenido que contármelo, que si no me quedo *in albis*.

—Lo siento. —Vaughan echó mano de la guitarra y se la colocó bajo el brazo, como si fuera a empezar a tocar de inmediato. De hecho, rasgó las cuerdas—. Todavía suena bien.

—¡Claro que sí! Martins mejora con los años, como el buen vino.

Con una sonrisa irónica le devolvió el instrumento y se hizo cargo de las *pizzas*.

—No voy a quedarme con algo que no me puedo permitir.

André rio, negando con la cabeza.

—Lydia, te presento a algunos de mis viejos amigos. Ese de la barba tipo Gandalf, aunque de color castaño, es Pat. Es el dueño del estudio de tatuajes que hay al lado del bar.

—Hola. —Me saludó con la mano y adelantó ligeramente la mandíbula.

—Y este es André —prosiguió Vaughan, apretando el hombro del aludido—. Me enseñó a tocar, y le compré mi primera guitarra cuando tenía diez años. Acababa de abrir su tienda.

—Sí, así fue —confirmó André—. Te gastaste todo el dinero que te dieron en Navidades y en tu cumpleaños.

—Típico —dijo Joe dejando los barriles de cerveza sobre la mesa—. Dejar sin blanca a un pobre crío. Debería darte vergüenza. Seguro que hasta le robaste las golosinas.

Aunque discretamente, André le hizo una peineta.

—Sí, la verdad es que me costó mis ahorros de todo el año —confirmó Vaughan—. Aquella Epiphone de segunda mano tenía algún golpe que otro, pero tenías razón, sonaba de puta madre y cumplió con su cometido. Todavía la conservo.

—¡No jodas!

—Hace muchísimo tiempo que no la toco. Pero soy incapaz de desprenderme de ella.

Ambos sonrieron.

—En cualquier caso... —dijo Vaughan moviendo la cabeza, como si quisiera librarse recuerdos sentimentales—. De vez en cuando trabajaba en la tienda al salir de clase.

—¿Es la tienda de música que hay cerca del Dive Bar? —pregunté, dando un sorbo a la copa de vino. Que, por cierto, era excelente, como había dicho Rosie.

—Esa misma—respondió André, dejando la guitarra acústica sobre una silla. Dirigió la vista hacia mí y me observó con detenimiento—. Encantado de conocerte, Lydia. —Después se acercó y su voz se convirtió en un murmullo apenas audible—. Delaney es un capullo de la peor clase. Has tenido mucha suerte al haber podido escapar de él. Estoy seguro de que te mereces algo mejor, cariño.

—Gracias —dije, ahogando una carcajada.

Se inclinó sobre mí sonriente para darme un beso en la mejilla. ¡Caray, qué suavidad! Además, su loción para después del afeitado olía maravillosamente.

—¡Oye! —La voz sonó un tanto enfadada. Vaughan se colocó a mi lado al instante, al tiempo que lanzaba una mirada asesina a su amigo—. Ve con cuidado, chico. ¡Acabas de entrar por la puerta!

—Lo siento, Lydia —dijo André—. ¿Te he hecho sentir incómoda?

—No.

Esta vez fui yo la receptora de la mirada asesina.

—Bien. —Después de darle un golpecito cariñoso a Vaughan en el hombro, André se acercó a Nell, a la que también besó en la mejilla, y después a Rosie. Estaba claro que era su forma de mostrarse amable con las mujeres que le

gustaban. ¡Y yo que creía que todos los tipos buenos se quedaban conmigo a primera vista!

—Tienes un montón de amigos en esta ciudad —dije, cambiando de tema.

Gruñido.

—Estoy encantada de conocer a algunos de ellos.

—Ya, ya —dijo Vaughan, incómodo—. Mira, a André le gusta ir de flor en flor, y no me apetece que sufras.

Le tapé la boca con la mano.

—Dejémoslo ahí. ¿De verdad te crees que me iba a liar con uno de tus amigos?

La cara de preocupación que había puesto pareció relajarse.

—No lo haría, y menos después de lo de hoy —dije, bajando mucho el tono de voz y quitando la mano de la boca—. ¿Te acuerdas de la parte en la que me diste un beso?

Su mirada se dirigió de inmediato hacia mis labios. ¡Este hombre era imposible!

—Sí, me acuerdo.

—¿Y de lo que hablamos a continuación, eso del amor a primera vista?

—¡Claro!

—Pues yo creo que se trataba de un compromiso implícito por ambas partes. Perdón, no lo creo, lo sé. Así que debería bastarnos a los dos.

Deslizó la mano a lo largo de la cola de caballo que me había hecho y me acarició la base del cuello. Me recorrieron escalofríos por toda la espalda. Lo cierto es que hacía que me derritiera con una facilidad enorme. Ahora me sentía estúpida por no haberme ido a la cama con él cuando lo sugirió.

—Cuarenta y ocho horas.

—¿Cómo?

—Nos conocemos desde hace cuarenta y ocho horas exactas. —Bajó la cabeza para ponerla a mi altura.

—Es cierto. —Ya estábamos en zona segura. Y de lo más agradable—. Creo que hemos avanzado muchísimo en muy poco tiempo. Una especie de relación ultrarrápida que, encima, promete mucho.

—Mmm.

—Y quiero hacerte saber que el hecho de que tengas el automóvil más contaminante que existe y presumas de ello no hace que piense lo peor de ti.

—Me alegro, muñeca.

Arrugué la nariz.

—Antes me sorprendiste con las defensas bajas. No es verdad que no me importe que me llames muñeca. ¡No me gusta nada!

—¿No?

—¡No!

—Pues qué lástima. —Me dio un beso muy suave en la frente.

—Vaughan, ¿tienes todavía ese asador ahí fuera? —preguntó Joe, aplaudiendo como un crío.

—Sí. Ha crecido hierba alrededor, pero sigue ahí. —Me dio un último y cariñoso pescozón en el cuello y se separó de mí—. ¿Quieres que lo usemos?

—Me has leído el pensamiento.

—¡Vamos entonces! —exclamó André entusiasmado.

Vaughan miró alternativamente a Pat y a su hermana. Ninguno de los dos parecía muy relajado, la verdad. La sonrisa de Nell era tensa, y el vino desaparecía de su copa a la velocidad de la luz. Para completar el cuadro, parecía tener un tic en un músculo de la mejilla.

—De acuerdo, vamos con ello. Que las chicas se queden aquí haciendo lo que les parezca.

—Gracias caballeros —dijo Rosie con voz cantarina. En su copa, la cantidad de vino también se había reducido de forma considerable—. Mi marido solo acepta quedarse con los niños cuando coinciden dos lunas llenas en el mismo mes, así que tengo que aprovechar a tope esas escasísimas ocasiones.

—Divertíos —dijo Vaughan, al tiempo que recogía los barriles que Joe había dejado sobre la mesa y los transportaba fuera—. Tráete unos vasos.

—¡A tus órdenes! —respondió Joe de inmediato.

—¿Vienes, Pat? —preguntó André antes de salir al jardín.

Sin decir una palabra, el hombre de los tatuajes, tatuador y tatuado a la vez, lo siguió. A su vez, Nell lo siguió con la mirada. Allí había amor, con todo el dolor y toda la gloria que conlleva. Ambos lo llevaban escrito en la cara. Puestos a hacer comparaciones, lo que yo había sentido por Chris era una puta broma.

—Nos hemos ido separando poco a poco, ha sido inevitable —explicó Nell mirándome a los ojos.

—Lo siento.

Se encogió de hombros y apuró la copa de vino.

—Son cosas que pasan. Trae otra botella de vino, si no te importa.

—¡Pues claro que no me importa!

Las tres nos sentamos en el sofá y brindamos.

—¡Mierda, se me olvidaba! ¡La *pizza*! —Rosie salió como un rayo hacia la

cocina, y volvió inmediatamente con una de las cajas de cartón—. Brécol, tomate y albahaca. Mi favorita.

—¡Estupendo! —El estómago me empezó a gruñir, seguro que de agradecimiento anticipado, de manera que me serví un pedazo.

—¿Queréis que la caliente un poco?

—No hay tiempo para eso —dije, mordiendo un trozo—. ¡Oh, qué rica está! De verdad, buenísima.

—¿Estás segura? —preguntó Rosie riendo.

—Lo que te pasa es que te gustaría ser como yo y poder hablar con la boca llena de comida sin perder el atractivo.

El comentario hizo que Nell se riera. Me alegré.

—La preparé antes de abandonar el barco. Me alegro de que te guste cómo cocino —explicó—. Por lo que veo mi hermano no se ha molestado en hacer la compra. Me temo que vas a tener que ponerte en mis manos durante el tiempo que dure tu estancia.

—Mañana iré al súper —dije, e hice una pausa para dar un trago de vino. ¡Era magnífico!—. Vaughan ha estado muy ocupado.

—Habría dado igual si no lo hubiera estado —afirmó, agitando su copa—. No va a hacer nada que huela siquiera a que va a quedarse aquí ni un minuto más de lo imprescindible. Esta casa... es demasiado dura para él. Demasiados recuerdos, supongo. Se irá lo más pronto que pueda.

—¿De verdad crees que va a vender la casa? —preguntó Rosie.

Nell dejó caer la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo.

—Lo único que desea en el mundo es ser guitarrista, tocar en un grupo. Necesita el dinero.

—Mierda —susurró Rosie—. Lo siento.

Comí más *pizza* y bebí más vino. Me dolía el corazón por ella, pero no tenía nada que decir.

—Cuando perdí a mamá y a papá fue como si también lo perdiera a él. Y ahora Pat también se ha ido. —Nell aspiró por la nariz y se secó los ojos con el dorso de la mano—. ¡Joder! Lo siento, chicas. No quería ponerme así de triste.

—No te preocupes —dije, dándole un golpecito en el codo—. Estás entre amigas, Nell.

—Exactamente —confirmó Rosie, estirándose para alcanzar una vieja caja de Kleenex. Me gustaba, era buena gente.

—Soy la mujer más dura del barrio —dijo Nell—. No se me permite echar ni una lagrimita.

—Todas lloramos alguna vez. No es para tanto.

—Dentro de nada me va a venir la regla. Echémosle la culpa a las hormonas.

—Hecho —dije sonriendo.

Rosie le pasó la caja de pañuelos de papel y salió rauda hacia la cocina a por otra botella de vino. Daba la impresión de que la noche se iba a poner complicada. Todo el mundo tenía cosas tristes que contar.

No pude evitar preguntarme si era ese el final inevitable del amor. ¿Sentirte perdida, herida, apenas agarrada a lo poco que te quedaba en la vida? ¡Gracias a Dios que no me había casado! Y también gracias a Dios que esta relación con Vaughan, tan extraña, tuviera fecha de caducidad casi antes de empezar. De no ser así, cualquiera sabe cómo irían las cosas. Seguro que yo terminaría hecha un guiñapo, mucho peor que tras la traición de Chris. Porque Vaughan era capaz de eso y de mucho más. En solo cuarenta y ocho horas me había hecho sentir y desear todo tipo de cosas inconfesables. Los dos estábamos en una vía cuyo destino conocíamos perfectamente. Pero, joder, iba a ser muy difícil no ir por ella. Aunque lo lamentara durante el resto de mi vida.

—Teniendo en cuenta el hecho de que trabajamos en el mismo edificio, Pat se las ha arreglado increíblemente bien para evitarme, pese a pasarse el día en el salón de tatuajes. No lo he visto en varias semanas. Creo que esa fue la causa de nuestra separación.

No dijimos nada, para permitirle que se desahogara. A veces es lo que necesitamos, que nos escuchen sin hablar.

—Cuando compró el salón estaba hecho una absoluta mierda. Un desastre. Se dejó la piel para convertirlo en lo que es ahora, y yo lo apoyé todo lo que pude y más. Cuando abrimos el bar pensé que era mi turno, que me tocaba a mí. Di por hecho que me apoyaría, pero la cosa no fue así. —Levantó la copa y Rosie se la rellenó de inmediato—. Apenas nos veíamos, pues los horarios no coincidían, así que... nos dejamos llevar. Un día, al levantarse, dijo que no sabía ni por qué nos molestábamos siquiera. ¿Qué puedes decir cuando te dicen algo así? ¿Cómo demonios se supone que tienes que reaccionar? Era como si se le hubieran secado los sentimientos, hasta la última gota. Su cuerpo seguía allí, pero su corazón y su cabeza estaban en otro planeta.

Volvió a abrir la boca, pero durante unos segundos no dijo nada más. Nell parecía estar destrozada. ¡Dios, si esto era el matrimonio, si esto era en lo que terminaba entregarte en cuerpo y alma a otra persona, la verdad es que me asustaba hasta la mismísima médula!

De repente, alzó la cabeza y estiró los hombros.

—¿Se supone que tengo que darle constantemente en la cabeza con el certificado de matrimonio? Le dije que si no quería estar conmigo, pues que se marchara. No iba a detenerlo. ¡Joder, aún no puedo creerme que se haya marchado de verdad!

Desde fuera llegaba el sonido de risas y voces. Me parecieron fuera de lugar. Inadecuadas. Pero supongo que, pase lo que pase, la vida sigue, incluso aunque no debiera.

Nell se echó el pelo para atrás y se mojó los labios.

—Pero, en fin, así estamos...

—Lo siento —dije, aunque sabía que no ayudaba.

Volvió la cara hacia mí. Las lágrimas le salían a borbotones y corrían libres por sus mejillas.

—¿Podrías hacer que Vaughan te dejara embarazada accidentalmente para que así no tuviera más remedio que quedarse en Coeur d'Alene? Necesito tener familia alrededor.

—Pues... no, lo siento.

—Muy bien. —Soltó esa risa tan suya que parecía un ladrido—. ¡Estropéalo todo, Lydia! Ten cuidado conmigo...

—¡Vamos, Lydia! —me reprendió Rosie con una media sonrisa malévola—. Tampoco te está pidiendo demasiado, creo yo.

Me reí y bebí otro sorbo. Cuando estás medio borracha las cosas parecen tener más sentido. Lo sabía por experiencia. Y este vino iba directo a la cabeza. Supongo que haber tomado en todo el día solo un trocito de empanada de nueces no era la mejor manera de encarar una noche de vino y rosas...

—No hablo en broma.

—Lo sé —dije—. Soy una puta egoísta.

—Sí, eso es precisamente lo que eres. —Nell se sonó la nariz y relleno el vaso, intentando recomponerse bajo nuestra atenta mirada—. Deberías permitirme que utilizara tu útero en mi beneficio.

No decía más que bobadas. En estos momentos ni se me pasaba por la cabeza pensar en niños. Ni siquiera estando Vaughan de por medio.

—Tu hermano y yo solo somos amigos, Nell.

Ante mi afirmación, las dos se rieron con tantas ganas que por poco se caen del sofá. Estoicamente, hice como si nada lo mejor que pude. A veces la amistad femenina está muy sobrevalorada. Aunque otras es agradable y maravillosa. ¡Me molestaba mucho que Coeur d'Alene se estuviera volviendo tan agradable para mí, justo ahora que estaba a punto de irme!

—¡Un brindis! —Rosie levantó el vaso de vino—. ¡Por los corazones rotos!
¡Y por la caca de la vaca, de paso!

—¡Me gusta! —dije sonriendo.

—¡Sí señor! —Nell estuvo de acuerdo, y vació la copa de un trago.

—Por los corazones rotos y la caca de la vaca —repetí, imitándola.

Horas más tarde, alguien llamó a la puerta. Horas, y horas, y varias botellas de vino y varios trozos de *pizza* más tarde. Nell se levantó despacio y fue a abrirla dando tumbos. tengo que admitir que me sorprendió que, quien fuera, no se hubiera limitado a entrar sin llamar, como al parecer hacía todo el mundo en esa casa.

—Ah, eres tú. —Nell se dio la vuelta y volvió a sentarse en el sofá.

Tras ella apareció Eric. Se le había pasado el enfado de la noche anterior. O al menos en parte. Tenía los labios apretados, pero en los ojos no había rabia ni hostilidad.

—Tenías razón y lo has demostrado.

—Me alegra oírlo —respondió Nell, tomando la copa.

—Ha sido una putada que me dejaras solo en el bar —continuó—, pero me he dado cuenta de lo que necesitabas.

Nell lo contempló con ojos ligeramente vidriosos.

—Hemos tenido suerte de que la noche no ha sido tan ajetreada como la de ayer. De todas formas, ha habido algunas quejas por la lentitud del servicio. En más de una mesa se han marchado sin dejar propina.

—Mmm.

Eric se miró los zapatos y metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Parecía un colegial al que hubiera llamado el director para echarle una bronca.

La verdad es que pensé que tenía buen aspecto, con el pelo largo y negro y la cara angulosa. Seguramente alguna marca de ropa interior de las caras estaría dispuesta a contratarlo como modelo. No vestía como el resto de los chicos. Llevaba una camisa Oxford blanca, con las mangas enrolladas hasta los codos y unos pantalones de vestir negros, en lugar de *jeans*.

—¿Dónde está Vaughan? Tengo que hablar con él, será lo mejor —dijo—. Arreglar las cosas.

—Está ocupado —espetó Rosie, que se había puesto muy derecha y prestaba mucha atención.

—Podemos decírselo nosotras. —Nell se levantó de nuevo y abrió mucho los ojos, que estaban completamente rojos—. Pero agradezco tu propuesta de fumar la pipa de la paz.

—No, he estado pensando —explicó Eric—. Quiero decirle algo.

—Pero...

—¡Vaughan! —Eric movió el cuello de derecha a izquierda, para comprobar si estaba en el pasillo o en la zona del comedor—. Oye Vaughan, ¿Tienes un minuto?

—Eric, no. —Le agarró del brazo y lo empujó hacia la salida—. Más tarde. Habla con él más tarde, en otro momento.

—Tranquila, Nell. No busco problemas.

La puerta de la cocina se abrió de repente, con tanta fuerza que golpeó contra la pared y el cristal tembló. No era Vaughan el que apareció, y la furia parecía salir echando chispas por los ojos. Pensé que incluso se le podía incendiar la barba.

—¿Qué coño haces aquí? —gritó Pat, avanzando por la habitación a grandes zancadas

Nell soltó el brazo de Eric y se retiró rápidamente hacia atrás.

—Patrick..

—Es un asunto de trabajo —dijo Eric en tono plano, tranquilo y conciliador—. Solo he venido para hablar con ella. Ya me iba.

—Mierda —musitó André, que no parecía nada contento. Los demás habían entrado también. Vaughan se apoyó en la mesa del comedor, con la mirada confundida.

Joe cruzó rápidamente la habitación y se colocó al lado de su hermano.

—Venga, Eric, vámonos. Después os veo, chicos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Vaughan, dando un paso hacia Pat, y con el ceño tan fruncido que parecía tener una sola ceja.

—Solo quería decirte que me parece bien que trabajes en el bar —dijo Eric—. Por mí no hay problema. Solo había venido a eso.

—Pat. —Vaughan miró a su amigo con gesto de interrogación—. ¿Cuál es el problema?

Pat seguía allí de pie, echando humo. ¡Y a mí que la mirada escrutadora de Vaughan me había parecido impresionante! Pues la de Pat era de salir corriendo. Por la forma en que miraba a Eric, me sorprendió que no lo hubiera convertido ya en cenizas. En polvo.

—¡No! —advirtió Nell, rogando a su ex con la mirada—. No metas a mi hermano en esto.

—¡Todo el mundo lo sabe ya, joder! —Entre dientes, Pat soltó una retahíla de palabrotas y le dedicó una sonrisa amarga—. ¿No crees que se enteraría, antes o

después?

—¿Enterarme de qué? —preguntó Vaughan. La tensión se podía cortar con un cuchillo—. ¿Nell?

—¡Se acostaron, coño! —estalló Pat—. Tu hermana y él. ¿Te puedes creer esa mierda?

—¿Qué cojones...? —espetó Vaughan, y se volvió a mirar a su hermana con ojos asombrados—. ¿Nell?

—No me mires así, Vaughan. No estabas aquí, no tienes ni idea de lo que ha sido esto para mí. —Nell se apretó el estómago con los puños, procurando mantener la calma por todos los medios—. Pasó hace unas semanas. Pat y yo llevamos un año separados. No soy una mujer infiel.

—Perdona —musitó Vaughan—. No pretendía acusarte de nada.

Nell se limitó a mover la cabeza.

—Y tú... tú te pasabas las noches en el maldito Iron Horse disparando a cualquier trasero que se moviera, ¿o no, Pat?

Le tembló la mandíbula de pura rabia.

—¡Eres un puto hipócrita! —concluyó Nell, casi gritando.

—¡Yo no me acosté con ninguna amiga tuya!

—Cometí un error. Sí, me emborraché y cometí un error. —estalló en lágrimas de nuevo.

Eric avanzó hacia el barbudo con la mano abierta.

—Pat...

—¡No quiero que me digas ni una palabra, ni una sola! —Bajo la camiseta negra descolorida, sus hombros se alzaron, tensos—. No vuelvas a dirigirme la palabra en tu puta vida.

Al parecer, Vaughan era incapaz de cerrar la boca, y no sabía hacia dónde mirar. Resulta que todos sus amigos y su familia se reunían y el resultado era este follón. Lo que tenía que haber sido una experiencia alegre y positiva se había convertido en todo lo contrario.

—Confiaba en vosotros —rugió Pat—. ¡En los dos!

—¡Ya está bien! —dijo Vaughan mesándose el pelo y procurando mantener la calma—. Vete, Eric. Vete ya.

—¡Dios! —Eric alzó la cabeza y rio ásperamente—. He venido hasta aquí para suavizar las cosas contigo, para enterrar el hacha de guerra. Esto es una puta mierda.

—Anda, vámonos. —Joe agarró a Eric por el hombro, pero él se sacudió.

—¿Una puta mierda? —volvió a estallar Pat, dando un paso adelante—. ¿Te

tiras a mi mujer y dices que es una puta mierda?

—¿Sabes qué es lo que no entiendo? —contestó Eric, rebotando mala baba—. ¡La abandonaste, coño! Entonces, ¿por qué te da tanta rabia lo que ha pasado? ¿Te arrepientes de algo, Pat?

—¡Ya está bien, parad! —gimió Nell. Las lágrimas no paraban de correr por sus mejillas.

—No era tu mujer —prosiguió Eric sin hacerle el menor caso—. Ya lo has oído. Lleváis muchísimo tiempo separados. A mi parecer, no es que estuvierais esperando a divorciaros para empezar de nuevo, no. Lo que creo es que los dos estabais recuperando ya el tiempo perdido.

—¡Callaos ya, capullos! —exclamó Vaughan—. ¿No veis que estáis descomponiendo a mi hermana, no la veis llorar? ¡No puedo permitir esto, y menos en esta casa!

Con los labios apretados, Pat miró a Eric, rabioso. Ninguno de los dos se movió.

Vaughan respiró hondo, procurando calmarse.

—Creo que, en estos momentos, lo mejor es que os marchéis. Los dos.

Se oyó un sollozo de Nell, que en ese momento volvió la cabeza, absolutamente desconsolada. Curiosamente, la furia de Pat pareció desaparecer de sus ojos cuando la contempló en tal estado. Pero me dio la impresión de que a Eric le dio igual, o que ni lo notó siquiera. Su cara angulosa y atractiva seguía rebotando mala leche.

—¿Sabes, Pat? Pensaba que estabas loco manteniéndote pegado a esta mujer durante todos estos años —dijo Eric con la cabeza erguida. Su sonrisa era burlona—. Pero por fin te entiendo. ¡Joder, te aseguro que me he follado a muchas, pero Nell es la mujer más increíble con la que...!

Con un rugido, Vaughan se lanzó a por el individuo. Los puños volaron a la velocidad del rayo.

—¡No hables así de ella, pedazo de cabrón!

Patadas, voces, cacharros volando cuando la mesita del café cayó derribada como resultado de la pelea. Las cosas sucedieron increíblemente deprisa. Alguien gritaba. Nell, supongo; mi mente, bastante embotada por el alcohol, no era capaz de asimilarlo todo.

Rosie me agarró del brazo, y me arrastró como pudo detrás del sofá. Fui a gatas para ponerme a salvo de los daños colaterales. Los dos hombres eran como un huracán que lo destruye todo a su paso. Una buena cantidad de sangre, tibia, me salpicó la cara y me levanté, pero volví a caer enseguida y volví a gatear por

el suelo para ponerme al lado de Nell.

Joe y Pat se interpusieron en la pelea, o se pusieron a pelear también, no sabría decirlo. Me parece que Joe procuró separarlos, pero Pat parecía haberse vuelto loco. Al tiempo que disparaba el puño contra Eric, procuraba sujetar a Joe de un brazo. Joe terminó defendiendo a su hermano, claro. ¡La llamada de la sangre! El sofá empezó a deslizarse hacia atrás y a acercarse a nosotras. Estiré las manos para intentar sujetarlo y que no nos aplastara. Rosie agarró de la mano a Nell para sacarla de allí y llevarla al pasillo.

¡Joder! En mi vida había visto una pelea como esta.

Me entraron ganas de vomitar. Y Vaughan estaba allí, en pleno fregado. La idea de que resultara herido me empujó a tomar medidas desesperadas. Dios sabía que me había ayudado cuando más me hacía falta, así que yo no iba a ser menos.

—¡No! —exclamó André, tirando de mí para apartarme de la zona cero e impedir que hiciera alguna estupidez. Quizá no habría hecho falta, porque tenía los pies paralizados, como si se me hubieran quedado helados. Lo mismo que el resto de mi cuerpo, en estado de shock.

En el suelo, los cuatro hombres seguían peleando como locos. Solo podía ver sangre y violencia, y a Vaughan y Eric dándose golpes sin parar. Vi a Nell en el pasillo dando arcadas y finalmente vomitando. El olor y el ruido me obligaron a tragar con fuerza y respirar hondo varias veces.

El tiempo pareció haberse detenido. Pareció transcurrir un siglo hasta que el aire se llenó con el ruido de una sirena de la policía.

—¡Gracias a Dios! —exclamé, dejándome caer sobre André.

Me agarró con fuerza por la cintura y yo apoyé la cabeza contra la suya. No se trataba de nada físico. Los dos necesitábamos consuelo.

—Todo se arreglará —dijo—. Son amigos desde hace mucho tiempo. Solucionarán las cosas.

—¿De verdad lo crees?

Soltó un suspiro.

—No.

CAPÍTULO 12

Estaba allí, a los pies de la cama de Vaughan, recorriendo despacio con los ojos su cuerpo medio desnudo. La luz de la luna entraba a través de la ventana, abierta de par en par. La cortina se movía al recibir la suave brisa veraniega. No daba crédito al efecto que ejercía sobre mí este hombre, todas las emociones que me embargaban por el simple hecho de estar junto a él. Una locura. Una auténtica locura.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz ronca.

—Estaba pensando, nada más —respondí sonriendo.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu aspecto, ahí tirado en la cama con una bolsa helada de guisantes en la entrepierna para aliviarte el dolor de huevos. ¡Manda huevos, nunca mejor dicho! Pero hasta así estás atractivo.

Intentó sonreír con los labios, que no estaban mejor que sus pelotas: hinchados y tumefactos. No pudo, por supuesto.

—¡Ay! Gracias.

—¿Quieres que te traiga algo más?

—No. —Dio un golpecito en el colchón—. ¿Te sientas a mi lado un momento?

—Claro. —Me senté, intentando que el colchón no se moviera mucho para que no le hiciera daño en ningún sitio. Pero era difícil, porque tenía golpes hasta en el cielo de la boca.

—No me puedo creer que Eric me diera un rodillazo en los cojones —dijo con tono dolido—. Es una bajeza, hasta para él.

—Tú le atacaste a él primero.

—Mmm. —Suspiró—. No tenía derecho a hablar así de Nell. Me da igual lo que haya pasado entre ellos o cuánto tiempo he estado fuera. Sigo siendo su hermano. De ninguna manera podía quedarme al margen y dejarle que dijera esas barbaridades.

—Entiendo que quisieras defender a tu hermana.

Emitió un ruido. Sabe Dios lo que quería decir.

—El agente Andy ha sido muy amable por no llevaros a todos a la cárcel.

Vaughan gruñó, pero esta vez sí que habló alto y claro.

—Lo hubiera hecho si no llega a estar aquí Nell. ¡Estúpido! No me puedo creer que le mirara el trasero de esa manera...

—Y quizá por eso pudo convencerle de que se marchara sin deteneros.

Me miró con el ojo bueno. Él otro lo tenía tapado con una bolsa de hielo. Tenía la cara y una parte del pecho llena de sombras y de moratones.

—Voy a dejarte para que puedas dormir un poco.

—¿Estás bien? —preguntó.

Tardé un rato en contestar, mientras buscaba las palabras adecuadas. Lo que ocurre es que no las había.

—La pelea me asustó, Vaughan. ¡Demonios, más que eso, me aterrorizó! Pudieron hacerte algo grave.

—Lydia... —dijo, y se detuvo, como si dudara. Entonces se movió un poco, para dejarme sitio; eso sí, emitiendo algún que otro quejido de dolor—. Échate.

Sin la más mínima elegancia, me quité las zapatillas e hice lo que me había pedido, quedándome echada junto a él. Inmediatamente después de apoyar la cabeza en la almohada, empecé a bostezar. Por lo menos debían de ser las tres o las cuatro de la mañana. La alegría que suele acompañar a la ingesta de alcohol había desaparecido hacía horas. En poco tiempo saldría de nuevo el sol. ¡Qué nohecita!

—Oye —dijo, enganchando su meñique con el mío—. Gracias por preocuparte por mí.

—Estaba muy preocupada, sí.

Una pausa.

—Antes no has dicho eso.

—Sí, claro que he dicho eso.

—No. Has dicho que pudieron hacerme algo grave. Eso, fue lo que dijiste. — Volvió la cara hacia mí, muy despacio.

Resoplé. Estaba cansada y un poco harta, la verdad.

—Así que estabas preocupada por mí.

—¡Pues claro!

Las sombras, oscuras y misteriosas, surcaban el techo de la habitación. Aparte de los insectos, que emitían sus ruidos de cortejo, fuera reinaba el silencio. Todo el mundo dormía. O al menos todos los que vivían en este pequeño rincón del

mundo.

—¿Esa era la razón por la que André te abrazaba por los hombros? — preguntó con lo que me pareció cierta timidez—. ¿Por qué estabas asustada?

Me apoyé sobre un codo para mirarlo de frente.

—¿Eric y tú os estabais intentando matar el uno al otro y todavía te las apañaste para darte cuenta de eso?

No hubo respuesta.

Increíble. Este tipo era simplemente increíble. Me volví a tumbar de espaldas y miré al techo. Sentí las costillas muy ligeras, como si todos los órganos que protegían estuvieran mucho más excitados de lo normal. Intenté no sonreír, pero no lo logré.

—¿Ibas a decir algo? —preguntó por fin.

—Te gusto. —El hecho de darme cuenta de eso me llegó muy hondo, hasta la mismísima médula. Me invadió una especie de calma, de tranquilidad, pese a que lo que debería estar pensando es en la fragilidad y la transitoriedad de nuestra existencia. Mi inteligencia me pedía que me mantuviera a cierta distancia de él. Sin embargo los sentidos, todos ellos, me empujaban a meterle la mano bajo los pantalones para acariciarle, y a enterrar la nariz en su cuello, y a empezar la fiesta. Ya.

—¿No habíamos dejado esto claro antes? —Me apretó un poco el pulgar.

—Puede, pero ahora me parece más real. O quizá sea que antes no estaba escuchando con la debida atención. —Sonreí—. O es que ahora estoy en un buen momento.

—Tú siempre estás en un buen momento.

Quizá. Bueno, no siempre.

—Pues así son las cosas. Si no te hubieras metido en esa pelea ahora podríamos estarnos conociendo en el sentido bíblico.

Soltó un gemido largo y profundo.

—¡Por favor, ni menciones el sexo ahora!

—Lo único que he dicho es que...

—¡Para, por favor!

—De acuerdo. Paro. —Cerré los ojos con fuerza, inspiré profundamente y fui soltando el aire poco a poco. Decepción. Me fastidiaba muchísimo. Esas cosas que tengo dentro en las entrañas se quejaban de que las estaba tratando fatal.

Se lo estaba negando todo.

Tenía a mi lado un espléndido regalo de Navidad, pero no podía ni tocarlo por miedo a romperlo, o a hacerle más daño del que ya estaba sufriendo. Tenía que

haber sido yo la que pegara a Eric. Darle de bolsazos en la cabeza, o algo semejante. De mí no se habría defendido.

La mano de Vaughan se deslizó sobre la mía. No era suave, debido a los callos que le habían salido por tocar la guitarra. Su piel estaba dura, irregular y cuarteada. Pero no me importó. Podía tocarme todo lo que quisiera. Dios, con el deseo que sentía, habría dejado que me acariciara con ella toda la vida.

—¿Sabes algo del agente inmobiliario? —Retiré la mano y la puse con la palma hacia arriba. Así podría sentir sus dedos, todos, sobre los míos.

—Va a traer a alguien mañana. Me temo que el salón no va a tener muy buen aspecto con la que se ha armado. —Soltó un juramento en voz baja.

—No te preocupes —lo tranquilicé—. Nell, Rosie y yo lo retiramos casi todo. Si preguntan, les diremos que eres un minimalista al que no le gusta tener muchos muebles, o lo que se nos ocurra. Todo irá bien.

—De acuerdo. —Suspiró—. Bueno, hay que hacerlo. Gracias por ayudar.

—De nada. —Levanté su mano con cuidado y me la llevé a los labios, teniendo cuidado de no tocarle los dos nudillos rotos—. ¿Puedo preguntarte algo personal?

—Dispara —respondió sin dudarlo ni un momento.

—¿Qué ocurre entre Eric y tú? ¿Por qué reaccionó tan mal cuando te vio trabajando en el bar, antes de que se armara todo el follón esta noche?

Volvió a gruñir, pero de repente empezó a reírse. Aunque no parecía una risa feliz, ni mucho menos.

—Pensaba que ibas a preguntarme antes sobre eso, después de presenciar la maldita escena de la otra noche en el bar.

—No me gusta fisgonear.

Sin decir una palabra, alzó mi mano, se la llevó a los labios y la besó suavemente. ¡Madre mía, estaba, a punto de derretirme! Si por la mañana, en lugar de encontrarme a mí lo único que vieses fuera una mancha viscosa en las sábanas, sería todo culpa de él.

—Me gustas, Lydia.

—Y tu me gustas a mí, Vaughan. Pero ahora cuéntame de una vez el cotilleo. Esta vez su risa fue mucho más agradable de escuchar.

—En la época del instituto Eric sí que estaba en el grupo. La verdad es que me ayudó a formarlo; por aquel entonces estábamos muy unidos. Sus padres vivían muy cerca, en la calle de al lado, así que se puede decir que crecimos juntos...

—¿Y qué pasó? —lo animé, pues se había detenido un momento, como si

dudara a la hora de escoger las palabras.

—Pues cosas parecidas a las que están pasando ahora. La fastidió con el grupo. Iba de chica en chica, y sin tomarse en serio ni la música ni el grupo. Lo único que tenía que hacer era entrar a tiempo con la maldita batería, pero no parecía capaz de hacerlo, ni tan siquiera eso. —Colocó mi mano sobre su pecho. El corazón le latía con fuerza; parecía potente, masculino, adecuado para el pecho del hombre que yacía a mi lado—. Pero nada, ni de broma. Se lo advertí muy en serio: si no empezaba a hacer las cosas bien, no se vendría con nosotros a la Costa Oeste después de la graduación. Me da la impresión de que no me creyó entonces. Llegó el momento, y no tuve más remedio que decirle que estaba fuera del grupo. No se lo tomó nada bien, claro.

Respiré hondo y después solté el aire despacio, con los labios entrecerrados.

—¡Demonios! Debió de ser jodido para los dos. Ahora entiendo el porqué de tus nervios cuando tu hermana te propuso trabajar en el Dive Bar.

—Sí. —No dijo más.

Nos quedamos en silencio, tomados de las manos, dejándonos llevar suavemente por el sueño. Pese a que no podía quitarme de la cabeza todos los acontecimientos del día, ni del cuerpo la calidez de su cercanía, el agotamiento me fue llamando, con voz alta y clara. Las sábanas y la almohada olían a Vaughan. La brisa nocturna entraba por la ventana. Estaba en una especie de paraíso personal. ¡Dios, qué cansada estaba! Parecía como si el peso de mi cuerpo se hubiera triplicado, pero al mismo tiempo me sentía ligera como una pluma, como si pudiera hundirme en el colchón y también flotar en el éter, sujeta a la tierra solo gracias a la mano de Vaughan. Quería quedarme allí, flotando para siempre, y tener los sueños más dulces de mi vida.

Me pregunté qué tal les iría a Chris y a Paul, allí solos en Hawái viviendo su amor. Mira por dónde, ese pensamiento se deslizó en mi cerebro sin provocarme el deseo irracional de convertirme en una vikinga sanguinaria dispuesta a arrasar el hotel a sangre y fuego. El tiempo que había pasado con Chris, la boda frustrada y todo lo demás, pasaban por mi mente sin alterar mi ánimo ni lo más mínimo.

Junto a mí, el pecho de Vaughan subía y bajaba a un ritmo regular. A la escasa luz de la noche, sus magníficos tatuajes eran solo una sombra gris. El ojo que podía ver estaba cerrado, y su cara, muy magullada, pese a todo parecía relajada.

—No amaba a Chris todo lo que debía —susurré—. Creo que solo buscaba librarme de la soledad y recibir sus atenciones... No lo sé, creía que lo quería, pero no era real, no era cierto.

No se movió. Ni un milímetro. La noche siguió avanzando.

Volví a mirar a mi viejo amigo, el techo de su habitación. Era un testigo tan bueno como cualquier otro para escuchar mis confesiones.

—En solo dos días y medio he desarrollado muchos más sentimientos por ti de los que nunca tuve por él, lo digo de todo corazón. No obstante, se trata de algo muy distinto. Sabía exactamente cómo iba a ser la vida con Chris. Lo que íbamos a hacer, cómo se desarrollaría nuestra vida juntos, etcétera. Él se ajustaba perfectamente a ese molde que yo pensaba que era el adecuado para mí, y que controlaba perfectamente. Pero tú no, tú no te ajustas a ningún molde.

Puse los ojos en blanco, haciéndole burla a mi dramatismo de pacotilla. El caso es que nada tenía sentido, que todo lo que estaba pasando me tenía perpleja. Vaughan Hewson ejercía tal atracción sobre mí que, si quisiera, podría manejar mi vagina con un mando a distancia. Era una locura, algo patético, y todo lo que se quiera decir. Podía colgar mi corazón a secar, para ver si así lograba controlarlo. ¡Mierda!

—Creo que lo que quiero decir, que lo que pienso a fin de cuentas, es que no cambiaría un solo segundo de locura contigo por todo el tiempo de estabilidad económica, tranquilidad y seguridad que Chris me ofrecía, eso sí, fundamentado en la mentira y en la manipulación. Para muchas personas seguro que es una locura, pero es lo que siento, y ya está.

Sí, allí estaba, flotando en el universo, la verdad sin manipulaciones.

Dios, me pareció que me había quitado un enorme peso de encima, engorroso y difícil de manejar, y que lo había arrojado por fin y para siempre al abismo de la oscuridad.

Dejaría que llegara el nuevo día y me olvidaría de todo el ayer, no solo de «el día de ayer». Ya estaba bien. Viviría, aprendería, me adaptaría, etcétera.

El conocimiento se pagaba a precio de prostituta de lujo. Pero ya lo había pagado, y era el momento de pasar página de una vez.

—Muñeca —dijo su voz en la oscuridad, al tiempo que me tomaba otra vez de la mano.

—Pensaba que estabas dormido. —La voz me salió rara, demasiado ronca. Pensé que tal vez eso de lanzar al espacio exterior tus angustias podía afectar a las fosas nasales—. ¿Te duele mucho? ¿Quieres que te traiga un analgésico o algo?

—No. Estate aquí conmigo, nada más.

—Muy bien.

Silencio.

—¿Estás borracha?

—No —respondí, sintiéndome un poco fuera de mí misma—. No, creo que no. Creo que se me pasó ya hace bastante rato.

—Perfecto.

Silencio.

—Lydia, la ruptura del grupo, el hecho de tener que volver aquí... —En la oscuridad, su respiración sonaba fuerte, profunda y rítmica. El silencio se había roto y conocía mis secretos. Era lo que me ocurría con él desde que lo conocí. No podía ocultarle nada, aunque quisiera.

—¿Sí? —lo animé para que continuara.

—El hecho de haberte conocido ha hecho que casi merezca la pena.

Casi. Pero su dolor, sus sueños ahora rotos habían durado «casi» una década más que los míos. Nuestras respectivas situaciones eran muy distintas. Esa era la verdad.

—Gracias. —Le apreté fuerte la mano.

—Duérmete, muñeca. Mañana será otro día.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 13

Los hombres eran raros, pero que muy raros.

Al día siguiente, nuestro turno de trabajo en el Dive Bar era de las doce del mediodía hasta las nueve de la noche. A la hora que llegamos y hasta las dos de la tarde más o menos, el local funcionaba fundamentalmente como restaurante. Según entramos, Vaughan se metió detrás de la barra con toda la tranquilidad del mundo, y rodeó sin apresurarse a Eric, que estaba charlando con su hermano Joe. La cosa era absolutamente ridícula. Los tres tenían peor aspecto que si hubieran estado peleando tres asaltos con Godzilla. Labios hinchados, ojos a la virulé, mejillas en carne viva..., en fin, que no les faltaba de nada. Tenían el noventa y nueve por ciento de la cara teñida de negro y morado.

Se miraron los unos a los otros... y nada.

Absolutamente nada.

Se saludaron mínimamente levantando la barbilla y, sin más, se pusieron a trabajar. Si la pelea hubiera sido entre mujeres, estoy segura de que la hostilidad habría durado meses. Lo cual refuerza mi teoría acerca de la superioridad femenina, porque en general nos involucramos más en las cosas. Nos mantenemos.

Hoy era el día de los tacos en el Dive Bar. Las opciones de menú no eran fijas, ni diaria ni semanalmente, y dependían de lo que a Nell le apeteciera preparar. Había platos siempre presentes, como entrecot, hamburguesa con queso, huevos en todas sus versiones y carne y pescado frito con todo tipo de salsas a cuál más sabrosa. Cosas así. Pero fuera de carta, la oferta gastronómica era siempre un misterio hasta que llegaba Nell.

En cualquier caso, una mujer capaz de ofrecer «el martes de los tacos» merecía todos mis respetos.

En las pizarras que indicaban los platos se anunciaban todo tipo de tacos: de carne en tiras, de pollo con chile y lima, de gambas con especias, de patata asada y judías pintas... ¡Qué maravilla! Me estaba viniendo arriba solo con el olor. El

Dive Bar estaba pasando a convertirse rápidamente en mi restaurante favorito. Llené la bandeja con varias margaritas, un par de Coronas, y un vaso de tequila Herradura con una rodaja de limón.

—¿Todo bien? —preguntó Vaughan.

—Todo bien. —Lo miré a él y después a Joe, con una sonrisa un poco burlona—. ¿Cómo va el club de la lucha?

—Mejor no hablemos de eso —replicó Joe entre dientes.

Solté una carcajada y me llevé la bandeja para llevar la comanda a un grupo de parejas mayores. Ya iban por la segunda copa y sonreían relajados. En una palabra, se lo estaban pasando bien.

—Tenías razón con las gambas —dijo una de las mujeres—. Me han gustado mucho. Pero el pollo también está de muerte.

—Buenísimo, ¿verdad? —Le puse delante una de las cervezas mientras su pareja sorbía el margarita con fruición—. ¡Ya me gustaría cocinar la mitad de bien que Nell! Eso sí, soy capaz de echar la leche sobre los cereales sin quemarla.

—¡Pues eres de las mías!

Sonreí.

—¿Desean algo más?

Se elevó un coro de voces negando, o al menos por ahora.

Asentí y me di la vuelta para echar un vistazo a mis otras mesas. Había pasado la hora de la comida y estábamos de lleno en la parte de la sobremesa relajada. En una de las mesas, un joven tenía un café y un trozo de pastel mientras leía un libro, y en otra, un grupo de jóvenes más o menos de mi edad cotorreaban y reían frente a sus vasos de vino.

—Hasta luego. —Joe pasó a mi lado con las manos en los bolsillos, dirigiéndose a la calle. Su jornada había terminado.

—Adiós.

Pese al tremendo caos de la noche anterior, parecía que hoy iba a ser un buen día.

Pero quizá me estuviera precipitando con el juicio.

—Hola, Betsy.

—Hola, Liddy. —La recepcionista de la inmobiliaria de los Delaney me miraba con una mueca que pretendía ser una sonrisa, pero que ni se parecía a eso—. ¡Vaya! ¡Cómo han caído los poderosos!

—Bueno, yo no lo veo así.

—¡Pues me alegro por ti! —Su falta de sinceridad era evidente.

La mujer era más o menos de mi edad, aunque mucho más cursi de lo que yo habría podido ser nunca. Cuando trabajaba con ella, a veces se me pasó por la cabeza la idea de que Chris y ella habrían formado una excelente pareja. Me la podía imaginar perfectamente con jerséis de lino blanco en Navidad. La verdad es que pegaban. Por suerte para Betsy, ella llevaba en la ciudad el tiempo suficiente como para estar absolutamente al tanto de ese secreto a voces acerca de la orientación sexual de Chris. No obstante, dudaba mucho que eso la hubiera detenido si ella hubiera sido la elegida para el paripé, pues le gustaba mucho el dinero. No obstante, supongo que su escaso nivel profesional hizo que Chris ni pensara en ella como candidata.

¿Quién sabe? Y, por otra parte, me daba absolutamente lo mismo. Sí, mi nivel de cabreo a propósito de ese asunto ya estaba saturado. ¡Viva yo!

—¿Por qué sonríes? —preguntó ella de repente, seguramente decepcionada a causa de que me veía tan tranquila.

—¿Qué puedo hacer por ti, Betsy?

Me miró con cara de asco, arrugando la nariz como si oliera mal, y alzó la cabeza tan bruscamente que pensé que igual se le había roto una vértebra cervical.

—El señor Delaney me ha pedido que te entregue esto.

Era un sobre tamaño folio.

—Pues gracias.

—De nada. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. Bueno, tengo que irme. Algunos de nosotros tenemos cosas importantes que hacer. —Otra ronda de muecas con la nariz, junto con grandes esfuerzos para mirarme desde arriba. Bueno, si con eso se quedaba contenta, mejor para ella—. Se dice que te has mudado con el vecino, un músico fallido, al parecer.

—¿Eso se dice?

—Parece caer un poco bajo, hasta para ti.

No se me ocurría por qué la chica me odiaba tanto. ¿Qué le había hecho yo mientras trabajaba en la agencia? Nada malo, que yo supiera. Nuestro trato había sido cortés y hasta amigable. Yo no necesitaba el amor de todo el universo, pero si alguien me detestaba de ese modo, tenía que saber el porqué.

Igual es que se sentía parte del Equipo Delaney con todas sus consecuencias. Bien por ella.

—¿Es ese? —preguntó, señalando sin recato hacia la barra.

—Sí. —Se había peinado, solo con relativo éxito, el habitualmente alborotado pelo pelirrojo. De hecho, hasta la forma de peinárselo estaba algo pasada de

moda. De todas formas, su aspecto era impactante. La anchura de sus hombros hacía que la camiseta negra del bar pareciera de una talla menor. ¡Y Dios, qué desastre de cara, un collage de grises, azules y negros! Al menos no tenía nada serio, solo golpes. Había algo en el tatuaje del cuello que me excitaba. Con solo verlo me daban ganas de besarlo, chuparlo y hacer otras cosas inconfesables. Clasificadas X, vamos.

—No tengo palabras para explicar lo magnífico que es —dije, sin molestarme siquiera en mirarla. Era mucho mejor seguir fijando la vista en él—. Vaughan es... extraordinario. Y no creas que lo digo por los tatuajes de roquero, el cuerpo que tiene y lo sexi que resulta. Tengo que decirte que la mayor parte del tiempo es amable e inofensivo. El chico más dulce y atento que he conocido en mi vida. Leal y comprensivo, de mentalidad abierta y alguien en quien puedes confiar de verdad. Puedo hablar con él de todo durante horas sin aburrirme. Tiene sus momentos de enfado, pero... ¿quién no? Por no decir que es sexi hasta decir basta, salta a la vista. Soy demasiado educada como para hablarte del aspecto que tiene en ropa interior, ni lo que me hace sentir nada más empezar a... jugar. Cuando un chico te enciende con un simple beso, sin necesidad ni de utilizar la lengua, puedes estar segura de que es adecuado. No sé si me explico, Betsy.

Ella llevaba un buen rato mirándome con la boca abierta. Estoy casi segura de que se le había colado un mosquito. ¡Vaya!

—Bueno, tengo que volver al trabajo —dije suspirando—; Ah, no te he dicho lo mucho que estoy disfrutando de volver a trabajar de camarera! Lo mejor es estar rodeada de gente que te aprecia y sentirte implicada emocionalmente en el negocio. Cuando de verdad crees en la calidad del producto, ¿entiendes lo que es eso? Cuando todo el mundo trabaja en equipo para lograr algo, y no ocurre eso de portarse como un puto tiburón, intentando por todos los medios mejorar las cifras de los demás para joderlos. ¡Además, ni te imaginas la calidad las sobras que puedo llevarme a casa! Nell es una chef de primerísima categoría.

Seguía con la boca abierta. ¡Pobre!

—Bueno, ¿no decías que tenías que irte a trabajar en algo importantísimo?

—Eres ridícula. El hazmerreír —espetó. Se dio la vuelta y echó a andar muy deprisa. ¡Madre mía! Llevaba unos tacones de diez centímetros, como poco. Tengo que reconocer que su habilidad para andar con eso era tremenda.

—¡Adiós, tonta del culo! —dije bajito.

—¿Estás bien? —me preguntó desde atrás una voz profunda y familiar.

—Sí. ¿Te apetece salir conmigo después del trabajo, Vaughan?

Primero me dio un toquecito suave en la cola de caballo, y después me besó

con muchísima suavidad en la oreja. ¡Jesús, qué delicia! Sentí una oleada de escalofríos en la espina dorsal. Evité como pude soltar un gemido de placer.

—¿Me estás pidiendo una cita para salir, Lydia?

—Sí —respondí—. Exactamente.

—Estaré encantado, muñeca. —Me acarició la base del cuello y me trajo un poco hacia sí. Sabía muy bien lo que se traía entre manos. Me dejaba el cerebro hecho puré a las primeras de cambio.

—Hay algo que debes saber —dijo—. Antes de esta noche.

—¿De qué se trata?

—Soy de los que quieren ir a la cama ya en la primera cita —explicó con absoluta seriedad—. ¿Te parece bien?

—Contaba con ello. —Seguro que tenía la cara en llamas, como el resto del cuerpo—. Quiero decir que... hubiera sido bastante extraño que esperaras que me sintiera atraída por tu inteligencia, tu amabilidad, o esas cosas. ¡Uf, qué embarazoso! Pero, entre tú y yo, solamente estoy interesada en tu cuerpo.

Torció ligeramente la comisura de la boca.

—Estoy segura de que también eres un buen chico, pero una tiene sus prioridades, ¿me entiendes?

—Sí, te entiendo. —Su sonrisa habría logrado que una monja se lo pensara dos veces. Ni se me ocurría dudar de lo que iba a hacer. El brillo de sus ojos iba más allá de cualquier característica biológica—. Entonces de acuerdo.

—¿Todo claro pues?

—No lo dudes.

No pude contener la sonrisa.

—Nos vemos esta noche, señor Hewson.

Cuando el desconocido se acercó, allí estaba yo, de pie, sin hacer otra cosa que contemplar el trasero de Vaughan mientras se acercaba a la barra. Por mi mente estaban pasando todo tipo de pensamientos. Relacionadas con el trabajo físico. Lo juro. Bueno, con cierto tipo de trabajo físico.

—¿Perdón? —Un hombre de origen asiático, pulcramente vestido y con bigotito me dirigió una luminosa sonrisa—. ¿La señorita Green?

Todos mis felices visiones desaparecieron como por ensalmo.

—¿Lydia Green?

—¿Quién lo pregunta? —respondí con mi sonrisa más falsa.

Sacó su tarjeta de visita y me la pasó con una inclinación de cabeza muy formal.

—Brett Chen. Soy un periodista independiente. Me preguntaba si podríamos

hablar acerca de su reciente ruptura con Christopher Delaney, así como de las circunstancias tan especiales que la rodearon, como su huida de la boda en el último momento el fin de semana pasado.

—No, muchas gracias —repliqué, haciendo ademán de devolverle la tarjeta, pero no la recogió.

—Como bien sabrá, los Delaney y su agencia inmobiliaria son muy conocidos en la zona y tienen relaciones muy estrechas con algunas figuras políticas importantes. Pero me da la impresión de que una historia tan extraordinaria como la suya podría tener un alcance mucho mayor que el puramente local. Digamos que nacional, internacional incluso.

—¡Vaya, así que tengo la gran oportunidad de conseguir que personas extrañas, eso sí, de todo el mundo, metan las narices en mis asuntos! —Agité la tarjeta delante de sus narices y repetí la negativa, esta vez de una manera más completa—. ¡Ni hablar!

—Podría sacar muchísimo dinero de esto, Lydia.

—Le repito que no.

Surcó su frente un gesto de frustración.

—Como ya le he dicho al señor Ray Delaney, voy a seguir adelante con mi reportaje, con o sin su cooperación, señorita. Pero por supuesto que prefería que fuera con ella.

Arrugué la tarjeta del individuo, me di la vuelta y me dirigí al mostrador.

—El informe de la policía indica que usted golpeó al señor Christopher Delaney. ¿Quiere comentar algo al respecto?

—No. —Detrás del mostrador había una papelería, a la que fui a parar directamente la tarjeta del periodista—. Por favor, márchese. No voy a contestar a sus preguntas, así que no insista.

—Una gran cantidad de fuentes me han confirmado que Chris Delaney está en estos momentos en Hawái con el que iba a ser el padrino de la boda, Paul Mueller. —Chen se quedó mirándome fijamente desde el otro lado del mostrador, sin mostrar la menor intención de marcharse. ¡Maldito fuera!—. Hay muchas conjeturas acerca de la posibilidad de que, de hecho, el señor Mueller y el señor Delaney fueran amantes en secreto. ¿Es esa la razón por la que usted se negó a seguir adelante con la boda?

—Sin comentarios.

—¿Por qué no sigue usted trabajando en la Agencia Inmobiliaria Del...?

—No siga. —Me agarré con fuerza al borde del mostrador, apretando la vieja madera con las uñas. Al otro extremo de la barra Vaughan estaba sirviendo a un

cliente. No se oía ningún ruido procedente de la cocina, que estaba detrás de mí. No obstante, tampoco quería empezar a gritar pidiendo ayuda y causarle problemas a Nell. Tenía que conseguir que este tipo se marchara sin ponerme a gritar ni molestar a los clientes. Tenía que hacerlo.

—Lydia, ¿es cierto que existe un vídeo en el que...?

—No.

—¿Qué cojones pasa aquí? —Eric se puso al lado del periodista. Su cara, llena de magulladuras, temblaba de indignación—. ¿Quién es usted? No, ni me conteste a eso. No me interesa siquiera saberlo. ¡Lárguese, y punto!

El señor Chen abrió y cerró la boca varias veces. Su mirada, fría hasta entonces, parecía ahora un tanto ansiosa.

—Solo deseo hablar un momento con la señorita Green.

—Pues parece claro que la señorita Green no tiene el más mínimo interés en lo que usted le está proponiendo, sea lo que sea. Así que, ¡fuera de aquí!

—Pero...

—Como es habitual, la dirección se reserva el derecho de admitir o no la entrada de cualquier persona a este establecimiento. Y, desde este preciso momento, yo, como dueño, se la deniego —dijo Eric, poniendo la cara a medio centímetro de la de Chen. Se salió con la suya, por supuesto—. Está usted molestando a un miembro del personal. Váyase por las buenas o me verá obligado a echarlo por las malas.

—Llámeme, Lydia —dijo, arrojándome otra tarjeta de visita—. Una oportunidad como esta solo se presenta una vez en la vida.

—¡Fuera! —gruñó Eric.

Tras mirarme una vez más con cara de avaricia, el periodista obedeció. A tiempo.

—¡Joder! —Casi temblando, intenté recuperar tanto el aliento como el estado de ánimo. ¡Qué cabronazo! El que se aireara la historia a los cuatro vientos era lo último que deseaba en estos momentos.

—¿Estás bien? —me preguntó Eric, rodeando el mostrador.

—Sí, ahora sí. Muchas gracias. No hubiera sido capaz de librarme de él sin tu ayuda. No quería montar una escena.

Asintió.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Vaughan, precipitándose hacia nosotros—. Muñeca, ¿quién era ese tipo?

—Una especie de periodista. —Agarré la segunda tarjeta y la mandé a descansar al cubo de la basura, junto a la primera—. No ha pasado nada gracias

a Eric, que me ha ayudado a quitármelo de encima. Te doy las gracias otra vez.

—Gracias, Eric —dijo Vaughan.

Él asintió, dirigiéndose hacia la cocina.

—¡Oye! —Me acarició mínimamente la barbilla con el dedo índice—. ¿Seguro que estás bien?

—Solo furiosa. —Crucé los brazos y apreté los labios—Me ha dicho que «una oportunidad como esta solo se presenta una vez en la vida». Como si tuviera que estar agradecida porque el hombre con el que iba a casarme fuera un homosexual que no había salido del armario y me hubiera utilizado. ¡Mira que me divertí cuando pasé por ello! ¡Fue estupendo, una auténtica fiesta! Y ahora, el muy cabrón, quiere que lo reviva. ¡Será capullo!

Me sonrió levemente.

—Tengo la impresión de que nunca voy a poder dejarlo atrás —gruñí.

—No ha pasado ni una semana —me recordó, acariciándome la barbilla y ampliando la sonrisa—. Hoy es martes. Vas a superar esta mierda, eso es seguro, lo que pasa es que te llevará algo más de tiempo. Tres o cuatro... días. Seguro que bastarán.

Lo miré con mi expresión más fría.

—Deja de ser tan razonable, Vaughan. ¿Acaso te lo he pedido?

Suspiró, dio la vuelta al mostrador para ponerse junto a mí y me besó en la cabeza. Me apoyé sobre él, y el solo hecho de tenerlo cerca me reconfortó mucho más de lo que me podía haber imaginado. Pronto dejaría de tenerlo a mano. Tendría que aprender a sobrellevar las cosas yo solita, a gestionar mi propia mierda sin permitir que me destruyera. Pero bueno, ya llegaría ese momento, y además demasiado pronto. Ahora realmente quería que me ayudara.

—Olvídate de ese imbécil —dijo, acariciándome la espalda y besándome en la mejilla—. Piensa en las cosas que te hacen feliz, como por ejemplo en nuestra cita de esta noche, o en lo que sea.

—De acuerdo.

—Será mejor que me vaya a mi sitio.

—Gracias. —Me las arreglé para acariciarle el trasero mientras se volvía. Puede que hasta se lo apretara un poco. ¡Ni que una chica fuera a ser siempre la responsable de lo que hacía con las manos! ¡Por favor, seamos serios!

—Lo he notado.

—No sé de qué me estás hablando.

—Lo discutiremos más tarde —se limitó a decir.

Más tarde.

Yo no podía esperar.

CAPÍTULO 14

Resultó que «más tarde» no llegó hasta la medianoche, en lugar de a las nueve, como yo esperaba.

El niño de Rosie tenía un resfriado de los grandes, así que la abnegada mamá no pudo ir a trabajar. Nell tampoco se encontraba demasiado bien, así que la convencimos de que se fuera a casa a descansar; Boyd podía encargarse solo de la cocina sin problemas, al menos por esa noche. Para rematar la faena, se juntaron varias celebraciones, por supuesto improvisadas, con lo que el restaurante se llenó hasta la bandera.

Eric ayudó a servir mesas y también en la barra con Vaughan, recibiendo y sirviendo los pedidos de bebida. Cuando terminamos de limpiarlo todo, apenas podía tenerme de pie. Pero ayudar a los amigos siempre merece la pena.

—¿Qué tal estás? —me preguntó Vaughan tras encender el motor del Mustang—. ¿Todavía te apetece salir?

—¡Pues claro! ¿Con quién te crees que estás hablando?

—¿Estás pensando en algún sitio concreto? —Conducía despacio en la oscuridad. No había más vehículos a la vista.

—Pues, si es posible, me apetecería vivir en toda su plenitud la experiencia de seducción, clase especial, de Vaughan Hewson, la gran estrella de Coeur d'Alene.

—¿Ah, sí? —Su mirada rebosaba curiosidad.

—Sí. —Junté los dedos de ambas manos y estiré los brazos todo lo que pude, para relajarme. Tenía tensos todos los músculos, desde los hombros hasta la punta de los dedos. Era lógico—. Estoy pensando en lo que contó el otro día tu hermana para tomarte el pelo. Ya sabes, lo de llevarme a la orilla del lago y que toques baladas sentimentales solo para mí.

Se rio con ganas.

—¿Y qué solía venir después de eso?

—¡Ah! —Se frotó la barbilla, como si estuviera reflexionando—. Pues que

desafiaba a la chica a nadar desnuda.

—Tiene lógica.

—Y después hacíamos el amor en la playa. A veces nos saltábamos esa parte, según la cantidad de bichos que hubiera.

—¡Vaya!

—¡Ya me dirás! —Me miró brevemente, sonriendo, e inmediatamente volvió a fijar la vista en la carretera—. Es difícil disfrutar de ciertas cosas cuando los mosquitos se están cebando en tu trasero.

—Ya lo entiendo, no insistas —repliqué gruñendo.

—Para terminar, solía llevar a la chica a su casa a toda velocidad, antes del toque de queda. Tuve que ayudar a alguna a entrar por la ventana, o lo que fuera.

—¡Qué romántico!

—Sí, siempre me lo ha parecido —respondió burlón. Debido a la oscuridad, no podía distinguir sus rasgos bien—. No recibí ninguna queja, que yo recuerde.

El mundo parecía vacío y pacífico. Seguía sin haber prácticamente nada de tráfico. Nos dirigimos hacia su casa, y al llegar al sendero Vaughan detuvo el automóvil y apagó el motor. Se produjo un silencio algo prolongado.

—Lo cierto es que, para bien y para mal, ya no tengo dieciocho años. —Se volvió hacia mí y nos miramos en la semioscuridad—. Contigo puedo y quiero hacer algo mejor que lo que te he contado.

Sin decir nada más, salió del automóvil. Yo seguí sentada mientras él se acercaba a la puerta del acompañante, abría la puerta y me ofrecía la mano. La caballerosidad aún no había desaparecido del todo de la faz de la tierra.

—Gracias —dije, tomando su mano y saliendo del automóvil. Llevaba el bolso con el gran sobre que Betsy me había entregado, aún sin abrir. Ciertas cosas requieren su tiempo y su lugar. Me daba la impresión de que la lectura de lo que los Delaney me hubieran reservado era una de ellas.

No me soltó la mano, y me condujo a través del jardín delantero hasta llegar a los escalones de la entrada. ¡Y pensar que solo hacía tres días estaba también ahí, escuchando a Samantha ponerme verde de todas las maneras posibles, mientras Ray hablaba por teléfono con su abogado buscando la mejor manera legal de comerme cruda! Es increíble lo deprisa que pueden cambiar las cosas. Los últimos días Vaughan había trabajado mucho, y en estos momentos la hierba del jardín delantero estaba segada y los arbustos podados, para que los posibles compradores se llevaran una buena impresión. A la luz de la luna su aspecto era todavía más encantador, y la casa parecía mágica. El lugar perfecto para dos enamorados.

Abrió la puerta principal y entramos. No encendió ninguna luz. Cerró la puerta y me empujó hacia ella con delicadeza. En la oscuridad apenas pude atisbar la sonrisa que se le había formado en los labios.

—Sé que lo que me había pedido era una cita, pero... ¿me vas a dejar que vaya más allá?

—Depende. ¿En qué estás pensando exactamente?

—Ya lo sabrás. ¿Confías en mí?

—Sí —contesté de inmediato.

—¿Qué falta de control! —Se rio suavemente, mientras me liberaba del bolso y lo dejaba en el suelo.

—Ya tuve bastante de eso con Chris, y no me fue nada bien.

—Lo sé. —Respiró con fuerza—. Pero yo no tengo nada que ver con esa mierda. Jamás se me ocurriría hacer algo que te hiriera o te humillara ni lo más mínimo.

Entrelacé los dedos de las manos con los suyos y apreté fuerte. Fue una forma de expresar la riada de sentimientos que me invadió al escuchar la intensidad de sus palabras y ver la sinceridad de su mirada. Del temor al deseo, y todo lo que puede encontrarse entre ambos extremos, eso fue lo que sentí.

Intenté calmarme. Sexo intrascendente con un amigo, ni más ni menos. Como rascarse un grano.

Sí, ya...

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, es que... —Me pasé la lengua por los labios—. Estoy bien.

No dijo nada.

Hacía meses desde que Chris probó a tocarme, y aquello no terminó nada bien. Antes que él, había tenido relaciones bastante estables con un compañero de la universidad, que se fue a trabajar nada menos que a Groenlandia tras graduarse. Después de eso, unos cuantos escarceos, supongo que como todo el mundo. Este iba a ser uno más. Nada que ver con una historia de amor glosada por algún poeta, ni alumbrada por velas, ni acompañada de música clásica. Sexo por diversión. Y punto.

—Sí quieres, podemos dejarlo para otro momento —dijo, retirándose un poco—. Ha sido un día muy largo, y quizá...

—No —dije bruscamente, aunque sin parecer ansiosa.

—¿No? ¿Estás segura?

Separé mis manos de las suyas y las puse sobre la camiseta, agarrándome a él como si fuera mi tabla de salvación. O al menos la de mi deseo sexual. Por el

momento era mío, y no renunciaría a él.

—¿Muñeca?

—Te deseo.

—Y yo a ti. —Gimió cuando me apreté contra él. Me gustaba su tacto, fuerte y musculoso. Y encima olía de maravilla.

Deseaba poder introducirme en su piel, esconderme entre sus brazos hasta sentirme segura de nuevo. Así que lo que hice fue apretar mi pecho contra el suyo y rodearle el cuello con los brazos, acercándome todo lo que podía. Sentí en el rostro el tacto de su barba incipiente, y como me acariciaba el trasero con los dedos, apretándome más, animándome.

—Sí, te deseo, no sabes cuanto —dije con voz ronca—. No más adelante. ¡Ahora!

—¡Joder, Lydia!

Supe exactamente lo que quería decir.

—Tienes la piel muy blanca. —El tono de su voz hacía que el ruido de la grava pareciera suave—. ¿Te apetece que te muerda?

Pestañeeé de pura sorpresa, y lo empujé para poder verle la cara.

—¿Qué me muerdas?

—¡Sí!

—Bueno, no me lo han hecho nunca.

—Solo mordisquitos. Muy breves. No te van a doler, te lo juro. Me portaré bien.

—¿Es eso lo que te gusta?

—Me gustas tú. —Se acercó hasta que nuestras bocas estuvieron casi juntas—. La pregunta es si yo te gusto a ti.

—Ahora mismo eres la persona con la que más quiero estar en el mundo —le dije, y era sincera.

—¿De verdad?

—Sí. —Aturdida, lo miré. Su boca y sus ojos me resultaban completamente cautivadores. El corazón latía alocado, me pareció que el aire se había vuelto muy ligero, y que la piel estuviera electrificada. Estaba absolutamente alerta, con los cinco sentidos, pese al esfuerzo del día. El deseo es como una enfermedad. Y me había atrapado por completo.

—Gracias, muñeca. Tú también me gustas muchísimo, una barbaridad.

—¿No solo los pechos?

Soltó una risa, que sonó profunda y algo sucia. En mi pecho, el calor se elevó hasta niveles francamente alarmantes. El corazón ya no podía ir más deprisa,

había que tranquilizarlo o me quedaría en el sitio. Y, si seguía así, las entrañas entrarían en combustión espontánea. El tipo había prendido fuego a mis partes, y solo él podía apagarlo.

Ahora que lo pensaba, si me hubiera casado con Chris no habría vuelto a experimentar nada parecido. Ver mis urgencias en otra persona, como la imagen de un espejo; conectar absolutamente en el plano físico con otro ser humano. ¡Increíble! Me habría pasado la vida teniendo relaciones sexuales con alguien a quien, en realidad, no le apetecía ni lo más mínimo, y todo en aras de la seguridad. Por tener un hogar.

—¿En qué estás pensando? —Las manos de Vaughan se deslizaron a lo largo de mis brazos, alejándome de él, liberándome de su estrecho abrazo.

—En nada.

—Inténtalo de nuevo.

Gemí, y noté que la cara entraba en combustión.

—Solo agradezco poder estar así, contigo. Pensaba que había echado a perder mi vida, que las malas decisiones que había tomado ya eran irremediables y que lo había jodido todo. Pero estar aquí contigo hace que me dé cuenta de que las cosas están muy lejos de ir mal.

—Me alegro. —Me besó en la frente y sonrió—. Déjame que te cuente una historia.

—¿Ahora?

—Sí, precisamente ahora. —Puso una rodilla en tierra, me agarró uno de los pies y me quitó el cómodo zapato plano negro que había llevado todo el día. ¡Mira qué bien! El olor lo tumbaría de espaldas. Muy sexi.

—Cuando tenía quince años empecé a salir con una chica dos años mayor que yo. —Con mucha calma, me soltó el pie y fue a buscar el otro, descalzándolo también. El pelo le cayó sobre la cara, ocultándola a mi vista, y se lo retiró mientras se ponía otra vez de pie—. Era una animadora y tenía mucha más experiencia que yo, lo cual no era difícil, porque yo no tenía ninguna.

—¿Fue la primera?

—Sí. —Desabrochó el botón de los pantalones y bajó la cremallera. El aire fresco de la noche me acarició, y se me puso la piel de gallina. Aunque lo más probable es que fueran sus roces los que la pusieron así. Las cálidas manos me acariciaron las caderas mientras arrastraba los pantalones. Y después los muslos, hasta descansar en el suelo, mientras yo me quedaba allí, de pie, solo cubierta por unas medias negras de encaje, no tan cómodas como los zapatos.

Nunca se sabe cuándo te va a venir bien llevar ropa interior adecuada.

Conviene ir preparada, siempre que se pueda.

Me moví un poco para no pisar los pantalones de trabajo, y los alejé de una patadita.

—¿Y?

—Pues resultó que, al parecer, disponía de elementos acordes con sus expectativas. —Me acarició el cuello, deslizando los dedos por encima del cuello de la camiseta—. Lo cual hacía que siempre se sobreexcitara y llegara demasiado pronto.

Sonreí.

—Yo le gustaba, pero, eh... empezó a enfadarse un poco por lo que le ocurría. —Uno de sus dedos parecía ir por libre, husmeando por el canalillo de mis pechos. Evidentemente, los pezones no perdieron ripio respecto a sus indagaciones, y se asomaron todo lo que pudieron para verlo bien. La camiseta lo notó. Lo cierto es que Vaughan acaparaba la atención de todo mi cuerpo, no solo de los pezones. El cerebro estaba de vacaciones, nadando felizmente en un mar de hormonas, y hasta buceando en él.

—¡Ahh! —acerté a decir. Sí, desde que tengo uso de razón soy la más inteligente de las mujeres, un auténtico genio, siempre con la palabra adecuada.

—No es que no le diera placer. Me enseñó a hacérselo con la mano, y también a utilizar la boca. —Agarró el dobladillo de la camiseta, de modo que con el dorso de los dedos me acarició el estómago. Jugaba conmigo, y lo hacía bien.

Me revolvía por dentro. Tenía las bragas completamente húmedas.

—Ahora que lo pienso, era muy mandona, demasiado. Pero aprendí muchísimo.

La camiseta salió volando y dejó al descubierto el sujetador de encaje, a juego con las medias y con alguna otra prenda, creo recordar. Pero no lo admiró durante mucho tiempo, si es que lo miró siquiera.... Es que estaba oscuro.

—¡Cristo bendito! —exclamó.

Una luz súbita inundó la habitación, deslumbrándome. Empecé a ver manchitas negras que bailaban enloquecidas delante de mis ojos, haciéndome pestañear a toda velocidad.

—Lo siento. Tengo que ver. —Las grandes manos de Vaughan me acariciaron toda la caja torácica, deteniéndose justo por encima del borde de las bragas. Tenía los ojos como platos y no los podía apartar de... sí, lo habéis adivinado, de mis tetas.

—Bueno, pues ya las has visto. —Moví la mano a lo largo de la pared, intentando alcanzar el interruptor de la luz. La oscuridad era más adecuada,

escondía todo lo que no se debía ver. Por ejemplo, la protuberancia de la tripa y los hoyuelos de la zona alta de los muslos. La oscuridad y yo somos viejas amigas.

—Déjala. Quiero seguir mirando.

—¡Pero se pierde intimidad!

—Muñeca. —Me agarró la mano y me besó los nudillos—. Déjala encendida.

—¡Hablando de mandones! —gruñí.

Intentó aplacarme con la mirada. Lo intentó.

—Es que estaría más cómoda si...

Antes siquiera de que pudiera pensar como iba a terminar la frase, se quitó la camiseta y la arrojó al suelo. Después se quitó los zapatos con los pies al tiempo que se desabrochaba los botones de los *jeans*. Se apoyó en la pared con una mano para mantener el equilibrio. Los calcetines salieron volando, igual que los pantalones. ¡Madre de mi vida! Allí estaba, delante de mí, solo cubierto por unos cómodos calzoncillos azules que, felizmente, no dejaban mucho sitio a la imaginación. ¡Era extraordinario! No hay palabras que puedan describir a Vaughan Hewson. Me pasaría el día intentando describir cada curva, cada plano, cada músculo perfectamente delineado. Poesía o porno, o puede que las dos cosas. Mi cerebro y mi vagina no se ponían de acuerdo a la hora de decidirse.

—Eso ha sido rápido —dije en tono admirativo.

—¿Te sientes mejor, ahora que estamos los dos casi desnudos?

Me encogí de hombros. No podía apartar de él mi ávida mirada. Lo de estar medio desnuda a la luz no me terminaba de gustar. Pero lo compensaba con creces poder verlo a él sin necesidad de imaginar nada entre las sombras. ¡Qué raro que no se me cayera la baba de la boca, pues no era capaz de cerrarla! Pero claro, toda la humedad que podía generar mi cuerpo estaba en otro sitio.

—Lydia. —Su voz sonó como si estuviera riñendo a un niño.

—¿Qué?

Una vez más, se puso de rodillas, esta vez sobre las dos. Casi me llegaba a los pechos con la cabeza. Con los labios alineados, me miró fijamente al estómago. Lógico que no pusiera cara de admiración, pues mi tripa no era nada extraordinario, así que me la cubrí con las manos. Pero bueno, la cosa no era tan seria como para negarme a mí misma para siempre la tarta de queso, ni para obligarme a salir a correr de madrugada, ni siquiera dos días a la semana. Tampoco hay que volverse loca.

En lugar de expresar preocupación por mi índice de masa corporal o algo semejante, lo que hizo fue retirarme las manos y agarrarme el estómago con las

suyas.

—No hagas eso —dijo, hablando bajito y con tono grave—. Eres preciosa. Toda tú.

¡Oh!

Empezó a besarme, pasando ávidamente la lengua por mi piel, introduciéndola en el ombligo. Pese a que intentaba controlarme, no tuve más remedio que jadear de placer. Eso sí, metí tripa todo lo que pude.

—Me has hecho cosquillas —dije mientras me miraba de nuevo.

Sonrió brevemente.

—¿Vas a terminar de contarme esa historia? —Había que intentar cualquier cosa para distraerlo de las partes de mi cuerpo que no me gustaban.

—Sí. —Se puso de pie otra vez, frotándose los dedos contra las palmas de las manos—. ¿Por dónde iba?

—Pues, por lo que se refiere a ella, por la parte en la que empezaba a estar un poco cabreada. Y si te refieres a mí, por los pechos, creo recordar.

—¡Ah, claro! —Los sopesó, uno con cada mano, y los elevó ligeramente—. ¡Joder!

Me callé. No tenía nada que decir.

—Creo que podría pasarme la vida así, sujetándote las tetas de esta forma y acompañándote adónde fueras. —Me besuqueó en el cuello y en la mejilla, y mientras tanto las manos seguían a lo suyo, masajeándome con cuidado, y con los dedos gordos acariciando los pezones—. No volverías a necesitar un sujetador. Yo sería tu sujetador.

—No estaría mal. —Por alguna razón, se me hacía difícil respirar. Era como si tuviera los pulmones averiados.

—Estoy de acuerdo. —Gimió y apretó el pene contra mi cadera. Grande, duro, absolutamente preparado. Y yo también lo estaba, ¡vaya que sí! Sintiéndolo como lo sentía, mi necesidad de él se volvió perentoria. Parecía como si se hubieran disparado todas las sirenas y todas las alarmas de la ciudad. ¡Cómo me tocaba, cómo se apretaba contra mí! Era demasiado, pero no quería que terminara nunca. Todo mi cuerpo ardía. Seguro que seríamos capaces de iluminar una ciudad. Éramos él y yo, no existía nada más.

—No puedo dejar de tocarte —susurró.

—Por favor, no pares.

—¿Por qué demonios no hemos hecho esto antes? —volvió a susurrar, con voz ronca y agitada, respirando pesadamente.

—Porque somos idiotas.

Una risa doliente. E inmediatamente empezó a mordisquearme el cuello, sorprendiéndome. Pero enseguida me chupeteaba con los labios y la lengua en el punto justo del mordisquito, lo cual era gloria bendita. Me puse de puntillas, jugando a que intentaba escapar de su ansiosa boca, y me sujetó con las manos para que no me fuera a ninguna parte. ¡Cómo si pensara hacerlo!

¡Por favor! No podía salir de ese estado de confusión mental. Eran demasiadas sensaciones, punzantes y dulces, todo a la vez. Unos labios firmes y una lengua endiablada. Los chupetones se volvieron más largos, más lentos, conforme recorrían en cuello.

Empezó a darme besos suaves en la barbilla, justo debajo del labio.

—¿Ves? ¿A que no está tan mal?—dijo entre dientes, frotando la nariz contra mi mejilla. ¡Dios, me apetecía que estuviera todavía más cerca! Dentro de mí, a ser posible.

—No, no está tan mal.

—Mmm.

Volví a apoyarme en el suelo con toda la superficie de los pies y me colgué de su cuello. El tacto de su pelo era mejor que el del mío. Suave y sedoso. Seguro que para lavárselo solo utilizaba jabón líquido o champú normal, en vez de todos los potingues que me ponía yo. ¡Qué injusta es la vida!

—¿Tienes preservativos? —pregunté, acariciándole el pelo con los dedos, dándole golpecitos en la base del cuello, en fin, tocándolo todo lo que podía y más.

—Fui a comprar una caja durante mi periodo de descanso. Una grande. Para usarla contigo.

—Excelente.

Deslizó las manos por mi espalda, jugueteando por aquí y por allá. Noté que mis pechos se soltaban, al tiempo que desabrochaba el sujetador.

—Bueno... si quieres escuchar el final de la historia.

—Sí. —¿Cómo demonios podía creer que me iba a poder concentrar en otra cosa?

—Yo también terminaba muy pronto, y eso no le gustaba nada a ella.

—Lo entiendo —dije—. ¿Te importa que te diga, eso sí, muy deprisa, lo mucho que disfruto escuchándote hablar en estas circunstancias de una de tus exnovias?

Esta vez me mordió en el punto donde se juntan el hombro y el cuello, y lo hizo un poco más fuerte y con algo más de profundidad. Cuando terminó chupó a conciencia en punto exacto y los alrededores, pasando la lengua con suavidad.

Extendió las manos por la espalda y me apretó contra él, sin dejar ningún espacio entre los dos. La sangre bullía por mis venas, hasta podía escuchar su borboteo junto a los oídos. Tenía los nervios de punta, y me sentía como si una mitad de mí estuviera en el cielo y la otra en el infierno. Completamente confundida.

¡Este tipo era medio vampiro, pero lo peor era que me gustaba, y muchísimo!

—Aquí te va a quedar una marca —aseveró, como si hablara del tiempo. Pero no, ni mucho menos. La forma de expresarse de su polla no era tan indiferente: me apretaba tanto el estómago que casi me hacía daño, dura como una piedra.

Pero no pude dar una respuesta aguda. Estaba demasiado ocupada intentando respirar, y lo conseguía a duras penas.

Vaughan se separó un poco y me miró la cara, como si buscara algo. Al no encontrarlo, bajó una de sus grandes manos y la colocó entre mis piernas. Me tanteó las bragas y las tocó con cuidado con el dedo medio. Aunque la verdad es que no hacía ninguna falta que lo tuviera. Una fábrica de lubricantes habría tenido envidia de mis glándulas. Seguro que el estado de mis bragas era deplorable.

—Caliente y húmedo —dijo en tono descriptivo.

—¿Y se supone que no debía estar así? —pregunté, frunciendo un poco el ceño.

—Solo quería comprobarlo. —Me besó en los labios una vez, y después otra. Movimientos rápidos, como ausentes. Ni mucho menos lo que yo esperaba. Quería que me devorara. Mientras él, a lo suyo, hizo un ruido con la garganta que me pareció de felicidad, dejando el dedo en su sitio—. Me preocupaba que no dijeras nada, y quería asegurarme de que estabas pasándolo bien.

—Tiene sentido.

—Mmm. —Introdujo el dedo pulgar bajo las bragas, deslizándolo peligrosamente hacia el clítoris, absolutamente sobreexcitado a estas alturas. Jadeé y tiré de él con algo más de fuerza. Pestañeó, pero no se quejó. Y, para que conste, he de decir que respiraba más o menos con la misma dificultad que yo.

—¿Quieres que establezcamos una frase de seguridad o algo así, por si nos desmadramos? —pregunté, procurando controlar la situación y ser práctica.

—¡Claro! Si así te sientes mejor, adelante.

—Muy bien. —Seguía moviendo el pulgar por los alrededores del botoncito, mientras pasaba repetidamente el medio por los labios, bombeando suavemente. Por allí abajo, todos mis músculos se contraían de júbilo. Notaba el pulso entre las piernas—. ¡Madre mía, qué gusto!

—¿Cuál es tu frase de seguridad, muñeca?

—¿Qué te parece «¡No pares o te mato!»?

—¿Te refieres a esto? —El dedo, muy hábil, jugó alrededor de mi abertura, desalojando la humedad.

—¡Más!

—Enseguida —dijo, retirando la mano de las bragas. ¡Maldito!

Solté una especie de gemido de desesperación.

—¡No! ¡Ahora!

—Así que me dijo que, mientras follábamos, yo tenía que pensar en algo distinto. —Apretó su entrepierna contra la mía, manteniendo una presión constante. ¡Qué tortura! Mis partes femeninas estaban absolutamente enervadas, casi hasta el dolor, así que me resultó imposible no presionar a mi vez. No obstante, el alivio duraba muy poco. Y su charla no ayudaba nada; todo lo contrario, me distraía, y no quería distraerme, ni lo más mínimo.

—Me dijo que, mientras lo hacíamos, tenía que tener la mente ocupada en otra cosa. —Me sujetó la cadera con una mano, mientras con la otra terminó de retirar del sujetador. ¡Una molestia menos!—. Me preguntó que qué era lo que más me gustaba, y yo le dije que las guitarras Fender.

—Mmm, humm. —Procuré que los gemidos fueran educados.

—Así que empecé a pensar en las guitarras Fender.

—Guitarras Fender. Me parece bien.

—¿Me estás atendiendo? —Me acarició con el pulgar un pezón, duro como una piedra, logrando con ello que las cosas fueran todavía peor, quiero decir mejor. ¡Tenía cara de voracidad! No sabía lo que sería capaz de aguantar, estaba al borde del paroxismo. El calor de su piel, el olor de su sudor, todo lo que captaban mis sentidos procedente de este hombre me volvía loca. Insaciable. Lo que fuera.

—¿Cómo dices? ¡Ah, sí! Bastante. —Me restregué contra su pierna, sin importarme lo que pudiera parecer o lo que él pudiera pensar. Solo me importaba quedar saciada—. ¿Y?

—Y. —Me apretó el trasero con la mano, empujándome con más fuerza contra su pierna, estrujándome literalmente contra él. Mientras tanto, con la mano izquierda me estaba haciendo cosas indescriptibles en el pecho, acariciando la areola y dándome pellizquitos en el pezón. La verdad es que aplicaba con los dedos un poco más de fuerza de la necesaria. Me resultaba extraño, pero tampoco me importaba acercarme al límite con él. Me parecía lo

normal, en su caso.

—¡Caray, estás muy mojada! Tu olor me vuelve loco. Te comería entera.

—Ahora dentro. Con la boca después.

—De acuerdo, después —accedió—. Deberíamos ir al dormitorio.

—No hay tiempo.

—Mierda. —Se concentró en los labios, alternando mordisquitos y besos. Eso sin dejar de utilizar las manos con sabiduría. Hacía cosas maravillosas, magníficas. Pero bueno, ya estaba bien de preliminares. Era el momento de que entraran en acción los órganos sexuales propiamente dichos, pene y vagina, no sé si me explico.

Pasé a la acción con la mano, introduciéndola en sus calzoncillos y haciéndome con su polla. Cubriendo la perfecta dureza, noté una piel suave al tacto. Oficialmente, tenía la mano en la gloria. ¿Quién habría pensado que la salvación de la que tanto se hablaba estaba entre las piernas de Vaughan? Hasta entonces yo no, desde luego.

La rodeé con los dedos, masajeándola con suavidad y sincera admiración.

Soltó un gemido e inclinó la cabeza hacia delante, apoyándola contra la mía. Noté entre los dedos la humedad del líquido preseminal, lo cual me animó a trabajarlo con más ritmo.

—No me obligues a follarte contra la puerta, Lydia.

La verdad es que escuchar eso fue como una descarga eléctrica.

—¡Dios, qué bien suena! ¡Hagámoslo!

—Mierda.

Con la mano libre lo agarré por la cabeza, obligándole a apretar su boca contra la mía. Era el momento de obtener lo que quería. Todo lo que quería. Y me puse a ello con toda mi alma.

Con un gruñido, atacó mi boca y me besó con ferocidad. Los dos utilizamos los labios, los dientes y las lenguas, desesperados por entrar el uno en el otro, cuanto más profundamente mejor. Seguro que ha habido batallas menos desordenadas. Su lengua tropezaba con la mía, y notaba su sabor perfectamente. Pero no era suficiente. Nunca tendría suficiente.

Empezó a mover las caderas, a follarme la mano, por así decirlo. Aunque parecía imposible, su polla se agrandó y se endureció todavía más. Si seguíamos así yo me correría con la actividad de su pierna, y él con la de mi mano. ¡Qué panorama tan magnífico! Por poco llego al clímax solo de pensarlo.

Estuve a punto.

En ese momento se retiró bruscamente, tanto de la boca como de la mano. Me

pareció un tanto peligroso, aunque enseguida pensé que sabría lo que estaba haciendo. Pudiera ser. En el momento en que dejó de sujetarme, por poco me caigo hacia atrás. Empecé a deslizarme hacia abajo, a lo largo de la puerta. Me temblaban las rodillas. Me costó un momento recuperarme y volver a ponerme de pie.

—¿Vaughan?

Estaba de pie, con las manos tocándose el pene.

—Espera.

Noté cómo caían lentamente los tirantes del sujetador a lo largo de los brazos, y ayudé. Me había dejado de importar el aspecto de mi cuerpo.

—Pero...

—Un segundo nada más. —Tomó los *jeans* y buscó en los bolsillos. Sacó una caja de condones y la rasgó como un poseso.

Sí. ¡SÍ!

Me bajé las bragas y él hizo lo mismo con los calzoncillos. Por la cara de determinación y de fiereza que puso, parecía que estuviéramos echando una carrera en la que nos jugaríamos la vida. Se colocó el condón con un movimiento seguro y preciso, y entonces se acercó a mí. Durante un momento casi sentí miedo. El dulce y divertido Vaughan ya no estaba allí. Este tipo era otro, completamente distinto. Hice ademán de retroceder, pero no podía ir a ninguna parte.

Nuestros cuerpos chocaron entre sí y contra la puerta. Me agarró la cara con las manos, colocándola para darme un beso con toda el alma. Después me agarró por las caderas, las levantó a pulso y me obligó a rodearle la cintura con las piernas. Todo sucedió muy rápido. Me sujetó el trasero con una mano y con la otra se colocó la verga en posición. Inmediatamente introdujo entre mis piernas la cabeza redondeada, penetrándome, fundiéndose conmigo. Todo lo que pude hacer fue agarrarme con fuerza a su cuello y recibirlo alborozada.

Despacio pero con fuerza, me fue llenando. Solo se detuvo un momento cuando sus labios chocaron con mi cara, toda su piel contra toda mi piel. Me acarició la mejilla suavemente con los labios, dándome besos por todas partes.

—¿Todo bien? —preguntó. El cuerpo le temblaba por el esfuerzo que estaba haciendo para sujetarme, a la espera de mi respuesta.

No hablé. Simplemente moví la cabeza buscando su boca y lo besé. Y con eso empezó todo, o algo nuevo. No estoy en condiciones de describir lo que se siente cuando te la clavan contra una puerta. Solo puedo decir que lo que hizo Vaughan conmigo fue toda una experiencia.

Se echó un poco hacia atrás antes de empezar a bombear, mostrándose fuerte y seguro desde el principio. No iba a ser fácil. Nada de suavidad. Los dos estábamos lejos de desear tales preliminares amorosos en ese momento. Nuestros cuerpos estaban absolutamente pegados, y sus pelotas me golpeaban el trasero con fuerza. Me penetraba una y otra vez con toda su amplitud y extensión. Poniéndonos de acuerdo sin hablar, dejamos de besarnos, porque los dientes no respondían a ningún control y corríamos el peligro de hacernos daño. A ambos nos corría el sudor por la piel y el ruido de coito llenaba la habitación.

Con toda sinceridad, aquello era feroz. Animal. Definitivamente sucio.

Apretó los dedos con más fuerza contra mi trasero para colocarme en ángulo recto. De esa forma, su pelvis se frotaba contra el clítoris. Una y otra vez lo sentía, casi sin interrupción, y me acercaba muy rápido al punto culminante. Estaba fuera de mí, como si me estuviera recorriendo una corriente eléctrica pulsátil. La sangre corría desenfadada, los nervios vibraban. Nunca me había sentido tan desahogada, tan tensa desde las puntas del pelo a las de los pies, tan necesitada de llegar al clímax y relajarme. ¡Era impresionante la fuerza con la que me sujetaba, la definición de sus músculos en plena tensión! El olor a sexo y sudor. Todo era magnífico, enorme, intenso. Incluso hasta algún aislado momento de ligero dolor. Vaughan me empujaba contra la puerta a intervalos cada vez más cortos, estrujándome, llenándome hasta unos extremos insospechados hasta entonces.

En un momento dado me apretó con los dedos con más fuerza todavía, clavándolos literalmente en los glúteos hasta hacerme daño. De algún manera que me resulta imposible de explicar, cambió ligeramente el ritmo y la forma de sus movimientos. El ritmo, el ángulo, la pauta... ¡sabe Dios qué más! El caso es que pensé que me iba a atravesar del todo mientras empujaba con las caderas, casi triturándome el clítoris con el hueso de la pelvis. Todos mis músculos se contrajeron a partir de una especie de espasmo que me recorrió toda la espina dorsal. Lo hizo una vez, dos veces, tres veces, y mi mente se quedó en blanco. Solo hubo cuerpo y sensaciones indescriptibles.

Estrellas. Fuegos artificiales. Me convulsioné como si fuera a estallar. Pensé que no iba a quedar nada de mí, que explotaría. Pero, no sé cómo, me apretó todavía más fuerte. Mi columna chocó una vez más contra la puerta, que tembló apreciablemente. ¡Hasta los goznes chirriaron! Todo su cuerpo se movía dentro y pegado al mío, confundidos en uno solo de una manera que jamás habría podido ni imaginar, y que resulta imposible de describir.

Hasta que hizo un ruido gutural con la garganta. Todavía empujó un par de

veces más. Finalmente, con la cara enterrada en mi cuello, se corrió.

CAPÍTULO 15

—Supongo que estarás contenta —refunfuñó Vaughan, echado de espaldas y mirando al techo del dormitorio con los ojos muy abiertos.

Escondí la sonrisa dándome la vuelta, aspirando su aroma. Increíblemente, hasta olía incluso mejor que la noche anterior, y eso después de una sesión de sexo intenso. Me apetecía chuperrretarlo desde la cabeza hasta los pies, no una, sino un montón de veces. Pero lo que hice fue bostezar y estirarme con ciertas precauciones. Algunas cosas, por muy buenas que sean, duelen, y después de varios meses de absoluta inactividad vaginal, al fin había llegado la diversión, y en una dosis muy alta.

—Te digo con toda sinceridad que no podría ser más feliz.

Gruñido.

—Muchas gracias por tus esfuerzos. Los valoro de verdad.

—Te dormiste directamente.

—Ya lo sé —aseveré—. Pero es que había sido un día de trabajo muy largo, y tuve un orgasmo tan intenso que hasta pensé que había sufrido un daño neurológico serio.

Otro gruñido.

—Ahora que lo pienso, creo que más que quedarme dormida, lo que me quedé fue en coma.

—No tiene gracia. —Pese a ello, alargó el brazo y empezó a toquetearme el pecho. ¡Cómo no, su afición eran las tetas!—. Se suponía que debíamos tener una cita romántica.

—Y lo fue.

Levantó la cabeza con gesto de agotamiento.

—Lydia, tienes cardenales por toda la espalda a causa de los empujones que te di contra la puerta. Puede que no tenga demasiada experiencia en citas románticas, pero estoy seguro de que no consisten en hacer esas burradas.

Y esto venía del mismísimo rey de los mordiscos. Al parecer, hablaba en

serio.

Entre los huecos que dejaban las cortinas se colaban algunos rayos de sol, que aportaban luz suficiente para iluminar las velas, por supuesto apagadas, que llenaban la habitación, y los vasos llenos de flores silvestres. En una cubitera medio llena de agua, sin duda procedente de la fusión del hielo colocado anoche, descansaba una botella de champán sin abrir. Estoy casi segura de que las sábanas, recién puestas, eran de algodón egipcio. Me apetecía rodar por ellas abrazada a Vaughan hasta que el mundo explotara. Sería una forma maravillosa de vivir la gran extinción. Me acerqué a él contoneándome. Hacer de lapa de vez en cuando viene bien, no me lo echéis en cara.

—Te agradezco mucho que te tomaras todas estas molestias. De verdad.

Suspiró y ladeó la cabeza sobre la almohada.

—Le voy a agradecer toda la vida a Joe que hiciera esto mientras estábamos trabajando.

—La verdad es que has tirado la casa por la ventana. La habitación está perfecta.

—Sí. —Su expresión, hasta entonces algo hosca, se volvió somnolienta—. Bueno, le di veinte pavos y le pedí que pusiera flores y un par de velas. No tenía ni idea de que fuera a montar este escenario.

—¡Mira tú! ¿Quién podría pensar que Joe tiene un corazoncito tan romántico?

Todas esas flores y velas, perfectamente colocadas, el champán en la cubitera y las magníficas sábanas. Increíble. Ese camarero de larga barba rubia sabía cómo crear las condiciones de un cortejo.

Me dio unos golpecitos en el brazo.

—Tengo que ir al servicio.

Lo solté y se levantó despacio, colocándose la sábana sobre el pecho. Estaba en la posición perfecta para observar a Vaughan Hewson en todo su esplendor masculino. La piel pálida y los tatuajes de la espalda, los hombros anchos y el trasero firme. Todo impecable. Se pasó una mano por la melena pelirroja y dio un bostezo largo y profundo, encaminándose al pasillo en su gloriosa desnudez.

—Me tendría que cortar el pelo.

—No —ordené, tal vez un poco autoritariamente dada la naturaleza temporal de nuestra relación—. Córdatelo cuando yo me haya ido.

Se rio y fue a atender las necesidades de la naturaleza. Yo tendría que hacer lo mismo dentro de poco, y también lavarme los dientes. Además, mi pelo tenía un parecido razonable en su forma con las llamas del infierno. Tendría que tomar alguna medida con él en breve. ¡Hay que fastidiarse! Cuando salía con Chris

estaba siempre pendiente de mi aspecto, sobre todo del peinado y del maquillaje, casi hasta extremos obsesivo-compulsivos. No solo para ir a trabajar, como suele ocurrir, sino constantemente. Y ahora lo tenía hecho un desastre, y la verdad era que no me preocupaba en absoluto. Me sorprendía pensar en lo fácilmente que había dejado atrás la mujer que era estando con Chris. Hasta le daría un beso a Paul por enviar el vídeo e impedirme así cometer el mayor error de mi vida. Le daría un beso, es verdad, pero también una paliza. Todavía no se me había pasado del todo el cabreo.

—¡Hola!—Vaughan se sentó al borde de la cama y tiró suavemente de la sábana.

—¡Hola! —contesté, aunque mantuve la sábana a la altura del pecho.

—Tenías el ceño fruncido.

—Estaba pensando en Chris. En la forma en que permití que me convirtiera en quien no soy, en absoluto.

Asintió, dando otro tironcito pretendidamente subrepticio a la sábana. Yo seguí sujetándola.

—Bueno, la verdad es que no fue solo él, sino todo su entorno, su mundo. Que no era más que fachada, siempre, en todo momento. El peinado adecuado, la ropa adecuada, las etiquetas adecuadas. Y permití que todo eso me absorbiera. Lo compré, sin más.

—Buscabas la felicidad, Lydia. ¿Cómo vas a saber si algo es adecuado para ti antes de probarlo?

—Puede ser.

—Yo busco la felicidad —afirmó, tirando de la sábana. Esta vez, el gesto no fue nada subrepticio.

Yo la mantuve cubriéndome el pecho.

—¿De verdad?

—Pues claro. —El tipo, sexi como el demonio, me sonrió malignamente—. Hoy no trabajamos. Podemos hacer lo que nos dé la gana.

Mi sexo se encendió de inmediato. Al parecer, él si sabía con certeza lo que yo quería hacer durante mi día libre. Pero la versión práctica de Lydia, la muy plasta, fue la que tomó la palabra primero. Algunos malos hábitos resultan difíciles de romper.

—Pensaba que habías dicho que ibas a arreglar la puerta de la cocina, a trabajar un poco en el Mustang y a empezar a adecentar el jardín trasero. Y yo tendría que ver el papeleo que me ha hecho llegar Ray y buscar un automóvil.

Bajó las cejas y me lanzó una mirada de decepción.

—¿Te parece?

—Muñeca, todo eso que has dicho es puto trabajo —espetó Vaughan negando con la cabeza y tirando de la sábana con más fuerza—. No nos hará felices.

—¿Ah, no?

—No. Pero follar sí.

—¡Qué gran verdad! Pues hala, vamos. —Sonreí.

El muy loco se lanzó sobre mí. Noté el colchón en la espalda y la amplitud de su cuerpo me cubrió por completo. Afortunadamente, se contuvo antes del impacto. Los dos teníamos ya suficientes cardenales. Como ya sabéis, la piel es nuestro órgano más grande, y el tipo jugó con la mía como un auténtico maestro. Mientras yo me reía como una loca, atrapada debajo de él, me besó en el cuello, sin dejar en paz ni uno solo de los puntos sensibles de la zona. El calor de su cuerpo, la caricia de su pelo, todo él empezó a alimentar el fuego en mi interior. Muy despacio, empezó a acercarse a mis pechos. Todos mis órganos sexuales, algo irritados después de la noche pasada, al parecer se olvidaron de ello y empezaron a pedir más, mucho más. Un escuadrón de mariposas pareció invadirme el estómago. Vaughan era una experiencia corporal completa, increíble y adictiva. No veía la manera de hartarme de él, siempre quería más.

Un día completo en la cama con Vaughan me parecía el paraíso. Pero su teléfono empezó a vibrar en la mesilla. ¡Vaya!

—¡Mierda! —murmuró, incorporándose para tomarlo y mirar la pantalla—. Es Nell. Será mejor que conteste, porque si no va a seguir llamando.

Mis entrañas protestaron. Tenía tal debilidad por él que hasta me asustaba.

—¿Sí? —dijo, tumbándose de lado junto a mí. Inmediatamente bajó las comisuras de los labios—. Todavía estamos en la cama. ¿De qué quieres hablar con ella?

La voz de Nell sonaba débil y lejana. Me caía muy bien, pero no quería hablar con ella ahora.

—¡Hay que joderse! —juró, pasándome el teléfono.

Lo acepté, claro.

—Hola, Nell.

—Deberías tener un teléfono propio —espetó.

—Ya lo sé.

—¿Y qué estás haciendo en la cama de mi hermano?

El hermano en cuestión retiró la sábana, excepcionalmente fina, y se dedicó a darme besos en la espalda. Chupetón por aquí, mordisquito por allá... ¡Qué agradable! El corazón me latía al doble de la velocidad habitual y el torrente

sanguíneo seguro que estaba atestado de hormonas benefactoras. Le acaricié el pelo, y después le empujé la cabeza en dirección al sexo. Amigablemente, ya sabéis. Se rio, librándose de mi empujón mediante su habitual sesión de mordiscos, esta vez en los dedos. ¡Dios, que agradable!

—No creo que quieras de verdad que conteste a esa pregunta —repliqué.

—Bueno, sea que lo sea lo que estéis haciendo, dejadlo —gruñó Nell—. Te necesito en el bar.

—¿Cómo dices? No, no puedo —dije con voz de pánico—. Mira, es que... tengo la peste negra.

—¡Muy buena! —murmuró Vaughan, acercándose aún más hacia donde yo quería que estuviera. Donde lo necesitaba, para ser precisos.

—Pues tómate un ibuprofeno. En la Edad Media no tenían, creo —me recetó Nell—. El niño de Rosie le ha contagiado los vómitos y Joe está ayudando a su padre en un trabajo de construcción. Para la comida vamos a estar llenos solo con las reservas. Masa no va a poder atender las mesas sin ayuda.

—¿Y quién es Masa? —pregunté.

—Uno de los camareros, que acaba de llegar de sus vacaciones. Va a la universidad técnica. Te gustará.

—Estupendo. Pero ¿qué hay de Eric? ¿No puede echar una mano?

—Está en la barra. —Se estaba impacientando—. Vamos, ya prepararé algo delicioso especialmente para ti.

—Nell...

—Mira, sé que te apetece mucho más hacer guarrerías en la cama con mi hermano, pero te necesito aquí. Por favor, Lydia...

¡Sin salida!

—Está bien. Me voy a dar una ducha rápida y voy para allá.

—Gracias. —Colgó sin más.

¡Qué desastre de gente! Me cubrí dramáticamente la cara con el brazo, para que no me viera llorar. Bueno, en realidad no eran lágrimas. Pero la tristeza era genuina.

Vaughan aprovechó para darme un mordisco en el muslo. Uno grande, claro, y hundió los dientes a gusto.

—¡Ay!

—Esto es por no poner la felicidad por encima de todo. —Me besó en el mismo punto un par de veces—. Y esto por ayudar a mi hermana. Te lo curaré del todo cuando salgas de trabajar.

—Si no lo haces te vas a enterar, capullo. —Me bajé de la cama y volví a

dejar el teléfono móvil en la mesilla de noche—. Como sigas mordiéndome de esta manera te voy a comprar un bozal.

—¡Me encanta tu piel! No puedo resistir morderte para dejar mi marca en ella. Es culpa tuya, no mía. —Ni una pizca de remordimiento por su parte—. Entra en la ducha mientras hago café.

—Gracias. ¿Me prestas el automóvil?

—Te llevo, y después te recojo cuando acabes. —Me rodeó con los brazos y me abrazó por la espalda. Se me había olvidado lo agradable que era tener alrededor a un hombre deseoso y atento. Y este en particular me encantaba. ¡Buenos tiempos por delante!

—¿Estás seguro?

—Aprovecharé para comprarle unas cuerdas a André. Tiene unas cuantas que podrían interesarme.

—¡Qué bien! —Recorrí sus brazos con las manos, disfrutando de su cercanía, de estar abrazada a él.

Colocó la polla en el canalillo entre mis glúteos y empezó a masajearse. ¡Uau! ¡Qué sensación tan magnífica! Primero me puse tensa, pero enseguida me relajé, disfrutando de ella. Exhaló un gemido ronco de satisfacción junto a mi oído.

—No tenemos tiempo —dije, haciendo un gran esfuerzo de voluntad. Porque estaba húmeda, deseosa, completamente rendida. Nell no sería capaz de compensar ni la cuarta parte de una sesión de sexo con Vaughan, ni aunque me preparara el plato más exquisito del mundo. Imposible.

—Ya lo sé. —Me agarró las caderas con sus grandes manos, atrayéndome hacia sí con fuerza—. ¡Joder, qué suavidad!

—Vaughan... —Empecé a respirar con dificultad al notar como se endurecía y crecía. Se me estaba yendo la cabeza.

—Me gusta tu trasero, muñeca. Gustar es poco, ¡me encanta!

—Y eso que eres un hombre de tetas.

Apretó la boca contra el cuello, encendiendo puntos eléctricos por cada sitio que besaba. Me puso una mano sobre el vientre, y con la otra empezó a jugar con un pezón. Seguía frotándose contra mí, haciéndolo todo mucho más difícil. O mucho mejor. O las dos cosas, quizá.

—Sí, lo era —corrigió—. Pero ahora prefiero besarte, chuparte, morderte y follarte, por todas partes y a todas horas.

¡Oh, Dios! Me temblaban las rodillas.

—¡Mierda! Nell te espera —gruñó, dando un paso atrás—. Ve a ducharte.

—De acuerdo. —Ahora las pobres y débiles rodillas temblaban—. Haz café, por favor.

—Claro.

Me dirigí hacia la puerta casi tambaleándome. Y entonces me detuve, aturdida mental y físicamente, pero llena de curiosidad por algo.

—¡Oye! Ayer no me contaste el final de tu historia.

Con cara de sufrimiento, sujetaba la polla contra el estómago.

—¿Cuál?

—La de la chica a la que no le gustaba que te corrieras tan rápido.

—¡Ah, sí! Bueno, pues me dijo que pensara en otra cosa mientras lo hacíamos, para alejar de mi mente que estaba dentro de ella y esas cosas. —Una media sonrisa, algo burlona, torcía su rostro—. La siguiente vez que lo hicimos, pensé en las guitarras Fender. Con mucha intensidad. Le conté lo que iba a hacer, así que estaba al tanto.

—¿Y?

—Pues que aguanté bien, y esa vez ella llegó, gritando «¡Sí, guitarras Fenders!» a pleno pulmón —Ahora sonrió ampliamente—. En toda mi vida he salido tan deprisa por una ventana.

Me reí quedamente, negando con la cabeza.

—¡Qué gracia!

—Mmm.

—¿Y por qué me la empezaste a contar? —pregunté, apoyándome en la puerta y mirándolo fijamente. Se sentó despacio en el borde de la cama—. Es una buena historia, pero... ¿Por qué me la empezaste a contar anoche, en plena faena?

—Pues no lo sé, la verdad. —Suspiró—. Para que te relajaras, para que dejaras de preocuparte por tu cuerpo.

—¡Oh!

Se encogió de hombros.

—Gracias.

—No me gustó que intentaras esconderme parte de tu cuerpo —dijo en tono neutro, mirando a la pared—. Yo no soy un capullo que vaya a ponerse a escoger qué parte me gusta más, ni a pedirte que cambies algo. Te quiero como eres, Lydia. Entera.

Se me ensanchó el corazón. Casi sin control.

—Pues funcionó. —Procuré que mi voz también sonara neutra, pero no lo logré. Tan emocionada estaba.

Se volvió hacia mí.

—Aquí estoy, delante de ti, sin cubrir nada. No es normal en mí. —Me encogí de hombros, riendo nerviosamente. Sin saber cómo, el hecho de enseñar el trasero gordo, la tripa y los anchos muslos esta vez no me había importado. Todavía. En realidad, era un milagro. La pequeña pelea de antes con la sábana había sido por diversión, nada más—. No sé... supongo que es porque confío en ti. Bueno, no lo supongo, es así.

No hubo respuesta.

Ni una maldita palabra.

¡Vaya! ¿Cuándo aprendería? Eso de desnudar el alma es peligroso. Mucho más que desnudar el cuerpo. Miré al suelo, a la pared, a todas partes menos a él. No tenía el menor sentido. A fin de cuentas, lo único que había hecho era contarme una historia estúpida. Y al hacerlo había sido amable y comprensivo. Eso no era nada nuevo. Que me hubiera follado de película, proporcionándome el mejor sexo que había experimentado en toda mi vida hasta este momento, solo significaba que la noche había sido estupenda. Pero nada capaz de alterar el curso de la vida de ambos, ni de configurar una nueva delineación universal, ni de alterar la percepción en plan karma. Seguramente se trataba de un momento de crecimiento vital que yo necesitaba como el comer, y él había formado parte de ese momento.

Eso era todo.

¿Cuándo aprendería? El hecho de que mi vagina se lo hubiera pasado de miedo no significaba nada más que eso. No tenía nada que ver con el corazón.

—Muñeca, mírame —dijo.

Así lo hice.

—Gracias.

Asentí.

—Ya te lo he dicho antes, pero... me alegro de que estés aquí, conmigo.

—Yo también me alegro. —Mi sonrisa me pareció extraña, falsa. Era el momento de un baño de realidad. Cosas que apenas significan nada estaban empezando a parecerme muy grandes y muy importantes, y eso no era ni necesario ni positivo.

Dos amigos que se acostaban juntos. Eso era todo.

CAPÍTULO 16

—¿Sabes hacer trabajo administrativo, llevar cuentas?

Me desabroché el delantal y lo lancé al carro de la lavandería.

—¿Te refieres a llevar la contabilidad en un programa de ordenador?

—Sí, eso.

—Un poco. No tengo problemas a la hora de meter datos. Estoy familiarizada con los programas más conocidos.

Estábamos en la oficina, pequeña y desordenada, una vez que habíamos superado por fin el follón de la comida. Mi compañero, Masa, un joven japonés que estudiaba en la escuela técnica superior de la ciudad, era una verdadera delicia de chico. Trabajar con él fue de lo más divertido. Puede que el Dive Bar anduviera ahora un poco corto de personal, pero el que quedaba era casi insuperable. Incluso Eric había demostrado ser de lo más competente; había atendido perfectamente nuestras comandas de bebidas al tiempo que servía la barra y socializaba con una pareja de visitantes.

—¿Por qué me lo preguntas? —Me dejé caer sobre la única silla libre que había en la atestada habitación—. ¡Dios, cómo me duelen los pies! Eres buena con los cuchillos de carne, así que ampútamelos sin que me duela y sin que sangren.

—Deja de comportarte como una princesita quejumbrosa, anda.

—En serio, me duelen. Si sigo en esto, voy a tener que invertir una buena parte del sueldo en zapatos más cómodos.

—¿Estás pensando en quedarte? —Nell levantó la cabeza como movida por un resorte.

—¿Cómo? No. —Mi estúpida boca no paraba de abrirse y cerrarse—. No, claro que no. No sé por qué he dicho eso. Ya tengo una profesión. Soy agente inmobiliario.

—No, no lo eres. Te han despedido.

—Gracias por recordármelo —repliqué secamente—. Por cierto, esta noche

tengo que leer con atención la propuesta de acuerdo que me han mandado los Delaney. Debo poner eso en orden.

—¿Entonces vas a recibir un pago? —Apoyó los codos sobre la mesa y enlazó los dedos, mirándome con ojos pequeños, redondos y brillantes—. ¿Cuánto calculas?

—Pues espero que lo suficiente como para comprarme un automóvil de segunda mano en buen estado y que me permita establecerme en otro sitio. —Crucé las piernas y me puse cómoda—. La verdad es que no tengo la menor idea de dónde. Me da un poco de miedo ponerme a buscar. No se puede decir que mis ahorros sean inmensos.

—Aquí tienes trabajo y un sitio en donde vivir.

—Nell, estas no son más que medidas de emergencia. Encontrarás a otra persona que sirva mesas y Vaughan se irá pronto, en cuanto venda la casa.

Se encogió perceptiblemente, y sentí haber hablado de eso con tanta despreocupación.

—Perdóname.

—No te preocupes. Es la verdad. —Se había recogido en un moño la melena roja. En comparación con la palidez de las mejillas y las ojeras, parecía brillar todavía más de lo habitual. Me pareció preocupante.

—Tienes mala cara. ¿No te habrás contagiado de la infección de Rosie y su familia?

—Puede. —Hizo una mueca para estirar la cara—. Últimamente me siento muy cansada. Me está pasando de todo y todo malo.

—Son muchas cosas al mismo tiempo.

—Ya. Eric se disculpó y ha vuelto a trabajar con la misma dedicación que antes, pero Pat sigue sin querer aparecer por aquí. No veo la posibilidad de que cambie de opinión en lo que queda de siglo.

Fruncí el ceño como muestra de apoyo. No se me ocurrió otra cosa. Los hombres se portaban muchas veces como auténticos capullos.

—Lo único que querría es tener suficiente dinero para comprarle su parte —explicó, frotándose los ojos recién cerrados con el dorso de las manos—. Mi parte del estudio de tatuajes no vale ni la mitad de lo que necesito. Tuve que invertirlo todo para adecentar este sitio y no me queda ni un centavo.

—Si no lo hubieras hecho este restaurante no sería el negocio tan sólido y próspero que es ahora. La inversión ha merecido la pena, es un establecimiento magnífico.

—Sí. Es una pena que mi matrimonio no lo fuera. —Tenía los ojos inundados

de lágrimas—. Me siento muy orgullosa de esto, Lydia. No puedo perderlo.

Era una situación muy incómoda. No había lugar para dar ánimos infundados, así que no dije nada. Suspiró sonoramente.

—Bueno, vamos a ver. ¿Podría ofrecerte más trabajo para que te quedaras? Teníamos un contable muy bueno, pero se jubiló las navidades pasadas. Yo esperaba que, entre todos, fuéramos capaces de sacar adelante la contabilidad, pero no ha sido así. Joe ha preparado el ordenador y el programa, pero no sabe hacer los asientos. ¿Qué me dices?

Apreté los labios mientras sopesaba las consecuencias. Más dinero. Pero menos tiempo con Vaughan. La idea no tenía nada de alegre.

—Lo más normal es que no te lleve demasiado tiempo ponernos al día. Una o dos tardes, calculo —me animó Nell al tiempo que se hundía en la silla—. Y estarías sentada todo el rato. Te garantizo que, cuando terminaras, no te dolerían los pies. Por favor, Lydia...

—Hoy ya me has dicho dos veces «por favor».

—Por favor. Ya van tres. —Estaba poniendo una cara verdaderamente patética, una especie de cruce entre el rostro de un sabueso y un perezoso pelirrojo (¿los hay?). No estaba nada guapa, la verdad—. Estoy dispuesta a suplicar. Besarte los pies sería cruzar la línea y a eso sí que no estoy dispuesta. Pero rogar no es problema, ya lo ves.

—¡Por Dios! Bueno, de acuerdo —concedí, levantándome despacio—. Pero empieza a buscar un contable nuevo.

—Por supuesto.

—Y otro camarero.

—¡No lo dudes!

—Lo digo en serio, Nell. —Apunté hacia ella un dedo acusador.

—Ya lo sé. —Sonrió beatíficamente. No consideré fiable esa sonrisa, en absoluto.

—Vaughan va a venir a buscarme. Tengo que irme.

—A propósito de eso. —Se frotó delicadamente la nariz, y en los ojos apareció un brillo travieso—. ¿La próxima vez harías el favor de ponerte un poco más de maquillaje sobre las señales de mordiscos? O eso, o le dices a mi hermano que deje de utilizarte como si fueras chicle. Estáis rebajando la categoría moral del restaurante con vuestros pervertidos jueguecitos sexuales. Eso no está nada bien. Somos un establecimiento serio y con buena reputación.

—¡Sí, por supuesto! —respondí con tono sarcástico—. Poner música punk todo el santo día refuerza esa imagen de respetabilidad.

—Hoy le tocaba a Boyd escoger la música. Dice que pone punk para ahuyentar al fantasma de André padre.

—¿Crees de verdad que el sitio está embrujado? —pregunté, sintiendo curiosidad. Jamás me había cruzado con ningún fantasma, pero nunca se sabe. Hay muchas cosas en este mundo que no pueden explicarse ni catalogarse.

—Podría ser —respondió Nell encogiéndose de hombros—. El tipo estaba absolutamente atado al lugar. Apenas pasaba por su casa, según dice nuestro amigo André. Su madre era modelo, y estaba siempre de viaje por todo el mundo, trabajando en desfiles. Finalmente se enamoró de otro y se fue a vivir a Nueva York. André iba a verla de vez en cuando, pero fue su padre quien lo crió.

—Una niñez difícil.

—¡Ya lo creo! Su padre le tenía tanto apego a este lugar que apenas le dedicaba su tiempo a nada ni a nadie más.

—Algunas personas no deberían de tener hijos —espeté, con más acidez de la que pretendía. Los recuerdos del pasado me envenenaban el presente, para variar—. Idiotas egocéntricos. ¡Es ridículo!

—Sí.

—No hay ninguna obligación, ni legal ni personal, de reproducirse. Pero mucha gente que no tiene la menor intención de molestar en criar a los hijos los tiene de todas formas. ¡No lo comprendo, joder!

Aparte de sonreír con tristeza, no dijo nada.

—En fin... —Tenía que volver a ponerles la tapadera a mis estallidos emocionales. De inmediato—. Será mejor que me vaya.

—Gracias por estar ahí otra vez, Lydia. Nos has salvado la situación.

—De nada. —Compuse una sonrisa artificial y me dirigí a la puerta.

—Y gracias también por escuchar mis lloriqueos.

Me detuve y retrocedí un poco, lo suficiente como para poder asomar la cabeza por la puerta.

—Lo mismo digo, Nell.

Su sonrisa valió la pena, de verdad. Era magnífico tener una amiga.

Fuera, el sol de la tarde calentaba de lo lindo, sobre todo en la cabeza. De vez en cuando pasaba un automóvil y solo se veían algunos transeúntes que iban de compras. Todo estaba muy tranquilo. Como si todo el mundo estuviera echándose la siesta. Inmediatamente me libré de lo que quedaba de mi reciente enfado con los malos padres. La sola idea de que vería enseguida a Vaughan obró maravillas. Os juro que todo mi cuerpo se estremeció solo de pensarlo.

Pude ver en la acera un anuncio indicando que Inkaho permanecía abierta

hasta las ocho de la tarde. Se oía el sonido de la aguja de tatuar, en plena acción. No había vuelto a ver a Pat desde la noche de la gran pelea y no me detuve frente a la ventana para saludar con la mano. No tenía ni idea de qué podría decirle si lo veía.

El Dive Bar brillaba como si se hubiera inaugurado ayer y la tienda de tatuajes también parecía estar adecuadamente mantenida. Sin embargo no pasaba lo mismo con la tienda de música de André, Guitar Den. Pasé dentro y agradecí el frescor del aire acondicionado. El suelo estaba cubierto por los restos de una moqueta gris industrial, prácticamente reducida a la nada. El mostrador era metálico, estaba cubierto de cristal y también bastante baqueteado. La tienda estaba llena de amplificadores y junto a la pared trasera se podía ver una batería. De las paredes colgaban todo tipo de guitarras, cuyas marcas no conocía en absoluto.

Junto al mostrador había un cartel enorme de Bill Murray. Interesante elección como santo patrón de la tienda.

Del interior del establecimiento llegaba el sonido amortiguado de algunas voces y de música. Me dirigí hacia un espacio abierto, medio escondido tras una pared de amplificadores. Era una especie de jardín secreto para guitarras de seis cuerdas. O algo así.

—¡Hola! —dijo André, apoyado sobre una pila de guitarras que llegaba casi hasta el techo. No tengo la menor idea de cómo se las apañaba para parecer elegante vestido con una camisa hawaiana de color rojo fosforito, pero así era.

Hay gente que nace así. Yo no era una de esas personas, ni por asomo.

—Hola, André.

—Escucha eso. —Señaló con la barbilla en dirección al lugar del que procedía la música.

Vaughan estaba sentado en un taburete bastante bajo tocando una guitarra acústica. Tres chicas de distintas edades lo escuchaban atentas. Estaban absolutamente cautivadas e inmediatamente entendí el porqué. Vaughan con una guitarra en las manos era capaz de hechizar a cualquiera.

Era mágico.

La precisión de los dedos y el movimiento de los músculos al tocar eran exquisitos. Con la mandíbula apoyada y los ojos mirando a ninguna parte, hacía una música magnífica, cuya belleza inundaba por completo el lugar. No era sofisticada ni súpermoderna; nada de movimientos ansiosos de los dedos, ni de cambios de ritmo constantes. Una simple balada de rocanrol, clásica e intemporal. Creo que de Dylan, pero la había escuchado tantas veces que hasta

podría equivocarme (¿Simon, MacLean?). No obstante, el gusto con el que Vaughan la interpretaba, el alma que le ponía, la convertían en algo muy especial.

—C a G —dijo una de las chicas, de entre trece y catorce años.

—Exacto. —Vaughan sonrió sin dejar de tocar.

—Y después D —añadió otra, señalando las cuerdas inferiores.

—¡Sí! Eso es.

La tercera no dijo una palabra, sin dejar de mirarle los dedos.

—Enseña bien —le dije a André, hablando muy bajito.

—Te quedas corta. ¡Lo hace cojonudamente! —contestó, también susurrando —. Lleva más de una hora.

—¿De verdad? —Me quedé mirando al grupo, asombrada.

André me tomó de la mano y me llevó hacia la entrada de la tienda, para que no los distraiéramos con nuestra conversación. Se colocó detrás del mostrador, y me apretó un poco los dedos antes de soltarlos.

—Las chicas son hijas de la dueña de la peluquería que hay al otro lado de la calle —me contó—. Ha venido un par de veces para echar un vistazo, y quiere que les dé clases a las tres. ¡Hasta ha comprado una guitarra de tamaño medio para que aprendan con ella!

—¿Tú no das clases?

—Sí, pero yo no soy ni la mitad de bueno con los críos. ¿Adolescentes algo mayores, adultos? Sin problemas. Pero las chicas de menos de dieciséis años se me distraen al cabo de dos minutos y me ponen muy, pero que muy nervioso. Además, no practican en casa.

—¿Le has dicho a la peluquera que Vaughan solo estaba de visita? —dije riéndome.

—¡Claro! Pero me ha contestado que tengo que convencerle de que se quede.

Con un estrépito de carreras y voces, las niñas pasaron corriendo por delante de nosotros.

—¡No corráis! —André se apresuró tras ellas, diciendo palabrotas entre dientes—. ¡Cruza por el paso de cebra! ¿No me habéis oído?

Una ráfaga de aire caliente inundó la tienda, cuya puerta se cerró enseguida, haciendo sonar la campanilla. La voz de André se perdió en la distancia; seguía riñendo a las niñas mientras las acompañaba a la peluquería. De allí salió una mujer con el pelo teñido de color azul brillante, más o menos como el de Marge Simpson. Las tres se lanzaron sobre ella; su entusiasmo era más que evidente. Ella las abrazó sin contenerse lo más mínimo. ¡Qué agradable resultaba ver a una

mujer tan comprometida con sus hijas, mostrando tanto afecto!

Sentí sobre mis hombros el peso de un brazo muy familiar, al igual que la cercanía del cuerpo que se colocó de pie a mi lado. *Jeans* raídos, como las Converse verdes que calzaba, y una camiseta. Hoy tocaba la de The Clash. Sin duda le habría gustado la sesión punk de Boyd. Ni más ni menos que la ropa habitual de Vaughan, y vaya si le sentaba bien. Llevaba unas Ray-Ban clásicas sobre la cabeza, que mantenían el pelo sujeto.

Incluso vestido conseguía que se me hiciera la boca agua. Lo que conseguía de mí desnudo es mejor no mencionarlo en estos momentos.

—¿Qué tal en el bar?

—Bien —respondí, poniéndome de puntillas para darle un beso rápido. ¿Poder hacer eso con toda naturalidad? La mejor sensación de la historia, así de sencillo—. Rosie había aceptado reservas de más por una equivocación, pero he podido solucionarlo recolocando algunas mesas y le he preguntado a una pareja si no le importaba que le sirviera la comida en el bar en vez de en el comedor. Así que todo arreglado.

—¿Nadie te ha molestado?

—No, para nada. Nadie me ha preguntado de dónde procedían los restos humanos que han encontrado en el contenedor. No soy sospechosa de nada.

—Ya, ya veo. —Me robó otro besito.

—Me han dicho que has empezado a dar clases de guitarra.

—Sí, pero ha sido sin querer —dijo, ahogando una risita—. De todas formas, lo he pasado bien, la verdad.

—Ya lo he visto. Las tenías comiendo de tu mano.

—¿En serio? —Se acercó y restregó la punta de la nariz contra la mía. Este tipo era la mezcla perfecta de la dulzura y la sexualidad más arrolladora—. Yo más bien creo que eres tú la que come de mi mano.

Abrí la boca pero fui incapaz de decir ni una palabra. Lengua sellada. Cerebro fundido. Encoñada, en una palabra. Así, tan cerca de él, y mirándome cómo me miraba, podía hacer de mí casi lo que quisiera.

—¿Qué estás pensando, Lydia?

—No soy capaz.

—¿De qué no eres capaz? —preguntó frunciendo el ceño.

—De pensar.

Su sonrisa fue un puro placer carnal.

Sonó de nuevo la campanilla de la puerta y entró André. Todo sonrisas.

—Estas chicas son ahora tus admiradoras más fervientes. Tenías que haber

escuchado cómo hablaban de ti.

Vaughan, gracias a Dios, retrocedió un paso. Tenía la brumosa impresión de que lanzarme sobre él y practicar sexo tórrido en el mostrador de la tienda de guitarras podía no ser una buena idea, pese a que era la única que tenía ahora. Un lugar público, en el que además había habido niñas hacía nada..., en fin, que no.

—Son una chicas estupendas —afirmó Vaughan.

—No —rectificó André—. Lo que pasa es que tú eres un profesor estupendo.

Vaughan rio quedamente y empezó a acariciarme el cuello. Casi de inmediato, se me relajaron los músculos. Hasta dejaron de dolerme los pies, al menos en parte. Cualquier contacto físico con él hacía que me sintiera mejor.

—Estoy hablando muy en serio —insistió André—. Tienes un don, Vaughan.

—No. Lo único que tengo es un poco más de paciencia con los críos que tú.

André hizo un gesto de desdén con la mano, poniéndose muy serio de repente.

—Tonterías.

—Mira, a ver...

—Yo no lo necesitaba ya, así que la parte del negocio que tenía que ver con la enseñanza prácticamente la he dejado. Pero a ti no te costaría nada recuperarla —expuso André, poniendo casi cara de súplica—. El cuarto de pruebas de sonido está ahí detrás. Casi no hay que acondicionarlo, y puedes dar clases en él. Pues ganar bastante dinero haciendo una cosa con la que disfrutas.

—¡Anda ya!

—¡No me digas que no estabas disfrutando mientras enseñabas a esa chicas a sacar sonidos decentes de la guitarra! ¡Pero si se te veía en la cara!

Despegó la mano de mi cuello y se volvió.

—Fue divertido, claro que sí. Pero no es lo que quiero hacer.

—Podría serlo.

—No. —Vaughan negó con firmeza—. Escucha, André, antes he llamado a Conn. No te lo vas a creer, pero Henning Peters quiere trabajar con nosotros. ¿No te parece cojonudo?

—Impresionante.

—¿A que sí? Al parecer nos ha visto tocar y le gustamos. Piensa que podemos escribir cosas buenas juntos —dijo Vaughan—. Y, lo que es todavía mejor, hay compañías discográficas que están deseando escuchar algo acerca de su próximo proyecto.

—¿Es eso lo que quieres, formar parte del proyecto de otro?

—¡Pues en este caso sí, joder! Henning está a punto de convertirse en algo

grande, y queremos estar ahí con él. ¡Venga, André! Es una oportunidad increíble, y lo sabes. —La sonrisa de Vaughan era absolutamente luminosa—. Lo único que tengo que hacer es sobrevivir económicamente hasta que tengamos preparadas unas cuantas canciones, y a partir de eso ganaremos dinero a espuertas.

—Así que se trata de eso, de dinero.

—Siempre se trata de dinero.

—No, no siempre —contradijo André—. Cuando te marchaste lo que querías era compartir tu música. Querías tocar la guitarra, escribir canciones y alejarte de aquí, vivir la vida. Eso era lo que te movía, no el dinero.

Yo me mantuve al margen, sin intervenir. ¡Hay que fastidiarse! Parecía que lo mío, durante estos días, era verme atrapada sin comerlo ni beberlo en situaciones conflictivas. Me habría gustado saber cómo ayudar, era lo único que deseaba. Cualquier cosa excepto callarme y verlas venir, pero no podía hacer otra cosa.

—¡Dios! —espetó entre dientes Vaughan—. No digas tonterías, André. Seguiré haciendo lo que más me gusta hacer en la vida.

—¿Y entonces por qué eres tan jodidamente infeliz?

La expresión de Vaughan era de vacío, de... infelicidad, como decía André.

—Te conozco de toda la vida, joder. Disimulas bien, no te lo niego, pero aunque a otros quizá sí, a mí no me engañas.

—Hemos pasado una mala racha, eso es todo.

André negó con la cabeza. Su expresión de frustración era evidente.

—No estoy hablando de «vosotros», sino de ti, solo de ti.

Silencio.

—Volverte a la costa no es la única opción que...

—¿Estás mal de la cabeza? —Vaughan respiró hondo, con la intención evidente de calmarse—. Es la mayor oportunidad que he tenido, algo que solo ocurre una vez en la vida. Y no la voy a dejar pasar.

—Has tocado delante de miles de personas, has grabado discos, has colocado canciones en las listas de éxitos. ¡Has llegado mucho más lejos que yo, a ver! —exclamó André con tono autocrítico, subrayado por una sonrisa algo amarga—. Si tus padres vivieran, estarían muy orgullosos.

—No es suficiente.

—Si algo deja de funcionar, cambiar de planes no significa rendirse. No es fallar.

—Puede que para ti no, pero para mí sí que lo sería. Sobre todo si Henning se mete en la jugada. No voy a quedarme parado aquí. Voy a avanzar.

André no contestó de inmediato, y durante un instante, un silencio denso y cortante nos envolvió. De todas formas, cuando volvió a hablar, y más que nada por el tono de su voz, la cosa resultó aún peor.

—Claro, Vaughan, vas a avanzar. Y vas a dejar a un montón de gente en la estacada detrás de ti.

Todo se detuvo, como cuando se presiona el botón de pausa en un mando a distancia.

Los dos hombres se miraron. Se oyó pasar un automóvil a bastante velocidad e inmediatamente sonó la campanilla y entró un cliente. No había cambiado nada: el mundo no había dejado de girar pese a las palabras que se habían pronunciado.

—Solo te pido que me hagas un favor —dijo André, en tono algo más conciliador—. Cuando te vuelvas a la costa, llama a tu hermana de vez en cuando, e incluso a Pat ocasionalmente, ¿de acuerdo?

Asentimiento mínimo, pero apreciable.

—Gracias.

—Lydia y yo tenemos planes —dijo Vaughan tomándome de la mano. Me apretó los dedos con bastante fuerza. Los suyos estaban un poco sudorosos—. Hablaré contigo antes de irme.

—De acuerdo.

—Me ha alegrado verte, André —dije, sonriendo levemente.

—Y a mí verte a ti, Lydia. —se acercó y me dio un besito en la mejilla—. Cuídate.

Salimos de la tienda y bajamos andando por la calle hasta donde estaba el Mustang. No tardamos ni un minuto, y yo tuve que dar dos pasos por cada uno que dio Vaughan, prácticamente corriendo con la lengua afuera para mantenerme a su altura. No dijo ni una palabra hasta poner en marcha el automóvil y el motor rugió, lleno de poder y orgullo, si es que un motor puede tenerlo. En ese momento relajó los hombros y bajó las defensas. Aunque no desaparecieron. No del todo.

Ni respecto a André ni respecto a mí.

—Siento que hayas tenido que presenciar eso —dijo, fijando la vista en la calle.

—No pasa nada.

—Es mejor que volvamos y hagamos el trabajo que todavía queda por hacer en casa.

—De acuerdo. —Me hundí en el asiento y agarré el bolso con las dos manos.

Alguien me dijo una vez que cuando la gente entra en un automóvil de asistencia en carretera, los hombres se protegen sus partes, mientras que las mujeres se agarran a su bolso: donde llevan el dinero, los documentos, su identidad en una palabra. Lo que se ha ido acumulando a lo largo de los años, muchos o pocos. Y lo que se puede necesitar para superar una emergencia, independientemente de la gravedad de la misma.

Los hombres son mucho menos de fiar que los bolsos.

—Tengo que leer el documento de los Delaney —dije, recuperando el orden natural de mis prioridades—. Y también tengo que ordenar mis cosas mucho mejor de lo que están ahora. Nell y yo nos limitamos a arrojarlas en las cajas en riguroso orden de caída. Si en la próxima mudanza se me rompe algo más sería un desastre.

Del hombre que estaba a mi lado, al menos temporalmente, solo me llegó una especie de gruñido.

CAPÍTULO 17

—¡Hola!

El tipo que estaba en mitad del patio trasero, con los brazos en cruz y las piernas extendidas en aspa, saludó levantando una mano, e inmediatamente la dejó caer de nuevo.

—Toma, para ti —dije, pasándole una cerveza.

—Eres un ángel. —A la luz de la luna, su cuerpo brillaba de sudor. Algunos rizos, húmedos y ensortijados, le caían sobre la frente. En unos cuatro o cinco segundos se bebió las tres cuartas partes de la cerveza. Impresionante. Muy típico de los hombres, eso de no saborear.

Menos mal que había traído un paquete de seis.

El aroma a hierba recién segada llenaba el aire. Y cada arbusto estaba bien podado. En vez de la selva amazónica en pleno Idaho que parecía hacía algunos días, el patio trasero tenía ahora todo el aspecto de un jardín limpio y aseado, con una impresionante barbacoa de piedra en el centro. Me senté en uno de los bancos de roca y saboreé mi cerveza. Las estrellas titilaban en el cielo, aunque oscurecidas por una luna casi llena. Enseguida, Vaughan terminó la suya y le pasé otra.

Se incorporó y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Querías decirme algo?

—¿Sobre qué? —pregunté, mirando alrededor—. ¿Sobre el jardín?
¡Magnífico trabajo!

—Me refería a la discusión con André.

Levanté las cejas y bebí un trago.

—No.

No hay nada mejor que una cerveza helada en una noche de verano. Me había duchado y me había puesto un vestido ligero de algodón. Después de tragarme todo el polvo del garaje y de reempaquetar prácticamente todas mis pertenencias era obligatoria una buena limpieza corporal. No me apeteció usar el secador, así

que me había recogido el pelo húmedo en una especie de moño. Ya le daría forma mañana por la mañana. Además, de esta manera me daba la brisa de la noche en el cuello, lo cual era una auténtica delicia. Muy agradable después del calor del día.

Me miró, y después miró alrededor. Repitió lo mismo unas cuantas veces más, deteniéndose de vez en cuando para echar un trago de cerveza.

—No te conozco lo suficiente, Vaughan —dije por fin, incapaz de soportar más la pregunta que flotaba en el ambiente sin responderla—. Y tú a mí tampoco. Esa es la verdad.

Frunció el ceño.

—No obstante, lo que te ha dicho André te ha trastornado lo suficiente como para ponerte a arreglar el jardín como un poseso. Y no voy a decir nada más, por si las moscas.

—Era un trabajo que había que hacer. —Empezó a darle vueltas a la botella de cerveza—. No es tan raro.

—Sí, claro, un trabajo que había que hacer... durante siete horas, sin parar.

—El tiempo que hiciera falta. —Levantó un hombro a modo de disculpa, o de explicación. Hay personas que se encogen de hombros. Él solía levantarlos.

—En calzoncillos.

—Tenía calor. —Dio otro sorbo—. Gracias por poner las botellas a enfriar.

—De nada.

Durante un rato bebimos en silencio. Las copas de los pinos se movían tenuemente, mecidas por la brisa, como si saludaran a la luna y las estrellas. En algún sitio, alguien tenía puesta una canción de Simon y Garfunkel, un poco más alto de lo que hubiera sido adecuado. Por lo demás, la noche era tranquila y agradable.

—Es una suerte que las vallas sean tan altas —dije por fin.

—¿Y eso?

—De no ser así, los vecinos, o vecinas, se lo habrían pasado bomba viéndote podar los arbustos en calzoncillos.

—Tienes razón —bufó—. De todas formas, las vallas no son lo suficientemente altas como para detener novias a la fuga.

Aspiré el aire entre los dientes cerrados, haciendo un siseo.

—Una novia despreciable e invasora. No sé si habrá alguien capaz de detener a gente de esa calaña.

Señaló el jardín a su alrededor con la botella medio vacía y cambió drásticamente de tema.

—Así solía tenerlo papá, bien limpio y despejado. Pero mamá plantó montones de flores, que empezaron a crecer por todas partes. Un caos total.

—¿De verdad?

—Estoy casi seguro de que lo hizo para fastidiarle. —Una sonrisa casi fantasmal le cruzó la cara—. Cada año eran de un color. Un verano blancas, al siguiente amarillas, y así. ¿Te apetece escuchar otra de mis historias, de esas que dan vergüenza?

—¡Joder, pues claro!

—Un año rompí una lámpara sin querer. Estaba jugando a la pelota dentro de casa, algo que no me permitían —empezó—. De todas formas, le eché la culpa al perro, una bola peluda que le habían regalado a Nell las Navidades anteriores. Hasta le puso el nombre de *Bola de Nieve* al muy estúpido.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—Mamá sabía que yo no decía la verdad, pero no podía demostrarlo, claro. Los perros no hablan.

—¿Y tu padre?

—Él también odiaba al bicho —contestó riendo—. Por supuesto, me concedió el beneficio de la duda.

—Pobre *Bola de Nieve*.

—A partir de ese momento, tuvo que pasar más tiempo fuera de la casa —continuó—. Nell no me dirigió la palabra durante varias semanas, cosa que a mamá no le sorprendió en absoluto.

—Me lo puedo imaginar. Da la impresión de que eras una buena pieza —dije en tono de broma.

—Espera, que no he terminado. —Se volvió hacia mí, y esta vez sonreía abiertamente—. El día de mi octavo cumpleaños me regalaron una pistola de agua y estaba jugando con ella y las de otros niños en la fiesta. Llevábamos planeando la batalla durante meses. Eric y yo habíamos acumulado un montón de globos de agua, y también construimos un fuerte con cajas de cartón. Íbamos a pasárnoslo bomba. Prohibidas las niñas, sin excepciones de ninguna clase.

—¿Y?

—Pero ese año mamá plantó, de un día para otro, flores rosas. Pero no de un rosa suave, normalito. No, para nada. Flores rosas brillantes por todas partes, en el suelo, en macetas, en cada rincón... Ese año había enloquecido, más que nunca. —Hizo una pausa para beber—. Cuando salías casi te quedabas ciego con el brillo de las putas flores. Parecía como si hubiera explotado una bandada de flamencos.

—¡Oh, no! —casi grité, con mucho dramatismo. Por fin le podía sacar partido a mis clases de teatro, gracias a Dios—. Tu masculinidad incipiente y tu crédito con los amigos prácticamente arruinados. ¡Qué horror!

—¡Exacto! Me sentí completamente humillado. —Juntó las piernas y se reclinó sobre los hombros—. Eric quería arrancarlas todas antes de la fiesta y echarle la culpa a *Bola de Nieve*. Pero yo le dije que eso no podría funcionar por segunda vez. Así que concluí que no habría batalla.

—Sabia decisión.

Asintió.

—Al parecer tu madre era muy especial.

—¡No te lo imaginas!

Como yo no tenía historias de la niñez que compartir, la conversación languideció. Pero esta vez no me sentí incómoda. Éramos dos personas relajadas, descansando y mirando las estrellas en una noche de verano.

—Te conozco —dijo muy bajito—. En eso te equivocas.

Dejé de mirar las estrellas y clavé la vista en él. Ambas visiones eran igual de impresionantes. Le brillaban los ojos a la luz de la luna, aunque resultaba insuficiente, pues era incapaz de leer sus pensamientos en ellos. Necesitaba más luz para captar la expresión y adivinar qué era lo que le pasaba por la cabeza.

—No has hecho otra cosa que mostrarme cómo eres desde el momento en que nos encontramos —afirmó.

Esa era, precisamente, la clave del problema.

—No sé si conviene que me juzgues pensando solo en mis circunstancias más recientes. Los últimos días creo que han sido los más extraños y traumáticos de toda mi vida.

—Lydia, irrumpiste en mi casa, le diste un puñetazo en la nariz a un imbécil que, por encima de todo, te había engañado con todas las de la ley, te quedaste conmigo cuando no quería estar solo, diste un paso adelante para ayudar a mi hermana a salir de unos momentos críticos en su negocio, me ayudaste a limpiar la casa, y a mí mismo en otro sentido, sin pedir nada a cambio y, para terminar, aunque de ninguna manera es lo menos importante, no has tenido ningún inconveniente, incluso me empujaste, en practicar sexo conmigo y de una forma bastante salvaje.

—Visto así... sí, todo eso es verdad.

—Claro que es verdad —repitió—. Me gustas. Pero, además, confío en ti, cosa que es mucho más importante.

—¡Vaya! ¿Eso es lo que has sacado de todas estas... experiencias conmigo?

—Sí, eso es lo que he sacado.

Levanté las cejas y miré a un punto indeterminado, más allá de él. Más de lo que necesitaba o menos de lo que deseaba, no podía decidir cómo me sentía al respecto. La confusión es una verdadera víbora en lo que a los sentimientos se refiere. Por asumir que el término «gustar» es sinónimo de «amar», evidentemente. Esa supuesta identidad entre ambas palabras procedía del músculo cardíaco, mientras que la locura transitoria respecto a Vaughan era un asunto de falta de acuerdo entre las entrañas y el cerebro.

Así, mientras que mi parte lógica me decía cosas como «esto solo es temporal» y «tómalo con calma», la parte enloquecida y visceral no paraba de decir otras cosas, como por ejemplo «¡Vamos, que es Vaughan! Es guapísimo, y brillante, y con él te sientes de maravilla», o «¡Salta sobre él y fóllatelo todas las veces que puedas, joder!». El caso es que esa parte gritaba bastante más. Mis entrañas son muy cachondas, Dios las bendiga.

Fuera como fuese, todo mi ser estaba en guerra. Me habría sentado muy bien un bombón helado de vainilla. Como os podéis imaginar, suspiré profundamente.

—¿Por qué suspiras?

—Me apetece un bombón helado.

—Vaya, pues no tenemos. —Pausa—. Creo que en el congelador hay un poco de esa tarta de chocolate sin gluten que hace Nell. ¿Te saca eso de un apuro?

—Igual sí. —¡Dios, qué dura es la vida! Esta vez eché un buen trago de cerveza, intentando dejar a un lado mis pensamientos. Ya estaba bien—. ¿Te sientes mejor ahora que has arreglado el jardín?

Utilizó su turno de suspiros.

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. Haber vuelto aquí... André tiene razón, me está jodiendo.

No dije nada, para dejarlo que desarrollara sus pensamientos y sentimientos.

—Es como si esperara que papá saliera de un momento a otro por la puerta del garaje, o que mi madre me llamara para ir a la cocina a que la ayudara en algo. —La luz iluminó el cristal de la botella mientras se la llevaba a los labios para acabársela—. Si no estoy aquí puedo olvidarme de que ya no están, comportarme como si no hubieran muerto en ese estúpido accidente y el funeral no hubiera sido más que una jodida pesadilla.

Le dio un repentino ataque de rabia y lanzó la botella vacía contra la valla. No se rompió, así que no hubo un estallido de destrucción que lo calmara. La botella simplemente golpeó la valla, sin excesiva fuerza, y cayó detrás unos arbustos, sobre la tierra. Una respuesta débil e inútil.

—¡Mierda! —Vaughan se echó hacia atrás, y se quedó mirando el cielo nocturno. En la oscuridad pude notar como el dolor y la furia le llegaban en oleadas.

No necesitaba luz para darme cuenta. Y me dolía.

—Muñeca —dijo con voz gutural. Levantó la mano, pidiéndome sin palabras, solo con un movimiento de los dedos, que le diera la mía.

Dejé a un lado mi botella de cerveza y me acerqué a él sin pensarlo siquiera. Ejercía sobre mí ese tipo de poder.

—¿Qué puedo hacer por ti?

No hubo respuesta.

—¿Vaughan?

Me arrodillé junto a él para poder mirarlo desde cerca. Su cara estaba inundada, no podría decir si de sudor o de otra cosa. El polvo y, en este caso sí, el sudor se extendían por todo su cuerpo. Estaba hecho un desastre. Se incorporó, me tomo la cara entre las manos y acercó su boca a la mía. Fueron besos húmedos y apasionados. Su sabor me enloqueció. Todo ocurrió tan deprisa que, después, pensé si no habían sido imaginaciones mías, proyección de deseos frustrados. Primero me acarició las mejillas con los pulgares. Después me agarró por la cintura con un brazo, sujetándome con fuerza y recolocándome sobre él. Mis rodillas se clavaron sobre la hierba recién segada y me vi a horcajadas sobre él casi sin darme cuenta, y sin saber qué era lo que quería.

Afortunadamente, llevaba vestido, no pantalones.

Me encendí en cuanto lo toqué. Piel desnuda y deseo violento, deseo por mí. Me comió a besos apasionados, que me derritieron las entrañas. Los músculos de los muslos se estremecieron al sentir su endurecida masculinidad frotarse contra ellos. Prácticamente se me cortó la respiración. La reacción de los órganos sexuales fue inmediata. Sabían que la sensación de tenerlo dentro era extraordinaria y querían que los visitara de nuevo.

Si lo necesitaba, follaríamos de una manera que le haría olvidarse hasta del miedo a morir y, por supuesto, de todos los malos recuerdos que le amargaban la vida.

Si lo deseaba, no me lo pensaría dos veces.

Me bajó las bragas tirando con los dedos, sin ninguna dificultad. Me puso las rodillas bajo el trasero, y todo sin dejar de besarme como un poseso. Me apoyé sobre él jadeando. Me sentía en la gloria: su lengua en la boca, su aliento en los pulmones. follando como locos en el jardín trasero de la casa donde nació. ¡No me importaba en absoluto, incluso si alguien hubiera podido vernos!

—Lydia. —Me llenó las mejillas de besos, y después la barbilla. Al llegar al cuello empezó con los mordisquitos.

¡Adorable vampiro!

Mientras tanto, al parecer se había hartado de acariciarme el trasero con las manos. Una de ellas se hundió entre mi pelo, mientras que con la otra me quitó el sujetador y, ya libre de defensas, empezó a acariciarme desde el cuello hasta la zona íntima, deteniéndose en los labios mayores, recorriéndolos despacio, arriba y abajo entre la humedad, jugando conmigo. Todo mi cuerpo, pero especialmente mis partes, se pusieron tensas, y un espasmo vibrante me recorrió toda la espina dorsal. No sabía si moverme o quedarme quieta. Fue su pulgar el que decidió por mí al empezar a dibujar círculos alrededor del clítoris. Por un momento lo introdujo entre la húmeda espesura, pero volvió a torturarme casi de inmediato.

—¡Mírame! —susurró apremiante.

Finalmente me acarició en el punto justo, y me estremecí. ¡Qué maravilla! Si siguiera un poco más, si apretara un poco más...

—Abre los ojos, muñeca.

Repentinamente, la mano que tenía en la cabeza me apretó con más fuerza el cuero cabelludo. No me lo esperaba, en absoluto. Todo el placer lo había enfocado la zona íntima, y abrí los ojos, supongo que como platos.

—¡V-Vaughan!

—Eso es, mírame así. —Pese a la oscuridad, el perfil de la cara era rotundo y tenía los ojos muy abiertos. Resultaban hipnóticos. Me tocó ligeramente con la lengua el labio inferior e inmediatamente me besó con rotundidad—. No me abandones ahora.

—No. —Negué enfáticamente con la cabeza. Nuestro momento no se había acabado. Todavía no.

—Te necesito aquí —dijo, mientras seguía manipulando el clítoris con sabiduría experta. Su hábil pulgar no paraba de moverse, a veces más rápido, a veces más despacio, apretando o apenas rozando, suave en un momento, duro en el siguiente. No tenía ni idea de cómo podía saber dónde estaba exactamente esa delgada línea que hay entre el placer y el dolor y quedarse cerca de ella, pero sin traspasarla. Supongo que aquella animadora le enseñaría bien. Si alguna vez me cruzara con ella, le daría un abrazo. Tenía el pelo absolutamente alborotado, y el sudor me corría por toda la espalda. Por mí, que escribiera con el dedo allí abajo todo el texto de la Constitución de Estados Unidos, enmiendas incluidas, no me importaba. Siempre y cuando no parara de hacerme sentir lo que sentía, claro.

—Te necesito aquí —repitió, mirándome con fijeza.

Asentí. Sobraban las palabras.

Inmediatamente retiró el pulgar. No recuerdo un momento de mayor tristeza en mi vida. Puso la mano detrás, no sé dónde, y sin ella, volví a sentir el tacto de las bragas, y concretamente del elástico entre los labios. No me gustó. ¿Cómo me iba a gustar, después de aquel dedo celestial?

Antes de que me diera tiempo a mover el elástico, sus dedos retornaron e hicieron el trabajo por mí. La cabeza de la polla sustituyó al pulgar, rozándome el clítoris en introduciéndose entre los húmedos labios. Y sí, demonios, sí. En el momento en que pude, lo coloqué para que me penetrara, hasta el fondo. Puse los ojos en blanco, abrumada por el placer. Delicioso, maravilloso, todo lo que se os ocurra y más. Sentir la dureza de su polla, en toda su extensión, dentro de mí, era una delicia, me llevaba al éxtasis. Nunca había sentido nada igual y no quería que acabara.

Empecé a gemir y a retorcerme como una puta lasciva.

Y él empezó a jurar en arameo.

Si cualquier vecino, o astronauta, o deidad de los cielos, nos estuviera observando, seguro que nos tendría una envidia colosal.

Con la mano libre me agarró por la cintura y me apretó con un abrazo casi brutal. ¡Ni que tuviera la intención de irme! Esa sensación de tenerlo dentro, llenándome casi por completo, era demasiado magnífica. Me parecía notar cada vena de su miembro, hinchada y vibrante. Estaba hechizada. Arqueeé la espalda, y con el movimiento de la pelvis procuré que entrase hasta el último rincón de mis entrañas, sintiendo una mezcla de dolor y de placer inenarrable. Me apetecía retorcerme, pero su abrazo me lo impedía.

¡Era como una especie de dulce tortura que no quería que terminara nunca!

—Necesito moverme —dije con voz ronca y algo suplicante junto a su cara, besando cada centímetro de la piel al que era capaz de llegar. Su barba incipiente me arañaba la cara, pero no me importó en absoluto—. ¿Vaughan?

El muy cabrón, maldito controlador, me volvió a acariciar el pelo y movió la cara en busca de mi boca. Lo besé de la forma más salvaje que pude, moviendo la lengua hasta que chocara con sus dientes, dándole mordiscos en los labios... ¿Era yo? Noté una humedad más cálida de lo habitual. Probablemente había reabierto la herida del labio. ¡Caray!

—¿Qué pasa, chica sucia, que quieres follarme? —preguntó con un susurro gutural.

—¡Sí! —respondí entre dientes con un siseo. Maquiné la posibilidad de

asesinarlo, pero decidí que el conseguir algún que otro orgasmo podría bastar.

—¿Muy a lo bestia?

—A lo bestia. Te lo prometo, muy a lo bestia. Suéltame, Vaughan.

—Pídelo por favor.

¡Cabrón!

—Por favor.

—Adelante.

Aflojó el brazo y pude moverme. Entonces me apoyé en sus hombros, me elevé un poco y empecé a removerme sobre su polla. Puede que no me admitieran nunca como yóquey en el derbi de Kentucky, pero os aseguro que cabalgué sobre Vaughan en su jardín.

Literalmente.

Noté el roce de la hierba y de la tierra en las rodillas mientras prácticamente botaba sobre él y lo apretaba con las entrañas. Sus gemidos eran música celestial. Piel contra piel, mezcla de sudores y de olores. No importaba nada. Más que acariciarme, me apretó los pechos con las manos, sin preocuparse de quitarme el sujetador ni el vestido. Por una parte quería que me lo arrancara, pero por otra me gustaba, y era muy fresquito. Pero yo no tenía bastante. Tomé el control absoluto de las operaciones, lo empujé hacia atrás e incliné mi cuerpo hacia delante. Así puse en contacto directo el clítoris con su hueso pélvico. Se hicieron amigos de inmediato.

¡Por supuesto!

De la garganta me salió un auténtico rugido. Las terminaciones nerviosas de todo mi cuerpo vibraron a la vez. Pero no me relajé: seguí moviéndome, retorciéndome, incrementando más y más el placer, que cada vez resultaba más impresionante. Me tomó la cara con la mano, intentando moverse conmigo y mantener el contacto. Me comía con los ojos. Seguí moviéndome todo el rato, follándole como me había pedido, no, exigido que lo hiciera. Como queríamos los dos. Si los músculos de los muslos pudieran emitir sonidos, habrían gritado de dolor. Pero el resplandor que surgía no solo de mis entrañas, sino de todo mi cuerpo creció y creció, como un fuego incontrolable.

No veía nada, pero lo sentía todo. Mi cuerpo era una especie de pira de placer. Llegué, llegué y llegué, hasta que prácticamente no quedó nada. Durante unos segundos todo se quedó en silencio y me dejé caer sobre él. Empujó introduciendo aún más su pene. Me agarró con fuerza por las caderas y, finalmente, él también llegó, soltando el aire con mucha fuerza, juntando el pecho contra el mío y apretándome con sus potentes manos.

La noche nos envolvió de nuevo, fresca y ya sin resplandores. O sea, a lo suyo.

El corazón de Vaughan latía con fuerza junto a mi oído y la tibieza de su cuerpo me calentaba. Pensé que no necesitaba nada más de la vida. Al menos por ahora.

—¡Me ha parecido como si tuvieras siete pulmones! Los vecinos van a pensar que estaba intentando matarte —dijo, resoplando.

—Que, básicamente, es lo que has hecho. Ha sido terrible.

—Muñeca, has llegado con tanta fuerza que por poco me rompes —dijo riendo entre dientes.

—Lo que tú digas. —¿Quién tenía ganas de ponerse a discutir ahora? Yo me las había dejado ahí, poniendo toda la carne en el asador.

Entonces lo sentí. Un líquido denso que me salía por la vagina. El temido esperma.

—No hemos usado nada —susurré.

—¡Mierda, es verdad!

El pobre crío tenía una rabieta de tres pares de narices. La cara absolutamente roja, llorando a moco tendido y tratando de golpear al mundo con sus puñitos. Y su madre tampoco tenía un aspecto mucho mejor, pálida y con ojeras. Dado que sus pulmones debían de ser muy pequeños, parecía imposible que fueran capaces de provocar semejante escándalo. Lo cual era extraordinariamente molesto para esa hora de la noche. Para cualquier hora, en realidad.

—Le están saliendo los dientes —dijo la mujer al darse cuenta de que estaba mirando.

—¡Pobre!

Su barbillita estaba llena de saliva.

—Seguro que le duele un hu... muchísimo.

—Sí —murmuró la madre, acariciándole la espalda.

Su mirada se dirigía alternativamente a mí y al tipo que me acompañaba en mi espera, alto y lleno de tatuajes. Por ambos lados de la cara le colgaban mechadas de pelo rojo, que brillaban a la luz brillante. Sus ojos estaban clavados en una selección de dentaduras postizas que había en el escaparate. Igual debía haberse quedado en el automóvil. De hecho, le dije que no hacía falta que me acompañara a la farmacia abierta veinticuatro horas. El viaje había sido ya bastante tenso. Debería estar prohibido que follara un rato de manera increíble viniera acompañado de malas consecuencias. ¿Unas cuantas heriditas y alguna

rozadura en las rodillas? Eso, de acuerdo. Pero el miedo a una enfermedad venérea y al embarazo, ¡eso sí que no, joder!

—¿Usted tiene algún hijo? —preguntó la madre.

—¿Un hijo? —repetí pestañeando—. No. ¡No!

El hombre que estaba a mi lado se movió inquieto.

—Todavía no. Puede que algún día —balbuceé, un tanto cohibida—. En el futuro, ¿sabe? No hay prisa. Y no es que su hijito no sea adorable, todo lo contrario. Es precioso.

El crío se desgañitó.

—Además, lo de ser padres, y buenos padres, es algo muy serio. Implica mucha responsabilidad y mucho trabajo.

Nadie dijo nada. Quien calla, otorga.

—¡Vaughan! —dijo la mujer de repente—. ¡Pero si eres tú! Soy Nina Harrison, fuimos juntos a inglés en nuestro último año.

—Ah, Nina —respondió con voz hueca—. Hola.

—¿Cómo estás? Me dijeron que te marchaste directo a Los Ángeles con tu grupo inmediatamente después de la graduación —espetó, hablando a toda velocidad—. ¿Qué tal va eso?

Se le tensaron los músculos del cuello.

—Bueno, bien.

—Escuché en la radio una de vuestras canciones, creo que hace un par de años. ¡No estaba mal!

—Gracias.

—Señora, aquí tengo su pedido —el pulcro farmacéutico, con su bata blanca inmaculada, me miró y colocó una cajita en el mostrador—. Los efectos secundarios y toda la información acerca del modo de administrar el medicamento se explican en un folleto que he puesto en la bolsa. Y, por favor, recuerde que su ingestión puede retrasarle el periodo alrededor de un par de días. Pero si el retraso durase dos semanas, quizá debería hacerse una prueba de embarazo.

—De acuerdo. —Cuando agarré la bolsa y me dirigí a la caja me temblaban las manos—. Gracias.

Nina se quedó mirándonos. Su boca era una O perfecta. ¡Ni que ella nunca hubiera practicado sexo sin protección, por favor!

Me dirigí a la salida casi al galope. Vaughan balbuceó una rápida despedida y me siguió. En el mismísimo momento en el que abrió la puerta del pasajero me lancé dentro del automóvil y agarré mi botella de agua. Saqué la píldora del día

siguiente, me la metí en la boca y me la tragué en un plis plas. ¡Hecho!

Vaughan se limitó a mirarme. Su cara parecía una máscara inexpresiva. Eso lo hacía bien. Ya lo había visto así otras dos veces, pero no dejaba de sorprenderme.

Por otra parte, yo compuse mi mejor sonrisa profesional, puro plástico

—Bueno, solucionado.

Asintió.

—Estoy limpia, te lo prometo —repetí por décima vez en las últimas pocas horas—. Me hice una prueba cuando terminé la universidad, solo para asegurarme. Pero siempre he utilizado algún tipo de protección.

—Sí, igual que yo.

—Los dos somos precavidos. Ha sido un simple descuido. —La verdad es que la situación era un poco violenta. ¡Mira que había hecho estupideces en unos días! Primero la boda frustrada y luego sexo sin protección con Vaughan. Miré hacia la brillante señal de neón de la farmacia con el ceño fruncido. Una botellita animada movía los brazos de un lado para otro. ¿Dónde diablos tenía la cabeza? La botellita, quiero decir—. Si no se me hubiera olvidado tomar la píldora el domingo no tendríamos que haber salido corriendo a la farmacia de esta manera.

—Deja de preocuparte, no pasa nada —me tranquilizó.

—Pero es mejor que hayamos venido. Tú no tienes la obligación de tener tanto cuidado.

—¡Pues claro que sí! —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. Lo siento, Lydia. Tenía que haberme parado a pensar, lo que pasa es que me puse...

—¡Bueno, ya está bien! Somos adultos, Vaughan. Ha sido cosa de los dos.

Abrió la boca como si fuera a decir algo. Pero no lo hizo.

Movió la llave de encendido y el motor del Mustang sonó como siempre, un ostentoso rugido metálico. Demasiado ruidoso para estar en mitad de la madrugada.

Volví a pensar en que ni este tipo de automóviles de motores potentes, ni los hombres tatuados, ni otras cosas de este tipo me habían atraído hasta ahora. Siempre había buscado estabilidad. Todo lo relacionado con Chris había sido un error, por supuesto. Eso era obvio. La próxima vez me tomaría las cosas con mucha más calma, no me dejaría llevar con tanta facilidad. Independientemente de lo que me deparara el futuro, esta temporada de locura tenía que acabarse. La suciedad y la locura no eran lo mío.

—Creo que mañana voy a probar un Prius —dije. La decisión estaba tomada—. Una de las tiendas de segunda mano tiene a la venta un modelo de hace

cuatro años.

Otro gesto de asentimiento.

No volvimos a hablar hasta llegar a su casa. La noche se mantuvo tranquila, incluso mientras se metía en su habitación y cerraba la puerta.

O sea que nos cerraba la puerta, a mis pobres ovarios y a mí.

Las náuseas y los calambres no me dejaron dormir, así que me incorporé y me puse a leer el acuerdo que me ofrecían los abogados de los Delaney. De hecho, lo leí dos veces. Después, solo por si acaso, lo releí una tercera vez. Todo ese tiempo fue el que tardó en pasármese la conmoción.

CAPÍTULO 18

—¿Tengo pinta de que quiera pasar la noche jodido? —El tipo, extraordinariamente enfadado, me plantificó el plato entre las manos—. Le dije al otro camarero que me sirviera antipasto sin gluten. Y bien clarito.

—Disculpe el error y la molestia, caballero —dije—. Se lo soluciono en un momento.

—Gracias —medio gruñó. No estaba precisamente poniendo cara de agradecimiento.

¡Qué se le va a hacer!

Salí pitando hacia la cocina, donde Boyd me recibió levantando una ceja en signo interrogativo.

—Necesito un nuevo antipasto sin gluten, por favor.

Asintió de inmediato y se puso a trabajar. O, más bien, y dado que era el único chef que había esa noche en la cocina, siguió trabajando a tope. Nell había llamado para informar de que se encontraba muy mal, porque llevaba toda la tarde vomitando, la pobre. Por fortuna, esta noche el Dive Bar solo estaba a mitad de aforo.

¡Dios, esperaba que no me hubiera contagiado el virus! La píldora del día siguiente ya me había dejado suficientemente hecha polvo (¡Expresión mal elegida!).

Desde el mostrador llegó un estruendo tremendo. Me volví y pude ver a Masa de pie, con una bandeja y montón de platos y vasos a sus pies. Cubitos de hielo, rodajas de lima, pajitas y toda la parafernalia, todo esparcido por el suelo.

—¡Mierda! —susurré.

Masa se limitó a exhalar un suspiro de desesperación y se puso de rodillas para recoger el desaguisado. Por mi parte, me armé con la fregona, una escoba y un recogedor para echar una mano.

—Lo siento —dijo, moviendo frenéticamente las manos y dejándolo caer casi todo de nuevo—. Solo me llevará un minuto.

—Vamos, más despacio, tranquilízate. Si te cortas con un trozo de vidrio empeorarás las cosas.

No dijo nada, pero se calmó. Bueno, al menos era un comienzo.

—¿Qué te está pasando? —le pregunté mientras recogía con cuidado los restos de una botella de cerveza.

—¿Cómo? Nada... —contestó el chico.

—Inténtalo de nuevo.

Se limitó a sorber por la nariz.

—Vamos a ver, Masa, hombre. Le has servido menta a la señora que tiene alergia a la menta y el antipasto con gluten a un celíaco. Para rematar, le has dicho a Boyd que los vegetarianos de la mesa ocho querían *pizza* de pollo en vez de margarita. ¿Quieres que siga?

Me miró con los ojos enrojecidos y casi llenos de lágrimas.

—Estás preocupado y distraído, es evidente —dije—. Dime qué te pasa.

Bajó la cabeza.

—Mi novia me ha dejado.

—¡Oh, no! Lo siento muchísimo.

—Durante meses se ha estado acostando con su tutor a mis espaldas. —Le tembló la barbilla, aunque tenía el mentón muy tenso—. Al parecer están enamorados. Me ha mandado un mensaje contándomelo todo justo antes de empezar a trabajar.

—¡Qué putón!

Desde detrás de la barra, Eric nos observaba mientras tiraba una cerveza de barril. No hizo ademán de acercarse, ni tampoco transmitió ningún mensaje con la mirada. ¡Así que era eso! El mal de amores es una mierda de problema, sobre todo en un restaurante. Había que evitar por todos los medios que Masa prendiera fuego al local mientras braseaba un entrecot. Por ejemplo.

—Limpia esto y vete a casa —dije, pasándole los aparejos—. Ya me ocupo yo de Eric, no te preocupes.

—¿Estás segura? —Parecía preocupado, y seguramente lo estaba.

—¡Claro! La hora punta de la cena se ha terminado prácticamente. Ya me las apaño sola.

—Gracias.

—No hay de qué. —Le sonreí y volví a trabajar.

El tipo de la intolerancia al gluten no dejó propina y la limpieza llevó algo más tiempo de lo habitual, pero no se produjeron más catástrofes ni hubo más quejas. Estoy casi segura de que vislumbré al periodista que quería la exclusiva

de mi boda frustrada, asomándose subrepticamente desde la acera en algún momento de la noche. A no ser que se me pusiera delante de las narices, mi intención era no hacerle caso. Al menos por ahora.

Después del cierre, el aspecto del Dive Bar era completamente distinto, tranquilo y lleno de sombras. Nada que ver con el lugar luminoso y musical de las horas de apertura. También era agradable.

Cuando me levanté por la mañana, Vaughan estaba desaparecido en combate. Al llegar el momento de ir a trabajar, Boyd se presentó con un todoterreno bastante antiguo y tocó la bocina. Me imagino que fue Vaughan el que organizó mi transporte. Boyd no dijo ni una palabra, para variar. Puesto que no tenía teléfono para llamar a un taxi, ya me había hecho a la idea de ir a trabajar andando. Me atreví a mencionar el asunto del teléfono con mi inusual conductor, que reaccionó deteniéndose amablemente delante de una tienda de telefonía móvil. Así que me bajé y en un momento me compré un teléfono y una tarjeta de prepago.

¡Ay, la tecnología! No era una apasionada. Lo cierto era que no la echaba de menos, pero en nuestro mundo, en el que la comunicación es constante, era una necesidad. Lo primero que tendría que hacer sería ponerles un mensaje a mis padres. Tampoco es que esperara respuesta antes de la tradicional felicitación de Navidad. La comunicación no era su fuerte. Como padres eran un auténtico desastre. Era un hecho, una parte de la vida, como las nubes, las plantas o los animales. La gente es como es, sí, sí. Las hormonas y las expectativas de ascenso social tienen casi lo mismo que decir a la hora de explicar la evolución demográfica.

Todavía podía escuchar el ruido de la cocina, en la que Boyd no paraba de colocar sartenes, cazos y platos. Si iba a ser él el encargado de llevarme a casa, aún me quedaba un buen rato de espera. Tampoco me importaba. Ya me buscaría algún quehacer en el bar. Por ejemplo, ir al sótano, al encuentro del fantasma de André padre. Que yo supiera, nunca había estado antes en un edificio encantado. Sería divertido. Una experiencia única en la vida.

—Lydia, creo que es hora de que hablemos —dijo Eric desde el bar.

¡Huy, huy, huy!

—Muy bien. —Me acerqué a él, desabrochándome el delantal al tiempo que andaba. Si me iba a despedir por decirle al chico que se fuera a llorar a su casa, por lo menos sería por una causa noble. Me senté en uno de los taburetes, para así dar un respiro a mis pobres y protestones pies. Tampoco estaban tan mal hoy. Supongo que me estaba acostumbrando a lo que conllevaba el trabajo de

camarera en un restaurante.

Eric preparó una copa, en uno de los vasos de estilo antiguo, que en realidad se habían comprado hacía muy poco siguiendo la moda. No obstante, me gustaban. Golpeó su vaso con el mío en un brindis y bebió un sorbo. Era un líquido de color ambarino. Escocés, supongo, a juzgar por el olor. Había puesto una espiral de corteza de naranja y mucho hielo.

—Es un cóctel Old Fashioned —explicó sonriendo—. ¿No lo habías probado?

—No. —Lo volví a oler y probé un sorbo. *Whisky* escocés, azúcar, soda y algo más que no fui capaz de reconocer. No estaba mal—. Muy bueno. Gracias.

Gesto de asentimiento.

—Le dijiste a Masa que se marchara.

—Sí. No se encontraba bien y no estábamos a tope, así que... dado que Rosie y Nell se han contagiado del virus ese de las narices...

—A veces entran grupos grandes a última hora. Amigos, o gente de la zona que saben que los vamos atender aunque sea fuera de hora.

Eché otro trago, para ganar tiempo.

—¿Pensaste de verdad que serías capaz de atender tu sola todas las mesas del restaurante? —preguntó.

—Disculpase porque el servicio sea un poco más lento siempre será mejor que arriesgarse a que uno de nosotros vomite encima a un cliente, creo yo. —Ni me molesté en cruzar los dedos por la mentira. Igual Masa también estaba enfermo. Nunca se sabe.

Eric soltó una risita.

—Lo acepto como explicación.

¡Uuf!

Eché otro trago al cóctel, procurando apreciar el escocés. Sin duda se trataba del mejor que teníamos. Envejecido durante trescientos años, o así. Aunque conmigo realmente se estaba desperdiciando. No soy de *whisky*.

Eric no dejaba de mirarme desde el otro lado de la barra con sus penetrantes ojos verdes. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, y vestía una camisa negra de botones, con las mangas subidas hasta debajo del codo. Vaughan no era un tipo habitual de guapo, de los de revista. Sin embargo, su rostro anguloso y su cuerpo, alto y nervudo, resultaban únicos. Eric, sin embargo, sí que era un arquetipo de belleza. Te podías imaginar a las niñas pasando de estar obsesionadas con los ponis a beber los vientos por un tipo como él en cuanto corriera por sus venas el primer chorretón de hormonas. El caso es que los dos

eran adorables, aunque Vaughan un tanto más salvaje.

—He visto que has reorganizado el mostrador de entrada —dijo—. Y que has puesto al día el libro de reservas.

—Ha sido una tarde tranquila.

—Ya. —Bebió un poco más—. Nell me ha dicho que solo estás de paso, que esta no es tu profesión, sino algo eventual. Pero si te estuvieras planteando quedarte, te pondríamos a cargo del restaurante, sin la menor duda.

—¡Oh!

—Nell tiene la cocina bajo control. La semana que viene entrará una persona para ayudarles a ella y a Boyd. Y entre Joe y yo, más Vaughan durante el tiempo que se quede, no habrá ningún problema con el bar —explicó—. Lo que sí que necesitamos es un encargado, o un *maître*, que sea capaz de conseguir que el restaurante funcione adecuadamente. El trabajo es tuyo si lo deseas. Un mes de prueba y después pasarías a fija. Además, seguro que nos pondríamos de acuerdo en el sueldo, las condiciones y demás. No sé cuánto ganabas vendiendo casas, pero no dudes que esto te merecería la pena.

Noté que tenía los ojos muy abiertos.

—No me lo esperaba.

—Esta noche has hecho un trabajo de primera con los clientes que se habían enfadado —afirmó, y después señaló mi vaso con un gesto—. Echa un trago, anda.

Obedecí. Dado que tenía el estómago vacío a cuenta de las náuseas de la mañana, el cóctel estaba yendo directo a la cabeza.

—Seguro que hay por ahí personas con mucha más experiencia que yo capaces de dirigir un restaurante.

Me miró durante un momento y después agarró un par de botellas de las estanterías de la pared, para luego verter generosas cantidades de cada una en la coctelera.

—Cuando abrimos este sitio nuestra única intención era ganarnos la vida y tener un lugar agradable en el que reunirnos con nuestros amigos. Nell quería dirigir su propia cocina, preparar lo que le apeteciera. Yo había trabajado en unos cuantos bares y me imaginaba que sería más o menos lo mismo. Éramos unos ingenuos de mierda.

Trabajaba al tiempo que hablaba, preparando otro cóctel. Yo le observaba fascinada. Llenó de hielo la coctelera y después colocó la tapa y la movió vigorosamente. Ante mis ojos subía y bajaba el plateado mezclador mientras él agitaba el mejunje. Parecía un druida preparando una poción. Después, de uno

de los frigoríficos, que apenas se podía ver entre las estanterías atestadas de botellas, sacó una elegante copa de martini helada. Y a ella fue a parar la mezcla, vertida con mimo a través del colador. Era un líquido espeso y blanquecino como una nube. Eric puso encima un pétalo de rosa, la pulpa de un lichi y una pequeña caña de bambú atada con una cinta. Finalmente, la decoró con sumo cuidado.

—Prueba esto —sugirió, colocando delante de mí la copa—. Seguramente te gustará más que el Old Fashioned, cada uno es cada uno.

—Gracias. —Primero lo estudié desde distintos ángulos. El cóctel, por el aspecto, era una auténtica obra de arte. Si hubiera tenido encima mi nuevo teléfono, habría sacado una foto. Aunque no le importara a nadie lo que estaba bebiendo... para cenar—. Es muy bonito. No te he visto preparar esto para los clientes habituales. ¿Está bueno?

—Sorpréndete —dijo sonriendo—. Además, tú no eres una cliente normal. Bebe.

—Muy bien. —Me llevé la copa a los labios con cuidado. Helado y dulce como la miel, con un toque a alcohol de calidad. Llevaba licor de lichi y vodka. La mezcla, servida en un vaso de martini, sabía a gloria bendita.

—Lichi martini.

—¡Uau! Me encanta, Eric. De ahora en adelante me voy a bañar en él. —Era un chiste, pero solo en parte—. ¿Qué pasa, que eres un preparador de cócteles clarividente?

—No —contestó riendo—. Simplemente conozco a las mujeres.

—Supongo que no del todo —gruñí.

Cruzamos una sonrisa, aunque quizá fuera de suficiencia por ambas partes. La batalla de los sexos no terminaría ni siquiera cuando desapareciera la humanidad.

—¿Cómo te van las cosas con Vaughan? —preguntó, atacando con fiereza su Old Fashioned. ¡Ah, vaya! Mi actualmente inexistente relación con mi casero temporal no le incumbía. En absoluto.

—¿Te has follado a alguna camarera últimamente?

—No. Yo no te intereso. —Me miró con ojos de flirteo. Había que reconocerlo, su mirada prometía, y mucho. Era un verdadero profesional del flirteo—. Una pena.

Di un trago a la maravilla, pero no abrí la boca.

—Tendré que salir a la calle a buscar nuevas parejas. —Se volvió para alcanzar la botella de *whisky*. Del estante que albergaba la mejor calidad. ¿No os

lo había dicho?

Yo seguía sin tener nada que decir.

—Volviendo a lo de antes —siguió—. Ni Nell ni yo teníamos ni la menor idea acerca de cómo gestionar un sitio como este. Y Pat tampoco. Los dos llevaban cierto tiempo dirigiendo el estudio de tatuajes, pero ahí no se trata tan de cerca con los proveedores, ni hay que afinar tanto con las existencias. Y ninguno de nosotros somos muy allá socializando...

—¿En serio? Pareces una persona extrovertida.

Torció ligeramente la boca.

—Mmm.

—Eric, lo que me has propuesto es muy interesante. Y para que conste, como ya le dije a Nell, creo que este negocio es muy sólido y que tiene mucho futuro por delante. —Di otro trago. La conversación lo necesitaba—. Pero yo no me veo formando parte de él. Tengo otros planes.

—Irte a otro sitio a seguir vendiendo casas.

—Sí —respondí—. Es lo que sé hacer.

—Pero ¿es lo que te gusta?

Me encogí de hombros.

Él hizo lo mismo.

Bebí.

—Bueno, pues es una pena. —Tenía un nuevo cóctel de *whisky*, pero empezó a prepararse otro igual—. Es muy difícil encontrar gente que trabaje bien y que además se adapte al sitio. Quiero decir, personas con las que podamos llevarnos bien. Este trabajo, en el que hay que estar lidiando continuamente con gente y a veces tragando quina sin comerlo ni beberlo, no es para todo el mundo. Le prometí a Nell que hablaría contigo para intentar que te quedases con nosotros. Lo he hecho lo mejor que he sabido.

—Sí, es cierto.

—Vamos, bebe —repitió—. Boyd va a seguir un rato en la cocina. Te voy a ir preparando una caipiriña. Vamos a ver si también te gusta.

¡Madre mía, la cosa se ponía bien...! ¡Hola, resaca!

Cuando tropecé con la puerta, el jueves se había convertido en sábado sin comerlo ni beberlo. Vaughan estaba sentado en el sofá, que era el único mueble que quedaba en el salón tras la épica batalla masculina, en la que tristemente perecieron la mesita de café y una silla vieja. Los hombres eran unos imbéciles. A la mierda con ellos.

—Estaba empezando a preocuparme por ti —dijo mientras rasgueaba la guitarra. André estaba en lo cierto: Vaughan tenía dones. Uno de ellos era la capacidad de extraer sonidos maravillosos de ese instrumento.

—Hola. —Me dejé caer junto a él. La cabeza me daba alguna que otra vuelta, nada grave. Una buena cantidad de vasos de agua y un plato de *gnocchi* rellenos de ese increíblemente delicioso queso que les ponía Boyd me había ayudado a mitigar los efectos de los cócteles. Al menos un poco.

Vaughan retiró el cuaderno y el bolígrafo sobre los que había asentado mis posaderas y, a falta de mesa, los colocó en el suelo. No estaba poniendo su feliz cara de siempre, aunque, gracias a Dios, tampoco lucía la máscara inexpresiva de los peores momentos. Tenía los labios apretados y la mirada algo turbia, eso era todo.

—Deja que lo adivine: Eric te ha invitado a quedarte y a probar sus mezclas —resumió tocando suavemente la guitarra—. Nell me ha contado que esa es su forma de funcionar.

—Nos tomamos unas copas —admití.

—¿Te has acostado con él?

—¿Te importa?

Se mojó los labios y se le llenó la frente de arrugas.

—Eso parece. Si no, no te lo habría preguntado.

¡Hay que joderse! Me eché hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo, y cerré los ojos.

—¿Es la polla la que os convierte a todos los tíos en unos imbéciles integrales? Seguro que sí. Esa parte de vuestra anatomía es la única que compartís todos los hombres en exclusiva, ¿verdad?

Ni una palabra por su parte.

Abrí los ojos y volví la cabeza para mirarlo.

—¿Harías una cosa por mí? —pregunté.

—¿Qué?

—Si de verdad crees que existe la más mínima posibilidad de que esta noche me haya acostado con Eric, sé bueno y lárgate a tocar la guitarra a algún sitio donde nunca brille el sol.

Puso cara seria. Supongo que para ponerse a tono con la que yo estaba poniendo. Los dos estábamos enfadados y ambos éramos personas muy emocionales. De todas formas, uno de los problemas más importantes de ser mujer es la propensión al llanto. Lo queramos o no, esas jodidas glándulas lacrimales se ponen a trabajar y dejan salir agua con bastante sal, haciendo que

parezcamos débiles cuando en realidad lo que somos es prehistóricas.

—Buenas noches.

Me puse en pie como pude, limpiándome discretamente las lágrimas con una mano. O al menos eso fue lo que intenté, aunque sin mucho éxito, pues inmediatamente se levantó y se dirigió a mí.

—Espera, Lydia.

Mientras hablaba, me agarró con su fuerte brazo y me obligó a volverme hacia él, apretándome contra su cuerpo. Hundí la cara en él, sin parar de lloriquear. ¡Qué le vamos a hacer, soy como la mantequilla caliente! En ese momento, me habría gustado no tener la pelvis apretada contra la suya, y eso que mi estado emocional, en ese momento al menos, no resultaba nada proclive al sexo.

—Lo siento —musitó.

—Ayer por la noche me cerraste la puerta de la habitación.

—Lo sé.

—Y no he sabido nada de ti en todo el día. Has desaparecido, literalmente.

—Sí.

—Y, siendo así, ¿cómo te atreves a meterte conmigo y decir estupideces acerca de si he hecho algo con Eric?

Frotó la cabeza contra mi pelo y me apretó fuerte. Tuve que volver la cabeza para poder respirar. Hasta en estas circunstancias, comportándose como un pulpo, su abrazo resultaba agradable.

—No es cosa tuya a quien decida dejar que jugueteo con mis bragas, ni con lo que hay debajo de ellas —afirmé, pisándolo con bastante fuerza. No pareció gustarle, mala suerte—. No tenemos ningún compromiso.

—Lo sé, lo sé. —Una pausa—. Pero no te has acostado con él, ¿verdad?

Esta vez le pegué una patada en la espinilla, y con todas mis fuerzas, las que me daban el furor y la borrachera que llevaba encima. El muy desgraciado tuvo suerte de que eligiera esa zona del cuerpo, en lugar de la nariz. Después le pegué un buen empujón.

—¡Mierda, Lydia!

—Buenas noches.

Intenté dejar la habitación con cierto estilo y dignidad, pero estoy casi segura de que no lo logré, y de que me tambaleé apreciablemente. Notaba los miembros flojos, y tampoco estaba muy segura de mis valores morales. Lo de dar un portazo al entrar en el dormitorio seguramente fue digno de una adolescente, pero me dio igual. Intenté quitarme los zapatos sacudiendo los pies. Lo logré tras

varios intentos. No obstante, he de decir que solo me caí una vez. ¡Bravo, Lydia!

Aun en el suelo, me puse a pelearme con los *jeans*, muy ajustados. Y es que era prácticamente seguro que si me los intentaba quitar estando de pie, me caería. No me apetecía estamparme de cabeza contra el suelo después de haberme caído sentada. Gracias a Dios, la cabeza todavía me funcionaba como para llegar a esa conclusión. Me ardía el trasero, ¡os lo juro!

—¿Qué haces en el suelo?

Alcé la cabeza y lo vi. No le había dado permiso para pasar. ¡Agg!

—¡Vete! —grité.

Pensé que si intentaba quitarme la camisa de trabajo y el sujetador había muchas posibilidades de que me sacara un ojo, así que abandoné la idea.

Bueno, era el momento de descansar un poco. Trepé como pude a la cama, me tumbé de espaldas y me estiré.

—En serio, las camas son un invento maravilloso. De lo mejor de la vida.

—¿De verdad? —preguntó.

—Pero ¿qué haces aquí todavía? —Le arrojé la almohada, pero la atrapó al vuelo y la colocó a los pies de la cama. Una pena, porque era la única que había y para mí era como si el final del colchón estuviera a muchos kilómetros de distancia. De acuerdo, tendría que dormir sin almohada—. Largo de aquí, Vaughan.

—¡Vaya pedo tienes! —dijo entre dientes—. Otra vez...

—Tus amigos y tú sois una muy mala influencia.

—Es verdad. —Alzó la cabeza y me miró larga e intensamente. ¡Capullo!—. ¿Vas a vomitar?

—No.

—¿Cuántas copas te has tomado?

Levanté tres dedos.

—¿Te preparó él sus cócteles?

—Sí. —Suspiré y cerré los ojos, colocando los dedos sobre el estómago—. No estoy pedo del todo, solo un poco mareada. He bebido muchísima agua, me he tranquilizado y he comido. Así que vete.

En lugar de escuchar el sonido de la puerta abriéndose y cerrándose, lo que noté fue que el colchón de movía. Creo que a mi derecha. Abrí los ojos para asegurarme y sí, allí estaba, sentado a mi lado.

—Hoy he tenido muchísimas cosas que hacer —explicó—. No te he estado evitando, ni nada de eso.

Hice un ruido despreciativo.

—Bueno, te he evitado un poco.

—Nada de mierdas. Mira, ahora lo que yo quiero precisamente es evitarte mucho —dije, volviendo a cerrar los ojos—. Vete. Y cuando salgas apaga la luz, por favor.

Unos dedos callosos me acariciaron el brazo. El toque fue tierno, hasta amoroso, diría yo. Le di un buen golpe en la mano para que la alejara. Pero claro, se trataba de Vaughan y no lo logré. El siguiente paso fue que se volvió hacia mí y empezó a acariciarme las costillas, bajo los brazos, la tripa... Por todas partes, el muy desgraciado, o el muy pulpo, como queráis. Protesté y me revolví, pero no conseguí nada, claro.

—¡No me hagas cosquillas! ¡Déjame en paz! —bramé—. No me fastidies...

Siguió a lo suyo, sin hacerme ni puñetero caso.

—Déjame en paz, Hewson. Ya ni siquiera me gustas.

Se echó encima de mí, evitando por completo que pudiera moverme y, por tanto, luchar. Por supuesto, el hecho de sentirlo apretado contra mí despertó a la bestia que llevo dentro. Me invadió el deseo de arquearme bajo él, de meterle la lengua hasta la garganta y de otras cosas semejantes. ¡Pero no! Lo impediría a toda costa. Nada de sexo con él.

¡Pero joder, mira que pesaba! Un elefante, el Titanic, más o menos en ese rango de peso.

—¡Me estás estrujando!

Unos labios cálidos empezaron a besarme por toda la cara.

—¿Me perdonas? —preguntó.

—¡No! ¡Eres mala gente, no te lo mereces! ¡Nunca te perdonaré!

Intenté darle puñetazos como buenamente pude, pero por desgracia no solo pesaba bastante, sino que también tenía mucha fuerza. El muy cabrón me agarró los puños y me los colocó detrás de la cabeza. Pero no me di por vencida, ni mucho menos. Como la criatura que era, peligrosa, mortífera y medio borracha, esperé mi oportunidad para atacar. Y entonces... ¡le hundí los dientes, fuertes y poderosos, en la piel salada y los mantuve un rato! Un ataque frontal a la base del cuello.

¡Ja, Ja, Ja, Ja!

—¡Ay! —se quejó.

Me agarró la base de la cabeza con la mano, como si fuera a acunarla, pero la guerra es la guerra. Volví a morder, sin atender a su rendición.

—¡Joder, muñeca! —Ahora me agarró del pelo y tiró firmemente, pero sin hacerme daño. No solté la presa—. ¡De acuerdo, tienes razón! Ya me he

disculpado, y sinceramente. Es suficiente, ¿no?

Aflojé el mordisco. Había ganado. Además, empezaba a dolerme la mandíbula.

—¿Estoy sangrando? —preguntó, intentando mirarse la herida.

—No, pero va a salirte un buen moratón. —Me relajé contra la cama, respirando hondo. En algún momento había apoyado gran parte del peso contra mi rodilla, así que podía respirar libremente—. Te había dicho que dejaras de hacerme cosquillas, y si lo que intentabas era empezar algo, olvídalos. Puedo apañármelas perfectamente sin tu ayuda.

Soltó un gruñido, que interpreté como de bastante infelicidad. Se me quitó de encima y se dejó caer en la cama a mi lado, haciendo temblar el colchón con fuerza. Durante un buen rato nos mantuvimos en silencio.

—Hoy he estado pensando en ti —dijo por fin.

No supe qué responder.

—Siento mucho haberte dejado sola anoche. Es que...

—¿Es que qué? —pregunté cuando tuve claro que no iba a terminar con la explicación si no le acuciaba.

—Lo de ir a por la píldora fue duro.

—Pues claro que sí. —Di un fuerte suspiro y me volví de cara a él. Puede que llegue un día, dentro de unos mil años, en el que mirarlo no me altere. No obstante, dudo que llegue a ocurrir. Me nublaban el cerebro y hacía que un montón de mariposas empezaran a revolotear en mi interior. El efecto que producía en mi corazón prefería no evaluarlo.

—Me dejó conmocionado. —Había mucha honestidad en sus ojos. Me miraba poniendo cara de sinceridad, sin tapujos—. Siempre he sido muy cuidadoso con la protección y el sexo seguro. Siempre. Mi padre me lo recordaba a menudo cuando era adolescente, y después, con el tiempo, vi cómo muchos amigos se convertían en padres antes de tiempo y sin desearlo realmente. Además, está el asunto de las enfermedades de transmisión sexual. Pero anoche, contigo...

—Vaughan, estabas preocupado.

—Sí. —Me miró a los ojos y sonrió con tristeza—. Pareces cansada. Túmbate de espaldas, ya apago yo la luz.

No le pregunté si se quedaba conmigo o se iba a su habitación. Me daba la impresión de que si me mostraba ansiosa por su presencia, lo que haría sería huir. Nuestra relación funcionaba así. Noté como se volvía y apagaba la luz. Después se fue hacia el pasillo. Las luces de la casa fueron apagándose, una por

una, así que todo quedó en la más completa oscuridad. Oí sus pasos profundos e, inmediatamente, el colchón se movió al tiempo que se sentaba junto a mí.

Lo que sentí no fue exactamente alivio. Fue algo más. Algo muy complicado y que no podía controlar.

Deslizó las palmas de las manos a lo largo de mis piernas desnudas, hasta llegar a la altura de las bragas. Se detuvieron allí con intenciones obvias.

—Vaughan.

—Quiero que lo pases bien. —Me acarició el estómago con delicadeza, haciendo que los músculos se contrajeran, expectantes y ávidos—. Déjame, por favor.

—No sé si...

—Solo tú. Ahora no quiero nada para mí —afirmó, introduciendo los dedos bajo la ropa interior y moviéndolos despacio por la entrepierna—. Déjame que te acaricie, Lydia. Quiero compensarte.

—Tal vez obligar a alguien a tener sexo oral sea un castigo excesivo. Puede resultar un poco asqueroso, por los fluidos, ya sabes. —Sí, me estaba poniendo dura con él.

Me separó las piernas con cuidado y se puso de rodillas frente a mí.

—Querida, comerte ese sexo maravilloso será como probar una golosina. El castigo será no poder hacer nada contigo después.

—¡Mira tú! Ni que fuera un trozo de tarta.

Al parecer, no le atraía demasiado la conversación, así que, sin más dilación, se puso a chuparme en pleno centro. De labios a clítoris y vuelta a empezar. Fue una especie de intoxicación increíble, abrumadora. Me arqueé por completo, y no podía cerrar la boca.

—¡Joder!

—Eres lo suficientemente dulce como para considerarte una tarta —murmuró, fijando la boca en mis labios y chupeteando con suavidad. Con la nariz me acariciaba la zona del clítoris y el cálido aliento templaba toda esa piel y carne tan delicadas. Prácticamente cada mililitro de mi sangre acudía raudo a la llamada de su boca. Me estallaba la cabeza. Me pareció que el cuerpo se iluminaba como una bombilla de incandescencia. Chupaba, sorbía y saboreaba como si se estuviera dando un festín.

Y yo casi había perdido la respiración.

Él sabía perfectamente lo que hacía, era capaz capaz de llevarme a cotas de placer casi alarmantes. Primero tocando con los dientes suavísimamente el pubis, después rodeando el clítoris con la punta de la lengua. Chupadas profundas entre

los labios, una y otra vez, al tiempo que estiraba con las manos para abrirme aún más. No seguía ninguna pauta reconocible, así que no podía saber qué era lo que me esperaba después. Un beso francés suave, húmedo y cálido; una chupada al clítoris; incluso una caricia con el dedo alrededor del esfínter anal. Por lo visto, no había límites a la hora de buscar el máximo placer para mí.

¿Me había puesto muy furiosa con él? No era capaz de recordarlo.

Seguro que no había sido más que un error estúpido. Nadie con una lengua y unos labios tan hábiles y tan sabios podía comportarse como un cabrón descerebrado.

Me metió un dedo dentro y lo dobló como si fuera un garfio. Solo así podía ser capaz de llegar a las zonas de más interés. Con mucho cuidado, fue introduciendo el dedo hasta llegar a la parte posterior del clítoris y lo masajéo desde el interior. Mi pobre sexo no pudo aguantar más, húmedo e incandescente como el fuego griego. El orgasmo por poco me dejó inconsciente. Vi luces estallando en el interior de la cabeza y sentí un placer tan intenso que casi fue doloroso. Llegué deprisa y con mucha intensidad, jadeando y pronunciando su nombre, agarrando las sábanas mientras el mundo se ponía del revés. Pasó un buen rato hasta que logré recuperar el control.

Respiraba por la boca con muchísimas dificultades. ¡Qué zafiedad! Los músculos de las piernas todavía me temblaban, pesados y tensos, los pobres. Seguramente nunca volverían a ser los mismos tras la experiencia. Igual se habían abierto demasiado y no me había preocupado por ellos ni lo más mínimo. Todas mis energías se habían concentrado en otra parte.

Se limpió la cara con la sábana y después me abrazó y me besuqueó. ¡Qué forma tan estupenda de prepararnos y ponernos cómodos para dormir! Podía oler en su aliento el aroma de mi sexo. Aún tenía los labios húmedos y me besó en el hombro y en la base del cuello. Lo cierto es que no recordaba haber estado tan abierta con nadie en mi vida. No quiero decir vulgar, sino receptiva, relajada, completamente satisfecha en todos los rincones de mi cuerpo.

—Disculpas aceptadas —dije.

—Bien.

—Pero, de todas maneras, ándate con cuidado. Estoy practicando para convertirme en una feminista más completa. —Me di la vuelta sobre la espalda para poder mirar sus ojos azules, que refulgían en la oscuridad—. Todo lo que hacía Chris era darme golpecitos en el clítoris, pero eso se acabó, del todo. Este cuerpo me pertenece y soy dueña de mi propio destino.

—De acuerdo —dijo, hablando despacio y cruzando los dedos con los míos

—. ¿Y adónde te lleva eso?

—Solo quiero que sepas que ni tu polla demoniaca ni las diabluras de tu lengua van a esclavizarme. Independientemente de lo bien que lo hagan.

—Mmm. —Frotó la boca contra mi hombro—. ¿Esa es tu forma de decirme que te gusta mi manera de follar?

—Sí. Básicamente.

—Bueno, pues... me alegro —dijo al cabo de un rato—. Y, además, me gustaría decirte que yo también me considero feminista. Te considero superior a mí. Pero, con el debido respeto, creo que en este momento deberías plantearte dormir un poco. Ese cuerpo, que no pongo en duda que te pertenece, probablemente vaya a darte algún que otro disgusto mañana por la mañana. Me preocupa que ese destino que también te pertenece se convierta mañana en una resaca monumental.

Por desgracia, tenía toda la razón. Me apreté contra él y cerré los ojos.

—Te voy a echar de menos cuando te vayas.

Me dio un apretoncito y volvió a besarme en la base del cuello.

—Boyd me ha traído por el camino más bonito, atravesando el centro. La ciudad estaba preciosa.

—Pero el centro está justo al otro lado —dijo. Noté que sonreía mientras hablaba.

—Lo sé, pero a Boyd no pareció importarle, y a mí me apetecía ir por ese camino. Las luces, los árboles, el agua... todo es precioso, ¿verdad?

—Sí, es verdad —confirmó, pero su voz me sonó algo triste.

—Empecé a preguntarme cómo será cuando los árboles cambien de color, y cuando nieve.

—Fría —respondió inexpresivamente.

—¡No me digas!

Una risita.

—Bueno, sea como sea, me puse a pensar y... no estoy segura de que quiera marcharme, después de todo. —Procuré organizar mis pensamientos de una forma más o menos lineal, pero al parecer el cerebro estaba algo trastornado por la mezcla letal del alcohol y el reciente orgasmo—. A ver si me explico: una parte de mí quiere pasar el resto de la vida al menos a dos estados de distancia de los Delaney y que eso ocurra cuanto antes mejor. Pero hay otra parte, bastante convincente, que me dice que uno se lleva consigo sus problemas allá donde vaya, o sea, que la distancia no es el olvido. En resumen, que mis problemas no tienen que ver en realidad con Chris y compañía, sino con no estar contenta con

mi vida y haber tomado decisiones erróneas e inadecuadas. Eso no va a cambiar por el hecho de que cambie de domicilio.

Ni palabra.

—¿Qué piensas de esto?

Un suspiro.

—Con la mano en el corazón, debo decirte que la gente no olvida con facilidad. Creo que empezar de nuevo en otro sitio tiene muchas ventajas.

—Esa era precisamente la forma de actuar y la actitud de mis padres, pero conmigo nunca funcionó del todo. Y aquí... estoy empezando a pensar que he encontrado mi lugar en el mundo.

Vaughan no contestó. Una vocecita interna, solapada y escurridiza, me sugirió que no le gustaba la idea de que me quedara aquí. Pensara lo que pensase de la ciudad, siempre sería el lugar en el que nació y creció. Aquí tenía su familia, sus amigos, sus recuerdos. Con toda seguridad regresaría en algún momento y, si yo estaba aquí todavía cuando lo hiciera... bueno, eso de encontrarse con antiguos amantes es de lo más incómodo, la verdad.

—No tienes que tomar decisiones en este momento —dijo—. Descansa.

Hubo un largo silencio antes de que volviera a escuchar su voz. Estaba a punto de quedarme dormida e incluso puede que lo que oyera no fuera más que parte de un sueño. Un delirio.

—Yo también te voy a echar de menos —susurró una voz.

CAPÍTULO 19

El viernes por la mañana Vaughan estaba sentado en los escalones de acceso al patio, tocando la guitarra y disfrutando del sol. No llevaba puesta ninguna camisa, ni camiseta, ni nada, ni tampoco pantalones. Esa era la forma de vestir que yo prefería cuando estaba conmigo, lo confieso abiertamente y sin tapujos. Si lo conocierais, lo entenderíais. Tenía al lado un cuaderno y un bolígrafo, igual que la noche anterior. Eso lo recordaba, al menos vagamente.

¿De verdad me había dicho que me echaría de menos? Puede que sí, pero también que no significara nada importante para él. Puede ocurrir que te falte el ketchup y que lo eches de menos, pero eso no significaría ninguna pérdida abrumadora en tu vida. Después de todo, solo se trata de un condimento. Puede que en estos momentos yo no fuera más que el condimento más apreciado de su vida. Pero, de todas maneras, se podría comer tranquilamente una hamburguesa sin mí.

Sí, yo lo sé, es una analogía deplorable. Pero también podría ser cierta.

En todo caso, no podía pensar en eso en este momento. Literalmente, no podía. Cualquier intento de utilizar el cerebro era una tortura. Dentro del cráneo se me agolpaban las ideas, o lo que fuera, y, aunque no me creáis, me dolían. Me tragué dos ibuprofenos, aderezados con una botella de agua enterita y me hice una taza de café, procurando no pensar en nada. No obstante, ese intento era tan malo como pensar en lo que fuera; cualquiera que fuese el malvado organismo que había encontrado acomodo en mi cabeza, se lo tomó como una declaración de guerra.

Dolor, mucho dolor.

Puede que la forma de combatirlo consistiera en no probar una gota de alcohol durante algún tiempo. Y, además, Eric debía morir. Los incitadores son mala gente. El mundo sería mucho mejor sin ellos.

Me escondí tras las gafas de sol y me senté en una de las pocas sillas de cocina que habían sobrevivido a la gran pelea. Una vez comprobado el hecho

que el dolor afectaba a la cabeza y no a las posaderas, le escuché tocar a través de las puertas y ventanas de la cocina. Di gracias a Dios por el café. El café me entendía. El café era mi amigo.

Por fortuna, las drogas empezaban a surtir efecto cuando él reparó en mi presencia.

—Buenos días. —Cambió de postura para poder mirarme de frente. Por desgracia, en ese momento no era una visión agradable.

—Hola.

—¿Cómo te encuentras?

—A ver cómo te lo explico... Tengo claro que ese cóctel al que el depravado de Eric llama Té Helado Long Island no me conviene, en absoluto..

Me observó atentamente mirando por encima de las gafas de sol.

—¡Mierda! ¿Te bebiste esas bombas? No me extraña que estés hecha papilla.

—Un Old Fashioned, un lichi martini, una caipiriña y una de esas bombas, sí.

—O sea que te trasegaste cuatro cócteles —dijo con tono admonitorio—. Anoche me dijiste que fueron tres.

—¿Sí? ¡Vaya!

Me echó una mirada de lo más sospechosa.

—Pues he decidido que no tengo nada más que decir respecto a la noche pasada.

—¿Precisamente ahora? —Noté como jugaba con la lengua, apretando el interior de sus mejillas. No fui capaz de interpretar la expresión de sus ojos, entre otras cosas porque había dejado de mirarme por encima de las gafas y solo era capaz de ver sombras. Puede que fuera lo mejor, dadas las circunstancias.

Se levantó de los escalones, abandonando la caricia del agradable sol de la mañana, y entró a la cocina con la guitarra en una mano y el bolígrafo y el cuaderno en la otra. Lo dejó todo encima la mesa.

—¿Estás trabajando en una canción nueva? —pregunté.

—Sí —respondió, al tiempo que se sentaba frente a mí, al otro lado de la mesa—. Se va a llamar *Cuando estás borracho solo dices gilipolleces*.

—Me gusta el título. Seguro que será un bombazo.

—Seguro. La va a tocar un grupo nuevo: La polla demoniaca y las diabluras de la lengua. ¿Qué te parece?

—¿Tu nueva banda se va a llamar así? ¡Qué nombre tan dulce!

—Con mucha clase, ¿a que sí?

—Sin duda. —Apenas fui capaz de evitar la sonrisa. ¡Qué cabrón gracioso! Agité los posos del café que se habían quedado en el fondo de la taza—. ¿Tienes

algún plan para hoy?

—No, ninguno —respondió mirando al mundo a través de la puerta abierta. Habían sustituido el gran panel de cristal el día anterior—. Yo, eh..., he aceptado una oferta por la casa.

Me quedé helada.

—¿En serio?

Asintió sin hablar.

—¡Caramba! ¡Qué rapidez! Aunque no debería sorprenderme. La casa y la finca son excelentes.

Oí el tictac del reloj de pared. Lo cierto es que nunca me había fijado, pero ahora... ¡joder, sonaba muy fuerte!

—¿Estás contento con el precio? —pregunté.

—Sí, muy contento.

—Me alegro. —Sonreí, intentando sentirme feliz por él. Eso era lo que tenía que sentir una amiga—. Es... de verdad, es estupendo.

No me extrañó que no me devolviera la sonrisa. Por el contrario, siguió mirando al patio sin dejar traslucir la menor emoción. Era la casa de sus padres. Fuera lo que fuese lo que había sentido con su muerte, el hecho de perderla tenía que dolerle. La casa, y todos los recuerdos que contenía.

—¿Cuándo piensas irte de la ciudad?

—Henning y Conn quieren empezar a recopilar el nuevo material y a trabajar con él tan pronto como sea posible. —Se puso las manos por detrás del cuello y se estiró—. Así que supongo que a principios de la semana que viene.

—¿Tan pronto?

—Sí. —Centró su mirada en mí—. ¿Supone algún problema para ti, Lydia? Quiero decir, el tener que trasladar tus cosas y eso...

—No. —Miré hacia abajo, intentando encontrar algún asidero... pero solo estaba yo, claro. Sentí como si mi pequeño mundo se hubiese vuelto del revés y hubiera empezado a sacudirse hacia todas partes, como una de esas esferas de nieve artificial ¡Vaya mierda! Pero ¿qué pasaba conmigo? No tenía por qué sorprenderme de eso—. No, no te preocupes. Enseguida encontraré un sitio donde guardar las cosas.

—¿Sigues pensando en quedarte?

—Puede. —Ahora me tocaba a mí mirar hacia ninguna parte para evitar encontrarme con sus ojos, esas sombras azules absolutamente perfectas. A partir de ahora, tendría que renunciar a mirar al cielo para no acordarme de él. Algo absolutamente factible y sencillo, claro—. Así que a principios de la semana que

viene. ¿El lunes o el martes, entonces?

—Más o menos.

Asentí y me eché el pelo hacia atrás. Estaba hecho un desastre, como siempre que me levantaba de la cama, o sea, como todos los días. Pero de inmediato me lo volví a colocar sobre la cara, porque exponerme del todo a su mirada podía resultar letal.

—Bueno, es estupendo que hayas recibido una oferta tan buena por la casa justo en este momento. Muy a tiempo.

—Mmm.

—Voy a ducharme, a ver si consigo dejar de oler como un muerto viviente.

—Oye —dijo—, ¿te apetece que vayamos a ver algún automóvil hoy?

—Sí, estaría bien. Gracias. —Me levanté. Sentí las piernas extrañamente endebles, flojas.

Lo mejor de echarse a llorar en la ducha es que, con el ruido y la humedad, no quedan huellas.

Nadie tenía por qué saberlo, ni lo sabría.

—¡Mira muñeca! ¿No es precioso?

Le dediqué una mirada algo desdeñosa. Lo cual no me resultó nada fácil, dado su magnífico aspecto. De él, no del automóvil. Con la ventanilla bajada, el pelo pelirrojo se agitaba libre con el viento, y el brazo, muy moreno en las escasas partes que no llevaban tatuajes se apoyaba sobre el marco de la puerta. Parecía un anuncio de lo mejor que puede ofrecer la vida.

—¡Venga, tienes admitir que es un automóvil estupendo!

No tenía que admitir ni una puñetera mierda.

—Lydia, es la mejor elección —dijo con suavidad—. El interior es muy confortable, sus niveles de seguridad son muy altos, se puede conducir sobre el piso húmedo y con nieve y hasta tiene techo solar, especialmente pensado para ti.

—Estás siendo altivo y condescendiente, como si yo fuera tonta y no tuviera criterios propios, así que para antes de que te ganes un buen golpe.

—Sé que te gusta esa mierda de Prius, y también el Mini tan «mono». —Estiró el brazo derecho y me masajé con delicadeza la base del cuello. El tipo tuvo suerte de que no le mordiera el brazo, y bien fuerte. Si no hubiera sido tan hábil con los dedos, lo habría hecho—. Pero el Subaru WRX es mucho mejor para ti, te lo aseguro.

—Yo no quería ni probarlo. Ese idiota de vendedor y tú os habéis puesto de

acuerdo para metérmelo por los ojos.

—Muñeca...

—Es la verdad, lo sabes perfectamente.

—Ni siquiera sabía que Mitch trabajaba aquí —dijo riéndose. Una risa taimada—. ¿Acaso es tan malo que mi viejo amigo y yo queramos que te lleves un automóvil estupendo y a un precio inmejorable?

—El precio es bueno.

—¡Es un precio cojonudo, lo sabes! Deberías ser tú quien lo estuviera conduciendo para probarlo, no yo. —Se detuvo en una zona de grava junto al lago y apagó el motor—. El mejor automóvil del mercado en su segmento, Lydia. Estoy seguro de que te apetece conducirlo.

—Seguramente sus dueños anteriores lo han dejado hecho un asco.

—Mitch no te vendería nada que estuviera en malas condiciones. Si lo hiciera, volvería a Coeur d'Alene a darle de patadas en el trasero. Él lo sabe porque me conoce bien.

—¡Dios! ¿Puedes dejar de hablar de tu marcha de una puta vez? —estallé casi gritando. E inmediatamente me arrepentí.

Vaughan se limitó a inclinar la cabeza, repentinamente serio.

—Lo siento. —Respiré hondo y dejé salir el aire despacio—. Parece que hoy me he convertido en doña Cascarrabias. Vamos a disfrutar del aquí y el ahora, ¿te parece?

Asintió despacio y miró al agua, de un azul reluciente a la luz del sol.

—Me dijiste que querías vivir lo que Nell llama «la experiencia Vaughan Hewson de Coeur d'Alene», ¿no?

Mi pobre cerebro tuvo que tomarse un momento para procesar lo que había escuchado.

—¿Es aquí a donde traías a tus chicas cuando estabas en el instituto?

—Exacto.

—Pues sí que es bonito el sitio, la verdad.

—Lo suficientemente alejado de la ciudad, lejos de las luces. El cielo siempre está lleno de estrellas.

—¡Mmm! —Sonreí con cierta tristeza—. ¡Qué romántico! Lástima que estemos en pleno día.

—No hay nadie cerca.

Me volví hacia él tan rápido que por poco me da un latigazo cervical.

—¿Qué dices?

—Que no hay nadie cerca.

—¡Ja! —Sonreí y alcé la mirada hacia el cielo—. ¡Dios! Había pensado por un momento que hablabas en serio.

—Hablo en serio. —¿De verdad? Pues sí. ¡Mierda! Sus preciosos ojos azules me miraban con intensidad, mientras se relamía como si yo fuera el primer plato del menú del día.

—¡Oh!

Me retiró un mechón de pelo de la cara y me acarició el cuello. Después empezó a trastear con los tirantes del top blanco e, inmediatamente, con el sujetador. Sabía lo que hacía, sin duda tenía práctica. Pero, sobre todo, me manejaba como le daba la gana, el muy cabrón. Tenía en bandeja mi mente, mi cuerpo, mi corazón y mi alma. No se lo había dicho, por supuesto. Pero inmediatamente empecé a respirar más rápido y se me puso la piel de gallina.

—Comportamiento indecente. Exhibicionismo. —Reí histéricamente. Seguro que parecía idiota—. Estoy segura de que hay normas y leyes que protegen los lugares públicos contra este tipo de actividades. Y sobre todo a plena luz del día. Mejor lo dejamos.

—No nos va a ver nadie.

—Pero podrían.

—No, ya verás. —Me bajó los dos tirantes, dejando al aire bastante más piel. Con movimientos muy suaves, se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó para hacer lo mismo con el mío. Y eso fue solo el principio. Conociéndole, no me podía esperar otra cosa, claro. Llegaría el día en el que no me sorprendiera con nada pero, al parecer, ese momento aún estaba lejos.

—Espera un instante. —Se volvió y se incorporó. Después apoyó una rodilla en su asiento y se acercó a mí. Manipuló algo en el lateral de mi asiento y, de repente, este se inclinó hacia atrás y me vi mirando el techo beis del Subaru. Por la ventanilla podía ver las ramas de un árbol, llenas de hojas verdes movidas por la brisa. La naturaleza en su máxima expresión. El sol pasaba de vez en cuando entre el ramaje, recordándome que el cielo estaba allí arriba.

¿Por qué tenía que brillar tanto el sol? estaba segura de que nos iban a sorprender. Y, además, la celulitis se disimulaba muchísimo mejor en la oscuridad. Por mucho que intentaba aceptar mi cuerpo tal como era, no era capaz de quitarme de la cabeza la preocupación por esa mierda de pensamientos.

—Mmm —dije, pues mi cerebro todavía se mantenía en modo genio pensante—. No sé yo si esto es muy seguro.

—El automóvil está bien sujeto, con el freno de mano puesto, y tengo un

condón en el bolsillo trasero. No podríamos estar más seguros. —Sin añadir nada más, se subió encima de mí y colocó las caderas entre mis muslos. Apretó un codo en el respaldo del asiento, apoyando en él la mayor parte de su peso. No obstante, la cercanía de su cuerpo hizo que el mío se estremeciera de deseo, varias veces. Alerta roja, un comportamiento ilícito y vergonzante, pero también la expectativa de algo magnífico. Me agarré con fuerza a los lados del asiento, como si me encontrara en una montaña rusa y a punto de entrar en un doble tirabuzón de trescientos sesenta grados. Por otra parte, mi vagina se preparó para la fiesta, como si estuviéramos en diciembre de 1999.

Joder. La verdad es que estaba bastante confundida.

—En casa tenemos una cama, o más bien varias. Quiero decir, las tienes en tu casa.

Una risa cavernosa procedente del muy pervertido precedió a su respuesta.

—Sí, es verdad, pero aquí estamos, los dos más salidos que las pistolas del Coyote. ¿Por qué vamos a esperar?

—¡Yo no estoy salida, salvaje!

—¿Y los pezones?

Miré para abajo. La verdad es que estaban puntiagudos y duros como los mástiles de una tienda de campaña y no había forma de ocultarlos dado que el top era de algodón muy fino. ¡Qué traidores!

—Eso no significa nada, funcionan por su cuenta.

—Bueno, ¿de verdad quieres que pare? —Me miró a los ojos con gran intensidad, como si quisiera leerme el alma y el pánico que la inundaba. Fui capaz de leer que me entendía y que se sentía inquieto por mí. Y no solo por el hecho de que estuviéramos en un lugar público, tengo que ser sincera. Mi malestar tenía mucho más que ver con la cercanía de su partida y el miedo al estado en el que iba a quedar mi maltrecho corazón.

—¿Muñeca?

Su cara estaba muy cerca de la mía, tanto que prácticamente nuestros labios estaban juntos. Su calor y su belleza me inflamaban. Podía sentir su erección contra el estómago, reaccionando a mi presencia, mostrando también su ardiente deseo por mí. Mi necesidad crecía por momentos con la suya, irrefrenable.

—Dímelo —insistió—. Sabes que no voy a hacer nada que no quieras que haga.

Lo que quería decirle de verdad es que dejara de decir tonterías. O, mejor aún, explicarle con pelos y señales qué era lo que deseaba exactamente que me hiciera. Aunque primero tendría que pensarlo un poco...

En lugar de eso, levanté un poco el cuello y lo besé dulcemente, con mucha suavidad. Varias veces, primero con los labios cerrados, aunque después los abrí ligeramente. En ese momento, su lengua entró al asalto en la boca, ocupándola casi por completo. Con la palma de la mano empezó a acariciarme el pecho, apretando y pellizcando la carne, ya completamente sensible y deseosa. Mientras tanto, deslicé las manos por su espalda, bajo la camiseta, explorando también su piel. Al acariciarla, suave y tersa, era como si pudiera ver con la punta de los dedos: las protuberancias de las vértebras, las zonas planas y duras de los músculos. Me empezó a frotar el pubis con la polla, dura como un tronco de árbol, buscando el punto sensible que ya conocía tan bien. Amplié la abertura del ángulo de los muslos, buscando más placer.

¡Mierda, me gustaba, me gustaba muchísimo! Pero no era suficiente, en absoluto.

—Vaughan —jadeé, al tiempo que deslizaba las manos por los pantalones, apretando ese trasero firme y potente que tenía—. ¿No llevas ropa interior?

—Quería estar preparado, por lo que pudiera pasar.

Sonreí mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja y me chuperreteaba el cuello.

Estando con él nunca me haría vieja. Cada momento íntimo que compartíamos se añadía a la familiaridad de nuestros cuerpos y de nuestra forma de comportarnos, asombrosamente grande después de tan poco tiempo. No obstante, el entusiasmo que sentía por estar con él no decrecía, al contrario. Estaba segura de que, con el tiempo, crecería e incluso iría cambiando a mejor. Pero no desaparecería jamás. Algunas cosas son absolutas, inmutables.

Deslicé la mano entre nuestros cuerpos para desabrocharle los *jeans* y bajar la cremallera. Había perdido todo el recato, al menos una vez que nos metíamos en faena. Quería que la molestia de la ropa no se interpusiera entre nosotros. Entre mi piel pálida y sensible y la suya, de terciopelo y tersa. Era la gloria para el sentido del tacto. Acaricié con los dedos la cabeza de su pene, pasé el pulgar por el extremo y me entretuve masajeándolo con mimo.

Gimió a la altura de mi cuello y elevó los hombros.

—¡Joder, cómo me gusta eso!

¡Qué sensación de poder da el tener entre las manos el pene de un hombre! Es algo muy intenso.

—¿Tanto te gusta?

—Mmm...

Con una mano me levantó la falda de cambray, dejando los muslos al

descubierto, con su piel de naranja y todo lo demás. ¡A la mierda la ansiedad! Estaba demasiado embebida acariciando a Vaughan como para preocuparme por eso. Deslizó un dedo por entre los muslos, buscando lo que debía buscar.

—¿Por qué demonios llevas bragas, Lydia?

—¿Por qué soy una estúpida?

Río entre dientes.

—No tenía ni idea de lo que pretendías hacer —me quejé.

—Da por hecho que estoy deseando follar contigo a todas horas y en todas partes. Así no habrá problemas.

Me cubrió la boca con la suya y me besó larga y profundamente. La masturbación recíproca iba de maravilla. Yo le sobaba y le acariciaba la polla, intentando por todos los medios volverle loco. Por su parte, él también hacía lo suyo, jugando con los dedos y los nudillos por toda mi abertura, ya completamente mojada. Todos los músculos que hay entre el cuello y las rodillas estaban tensos y disfrutaban de una fiesta carnal. El chico me hacía gozar, pura y simplemente. En ese momento interrumpió el beso y se chupó la punta del pulgar antes de empezar a trabajar con el clítoris. ¡Dios, mira que lo hacía bien! Tocaba justamente donde debía. Ahuecó el elástico de las bragas para hacerse sitio. Las felices dopaminas, o lo que fueran, inundaron mi cerebro e hicieron que la cabeza me diera vueltas de puro placer. Faltó poco para que me olvidara de seguir acariciándolo. Hubiera sido una pena, porque la sensación de dureza creciente en la mano era casi sublime. Algo que no quería perderme por nada del mundo.

—Córrete sobre mí —ordené, mordisqueándole los labios.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Qué me corra sobre tu piel?

Asentí con la cabeza, imprimiendo más ritmo a las caricias.

—No. Esta vez no. —Sacó la mano de entre las bragas, lo que me fastidió muchísimo. Inmediatamente sacó el preservativo del bolsillo trasero y lo abrió con los dientes. Gemí de tristeza cuando apartó mi mano de su polla para poder ponérselo.

—Echa el trasero un poquito para adelante —dijo, empujándome suavemente hacia el borde del asiento—. ¿Por qué cojones no quieres un automóvil más grande?

—¿Por qué no quieres correrte sobre mí?

Sonrió solo con los extremos de los labios. Retiró las bragas y alineó con cuidado la polla con mi abertura. Me llenó con un movimiento suave pero poderoso. Los dos gemimos con bastante fuerza.

—¡Oh Dios! —Empecé a mover los párpados a toda velocidad, y lo mismo ocurrió con mis entrañas. Indescriptible. Lo que me hacía sentir cuando estaba dentro de mí no podía describirse con palabras. Todo brillaba, todo relucía, todo era perfecto. Pero era más, mucho más. Y el modo como me miraba, estudiando cada gesto, cada movimiento... hacía que me sintiera adorada. No sé por qué, pero sentirme el centro absoluto de su atención me volvía loca. Estuve a punto de gritar por segunda vez en los últimos minutos.

—Por eso no quería correrme sobre ti —murmuró al oído—. Porque necesitaba hacer esto.

No pronuncié palabra alguna. Por suerte, no hacía falta.

Me hizo el amor de forma lenta, deliberada, intensa. Apiñados como podíamos en el asiento del pasajero de un automóvil de prueba que, evidentemente, tenía que ser mío. Como todos los sitios en los que habíamos pasado momentos inolvidables. Entró y salió, con ritmo pausado, tomándose su tiempo, construyendo una pasión poderosa entre los dos. Nuestra conexión era absoluta y siempre lo sería. No importaba adónde se fuera, ni lo que hiciera. Con él me dejaba una parte de mí que no recuperaría nunca. Sí, joder, se lo estaba dando todo, incluso sabiendo que no era una forma de proceder inteligente, y que muy pronto me arrepentiría.

Los corazones son así de estúpidos.

Poco a poco fue aumentando el ritmo. Lo rodeaba con las piernas, apretando fuerte. Nuestros cuerpos estaban inundados de sudor. Nos movíamos lo mejor que podíamos en el reducido espacio del automóvil, intentando llegar al clímax al mismo tiempo. Finalmente llegué, no una, sino varias veces, y mantuve el ritmo para no cortar el suyo. Moví las caderas hacia arriba, haciendo que entrara aún más en mí, y por fin noté su explosión. Con una mano me acarició el pelo y con la otra procuró aliviarme de su peso. El sonido de nuestras respiraciones, casi frenéticas, y de nuestros cuerpos, llegando a un clímax intensísimo y poderoso, llenó el pequeño espacio.

Y, pese a todo lo vivido, el final todavía me sorprendió. Tuve un orgasmo final, que me llegó hasta los pulmones. Lancé un grito silencioso y le apreté con el sexo mientras él pronunciaba mi nombre con un rugido bajo y gutural, apretándome la mejilla con la cara. Según me han dicho, los franceses dicen que el orgasmo es como una muerte en pequeñito. No obstante, esa definición no hacía justicia a lo que viví, una especie de asesinato en masa de todos mis sueños y esperanzas. No debería haber sido tan absolutamente estúpida de enamorarme locamente de un hombre que jamás sería mío. Pero eso era lo que había pasado.

El amor es una mierda.

CAPÍTULO 20

Al día siguiente pasaron cosas raras en el Dive Bar. Era sábado, día de conmemoración de la chapuza de mi boda. ¡Hurra!

Tras nuestra escapada sexual en mi nuevo automóvil, no había sucedido nada de excesivo interés. Volvimos al concesionario a ver a Mitch, que puso cara rara al fijarse en nuestra ropa, bastante arrugada. Se relajó visiblemente cuando le confirmé que iba a comprar el vehículo. Vaughan estuvo poco hablador y yo también.

Fuimos a trabajar y cuando regresamos a casa, absolutamente molidos tras una larga noche en el restaurante, nos fuimos directamente a la cama. Ambos a la misma, quiero decir.

Pero volvamos al día de hoy, sábado de gloria.

Brett Chen, el periodista, estaba apoyado sobre el capó de su automóvil, justo enfrente del restaurante donde trabajaba. Sacó su Canon y se puso a hacernos fotos a Vaughan y a mí según avanzábamos hacia la puerta.

—Habla conmigo, Lydia —me gritó desde el otro lado de la calle—. Una revista importante, de distribución nacional, está interesada en la historia. Hay mucho dinero en juego.

—Capullo —susurré, con las gafas de sol puestas y mirando hacia abajo.

—Yo creo que es momento de llamar al agente Andy —dijo Vaughan—. ¡Líbrate de este tipejo!

—No sé si se puede hacer algo desde el punto de vista legal. En cualquier caso, ese periodista no va a conseguir lo que quiere —dije sin reducir el paso—. Dejemos que el karma se ocupe de él y lo castigue por intentar aprovecharse de las miserias y los sufrimientos de la gente. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo.

—Es la tercera vez que viene por aquí en otros tantos días y que te hace fotos sin permiso. Ese imbécil te está acosando, muñeca.

Me encogí de hombros, lo tomé de la mano y le di un apretón. Entramos al

bar y me fui directamente a una mesita de la parte de atrás. La pobre Betsy, la recepcionista de la agencia inmobiliaria de los Delaney, no tenía cara de felicidad, sino todo lo contrario. ¡Qué pena me dio!

—Llevo esperándote casi veinte minutos. —Respiró por la nariz de forma altanera, quitando de delante una taza de café a medio beber y levantándose del asiento—. Este café es una porquería. ¿Has firmado todos los papeles? No me gustaría tener que volver otra vez simplemente porque no sepas leer.

¡Qué pedazo de bruja, por el amor de Dios! Todos los papeles estaban firmados, pero ella misma podría comprobarlo con solo echar un vistazo. En lugar de contestar, le puse delante el sobre tamaño folio que contenía el contrato del acuerdo con los Delaney. Betsy lo agarró de cualquier manera, emitiendo además un bufido de fastidio. Los ojos, pequeños y redondos, de aquella mujer me miraron brillando de indignación. Antes de que me volviera a dirigir la palabra para insultarme o lo que fuera, me largué sin decir adiós. Tenía cosas que hacer. Era el momento de que intentara poner un poco de orden en mi vida. Y de que me olvidase de toda la mierda reciente que esa individuo representaba.

El sábado era un día grande. Solo eran las doce y media y la mayoría de las mesas ya estaban llenas. Saludé a Masa y a Rosie, que trajinaban por el restaurante, a Eric, en la barra y a Nell y a Boyd, muy ocupados en la cocina. Y seguí mi camino hacia la oficina de la zona trasera.

El de la larga barba rubia, Joe, estaba sentado en la silla frente al ordenador, mirando fijamente lo que fuera que ocupara la pantalla.

—¡Hola! —saludé, dejando el bolso en un rincón—. Nell quiere que empiece a ocuparme de la contabilidad.

Me miró con ojos de sorpresa y sus dedos se quedaron helados encima del teclado.

—¡Ah, hola, Lydia!

—¿Hoy trabajas tú también? —Tres personas en la barra parecían demasiadas, incluso para un sábado, pero no era cosa mía.

—No —respondió—. Simplemente tenía que utilizar el ordenador. El mío está estropeado. Me voy en un minuto.

—Sin problemas. Voy a por una taza de café.

La mirada de chiquillo al que han sorprendido en falta se transformó en algo distinto. Se aclaró la garganta y empezó a mirar alternativamente a la pantalla y a mí cada pocos segundos. Hubiera lo que hubiese en la pantalla, estaba claro que Joe no quería dejar que lo viera. Probablemente porno.

—¿Quieres una? —pregunté, dando un paso hacia la mesa.

Su cuerpo se tensó, como si de un momento a otro fuera a saltar para cubrir con él la pantalla.

—¿Una qué?

—Una taza de café.

—No —respondió—. Gracias.

—De acuerdo. —Le dirigí una breve sonrisa y retrocedí hacia la puerta—. Vuelvo en un minuto.

Movió la mandíbula y se quedó mirándome como si fuera a lanzarme sobre el escritorio e invadir violentamente y de manera inmediata su privacidad virtual.

¡Qué cosa más rara!

Cuando volví con el café, Joe había desaparecido. Nell me había dejado una lista indicando a qué categoría correspondía cada gasto. Más allá de eso, lo que había que hacer era bastante sencillo. Me sumergí en el montón de recibos, facturas y registros bancarios y fui introduciendo toda la información concerniente a los proveedores, materiales, precios, etc. El trabajo atrasado empezó a disminuir.

Lo mejor de este tipo de trabajo, que al parecer a nadie le gustaba ni quería hacer, era que, escondido entre los números, se podía detectar el excelente servicio, la calidad de las materias primas y de los platos y los beneficios del negocio. Rosie o Masa solían servir cafés, botellas de agua mineral con gas, un excelente pollo a la vietnamita con ensalada para comer y un entrecot extraordinariamente bueno, acompañado de patatas asadas, además de otros platos excelentes para cenar. No tenía ni idea de qué hacían con las vacas para que su carne fuera tan tierna. ¿Masajes diarios? ¿Una sesión de pedicura a la semana? Fuera lo que fuese, la cosa es que funcionaba. El restaurante servía la mejor carne que había probado en mi vida.

—¿Cómo lo llevas? —Nell se dejó caer sobre la silla de enfrente, evidentemente derrengada. Tenía la cara pálida y sombras oscuras debajo de los ojos. Su aspecto solo había mejorado un poco respecto al del día anterior.

—Lleva su tiempo derrotar a las cuentas rebeldes. ¿Te vas a casa a descansar?

—Probablemente. —Abrió una botella de zumo de manzana, dio un trago y la dejó encima de la mesa—. Creo que me voy a marchar pronto.

—Muy bien. —Era el momento de enfrentarse a la parte difícil—. Nell...

—¿Sí?

Me pasé la punta de la lengua por los dientes, intentando pensar en cuál era el mejor modo de decir lo que tenía que decir. El miedo y el nerviosismo habían hecho presa en mí, el corazón me latía aceleradamente y me temblaban las

manos. Intenté calmarme, pero no hubo manera.

—No me gustaría que me tomaras como si fuera una especie de espía sicópata que quisiera infiltrarse en tu negocio.

Alzó las cejas desmesuradamente.

—Pero mientras anotaba las cuentas, me he fijado en ellas.

Sacudió la cabeza y soltó una especie de gruñido.

—Estoy muy cansada, Lydia. ¿Qué quieres decir? Ve al grano, por favor.

Me incorporé un poco y apoyé las manos sobre la mesa para disimular que me temblaban.

—Ayer por la noche Eric me ofreció la posibilidad de dirigir la sección del restaurante, con un mes de prueba. Espero de verdad que estuvieras al tanto y de acuerdo con ello.

—¡Por supuesto que lo estoy!

—¿Y Pat sigue dispuesto a vender su tercio del negocio?

Apretó los labios y una expresión de dolor cruzó su cara, aunque la controló con asombrosa rapidez.

—Pues sí, claro que sí.

—Ya.

—Lydia, confírmame que vas a decirme lo que pienso que vas a decirme.

—Adelante: me gustaría hacer el mes de prueba, sí, pero con la idea de adquirir la parte de Pat al final de ese periodo. Siempre que todos estemos de acuerdo en que podremos trabajar juntos sin problemas y a largo plazo.

Nell sonrió beatíficamente.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Sé que puede parecer demasiado súbito, pero la idea ha ido asentándose en mi mente durante los últimos días. Y, en efecto, es demasiado súbito, lo sé.

No dijo ni una sola palabra.

—A ver cómo te lo explico: quiero empezar a vender productos y servicios en los que crea de verdad y me da la impresión de que el Dive Bar me aportaría esa oportunidad. —No sabía qué hacer a continuación, si ponerme a dar saltos alrededor de la mesa o esconderme debajo de ella. Las dos opciones eran viables—. Me doy cuenta de que es mucho dinero, un compromiso enorme, pero creo que sería muy adecuado para mí. Creo que lo lamentaría si no diera el paso.

—Pero ¿cuentas con el dinero para hacerlo?

—Sí, lo tendré dentro de un par de días.

En sus ojos brilló una chispa de curiosidad.

—¿Dentro de un par de días?

—Por favor, que quede entre tú y yo lo que te voy a contar. Prométemelo.

—¡Por supuesto! —Ni lo dudó. Una de las cosas que más me gustaban de Nell era que hablaba claro y directo y que era de fiar.

—Acabo de firmar un acuerdo legal con los Delaney.

—Entiendo —dijo Nell entre dientes—. Bueno, como tú dices, es algo súbito, pero acabas de ver las cifras. Has trabajado aquí unos días, y te habrás dado cuenta de lo mucho que le gusta este sitio a la gente de la ciudad. No dependemos de los clientes esporádicos o de temporada de verano en la misma medida que otros, lo que sería mucho más arriesgado y azaroso. El negocio va a ir de maravilla.

—Eso espero. —Intenté sonreír, pero no lo logré del todo.

—Yo no lo espero, lo sé. —La mirada de Nell se refugió en su regazo. No paraba de mover los dedos—. Para que todo esté claro entre nosotras... tengo que decirte algo importante. Nadie lo sabe, y es que yo misma me he enterado esta mañana. Así que te ruego que, por ahora, te lo guardes para ti.

—¡Por supuesto! —Ya estábamos empatadas...

—Estoy embarazada.

Me quedé con la boca abierta y seguramente abrí los ojos como platos.

—Mi reacción ha sido más o menos igual que la tuya —explicó con una sonrisa de desaliento—. Es de Eric. Así que ahí lo tienes. No ha sido nada planeado. Ni remotamente.

—¿Debo felicitarte? —pregunté en voz muy baja.

—¡Pues claro, gracias! —Su sonrisa mejoró—. Siempre he querido tener hijos. Y siempre he pensado que los tendría con Pat, pero ya ves, las cosas cambian, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! Sé que vas a ser una madre estupenda. Nadie se atreverá a molestar a tu hijo.

—Sí, sé lanzar cuchillos —dijo con expresión malévola—. Lo bueno de saberlo con tanta antelación es que podremos planificar las cosas de la manera más adecuada, personal y profesionalmente. No creo que, durante el embarazo, tenga que faltar durante demasiado tiempo. Además Boyd puede llevar la cocina casi tan bien como yo. Podemos entrenar a otro camarero y a un ayudante de cocina. Así, cuando regrese después de tener el niño podría reducir mi horario. Y, de paso, Boyd tendría más tiempo para ir a convenciones de ciencia ficción, que le encantan. Así que a todo el mundo le iría bien.

—De acuerdo.

—Por favor, no te asustes por lo que te he contado. Te juro que no influiré, ni

para bien ni para mal, en el resto del negocio.

Me tomé un minuto para evaluarlo.

—Lo cierto es que todos pasamos por periodos en la vida en los que tenemos que aflojar un poco y centrarnos en otras cosas, más allá del trabajo, y que son muy importantes. Así es la vida.

—¡Ya lo creo!

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Aterrorizada. Y entusiasmada. Pero sobre todo aterrorizada.

—A mí me pasa lo mismo. Y eso que no voy a tener un bebé.

Nell volvió a agarrar la botella de zumo de manzana y tiró de la etiqueta distraídamente.

—Me alegra muchísimo que te quedes. Con el divorcio he perdido muchos amigos, así que está muy bien hacer otros nuevos. Sé que se dice que no es bueno meterse en un negocio con amigos. Pero, sinceramente, si vas a trabajar codo con codo con alguien y a jugarte tu dinero y tu prestigio, prefiero que sea con amigos. Quiero decir que es mejor poder hablar las cosas con confianza, con total transparencia.

—Estoy de acuerdo. —Alcé los hombros y puse cara de valentía y arrojo.

—Si necesitas guardar tus cosas en algún sitio, hay mucho espacio en el piso de arriba. Además, en mi apartamento hay una habitación vacía —dijo—. No digo que vayamos a ser compañeras de piso para siempre, pero me encantaría que te quedaras unos meses, hasta que encuentres algún sitio que te guste. Si es que terminas necesitándolo.

—¿Y eso?

—Vaughan nunca ha estado así con ninguna chica hasta ahora. Se preocupa por ti constantemente, se asegura de que te diviertas y de que todo el mundo te trate bien. Sé que habéis tenido una o dos discusiones, pero otras veces ahuecó el ala con la primera. —Su sonrisa era muy esperanzada. Demasiado, en mi opinión—. Hasta ahora, para él las mujeres han sido un pasatiempo fácil y temporal. La relación que tenéis es muy... agradable.

¡Mierda!

—Nell, tu hermano me gusta muchísimo, creo que es algo absolutamente obvio, pero... ¿no te ha contado nada acerca de ese tipo, el tal Henning Peters, y la increíble oportunidad que se les presenta con las grandes compañías discográficas?

—Creo que lo de la pelea le afectó. Después, me puse enferma. Lo cierto es que apenas hemos hablado estos días —respondió—. ¿Va a trabajar con Henning

Peters?

—Sí.

—¡Caramba! ¡Eso sí que es grande!

—Ya lo creo. Yo no soy más que una distracción, Nell —admití, mirándome las manos porque no me apetecía mirarla a los ojos. Pero lo hice al cabo de un momento, porque solo las personas cobardes hablan de cosas importantes mirando a ningún sitio—. Esa es la realidad de lo que hay entre tu hermano y yo.

Se quedó mirándome fijamente.

—Tienes razón acerca de sus problemas con este sitio, sobre todo en lo que se refiere a la casa familiar, en la que vivió con sus... con vuestros padres, quiero decir. El pasado le afecta para mal y hace que no le apetezca vivir aquí. Solo puedo decirte eso y es algo que sabes perfectamente. —Lo que no sabía es que ya prácticamente había vendido la casa. Esa noticia debía dársela él, no yo. Y quizá también lo de Henning Peters, pero eso ya no tenía remedio.

—Lo siento —dijo Nell.

—Bueno, así son las cosas. Somos amigos. —Tragué saliva con fuerza, intentando por todos los medios mantener la calma—. Te agradezco muchísimo que me hayas ofrecido quedarme contigo y guardar mis cosas aquí.

—¡Pues claro! No tienes nada que agradecerme, me apetece.

Las dos intentamos sonreír. Creo que ella lo hizo bastante mejor que yo.

A la mierda los hombres y sus cachirulos demoniacos. Tenía que labrarme un futuro.

Si finalmente entrara a formar parte del negocio, tendría que lidiar con diversos problemas. Por ejemplo, el que Eric utilizara el lugar como territorio de caza femenina. Aunque, el otro día, Rosie me había dicho que, desde que se había acostado con Nell, prácticamente había dejado de flirtear o de siquiera intentarlo. De hecho, ni había intentado nada conmigo pese a la borrachera que me causó con sus cócteles. No obstante, tenía que estar atenta. También iba a ser importante el modo en que encajase la paternidad. El que Eric y Nell fueran capaces de mantener una relación profesional adecuada sería vital para la buena marcha del negocio.

No obstante, tendría un mes para irme acomodando, para observar y aprender. Para averiguar si podía hacer de esto un medio de vida. Quería formar parte del Dive Bar, y también quedarme en Coeur d'Alene. Creo que podría aportar muchas cosas y, por lo que fuera, este entorno hacía que me sintiera bien. Y si, también por lo que fuera, las cosas no marcharan, siempre podría desarrollar un plan B.

Chris me había hecho descarrilar, destrozándome el orgullo e hiriéndome el alma. Aunque, por otra parte, había puesto de manifiesto, negro sobre blanco, cuáles eran mis errores a la hora de enfrentarme a la vida. La estupidez de intentar ciegamente maquillar los problemas de la niñez y de la adolescencia intentando conseguir de otros una magnífica casa y una familia estable, en lo económico y en lo emocional. Esas cosas, tal como yo las concebía, antes de conocer a Chris y mientras estuve con él, no eran más que decorados, puro cartón piedra sin nada detrás, como muchos de los edificios de Las Vegas.

Puede que esto suene a programa de televisión o libro de autoayuda, pero solo podría encontrar la felicidad buscándola dentro de mí. Eso era lo que había descubierto, nada menos.

Viviría en mi propia casa, y me construiría mi propio futuro. No debía esperar ni buscar una especie de príncipe azul que diera sentido a mi vida. Podía ser fuerte por mí misma.

La putada de Chris y su pandilla había dado lugar, como subproducto no deseado por ellos, a un sólido crecimiento personal, y me había enseñado bastantes lecciones muy importantes para el futuro. Aunque el dinero que iba a recibir no podría borrar bajo ningún concepto todos los daños morales que me habían causado, de ninguna manera iba a ir a la prensa con la truculenta historia. Sabía que el solo hecho de que el tal Brett Chen estuviera a mi alrededor les hacía sudar tinta a los Delaney y quizá tenía que ver con que la cantidad que me habían ofrecido hubiera sido tan alta, muy superior a la que esperaba. En cualquier caso, iba a poner en práctica lo que había aprendido.

La cosa tenía su punto, la verdad. Puede que hasta tuviera que darle las gracias a mi exnovio cuando lo viera. ¡Ironías de la vida!

Por supuesto, si me lo encontraba, ni lo miraría. ¡Estaría bueno!

Nell necesitaba la oficina. Dejé de trabajar con las cuentas y me puse a ayudar a Masa y a Rosie a terminar el trabajo de la noche. Llenar los lavavajillas industriales, limpiar las mesas, pasar la fregona y la mopa, ese tipo de cosas. Fundamentalmente, cualquier trabajo que me permitiera tener a la vista la zona trasera. ¡Quién sabe! Igual la futura madre podría necesitar algo de apoyo emocional. Era una situación tensa y bastante dramática. Dado mi muy reciente fallo con el uso de los profilácticos, lo cierto es que me podía imaginar por lo que estaba pasando.

Nell le pidió a Eric que se reunirá con ella en la oficina. Normal. Nadie le dio importancia. Todavía. Los dueños, con excepción de Pat, tenían de vez en

cuando reuniones a puerta cerrada. Al igual que ocurrió con su hermano unas horas antes, no volvió a aparecer por el local. Dado que, sin duda, habría recibido la noticia de su futura paternidad, no era raro que hubiera huido por la puerta de atrás. Yo habría hecho lo mismo.

Vaughan fue el siguiente en entrar. Dos minutos más tarde, salió hecho una furia, con la cara roja de indignación.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó Rosie.

—¡Eric! —Escupió el nombre como si fuera veneno—. ¿Dónde está? ¡Voy a matarlo, joder!

—Ni idea. —Rosie se escabulló a toda velocidad, por lo que pudiera pasar. Lógico.

—Se ha marchado. —Dije y no me moví, fingiendo estar muy ocupada rellenando los saleros y pimenteros de las mesas. Vaughan se volvió para mirarme con cara de malo. ¡Mierda! Estaba completamente fuera de sí, con la cara torcida y los hombros levantados. Parecía un toro a punto de embestir. Me miró como si acabara de darle una paliza a su hermana, los ojos como cuchillos afilados—. Hace un rato, por la puerta de atrás.

—¡Cobarde!

Mala cosa. Después del épico duelo de los cuatro a principios de semana en su sala de estar, lo lógico sería que enfundara las armas durante un tiempo. Pero al parecer él no opinaba igual.

—Yo ya he terminado —dije—. ¿Por qué no nos vamos?

Pasó un buen rato hasta que finalmente levantó la barbilla.

—Sí. Recoge tus cosas y vámonos.

Bueno, pues muy bien. Fui a la oficina, ahora de nuevo vacía, y agarré el bolso. Al parecer se estaba celebrando el Día Mundial de la Huida por la Puerta de Atrás. Dadas las circunstancias, también era previsible que Nell se hubiera marchado sin ser vista.

Ya le preguntaría después. Boyd tenía llaves, así que podía cerrar el bar.

Vaughan abrió la puerta con un golpe y salió a la acera casi de estampida. Lo seguí más lentamente, para darle espacio vital. Por fortuna, el feliz futuro papá no dio señales de vida. Seguro que apreciaba su existencia, así hacía bien en resguardarse en algún lugar apartado e inaccesible.

De repente, Vaughan se dio la vuelta y se detuvo delante de mí.

—¿Lo sabías? —preguntó.

—¿El qué?

—Que Eric la había dejado preñada.

—Sí.

Resopló con fuerza.

—¿Y a pesar de todo quieres quedarte aquí e invertir en el restaurante?

—¿Nell te lo ha contado también? De acuerdo. —No retrocedí ni un paso, aunque sí que me incliné un poco hacia atrás, intentando poner algo de distancia entre nosotros. No es que tuviera miedo de él, pero tampoco me apetecía que nadie, ni siquiera Vaughan, me hablara justo en las narices—. Sí, eso es lo que quiero. Lo he pasado muy bien trabajando aquí y creo que tengo mucho que aportar.

—No. No me vengas con esas. —Se volvió de nuevo y empezó a girar alrededor de Inkaho, el estudio de tatuajes de Pat. La luz brillaba sobre los carteles que adornaban el gran escaparate y que impedían ver el interior del local. Me imagino que si fueras allí a que te hicieran un tatuaje, digamos en el trasero, el hecho de que la gente que pasara pudiera contemplar la faena no sería muy adecuado.

—¡Lydia! —gritó.

Di un salto de la sorpresa, y yo también empecé a sentirme un poco cabreada.

Me miró como si no me reconociera. Y también como si no fuera otra cosa que una caca de perro en la suela de su zapato.

—Primero te haces novia de un tipo al que apenas conoces, en todos los sentidos —escupió—. Te dejas abducir por esa jodida familia venenosa. ¿Y ahora te metes de cabeza en esto? ¡Pero si no has trabajado en el bar más que un par de días!

—Lo he pensado bastante. Los he visto trabajar, he visto los números, sin tapujos —dije, procurando mantenerme lo más erguida posible—. Y voy a pasar un periodo de prueba de un mes, para que todos seamos capaces de evaluar si las cosas van bien o no. Por ambas partes. No me estoy metiendo de cabeza en nada.

—¡Dios! —Su carcajada no me hizo la más mínima gracia—. Pero ¿qué demonios te pasa? ¿Es que no vas a aprender nunca?

¡Vaya! Estaba bien saber qué era lo que realmente pensaba de mí.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —Me limité a encogerme de hombros.

—¿Me vas a contestar o no?

—No. —Me crucé de brazos y vi como crecía su enfado, cada vez más. Me miró, y la cara que puso era de tremenda furia y frustración. Bueno, pues que se las tragara—. No te debo ninguna respuesta, Vaughan. Ni sobre mis decisiones

profesionales, ni sobre mi vida. Y menos si te comportas como un capullo, gritándome e insultándome de esa manera.

Tragó saliva y se dio la vuelta.

—Bueno, pues yo no me voy a quedar aquí, ni por ese niño ni por ti.

—¿Y quién demonios te ha pedido nada? —grité, tanto que mi voz resonó como un eco por toda la calle—. Te lo pregunto en serio.

Se detuvo.

—Parece como si pensaras que todo esto no es más que una especie de conspiración para que te quedes atrapado en esta ciudad. Y no, no lo es.

Soltó un bufido de desprecio.

—Vete y sé feliz con Henning Peters y Conn allá en Los Ángeles. Esta gente no necesita que te quedes aquí —dije, procurando mantener la calma y no gritar—. Durante... cuánto, ¿diez años? Durante diez años se las han apañado bastante bien. Y ahora han surgido problemas. Siempre surgen problemas, es inevitable. El mundo da vueltas y la gente la caga, comete errores. El que hubieras estado aquí no habría cambiado nada, nada en absoluto.

Me lanzó una mirada glacial y silenciosa.

—Ellos no te necesitan y yo tampoco. —Seguí erguida, pero algo dentro de mí se estaba rompiendo y las lágrimas, esas puñeteras y traidoras lágrimas, me inundaban los ojos—. Siento mucho que perdieras a tus padres, y que tu hermana no viva una vida acorde con tus expectativas respecto a ella o respecto a lo que debiera o no debiera hacer. Lo cierto es que somos humanos, vivimos como queremos o como podemos, cometemos errores y morimos. Todos.

Le temblaban las aletas de la nariz, supongo que de pura furia.

—Carga con tus problemas, Vaughan. Vive tu duelo por tus padres y échalos de menos. Libérate de tu sentimiento de culpa. Date un respiro, a ti y a tu hermana. Haz lo que sea que tengas que hacer para estar a gusto contigo mismo. —Estaba sintiendo demasiadas emociones a la vez. Me rodeé con los brazos, como si fuera a desmoronarme—. Pero date cuenta de que no eres Dios. Tu familia y tus amigos se las van a apañar bien sin ti si decides que lo que debes hacer es irte a la costa.

—Así es —explotó, apretando los puños, en una postura de enfado muy masculina—. Por supuesto que sí. Es allí donde se me ha presentado la mejor oportunidad de mi vida. No aquí.

—Pues estupendo, vete. —Asentí muy seria—. Pero no me agobies por el hecho de que lo que yo quiera sea a esta gente, y donde yo quiera estar, sea esta ciudad, justo lo que tú has decidido dejar.

Nada.

Bueno, ya estaba bien. De hecho, estaba hasta las narices.

—Creo que ya hemos hablado bastante esta noche. ¿Me vas a llevar a casa o llamo a un taxi?

Me miró durante un momento y salió andando hacia su automóvil. Yo me quedé de pie, mirándolo a él. ¡Malditos hombres y su maldito orgullo! Que les dieran a todos. Procuré calmarme, respirando despacio.

No funcionó. Para nada.

En la calle, un poco más allá, abrió el automóvil, se subió a él y cerró de un fuerte portazo. Eso me dio fuerzas. La idea de meterme en un espacio tan reducido, a su lado, no me hacía ninguna gracia. Uno de los dos podía terminar herido, o incluso muerto. Puede que me viniera bien volver a casa andando. Bueno, a casa no. Su casa no sería nunca mi casa. Ahora que ese hombre, que tenía que demostrar continuamente que llevaba los pantalones, y a veces a gritos, se había marchado, la noche se había quedado muy tranquila y agradable. Bien, tenía que reconocer que yo tampoco me había comportado con absoluto decoro.

¡Bah, qué más daba! Las estrellas seguían brillando. La luna refulgía, casi llena. Todo era de lo más bonito.

Vaughan encendió el motor, aceleró en vacío y las luces iluminaron la oscuridad de la calle. Y allí se quedó, supongo que esperándome. No me moví. La cosa había cambiado. Desde que lo conocí me apetecía estar cerca de él.

Pero ahora... bueno, no sabía qué hacer.

En ese momento, una silla salió a través del cristal del escaparate de la tienda de tatuajes y me pasó casi rozando. Los cristales rotos cayeron por todas partes. Yo me caí de costado y aterricé sobre el cemento, cubriéndome la cabeza con los brazos. El estruendo fue enorme. La silla me rebasó, sin tocarme afortunadamente, y cayó sobre el hormigón, para acabar hecha trizas. Fue a parar a una señal de limitación de velocidad. Muy adecuado.

Y después nada. El silencio más absoluto.

Levanté la cabeza con precaución. Desde dentro de Inkaho dos personas me miraban asombradas. Lógico, ya que la escena era absolutamente surrealista. La luz rielaba sobre los cientos de cristales rotos. Parecían diamantes, o estrellas, o algo así. Era bonito, pero peligroso. De ninguna manera podía apoyarme sobre las manos para intentar ponerme de pie. Así que, sin moverme, me puse a evaluar la situación.

—¡Lydia! ¡Mierda! —Nell se asomó desde el interior de la tienda y después salió corriendo hacia a puerta para abrir el cerrojo, pero no pudo—. ¡Pat, abre,

joder! —gritó.

Pero lo que hizo el tipo fue saltar por la ventana. Oí el crujido de los cristales bajo las suelas de sus botas.

—¿Estás herida? —preguntó.

—Pues, eh... —Miré alrededor, dándole tiempo a mi cerebro para que procesara la situación.

—¿Está bien? —gritó Nell, mirando a través del destrozado escaparate.

—No estoy seguro —respondió Pat.

Oí pasos avanzando hacia mí. Era Vaughan. Sus Converse apenas hacían ruido, al contrario que las botas de Pat. No me preguntéis por qué me di cuenta de eso, porque no tengo la menor idea. Puede que estuviera sufriendo un pequeño shock. Pese a los cristales, Vaughan no dudó a la hora de arrodillarse junto a mí.

—¿Muñeca? —me agarró la cara con suavidad y la colocó de modo que le diera la luz, para poder evaluar los posibles daños—. Déjame ver. ¿Estás bien?

—Sí, eso creo.

—¿Estás segura?

—Pues mira, a estas alturas ya no puedo estar segura de nada.

Soltó un gruñido y se puso de pie. Inmediatamente me tomó de las axilas y me ayudó a incorporarme. No parecía que le quedara ni rastro del tremendo enfado anterior. Siguió observándome con cara de preocupación, supongo que buscando alguna herida.

—¿Te duele algo?

—¡Vaya mierda de noche, joder! —susurré.

—Oye, hazme caso —ordenó, tomando la cara entre sus manos y poniéndose muy serio—. ¿Seguro que estás bien? ¿Te duele algo?

—No, creo que no. —Moví la cabeza despacio, intentando sentir mi cuerpo desde el interior. También meneé los dedos de las manos y los de los pies y procuré ser consciente de las articulaciones. Parecía que todo estaba en su sitio. Además, a mi alrededor no había ningún charco de sangre. Así que todo bien—. Bueno, sí que me duele un poco la cadera, donde me golpeé al caer.

En ese momento llegó gente a todo correr desde el Dive Bar .

Boyd, Rosie y Masa.

—¿Qué ha pasado? —pregunto Rosie con tono alterado.

—Pat ha recibido una mala noticia —dijo Nell, con la voz ligeramente temblorosa.

No era necesario tener un título en Ingeniería Aeroespacial para imaginarse

de qué noticia se trataba. Nell acababa de contarle a Pat lo de su embarazo y él había perdido la cabeza y había tirado la silla contra el escaparate. Pese a su separación. Pese al divorcio. Con los hombros bajos, medio encogido, Pat parecía perdido, destrozado. Y Nell más o menos igual. Lo cual no le daba ningún derecho a lanzar muebles a la calle y menos rompiendo cristales de tiendas, como en la Alemania de finales de los años treinta.

El nivel de jaleo, dramatismo y violencia de los últimos siete días había llegado al paroxismo. Un contraste absoluto con la estudiada indiferencia de mi propia familia respecto a prácticamente todo. Como si preocuparse por las cosas, enfadarse y sufrir fuera un error y una vergüenza. El hecho es que muchísimo antes de que las cosas hubieran llegado a tal nivel de conflicto, mis padres habrían tomado las de Villadiego. Yo había tenido la oportunidad de hacerlo, tanto desde el punto de vista emocional como desde el económico, pero aquí estaba.

Quedarme era la decisión más acertada. Lo tenía claro.

Entre tanto, Masa juraba en voz baja y Boyd miraba el desastre con el ceño fruncido.

—¡Por Dios, Lydia! —exclamó por fin Pat, mirándome con ojos angustiados. Se frotó la cara con las dos manos—. Si llego a hacerte daño... ¡mierda!

Sonó una sirena de la policía en la distancia.

—Todo está bien, tranquilos —dije, dirigiéndome a todos y cada uno de ellos. Pese a todas las pruebas que nos rodeaban—. No ha pasado nada.

—¡Qué desastre! —exclamó Nell, mientras una lágrima le corría por la mejilla.

No podía estar más de acuerdo.

CAPÍTULO 21

Un baño es el mejor amigo de una chica. Sé que Marilyn prefería los diamantes y otras cosas más costosas, pero una bañera, a ser posible grande y de las antiguas, llena de agua tibia tirando a caliente, no tiene parangón con casi nada. El ibuprofeno tampoco está mal, todo hay que decirlo. Pese al enorme cardenal que tenía en la cadera, apenas sentía dolor.

Apoyé la cabeza contra el extremo de la bañera, mirando al techo. Intenté pensar de forma positiva respecto a mi vida y mi futuro, pero no lo conseguí.

Nell y Vaughan hablaron con la policía, mientras los demás nos afanábamos en arreglar el desastre. Joe tardó un rato en llegar, cargado de suministros y materiales para reparar el escaparate, y se quedó con Pat mientras nosotros llevábamos a Nell a su apartamento. Al fin y al cabo, no se trató más que otra noche loca en Coeur d'Alene con la familia Hewson y compañía.

Las dudas habían empezado a rondarme por la cabeza. ¿Cómo evitarlo, si esta gente estaba medio chalada? Era una locura pensar siquiera en quedarme a trabajar en el Dive Bar, y ya lo de meter mi dinero en él, de psiquiátrico. Lo que pasó es que, cuando por fin dejamos a Nell en su apartamento y nos íbamos a ir, ella se echó en mis brazos y me abrazó con fuerza.

Y eso me gustó.

Por duro que pudiera sonar, el hecho de que Vaughan se marchara podía ser hasta bueno. Y de hecho, que lo hiciera cuanto antes mejor. Estaba empezando a no soportar el conflicto emocional y la confusión que me producía su presencia. Hacía feliz a mi vagina, eso estaba más que claro. Pero el resto de mi cuerpo estaba agotado, y mi mente no digamos. O puede que solo fueran el corazón y el cerebro, o sea, los centros con los que se siente y se piensa. Solo había pasado una semana tras sufrir un rechazo absolutamente estrambótico por parte de mi exprometido. Dos en una semana se me hacían excesivos, casi ridículos.

Al principio no oí la llamada a la puerta, de tenue que fue. Solo la insistencia, unida al hecho de que Vaughan abrió la puerta poco a poco para asomarse, me

sacó de mis cavilaciones. Inmediatamente pegué las rodillas al pecho, con la intención de cubrir lo esencial. Como si no lo hubiera visto todo ya. Supongo que Arquímedes, o quien fuera, estaría muy contento al comprobar que mi movimiento provocó una cascada de agua saliéndose por los bordes de la bañera. Sin embargo, la constatación del principio físico a mí no me alegró mucho, la verdad.

—Solo quería comprobar que no te habías quedado dormida —aclaró.

—No, tranquilo. Estoy muy a gusto y no corro peligro de ahogamiento accidental.

—¿Te importa que pase?

Abrí la boca para poner pegas, pero no me salieron las palabras. Se abrió la puerta y pasó. En una mano llevaba un par de velas bastante gruesas, y en la otra un par de botellas de cerveza. Lo colocó todo en el banco que había al lado de la bañera y sacó una caja de cerillas de uno de los bolsillos de los *jeans*. Pronto brillaron las llamas. Apagó la luz eléctrica y la habitación quedó iluminada en modo romántico.

Bueno, no demasiado.

—Vaughan. —Lo intenté decir sonriendo, pero no me salió. Supongo que no estaba de humor para ello.

Abrió una de las botellas de cerveza con un giro de muñeca.

—Toma.

—Gracias. —Noté un frío helado en la palma de la mano—. ¡Mmm! Si te digo la verdad, no estoy para sexo...

Abrió la otra botella, se puso de rodillas y apoyó un brazo sobre el borde de la bañera. Después de dar un buen trago, se quedó mirándome sin decir nada. Lo de hablar con él sobre asuntos íntimos y personales tampoco era lo que me apetecía en ese momento. Necesitaba estar sola para decidir qué hacer. No solo para planificar, sino para entender cómo podría ser mi futuro sin él.

—Lydia...

—Mira, la verdad es que tampoco me apetece hablar. Lo siento.

—De acuerdo. —Sus ojos expresaban una profunda tristeza.

Sentí una urgencia tremenda de recuperarlo todo con él, pero no lo hice. No pude. Alguna vez tenía que hacerle caso a la necesidad de supervivencia, para proteger mi absurdo corazón de más embates, que no hacían más que destruirlo. Además, seguía muy enfadada por lo de antes del estallido del escaparate.

—Creo que debes saberlo —dijo—. He tomado una decisión: me marcho el

lunes por la mañana.

—¡Oh! —Eso era, ya había decidido la fecha. Mi mente se quedó completamente en blanco, y me costó un momento dar con las palabras adecuadas—. Ah, bien. Mañana me organizaré y lo quitaré todo de en medio. Nell me ha dicho que puedo vivir con ella durante un tiempo y guardar mis cosas en el bar.

—Yo te ayudaré.

—Gracias.

Nos quedamos mirándonos.

Él fue el primero en apartar la vista para volverla hacia la puerta. No estaba feliz, era obvio. Deseé tanto estirarle las arrugas de la frente que casi me dolieron los dedos al evitarlo. Quería reconfortarlo y que él hiciera lo mismo conmigo. Había tenido suerte con lo de Chris, por haberme librado de él de esa forma, que muy poco tiempo después me había llevado casi a la euforia. El haber podido evitar un matrimonio funesto fue algo maravilloso. También había pasado por etapas de vergüenza y de enfado. Pero, desde el punto de vista de los sentimientos de pérdida amorosa, casi nada de nada, lo cual demuestra que mi afecto por él era falso, impostado. Esperaba que con Vaughan me pasara algo parecido.

—Te dejaré tranquila —dijo, y no se movió.

—No vamos a tener sexo.

Levantó las cejas.

—Y tampoco vamos a hablar —remaché—. Nos beberemos nuestras cervezas y estaremos aquí juntos, solo eso. ¿Te parece?

Pestañeó un par de veces antes de asentir.

—Muy bien. Hagamos eso.

—De acuerdo.

—¿Te importa que entre? —preguntó, mirando a la bañera.

—¿Tú y yo desnudos en la bañera? —En fin, nada recomendable.

—Ya. —Hizo un gesto de pesar—. Pondría un poco difícil lo de no tener sexo.

—Sí, bastante. ¡Ja, ja!

Sonrió. Se levantó y se quitó las zapatillas y los calcetines. Básicamente, empezó a incumplir el reciente acuerdo.

—Tengo la solución.

—¿Sí?

—Sí. Tira del tapón, para quitar algo de agua. —Se metió en la bañera sin

avisar y sin quitarse los *jeans* ni la camiseta. ¡No era normal!

—¡Vaughan! —Tiré del tapón a toda prisa para vaciar un poco la bañera, antes de que inundáramos toda la casa—. ¿Qué demonios haces?

—Pues estar aquí contigo y sin sexo. —Se quedó de pié, esperando a que bajara un poco el nivel del agua. Después de un rato, se sentó detrás de mí, apretando las rodillas contra mi espalda—. Muévete un poco hacia delante, anda.

—¡Mierda! —Exclamé, mientras lo hacía—. ¿Y tu ropa?

—Ya tenía que lavarla.

—Entiendo —gruñí—. Una forma muy original de ahorrar agua.

—El paladín del medio ambiente. Ese soy yo. La verdad es que esto está un poco apretado. Espera. —Me agarró por la cintura y me levantó, estiró las piernas y me volvió a empujar hacia abajo, de forma que me quedé sentada sobre sus muslos, cubiertos por los *jeans* absolutamente empapados. Os podéis imaginar que el denim no resulta nada cómodo para sentarse cuando está mojado. ¡Por lo menos yo no llevaba puestos los pantalones! Solo de pensarlo me ponía mala.

Volví a poner el tapón una vez que la bañera se hubo quedado vacía.

—Sí, esto no resulta nada sensual, tienes toda la razón. Aquí estoy, sentada desnuda sobre tus muslos, iluminados por las velas.

—¡Dios, tienes una mente de lo más sucia!

Lo miré por encima del hombro. Esperaba traspasarle así mi falta absoluta de confianza en él.

—Yo respeto tus deseos, Lydia. No va a pasar nada. —Abrió mucho los ojos con gesto de inocencia y dio un trago a la cerveza.

—Mmm. ¡Mmm!

—¡Shh! No hay que hablar.

¡Capullo!

Allí estaba sentada, con la espalda recta y bebiéndome la cerveza. Conforme a lo pactado, no dijimos ni una palabra ni hicimos el más mínimo movimiento. Empecé a relajarme poco a poco. Las llamitas, temblorosas y parpadeantes, me apaciguaban. Al cabo de un rato apoyé la espalda sobre su pecho, intentando ponerme cómoda.

—Siento haberte gritado antes —susurró.

—Otra vez.

—Sí. —Dio un fuerte suspiro—. Otra vez.

—Puede que alguna vez debieras hablar con alguien de todo esto: la muerte de tus padres...

Silencio. Muchísimo silencio. Me preparé para el siguiente estallido, lo veía venir. Más gritos, más juramentos, etc. Me había dejado meridianamente claro, y varias veces, que no quería hablar de esos temas. Y, no obstante, ahí estaba yo, metiendo las narices en asuntos que no eran de mi incumbencia. Las buenas intenciones pueden convertirte a veces en una imbécil. Y es que me dolía que tuviera que llevar toda la vida el peso de esa pena. Me dolía mucho.

Así que me quedé esperando lo que viniera.

En lugar de estallar, lo que hizo fue besarme en la mejilla. Con los labios bien cerrados, eso sí. Un beso casto. Las lágrimas acudieron raudas a mis ojos y empecé a respirar con más dificultad. ¡Estúpido corazón!

—Háblame —dije.

—¿De qué?

—No lo sé. Cuéntame algo, un cuento, por ejemplo.

—Muy bien. —Se aclaró la garganta y noté contra la espalda el movimiento de su pecho, rítmico y acompasado, como su respiración. Una pena, porque lo cierto es que con él siempre me sentía bien, salvo en sus momentos de furia, claro. Mi vida sería mucho más tranquila y segura si, en todo momento, fuera capaz de mantener cierta apariencia de indiferencia. ¿Qué había sido de todas las clases prácticas de frialdad que me habían dado mis padres y que yo había puesto en práctica? Parecía que, tras ver las escenas pornográficas entre Chris y Paul, algo se hubiera soltado dentro de mí. Tenía muy claro que no se trataba de deseo. Estaba algo más cerca de la locura, creo.

—Érase una vez una princesa —empezó, hablando en voz baja y con tono tranquilo—. Una princesa muy bella, pero a veces un poco molesta.

—¿Cómo se llamaba?

—Esto... Lydiano.

Fruncí el ceño.

—¿Se llamaba Lydiano?

—Vamos a ver, me has pedido que te cuente un cuento, ¿no? Pues eso es lo que estoy haciendo. Calla y escucha.

—Muy bien, lo que tú digas.

Soltó un fuerte suspiro.

—El caso es que Lydiano estaba a punto de casarse con su príncipe azul. Todo estaba dispuesto. Como sé que me lo vas a preguntar, ¿qué te parece si lo llamamos el príncipe Saco de Pollas?

—A mí me parece bien.

—Pero el día de su boda, en el que se había puesto un vestido que realzaba

sus tetas como si estuvieran colocadas en una bandeja...

—¿Este cuento es para mayores de dieciocho años?

—¡Por favor! —dijo con voz de desprecio, agarrándome por la cintura, obviamente desnuda—. ¡Ni se te ocurra pensar que soy capaz de contarte una basura de ese tipo! Todo lo que no incluye ninguna penetración es una pérdida de tiempo. Yo lo calificaría X.

Reí.

—Bueno, a lo que iba. El día de su boda con el príncipe Saco de Pollas, Lydiano le dio un beso y entonces él se convirtió en un sapo delgaducho con dos cabezas, ¡las dos con halitosis!, y, lo que es peor, con un horroroso olor de pies.

—¡Buuf! —Apoyé la espalda contra su hombro—. ¡Pobre Lydiano!

—Vaya giro de guión, ¿verdad?

—Sí, eso no me lo esperaba.

Apoyó la mejilla en mi cabeza.

—¿Y qué pasó después?

—Pues que la pobre se quedó pasmada, claro.

—Claro.

—Y huyó corriendo por el bosque. Atravesó la maleza, saltó muchas vallas, trepó por los árboles... en fin, ya te lo puedes imaginar. Nada iba a impedirle huir de ese sapo bicéfalo en que se había convertido el príncipe Saco de Pollas. —Dio un trago a la cerveza—. Por desgracia, el vestido quedó hecho trizas con tanto trajín en el bosque, así que se quedó solo con la ropa interior, eso sí, era muy sexi, y con una especie de corsé que apenas cubría sus partes más nobles. Te aseguro que, si respiraba un poco fuerte, se le veían hasta los pezones. Por cierto, se me había olvidado decirte que había ganado el concurso al mejor par de tetas del reino durante cuatro años seguidos, y los que le quedaban. En fin, sigamos. Al final encontró esta pequeña casita. Pero tengo que decirte algo que no sabes acerca de Lydiano: tenía un pasado bastante turbio, incluso hasta sucio.

Intenté darme la vuelta para mirarlo, pero lo único que alcancé a ver fue la sombra de una mejilla.

—Eso no me suena a Lydiano.

—¡Calla! —Me cubrió la boca con la mano—. Lydiano era una chica muy, pero que muy sucia, aunque casi nadie lo sabía, ni ella misma. Tenía un lado oscuro que no te lo podrías ni creer. Lo de irrumpir en casa ajena era poco para ella. Así que se metió en la casita. Pero claro, de tanto correr por el bosque estaba un poco embarrada. Lógico, ¿no? Y no podía dejar que nadie la viera con esa pinta! ¡Era una princesa, joder!

Mantuvo la mano sobre mi boca. No pasaba nada, porque seguro que yo no sería capaz de añadir nada mejor a este cuento de hadas medio pornográfico.

—Lydiano se metió en la ducha y empezó a enjabonarse. Había mucha espuma y vapor, y además, como era una mujer moderna, también resultaba ser un poco narcisista y hasta encontraba tiempo para afeitarse los bajos, con eso te lo digo todo. Pero entonces el dueño de la casa se despertó y oyó correr el agua. Así que entró en el cuarto de baño gritando que quién estaba usando su agua caliente. Lydiano gritó varias veces que ella no había sido. ¿Ahora captas lo de «Lydiano»?

Alargó el cuello para mirarme, y así se dio cuenta de que apenas podía contener la risa.

—Ya ves, muñeca, ¿qué te había dicho? Pues eso, Lydiano era una sucia mentirosilla, eso como poco.

Levanté los ojos al cielo, pero nadie bajó en mi ayuda.

—«¡Alguien ha acabado con todo mi gel!», bramó el dueño. «¡Yo no he sido, yo no he sido! ¡No, no, no!», repitió Lydiano gritando. —Acercó los labios a mi oído—. Jamás una princesa tetuda se había merecido más unos buenos azotes.

Le mordí en la mano, clavándole los dientes en la protuberancia carnosa de debajo del pulgar.

—¡Ay! —Se rio y retiró la mano—. Entonces el dueño dijo: «¡Alguien se está toqueteando en mi ducha!».

—¡Para ya! —Me tapé los oídos con las manos, intentando desesperadamente no reírme a carcajadas—. Es el peor cuento que he escuchado en mi vida. Los Hermanos Grimm deben estar retorciéndose en sus tumbas.

—Pero, al fin, Lydiano apartó la cortina de la ducha y le dijo al dueño de la casa que sí, que era ella. «¡Ven a por mí!», añadió, ya te he dicho cómo era... Así que follaron como salvajes por toda la casa. —El cuerpo de Vaughan se apoyó sobre el mío mientras se reía a carcajada limpia—. ¡Fin!

—¡De ninguna manera! ¡No puede acabar así! Lydiano era una chica pura y virtuosa. Jamás habría hecho algo así.

—¡De eso nada! —dijo riendo entre dientes—. Todo ocurrió exactamente como te lo he contado. Era la princesa más sucia de la tierra.

—¡Bromeas! Lo que pasa es que el dueño de la casa era un perverso. De haberlo sabido, ella se habría puesto el cinturón de castidad y habría tirado la llave a la ciénaga del sapo bicéfalo. Pero no tuvo la oportunidad de hacerlo. —Mis castas propuestas murieron casi antes de nacer, porque empecé a reírme tanto que hasta me corrían las lágrimas por las mejillas. ¡El muy cabrón tenía

gracia!—. Me gustaría saber algo más acerca del dueño de la casa del bosque. ¿Cómo se llamaba?

—Pues no lo sé. Déjame pensarlo... —Apoyó la barbilla en mi cabeza—. Definitivamente no era el Príncipe Azul.

—¡Pues podría serlo!

Silencio.

—Supongo que, si quisiera, sí que podría. O no... Cualquiera sabe —añadí débilmente. ¡Mierda!—. Vamos a dejar de hablar otra vez.

Era tonta, eso es definitivo.

Habíamos estado relajados y riéndonos. Mi estúpida boca y yo lo habíamos estropeado. ¡Vaya forma de terminar! Soltar delante del tipo que acaba de decirte que no tenemos ningún futuro juntos que podría ser el sueño de mi vida. Seguro que ni dándome de cabezazos contra una pared conseguiría introducir una pizca de lógica en mi cabeza.

Pero, por otra parte, solo se trataba de dos palabras estúpidas. Ya podía haberse ahorrado esa referencia a los últimos cien años de películas de Disney, perpetuando la imagen de príncipes jóvenes, apuestos y con ricitos dorados paseando a caballo por el bosque y rescatando a jovencitas atribuladas. Sí, lo tendría que haber evitado, para que ambos siguiéramos nuestros respectivos caminos de la mejor manera posible. Dios sabe perfectamente que Chris no tuvo ningún problema a la hora de no hacerme caso, ni de engañarme sin hacerme tampoco ni puñetero caso. Le había visto cientos de veces dirigiéndome su espléndida y vacía sonrisa. No, cientos no, miles de veces. Lo que pasa es que yo nunca había sido capaz de interpretarla de la manera correcta.

¡Solo de pensarlo me daban ganas de volver a romperle la nariz de un puñetazo!

Puede que necesitara más de una semana para recuperarme de esa catástrofe. El dinero me ayudaría. Muchísimo. Nunca me habría imaginado que poner a prueba mis principios morales, tomar el dinero de esa pandilla de capullos nauseabundos y corruptos y salir corriendo, es una forma de hablar, fuera a dejarme tan a gusto. Puede que debiera venderme más a menudo.

—Ese, eh..., ese Príncipe Azul de la casa del bosque —dijo Vaughan con voz entrecortada.

—¿Sí?

Vaughan cambió de postura y dio un profundo suspiro.

—Quiero decir que no tiene mucho sentido, ¿no? ¿Por qué iba a vivir en una casita del bosque en vez de en un castillo, como todos los príncipes?

—Bueno... Sus padres, el rey y la reina de la tierra vecina a la de Saco de Pollas, murieron en un terrible accidente. —Me quedé muy quieta para ver cómo reaccionaba.

—Entiendo.

—Y eso le hizo tanto daño que se le quitaron las ganas de seguir siendo príncipe.

No hubo reacción por su parte.

—En los cuentos de hadas a veces pasan cosas malas.

Un gruñido.

—No es justo, ya lo sé, pero son cosas que pasan —insistí, siguiendo por ese camino con precaución, aunque sin mucha maña—. El príncipe amaba a sus padres, y a su castillo, y a sus muchos recuerdos.

—Mmm.

—Así que él también huyó al bosque.

—El que no pueda ser capaz de soportar lo malo no dice mucho de un puto príncipe —espetó.

—Los príncipes no son más que seres humanos, como todo el mundo. No creo que una corona o, por hablar de otra cosa, un pene, te conceda una invulnerabilidad mágica respecto a las pérdidas y al dolor. —Me quedé mirando a la pared, pensando en lo que acababa de decir—. La vida es dura y pasan cosas terribles. Todos tenemos nuestros sentimientos. Solo somos carne y sangre, y procuramos hacerlo lo mejor posible.

—Huir de los problemas no es hacerlo lo mejor posible. —Su voz resonó como un eco por el pequeño cuarto de baño, igual que por mi cabeza.

¿Y qué decir de lograr el título de novia a la fuga del año de la ciudad de Coeur d'Alene? No tenía respuesta para eso. Ninguna. Era demasiado para mi escasa sabiduría.

Me frotó los brazos, como si quisiera suavizarme o algo parecido. O como si quisiera marcharse, lo cual implicaba que lo dejara en paz, que me alejara de su vida.

—¡Vaya día! —murmuró Vaughan, devolviéndome bruscamente al aquí y ahora—. Será mejor que te vayas a la cama. ¿Qué tal tienes la cadera?

—Bien. Es solo un golpe. —Levanté mi enorme trasero y lo coloqué junto al borde de la bañera, volviendo a una posición defensiva que evitara en lo posible la contemplación de mis excesivas y blancuzcas redondeces. Un puro e inadecuado instinto de protección, porque mi cuerpo no tenía nada de malo. Yo era una mujer joven, moderna y fuerte, y tal, y tal y tal. Los viejos hábitos eran

muy difíciles de romper.

Noté una nueva y potente ola, y se volvió a derramar mucha agua sobre el suelo. Salió de la bañera, empapándolo todo a su paso. El suelo del baño parecía haber sufrido una inundación. De inmediato se quitó los pantalones y la camiseta, que fueron a parar al suelo, completamente empapados.

¡Dios, cómo me gustaba esa piel! Incluidos sus artísticos tatuajes. Su modo de mover el cuerpo, enérgico y eficiente, la flexión de los músculos, el ritmo de sus miembros. No había nada de acrobático, ni de especial; solo se trataba de Vaughan, moviéndose a su manera por el mundo, viviendo su vida. No podría apartar los ojos de él a no ser que me los arrancara.

Se secó la parte de arriba del cuerpo y después se colocó la toalla alrededor de la cintura.

—¿Te echo una mano?

—No, gracias —respondí sonriendo.

Asintió y se dirigió a la puerta. Mi Príncipe Azul se iba, se iba, ya se había ido. Es una pena que el sexo tenga consecuencias que no sea posible anticipar. Cambios en las emociones, en tu percepción de las personas. Una pena que el amor verdadero no pueda comprarse.

CAPÍTULO 22

El domingo trabajamos en el Dive Bar durante el turno de la cena.

Se celebraba un festejo en el centro, así que no hubo demasiado lío. Boyd, con la ayuda de Kurt, el nuevo pinche de cocina, estuvo al cargo. Los domingos parecía gustarle ofrecer una especie de *brunch*, que se servía durante todo el día. Huevos Benedict, tortitas de ricota con plátano frito y salsa de mantequilla escocesa, pasteles de patata y maíz con espinacas, beicon y salsa de pepinillos, además de otros platos igual de estupendos. Llegamos a tiempo de probar los restos de todo eso antes de cambiar al menú de cenas, que incluía fundamentalmente *pizza* y otros tipos de pasta italiana. Eso de llegar a tiempo de probar las sobras de los platos del mediodía era estupendo. En ese momento, el tamaño de mis posaderas y de mis caderas pasaba a ser un problema que debería considerarse cualquier otro día.

Ni rastro de Eric ni de Nell. Joe y Vaughan se encargaron de la barra.

Había llamado antes a Nell, y dejé un mensaje en el contestador. Después de todo lo que había ocurrido la noche anterior, seguro que prefería estar sola y no hablar con nadie. El resto del día transcurrió muy deprisa y de forma bastante indolora. Pese a que la marcha de Vaughan estaba al final de la cuenta atrás y a que no pude evitar esa especie de tictac resonando continuamente en mi cabeza.

Durmió conmigo. No hablamos de ello. Se limitó a meterse en mi cama con los calzoncillos puestos, y allí se quedaron. Así estaban de raras las cosas en ese momento. Sentí una enorme gratitud cuando se acomodó a mi lado.

El amor es una píldora amarga.

El hecho de dormir bien me ayudó bastante con los dolores y, con su ayuda, pude trasladar mis cosas sin problemas; además, no nos llevó mucho tiempo. Vaughan y yo utilizamos nuestros respectivos automóviles para cargar y con un solo viaje de cada uno lo trasladamos todo. La mayoría del menaje de cocina y otros trastos los había donado antes de la no boda a una organización local de caridad. En ese momento pensaba que ya no los necesitaría, dada la cantidad de

regalos en esa línea que llegaban cada día, procedentes de los amigos y conocidos de los Delaney.

—¡Quédate quieta, no te vuelvas! —Súbitamente, una mano me agarró del brazo con cierta fuerza, al tiempo que escuchaba una voz masculina justo detrás de mí—. Muy bien. ¿Cómo te llamas?

—¿Esto es un robo o algo parecido? —pregunté, sin saber si debía estar perpleja o asustada.

El misterioso tipo rio con ganas.

—¡No, joder! Tengo más dinero del que podría gastarme en toda mi vida. ¿Cómo te llamas?

—Lydia.

—Muy bien, Lydia. Lo estás haciendo muy bien.

—Gracias. —Eché un vistazo por encima del hombro.

—¡No me mires!

—Lo siento, lo siento. —Pese a ser casi las nueve de la noche, el tipo llevaba gafas de sol. Una gorra de camionero le cubría parte de la cara, aunque asomaban mechass rubias que le llegaban hasta los hombros. Vestía una camiseta verde brillante. No pude observar nada más. Si en algún momento tenía que describírselo a la policía, no habría mucho con lo que trabajar—. No lo volveré a hacer.

—Eso espero. Y ahora no hagas ruido ni hables, Lydia —dijo con tono autoritario—. Necesito que me ayudes con lo que voy a hacer. Simplemente actúa con normalidad. Camina hacia el bar como si no estuviera pasando nada extraño, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Vamos.

Empezamos a avanzar hacia el bar con pasos largos y precavidos. Me costó un poco localizar a Vaughan. Intenté comunicarle varias cosas con la mirada. Primero, que no estaba contenta. Segundo, que fuera quien fuese la persona que estaba detrás de mí, ella era la causa de tal infelicidad. Él abrió mucho los ojos y después fijó la mirada en la persona que me empujaba hacia el camarero rubio y alto.

—¿Es que quieres disfrazarte o qué? —preguntó Vaughan con voz extrañamente tranquila. En lugar de intentar buscar un arma o algo, siguió sirviendo tranquilamente una cerveza.

—Sí —respondió el maniaco, saliendo de detrás de mí—. ¡Es estupendo!, ¿verdad?

Vaughan lo miró pausadamente de arriba abajo y negó con la cabeza.

—¡Eres un jodido capullo! Suelta a Lydia, la estás asustando.

—Debo hacerte saber que Lydia y yo somos muy buenos amigos. Además, ella piensa que mi disfraz es extraordinario —declaró el maniaco, mintiendo descaradamente—. ¿A que sí, Lydia?

—¿Ya puedo mirarte? —pregunté.

—Sí, y también quedarte de piedra —dijo el individuo. Después se dirigió de nuevo a Vaughan con voz exultante—. Esta es la parte que más me gusta, cuando ellas me reconocen y se quedan asombradas conmigo.

—Mmm.

El maniaco me dirigió una sonrisa deslumbrante.

Fuera quien fuese, estaba claro que no le importaba vestir colores chillones ni dejar claras sus preferencias musicales. Llevaba una camiseta verde fosforito con una foto enorme de Malcolm Ericson, de Stage Dive, que combinaba con un sombrero naranja, también muy chillón, con la leyenda «*Mal for President*» en la cinta de la base. Me dio la impresión de que le gustaba el batería del grupo. Muchísimo.

—¡Uau! —dije, con cara de escaso interés y mirando a Vaughan de reojo.

—Pues parece que no te ha reconocido —dijo Vaughan riendo a carcajadas.

—¡Normal! Esa es precisamente la idea, que no me reconozcan. ¡Me he disfrazado! —El maniaco hizo una mueca, se sentó en una banqueta y se acodó en la barra—. Anda, dame una birra.

—¡Y una mierda! —Vaughan siguió con su ataque de risa, al tiempo que tiraba una cerveza y se la servía—. Lo que querías de verdad es que te reconociera, comediante de pacotilla.

El tipo no respondió. Al parecer, prefería dar buena cuenta de la cerveza.

—Muñeca —dijo Vaughan sonriendo—, te presento a Mal Ericson.

Mal levantó una mano a modo de saludo.

—¿El de Stage Dive? —pregunté para asegurarme.

—El mismo, a tu servicio —confirmó Mal—. O sea que... ¿muñeca, eh? No recuerdo que hayas tenido antes una «muñeca», gran V. ¡Qué interesante!

—No es nada interesante —rectificó Vaughan mientras tiraba otra jarra—. Además, no es cosa tuya.

—Quiero invitarte a una cervecita, muñeca. —Dijo lo de «muñeca» con retintín—. Siéntate aquí conmigo, Lydia. Vamos a hacernos amigos. Cuéntaselo todo a tu tío Mal.

—No le digas ni una palabra —me ordenó Vaughan bajando las cejas—. Es el

cotilla entrometido más grande que he conocido en toda mi vida. Siempre está metiendo sus jodidas narices en los asuntos de los demás e intentando arreglarles la vida. —Se volvió a dirigir a Mal—. Además, Lydia está trabajando.

—Me encantaría tomar una copa —contradije mirando a Mal, al tiempo que me sentaba a su lado—. La cena prácticamente ha terminado y Masa está recogiendo ya las dos últimas mesas. Por favor, un agua con gas con un par de rodajas de lima, camarero.

—¡Así me gusta, guapa! —exclamó Mal chasqueando los dedos—. No es tu jefe.

—¿Quién diablos ha dejado pasar a este tipo? —tronó una voz femenina.

Por segunda vez en la noche, alguien me abordó por detrás. No obstante, esta vez no se trató de una sorpresa ni hubo susto. Nell me abrazó brevemente antes de acercarse a la barra y dirigirse al batería.

—Mal.

—Nell. —Se quitó las gafas y el sombrero, dejándolos a un lado. El pelo, de un rubio dorado, fluyó por toda la cabeza hasta los hombros, revelando al roquero en toda su gloria. Ahora sí que no cabía la más mínima duda acerca de su identidad. Stage Dive era uno de los mejores grupos del mundo y todos reconocerían a sus miembros.

Lo miré, completamente deslumbrada.

—Nell, Nell, Nell... Todavía enamorada secretamente de mí, me doy cuenta. —Mal suspiró—. Pobre boba patética. ¡No tienes nada que hacer!

—¡Vaya! Creo que es estupendo que estés tan alejado de la realidad del mundo, Malcolm. Así puedes dedicarte a tu música. No dejes que nadie te saque de tu ensimismamiento.

—Lydia —empezó, riendo entre dientes—, ¿no te ha contado nadie que, de críos, esta mujer siempre iba detrás de mí cuando jugábamos a «pilla-pilla y dame un beso». ¡Todas las veces! A mí no me importaba que una chica mayor que yo me persiguiera, pero joder, un día tras otro, se hacía un poco pesado, la verdad.

—¡Jamás intenté besarte, estúpido! —Nell se volvió hacia mí—. Una vez, en el autobús escolar, este mamón intentó quemarme la cola de caballo. Lo perseguí para darle un puñetazo, pero el cabrón era rápido.

—Sí Nelly, claro. Sigue mintiéndote a ti misma —respondió Mal, provocándola.

Yo miraba alternativamente a uno y otro, intentando no reírme. Nell tenía los labios apretados y fruncía el ceño.

Vaughan dejó caer con fuerza un posavasos sobre la barra y colocó encima mi refresco. No intervino en la batalla, que sin duda venía desarrollándose desde hacía unos veinte años. Muy inteligente por su parte.

—Gracias.

Un gesto mínimo con la barbilla.

—Sentí mucho lo de tu madre —dijo Nell en voz baja—. Era una mujer magnífica.

—Gracias. Cuando supe lo de Pat y tú lo sentí mucho también.

—Sí. —Nell se encogió de hombros—. Son cosas que pasan, ya lo sabes.

—Por desgracia.

—¿Dónde está Anne? —preguntó Vaughan.

—Mi amada esposa está absorbida por una novela romántica y no desea que se le moleste. —Mal sonrió y le dio otro sorbo a la cerveza—. Tengo la impresión de que lo de esta tarde va a ser estupendo.

—¿El qué?

—Lo de ese de ahí. —Mal estiró el dedo índice y señaló a Vaughan. Inmediatamente después, se inclinó hacia él y lo golpeó en la frente con suavidad—. Escucha y aprende, loco de la vida. Ahora tienes una muñeca. Tienes que aprender estas cosas.

Vaughan se frotó la frente. No parecía impresionado en absoluto. Ni tampoco al tanto de lo que pretendía decir Mal. Al menos por ahora.

—Cuando las mujeres leen novelas románticas, suelen pasar una de estas dos cosas —empezó a explicar Mal con tono didáctico y tocándose sus adorables rizos—: O les entran ganas de hablar del libro en profundidad o de paso hablan también sobre la vida y sus relaciones amorosas. A veces eso está bien, porque se alcanza un nivel de comprensión mayor entre los dos miembros de la pareja y toda esa mierda. Pero en otros casos es una jodienda, ni más ni menos. Durante unos días, ella te pone la proa porque has hecho algo malo, que coincide con lo que ha leído en el libro y que te deja a la altura del betún. Pero ¿y si es un libro de los interesantes, o sea, sexualmente explícito? En ese caso, joder... ¡prepárate para follar a lo grande! Ni te puedes imaginar las ideas que ha sacado mi calabacita de algunos de esos libros. ¡Oro molido! A mí no se me habrían ocurrido, ni en mis mejores sueños, la mitad de las cosas que ha leído en ellos.

—¡Vaya!

—Creedme, no os toméis a broma jamás una novela romántica, bajo ningún concepto —dijo Mal con la convicción de un predicador televisivo—. No os podéis ni imaginar la cantidad de buenos momentos que pueden proporcionaros

entre las sábanas, e incluso en la calle. Si de verdad quieres a esta chica, Vaughan, cómprale novelas románticas.

Se produjo un silencio asombrado.

—Doy gracias a Dios de que no tengamos penes —dijo Nell dirigiéndose a mí, al tiempo que subrayaba su afirmación con un golpecito en el hombro.

—No puedo estar más de acuerdo —confirmé.

—Novelas románticas, ¿eh? —dijo Vaughan con cara de profunda reflexión—. Lo tendré en cuenta.

—¡Dios mío, dame fuerzas! —dijo Nell alzando los ojos al cielo—. Bueno, ¿va todo bien?

Su hermano la miró con cara de hermetismo. Creo que todos sabíamos que no preguntaba acerca del negocio. Por lo que yo sabía, los dos hermanos no habían hablado desde que ella le dio la sorprendente noticia de su embarazo, la noche anterior. Dada su actitud y la cara que puso cuando salió del despacho, parece que no se lo había tomado demasiado bien.

—Sí, todo bien. —Se estiró y la tomó de la mano—. ¿Y tú?

—Pues tirando —respondió con una sonrisa bastante poco alentadora.

—Sé que no te ha gustado que venda la casa, pero con el dinero extra podré permitirme venir de vez en cuando, o sea, visitarte más a menudo —dijo con voz algo trémula.

—Eso estaría muy bien. —La alegría en la voz de Nell habló por sí sola.

Los hermanos continuaron agarrados de las manos. Yo miré hacia otro lado, pues se trataba de un momento íntimo entre ellos. Sus promesas de visitarla no tenían nada que ver conmigo. Yo tendría que joderme. El que viniera de vez en cuando a verla era algo bueno, ya que Nell necesitaría mucho apoyo, sobre todo de su hermano, su única familia ahora.

Sin embargo, Mal no dejó de mirarlos con ojos pensativos. En ese momento su expresión no mostraba la más mínima traza de su anterior comportamiento de chalado.

—Hemos cerrado por hoy —dijo Joe uniéndose a nosotros.

André venía detrás de él.

—Hola a todos.

—Hola. —Sonreí al devolver el saludo. El restaurante estaba completamente vacío, y las luces se habían atenuado. Por los altavoces sonaban baladas acústicas de diferentes grupos. Me gustaba que se mantuviera la música en el bar, incluso después de haber cerrado—. Bueno, tengo que volver al trabajo.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Nell—. Masa, Boyd y el nuevo ayudante de cocina

son más que suficientes. Vamos a ofrecerle una pequeña fiesta sorpresa de despedida a mi hermanito. Y es que es igual de bueno diciendo adiós que presentándose en la ciudad sin avisar siquiera.

—Ese día te iba a llamar —dijo Vaughan.

—Sí, claro.

El tipo de la larga barba rubia salió de detrás de la barra llevando consigo una botella polvorienta que había sacado del estante superior.

—Eric dijo que esta no la podíamos tocar bajo ningún concepto, así que vamos a empezar precisamente por ella.

—Excelente. Tengo que admitir que tu hermano tiene muy buen gusto para el *whisky escocés*... —André inclinó la cabeza hacia Nell con una sonrisa apenas perceptible—. Y para las mujeres.

—¡Calla! —. Nell le arrojó una servilleta arrugada a la cabeza.

—Y hablando de eso —continuó André, volviendo la cabeza hacia Vaughan—, Pat me ha dicho que ya se pondrá en contacto contigo más adelante. Se ha montado en la moto y se va una temporadita a Canadá para ver si consigue aclararse las ideas y tranquilizarse.

Vaughan asintió pero no dijo una palabra.

Por su parte, André frunció el ceño y miró a Nell otra vez.

Ella levantó la mandíbula y le miró con dureza.

—André, si tienes algo que decir, hazme el favor de soltarlo de una vez.

Esta noche André llevaba una camisa de botones muy elegante, y el pelo recogido hacia atrás. No dejaba de mirar a Nell. Su mirada se suavizó, volviéndose un poco más amable.

—Niña, la cagaste al no solucionar tu matrimonio. Y Pat la cagó rindiéndose con demasiada facilidad. Y joder, Eric la cagó por acercarse a ti, sabiendo de primera mano cómo estaban las cosas entre vosotros dos. Todo eso lo sabes perfectamente y lo sabemos todos. Pero si pensaras, aunque fuera solo por un segundo, que no te quiero y que no te voy a respaldar, entonces es que has perdido el juicio. Haré de niñera, cambiaré pañales apestosos si hace falta y, por mis narices, quiero ser el puto padrino de la criatura, ¿lo has entendido?

Nell miró para otro lado y encogió las mejillas, yo diría que intentando contener las lágrimas. Tras un segundo o dos, André avanzó hacia ella para abrazarla. La manera de abrazarse a él fue enternecedora. Está claro que fue así para todos los que estábamos allí, no solo para mí. Esa clase de cariño y de apoyo incondicional era lo que yo quería para mí misma. Por esa razón iba a quedarme aquí. Eso era a lo que Vaughan estaba renunciando con su marcha. Y

el anhelo y la nostalgia, las emociones desnudas de control que transmitía su cara me dejaron claro que era perfectamente consciente de ello. ¿Cómo no iba a serlo?

Era el precio que tenía que pagar por perseguir su sueño.

El mío no era tan grande como el suyo, el estrellato en el escenario. Yo no quería ser un símbolo del rocanrol. Únicamente quería un hogar, aunque fuese solo para mí misma, un grupo al que pertenecer, un trabajo que pudiera realizar, a ser posible de forma sobresaliente y con el que poder construirme un futuro suficientemente holgado en lo económico. Estaba claro que si un hada madrina llegara y me tocara con su varita mágica en la cabeza, concediéndome la fama y el éxito instantáneos como supermodelo mundial, no los rechazaría. Sería divertido, pero lo cierto es que mi corazón no se moría por eso.

—Tengo que decirte que yo no voy a cambiar pañales nauseabundos, te lo aseguro —declaró Mal.

—Amén. —Joe alzó su vaso de whisky de malta y todos brindaron con mucha convicción.

—Gallinas —dije.

—¿Qué tal lo llevan los demás chicos de Stage Dive? —preguntó Vaughan al tiempo que aceptaba el vaso que le ofreció Joe.

La verdad es que hay que decir que Malcolm Ericson hizo una imitación perfecta de alguien que se estaba ahorcando hasta prácticamente morir. En el momento en el que levantó la cabeza de la barra estuve a punto de romper a aplaudir.

—¿De verdad que tan bien?

—Gran V —empezó a decir Mal en tono gruñón—, si tengo que ver otro jodido video de preciosos recién nacidos, me va a dar algo, joder. ¡No puedo más, de verdad! Y bueno, muchas felicidades a todos. Creo que los niños ya saben hasta nadar, ¡pero tampoco hace falta que me metan por los ojos cada puñetera cosa que aprendan a hacer los frutos de sus entrañas, me cago en todo lo que se mueve! Me explico, ¿verdad?

Se paró para beberse el último tercio de la cerveza, y después le pasó la jarra a Vaughan para que se la rellenara.

—Le he dicho a Calabaza que tranquilitos. Durante unos cuantos años no voy a utilizar mi espermia para la reproducción, gracias.

—¿Y ella cómo se lo ha tomado? —pregunté.

—Riéndose de mí —respondió Mal con el ceño fruncido—. A veces me pregunto sin pinto algo o no en esta relación.

—Ese es el problema que tiene lo de sentar la cabeza, muchacho —afirmó Vaughan cruzando las manos sobre el pecho—. Ella es la dueña de su coño y tú lo quieres. Así que ya puedes despedirte de ser el dueño de tus propios actos.

—¿Esa es tu forma de ver las relaciones sentimentales? —dije, inclinando la cabeza. En cualquier caso, ese punto de vista suyo, nuevo para mí, no suponía nada en las circunstancias actuales. Seguía sin poder resolver el rompecabezas. Pero, de todas formas, mi triste corazón empezó a latir al doble de la velocidad normal—. ¿En serio?

—Yo lo tengo claro —dijo Joe, mirando fijamente la copa que tenía en la mano.

Mal soltó una risita.

¡Vaya por Dios! Ya teníamos la atención de todos los presentes. André estaba de pie al lado de Nell, con el brazo alrededor de su cintura. Vaughan había adoptado su ya conocida cara inexpresiva. Los ojos muy abiertos y falsamente ingenuos y los brazos colgando a los lados. Pero no, no quería pasar por esto, no quería saber nada más.

—Olvidad lo que he dicho. —Sonreí y negué con la cabeza—. ¡Un brindis!

Todo el mundo levantó su copa, con la excepción de Vaughan. Evité mirarle, pues lo que quería de verdad era seguir adelante con mi vida, aceptar las situaciones que no estaban a mi alcance cambiar, sin perder mi tiempo y mis energías, que tan valiosas eran para mí.

—Por Vaughan —proclamé, levantando bien alto el vaso. Me daba miedo encontrarme con sus perfectos ojos azules. No era el momento. Lo que tenía que hacer era ajustarme bien la ropa y mirar hacia delante—. Buen viaje y mucho éxito musical. Espero que todos tus sueños se conviertan en realidad.

Todos los demás repitieron más o menos el mismo deseo, y todos bebimos.

—¿No te vas con él? —me preguntó Mal en voz baja. Las conversaciones a nuestro alrededor probablemente evitaron que los demás oyeran la pregunta.

—No. Nos conocemos solo desde hace una semana. Así que no... Además, tengo la intención de entrar a formar parte del Dive Bar de una forma más intensa. —Mantuve la sonrisa por alguna razón. No mentía, pero no tenía ganas de sonreír, la verdad—. Me gusta este sitio.

Alzó un poco la barbilla y no dijo nada más. No me gustó nada la cara de asentimiento que creí ver en sus ojos. Pero bueno, acababa de conocerlo. Tampoco tenía que exponer las contradicciones de mi estúpido corazón delante de un desconocido, por mucho que fuera una estrella mundial del rocanrol.

—¿Pasas mucho tiempo en Coeur d'Alene? —pregunté, deseando cambiar de

tema.

—Últimamente sí —contestó él sonriendo y aceptando el quite defensivo—. Tengo familia aquí y he comprado una casa al lado del lago. Podrías venir a vernos y conocer a Calabaza. Me da la impresión de que os llevaríais bien, y sería bueno para ella conocer a alguien en la ciudad. Ahora pasamos algo más de tiempo aquí.

—Gracias —contesté, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Claro que me gustaría.

—De hecho, todos vosotros, jodidos perdedores, podríais venir a vernos — proclamó en voz más alta—. Pasar la noche con nosotros y traer instrumentos, que yo me encargo de la comida y de la bebida. Mañana van a venir Ben y Lizzie con Gibson. Y creo que Davie y Ev también dijeron que vendrían de visita. Sería divertido.

—¿No crees que seríamos demasiados? —preguntó Nell.

—Nelly, la casa es grande. Debe tener unos trescientos mil dormitorios, más o menos. De ninguna manera permitiría que un bebé llorón se atreviera a despertarme en mitad de la noche. Así que coloco a los visitantes llorones y cagones en el otro ala de la casa y ni me entero de que están. —Movié la mano indicando distancia al tiempo que lo decía—. Os podéis fiar de mí, no habrá problemas de sitio.

—¡Joder! ¿Tu casa tiene alas? —resopló Joe asombrado—. La última vez que hablé contigo me contaste que estabas buscando una cabaña de madera cerca de la orilla. No mencionaste que fuera a ser un castillo o algo así.

—Sí, ya sé que apenas nos hemos visto después de salir del instituto. Pero, chicos, os puedo decir que ahora tengo bastante dinero, por no decir muchísimo —explicó Mal—. En realidad es una cabaña muy cerca del agua, pero jodidamente grande.

—¡Eso tengo que verlo! —exclamó Joe—. ¿Quién la ha construido?

—Ni puta idea, la verdad. Si te apetece, podrás hasta subirte al tejado, Bob el Constructor, y comprobar si está bien acabada.

—Ya sabíais que volvería por aquí para restregarnos su dinero por las narices —dijo André con una sonrisa taimada.

—¡Ja! —Le hizo una peineta—. ¡Mira tú quien fue a hablar! ¿Sigo teniendo prohibido el paso a tu tienda? ¿Y todavía conservas la Gretsch de tu viejo?

—Está guardada arriba, pero puedo traerla si quieres.

Mal se frotó las manos y lo miró entusiasmado.

—¡Excelente! ¿Está a la venta?

—Puede —respondió tranquilamente André dando un sorbo a su escocés—. Solo si estoy seguro de que va a ir a una buena casa. Y respecto a si tienes todavía prohibida la entrada, eso depende. ¿Vas a volver a montar en monopatín dentro, caraculo?

—¡Tranquilo, hombre! Tenía quince años. Desde entonces he madurado un montón.

—Mmm.

—Tienes que dejarme pasar. Ya hablaremos después de la guitarra de tu padre. Aunque te puedo asegurar que iría a parar a un hogar modélico. —El batería empezó a golpear la barra con las manos. No podía estarse quieto. Me dio la impresión de que jamás se paraba del todo—. Sí, tenéis que venir todos.

—¡Estupendo! —dijo Nell—. Pero la comida la prepararé yo.

—¡Adjudicado! —dijo Mal dando un golpe sobre la barra.

Resonaron las charlas y las risas dentro del local. Todo el mundo se lo estaba pasando bien. O casi todo el mundo. Casi ni me di cuenta de que Vaughan se había escabullido, dirigiéndose a los servicios. Me acerqué y esperé a que saliera. Supongo que para procurar apoyarlo emocionalmente.

Cuando por fin salió, caminó directamente hacia mí. Me dio la impresión de que lo estaba acosando; además sin la más mínima sutileza. Estuve a punto de perder el equilibrio al volverme, pero él me sujetó por los brazos.

—¡Joder, Lydia! ¿Estás bien? —me preguntó con cara de preocupación y el ceño fruncido.

—Eso mismo te iba a preguntar.

Me soltó. Ahora mostraba perplejidad.

—Es que he pensado que esa gran casa en el lago era tu sueño, y que no te sentías bien.

Murmuró una palabrota entre dientes y después me tomó de la mano y me arrastró hasta el servicio de hombres. Evidentemente, acababan de limpiarlo. El olor a lejía casi me hizo daño en la nariz. Estaba decorado con azulejos grises y acero inoxidable. Todo estaba limpio y reluciente, con la excepción de un trozo de pared, situado entre dos urinarios empotrados y otros dos cubículos cerrados.

—¡Vaya! Creo que es la primera vez que estoy en un baño de hombres. ¿Por qué me has traído?

—Mira. —Vaughan abrió una de las puertas y me observó con intensidad.

En la parte de atrás la puerta tenía dibujado un enorme círculo rojo con el símbolo anarquista, una enorme A, y había también escrito un texto: «Soy músico. La música es mi vida. Punk rock para siempre». Todo el conjunto estaba

protegido por pintura acrílica transparente, para protegerlo de otras pintadas. Me incliné para intentar descifrar lo que había escrito en azul en la parte de abajo. Era una fecha y un nombre.

—André padre, supongo. —Sonreí.

—Lo has captado a la primera.

—Es pura historia de este sitio.

—Sin duda. Al parecer hizo la pintada la mismísima noche de la inauguración —dijo.

—Me alegra que lo hayan conservado. —Me acerqué a Vaughan, que todavía estaba apoyado en la puerta del baño. Parecía muy relajado—. ¿Así que no has sentido un poco de envidia al oír a Mal hablando de su casa del lago?

—Ni mucho menos. Esos chicos han trabajado mucho, y se han ganado todo lo que tienen. Sí, quiero conseguir lo que ellos han conseguido, pero no siento resentimiento ni envidia. Son mis amigos. —Se retiró el pelo de la cara, sin dejar de mirarme en ningún momento—. Y tienes razón, no me sentía bien porque, una vez más, te he tratado fatal, y he dicho tonterías sin pensar. Insisto, una vez más, y van... ni sé cuántas en una semana. Perdóname otra vez.

Puse cara de sorpresa y confusión.

—Lo que he dicho sobre las relaciones sentimentales ha sido una estupidez, y de las grandes.

—Vaughan —empecé, sonriendo—, ni te preocupes por eso. No me ha molestado. Me da la impresión de que lo que hemos estado haciendo durante esta semana no puede calificarse exactamente como una relación sentimental.

Alzó las cejas con cara de duda, pero sonrió.

—¿Ah, no?

—No.

—Y entonces, ¿cómo lo llamarías tú?

Me acerqué a él riendo débilmente.

—Te vas mañana por la mañana. ¿De verdad importa?

—Venga contesta, ¿cómo lo llamarías tú? —repitió.

Me detuve cerca de él, intentando leerle el pensamiento. Seguía relajado y con una media sonrisa. Tenía los pies algo separados y los brazos caídos a los lados del cuerpo. Su atención estaba absolutamente centrada en mí, esperando a que le respondiera. El problema es que no encontraba ninguna etiqueta que pudiera definir adecuadamente nuestra relación. Lo de amigos con derecho a roce era absolutamente insuficiente, insulso y vacío. De todas formas, no tuve el valor de ir más allá. De hecho, no pude ir a ningún sitio.

—No lo sé —admití finalmente.

—Pues yo diría que es algo importante.

Respiré hondo, sintiendo cierta esperanza y, a la vez, procurando armar mis defensas para no sentir excesivo dolor. En todo lo que se refería a él, el final siempre terminaba siendo doloroso. Deprimente, pero real como la vida misma. Tendría que escribir poemas sobre los orgasmos que había tenido haciendo el amor con él, para recordar que también hubo placer y gozo.

—Gracias —dije.

Nos miramos el uno al otro.

—Lydia, tú eres preciosa, especial. Normalmente mis relaciones son ocasionales, relaciones de una noche o dos, más o menos. —Hizo una pausa. Tenía una cara bastante seria y sombría. Estaba claro que buscaba las palabras más adecuadas—. Lo que hemos vivido tú y yo no es así. Y no se trata solo de que hayamos pasado un poco de tiempo juntos. Me has hecho desear que las cosas fueran distintas.

De repente, mis negras expectativas se dieron la vuelta como un guante. Me sentí cautivada. Y la cosa no tenía nada que ver con la habitual afluencia de líquido a mis ojos. ¡Caray con el tipo! Cada vez que construía mis defensas y me preparaba mental y emocionalmente para perderlo, él destruía la fortaleza casi de un soplido. Cabrón.

—¿Muñeca?

Levanté una mano para advertirle de que dejara de hablar. Ya había dicho bastante.

En efecto, no dijo nada, pero levantó las cejas.

Mientras tanto, yo respiré despacio, pero con intensidad. Era algo que me ayudaba mucho, una buena costumbre. Después me acerqué a él. Necesitaba rehacerme, darle algo más. Demostrarle que también era muy especial para mí. Así que no se me ocurrió otra cosa que ponerme de rodillas frente a él. Los azulejos y mis estupendos pantalones azules de florecitas no es que me ayudaran demasiado: el suelo era duro como el demonio. ¡Ya podía haber pronunciado su discurso en un lugar más adecuado, cerca de una cama con cojines mullidos! Pero no, nada de eso.

¡Hombres! ¡Qué gente más insensible!

—¡Mmm! ¿Lydia?

No le hice caso, ocupada como estaba con su cinturón, el botón de la bragueta y la cremallera. ¡Maldita ropa interior! Hoy sí que había decidido ponérsela. Además, era unos calzoncillos tipo bóxer, de los largos. Con gesto de irritación

tiré hacia abajo de los pantalones y de los calzoncillos, todo a la vez. Inmediatamente pasé los dedos por la suave piel que quedó al descubierto. Suave, cálida, delineada por los músculos que había bajo ella. El olor corporal era algo más intenso en esa zona. A jabón, a sudor, a él. Se me hizo la boca agua.

Con un toque suave liberé por completo su polla, acariciándola arriba y abajo con los labios. No hay nada tan suave para la boca como la piel del pene de un hombre. Era increíble. Ya empezaba a crecer y a endurecerse. Lo cierto es que los hombres guardan algo mágico bajo los pantalones. Por desgracia, solo unos pocos saben como usar esa magia de la mejor manera posible, lo cual es triste. Con la punta de la lengua fui siguiendo esa vena, larga y potente, que recorría su miembro. Arriba y abajo, arriba y abajo. Contuvo la respiración y contrajo los músculos del estómago.

—¡Joder! —Se levantó la camiseta negra del Dive Bar y, con la otra mano, me acarició la cara.

Me llenó las manos de forma muy agradable. El tamaño no es señal de nada especial, pero ayuda. Con una mano le acaricé los testículos, moviéndolos con los dedos de acá para allá. Y con la otra agarré la base del pene, al tiempo que se lo chupaba. Lo hacía con intensidad, de forma lenta y profunda, y después lo acariciaba con la lengua. Le chupaba la cabeza del pene y me divertía, aunque supongo que para él era una especie de tortura. A veces le daba lametones más intensos en el orificio con la punta de la lengua, intentando entrar un poco.

Vaughan jadeaba y me agarraba de la cola de caballo, que al final enrolló alrededor de la muñeca. Su respiración, sonora y entrecortada, llenó el cuarto de baño masculino.

El truco para hacerlo bien es la sorpresa: no permitas nunca que adivinen qué es lo que viene después. Chupaba y acariciaba, daba mordisquitos y me retiraba, iba de un lado a otro. Le daba placer con la boca mientras seguía masajeándole los huevos, apretándolos un poco de vez en cuando. ¡Hasta canturreaba, muy orgullosa de mí misma! Su erección creció hasta límites insospechados, lo cual no hizo otra cosa que facilitarme la labor. Su pene, duro como una roca, salía y entraba todo lo que podía soportar sin atragantarme. Durante un rato se las arregló para resistir y follarme en la boca. Sin embargo, cuando acaricé la superficie que hay entre el escroto y el ano con la punta del dedo índice, perdió el control por completo. Le temblaron las caderas y empujó como una fiera. Solo pude evitar que me metiera la polla hasta los mismísimos pulmones porque la tenía sujeta por la base.

—¡Joder, muñeca! —gruñó, tirándome del pelo.

Estaba en llamas. Los jadeos casi animales y el tono gutural de su voz así lo demostraban. Absolutamente bajo mi control, entregado como nunca. En ese momento, mis bragas se mojaron del todo. Su polla palpitó y yo chupé con toda la fuerza de que fui capaz. Su dulce esperma me llenó la boca por completo y hasta me resbaló por los labios, pues no pude tragar lo suficientemente deprisa.

Se apoyó de espaldas contra la puerta, desfallecido, aunque sujetándome aún el pelo. Yo seguí de rodillas junto a él para recobrar el aliento. Y me limpié lo mejor que pude. No era normal en mí tragar tras una felación. En todo caso, esta vez me apeteció.

Me miró con esos ojos azul cielo. En las comisuras de los labios se le dibujó una sonrisa de relajación. Le gustaba muchísimo, estaba claro. Puede que hasta me amara un poco, ¿quién sabe? Pero daba igual. De todas formas, no iba a quedarse.

—Me gustaría que las cosas fueran distintas —dijo con voz entrecortada.

—Y a mí también.

A la mañana siguiente, cuando desperté, ya se había marchado.

CAPÍTULO 23

CINCO DÍAS MÁS TARDE...

—Vamos a tener que matarlo.

—Sí, no se me ocurre otra alternativa. —Di un trago de agua mientras miraba a Masa ir a lo suyo. Servía mesas al tiempo que cantaba a pleno pulmón *The man who wants you*, de Amos Lee. la gente enamorada es lo peor que te puedes encontrar—. Desde que ha vuelto con su novia está absolutamente insoportable. Una pena, porque es un chico encantador.

—Sí —confirmó Nell—. Reemplazarlo va a ser muy complicado, joder. Pero no podemos tener camareros cantando como adolescentes mientras sirven las mesas. ¡Sería la ruina!

—No, no podemos —asentí con un suspiro—. Aunque podría dedicarse a cantar.

Nell dejó de darle vueltas a la cacerola de sopa y pasó a ocuparse de una sartén llena de beicon.

—Antes de trabajar aquí Masa gestionaba un karaoke en Sponake. Nos dijo que le gustaba, pero que para ir tenía mucha distancia en automóvil.

—¡Qué interesante!

Cuando terminó la canción, los clientes rompieron a aplaudir. Hasta yo me uní a ellos, pese a mi congoja. La ausencia de Vaughan me pesaba en el corazón como una losa. Una parte de mí me decía que nunca volvería a sentirme viva y completa, nunca más. El amor es algo muy extraño. Una serie de momentos compartidos que se entrelazan entre dos personas como una cadena de emociones. Eres testigo de tu propia vida, unida a la de otro, dando y recibiendo según las circunstancias. Y, de repente, un día todo se va y la cadena se rompe. Te quedas sola. La soledad parece una barrera enorme cuando te has acostumbrado a compartir, a formar parte de una pareja. De todas formas, creo que la soledad, aunque no proceda del amor destruido, no es agradable para

nadie.

Bueno, ya está bien de quejarse. Tenía que hacerme a la nueva situación, y lo conseguiría.

La próxima vez que Vaughan se pasara por la ciudad, me mostraría educada y amable con él. Demostraría a todo el mundo que no había problemas ni resentimientos, que todo iba bien. No obstante, había aprendido la lección. Empezar a salir otra vez con alguien no estaba entre mis intereses inmediatos. Y tampoco contemplaba algún revolcón ocasional con algún amigo. Ese tipo de relaciones no conducían a nada bueno. Solo complicaban las cosas y no merecía la pena. ¡Ojalá que los orgasmos y los tiempos felices durasen más! Debería ser posible guardarlos en una botella y abrirla de vez en cuando para procurarse un rato de placer siempre que nos apeteciera. ¡Sería algo estupendo!

Masa pasó como flotando, con una sonrisa de oreja a oreja y llevando un montón de platos sucios.

—Una noche maravillosa, ¿verdad, señoras?

—¡No me jodas! —ladró Nell.

Perfectamente al tanto de nuestros problemas amorosos, el camarero se limitó a reír entre dientes y se marchó a otra parte, llevándose consigo su felicidad. Yo volví a ponerme las pilas y eché un vistazo a todas las mesas y al resto del local. Al mirar a la barra, Joe me dedicó una sonrisa. Eric estaba ocupado charlando con dos chicas que bebían alguno de sus exóticos cócteles. La vida seguía su curso habitual.

Empezó a sonar *If you ever want to be in love*, de James Bay, y me puse a tararearla, procurando reincorporarme a la rutina habitual. La música que sonaba hoy era agradable y melodiosa, nada que ver con el rocanrol y menos con el *heavy* o el punk. Le tocaba escoger a Eric. Todo el mundo se tomaba muy en serio la tarea cuando le tocaba, y en ella entraban todos los miembros del personal, sin excepción. Yo todavía tenía pendiente entregar mi lista. Puede que lo hiciera en breve, pero no me había sentido con ganas de momento. No habría problemas, porque si todos, clientes incluidos, soportaban el punk de Boyd, mi selección de canciones favoritas, casi todas pop y *rock*, no presentaría problema alguno.

—¿Puedo retirar el plato? —le pregunté a una mujer, y me acerqué para hacerlo cuando asintió.

—Espera. —La voz era muy familiar.

Una mano recogió todos los platos de la mesa. El brazo estaba lleno de tatuajes y me resultaba tan familiar como la voz.

Me volví y me quedé de piedra, pese a que estaba segura de que era él. Con la barba muy crecida y la ropa arrugadísima. También tenía el pelo hecho un desastre: le caía por la cara sin orden ni concierto. No me importó. Fue la visión más agradable y bienvenida que podía esperar.

—Vaughan.

—Después de hacer todo el viaje a Los Ángeles me di cuenta de algo —dijo.

—¿De qué? —pregunté, frunciendo el ceño.

—De que no sé el nombre del primer chico con el que follaste.

Se oyó un gemido y alguien soltó una risita nerviosa.

Yo abrí la boca, pero no pronuncié ni una palabra.

Se pasó una mano por la cara. Parecía completamente agotado.

—Yo sí que te conté mi historia, completa. Pero tú no me has contado la tuya.

—¡Oh!

—¿Y entonces?

Pestañeé varias veces.

—¿De verdad quieres escucharla aquí y ahora?

—¡Claro! ¿Por qué no? —Se volvió buscando algo con la mirada. Después me agarró de la mano y me arrastró por todo el restaurante hasta una mesa vacía y algo apartada, en un rincón. Me ofreció un asiento y lo acepté.

—Creo que me va a dar un ataque al corazón —murmuré.

—¿Sí? —Se sentó enfrente de mí y apoyó ambos codos sobre la mesa—. Fíjate, tampoco sé cuál es tu color favorito. ¿No es extraño? A mí me lo parece, y mucho. Quiero decir que debería saber este tipo de cosas acerca de ti, ¿no crees?

—Pues no lo sé.

—¡Claro que debería? —Sonrió y me retiró de la cara un mechón de pelo.

—¿Qué está pasando?

—¿Cómo? —Me acarició la mejilla con la mano y me miró dulzura.

—¿Qué está pasando? —repetí—. ¿Por qué estás aquí? —Me incliné hacia delante. Como siempre, tonta de mí, estaba a punto de echarme a llorar. Me dolían los ojos, y los tenía húmedos. Con el corazón pasaba igual. Puede que los corazones rotos duelan. O que fuera alérgica a este tipo de situaciones.

—Te lo acabo de decir.

Eran demasiadas emociones para mí. Tantas que no podía con ellas. Otra vez no. Le empujé la mano y negué con la cabeza.

—¿O sea que sales para Los Ángeles y te vuelves inmediatamente solo porque no sabes cuál es mi color favorito?

—Sí.

—Es una locura.

Se encogió de hombros y echó la silla hacia atrás.

—Tenía que saberlo.

—¿Y no podías haberme mandado un mensaje? —¡Vaya! Creo que había gritado un poco. Yo diría que éramos el foco de toda la atención, lo cual, teniendo en cuenta su extraordinaria irrupción, tampoco era nada extraño.

—No.

—¿No?—Me temblaban las manos, las muy estúpidas. Las escondí en el regazo para que no las viera—. ¿Qué significa que no?

—Pues que hay más preguntas.

—¿Cuántas?

—Montones. —Los ojos de un azul celeste completamente perfecto. Tranquilamente me habría metido en ellos y me habría perdido para siempre—. No te podría dar un número exacto, ni siquiera aproximado.

Me llevé la mano al pecho. ¡Bum, bum, bum! El corazón iba a toda castaña. El cuerpo me temblaba. Tenía la espalda cubierta de sudor. Nada de eso estaba bien, ni mucho menos. Tomé una carta de una mesa y empecé a abanicarme.

—¿Muñeca?

—No entiendo nada de lo que está pasando —dije en voz baja, y fundamentalmente hablando conmigo misma. Pero el caso es que él estaba allí. En fin, qué más daba.

Muy despacio, echó la silla para atrás. Se levantó, se acercó a mí y se agachó para ponerse a mi altura, flexionando las piernas. Su amplia y cálida mano me acarició las rodillas desnudas. Había decidido ponerme una falda de tubo debido al calor que hacía. Gracias a Dios. El contacto con su piel hacía que todo marchara mejor. Me calmé simplemente gracias a sus caricias. El corazón recuperó su ritmo normal de latidos y dejé de pensar que me iba a explotar la cabeza. De todas formas, no me gustó lo que estaba pasando. El hecho de que Vaughan ejerciera ese efecto físico sobre mí no presagiaba nada bueno. No tenía ningún control sobre mis emociones, así que resultaba difícil pedirle u ordenarle a mi cuerpo que no reaccionara. Era injusto.

Me quitó la carta de la mano y la colocó sobre la mesa. Yo le obsequié con una mirada absolutamente perpleja. Seguro que todo el mundo que me vio lo entendió: «¿Qué cojones está pasando?».

—He vuelto —dijo con suavidad.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunté, pestañeando frenéticamente para contener

las lágrimas. Glándulas estúpidas.

—Todo el que haga falta.

Vaya. De acuerdo. Ya estaba bien. Me agaché para poner la cara a la altura de la suya. Hablé casi sin mover la boca.

—¿Todo el que haga falta para qué? ¿Me vas a dar una puta respuesta antes de que te mate con mis propias manos?

Su respuesta fue solo una sonrisa, pero tan luminosa que a mí me pareció como si estuviera saliendo el sol. Absolutamente magnífica.

Después se acercó a mí con firmeza y me besó, el muy idiota. Pero yo también me había vuelto idiota, así que le agarré la cara y correspondí a su beso sin dudarle. Intercambiamos lenguas, dientes, y creo que hasta almas. Si había niños observando el espectáculo seguro que, en los días siguientes, habrían necesitado que les atendiera un sicólogo. Tendríamos que pedir disculpas más adelante.

Pero, de momento, lo tenía a él. Y él era todo mi mundo.

Acabado el beso (¿minutos, horas después?) se retiró, con una gran sonrisa en los labios húmedos.

—He vuelto.

—Has vuelto. —Confirmé, sonriendo a pesar de todas las preguntas y las dudas que se me agolpaban en el corazón.

—Estoy loco por ti, Lydia. Queríamos que las cosas fueran diferentes a lo que iba a pasar: yo viviendo en Los Ángeles y tú aquí —explicó, con los ojos desbordantes de emoción—. Así que voy a hacer que todo sea diferente.

No pude hacer otra cosa que mirarlo de hito en hito. Significaba demasiado para mí. Lo quería con todas mis fuerzas.

—Voy a quedarme. —Adelantó la cara y me dio otro beso, muy rápido—. He cancelado la venta de la casa. Tengo algún que otro problema financiero, pero André me ha dicho que puedo empezar a trabajar con él desde mañana mismo. Con eso y el Dive Bar me las apañaré. Aunque todavía no lo he solucionado por completo, todo se andará.

—¿Pero y tu sueño?

—Lo de los sueños es variable, e incluso a veces hasta paradójico —afirmó—. Ahora mi sueño es estar contigo.

El corazón se me volvió a acelerar. Yo creo que estaba enferma. Seguro que, de un momento a otro, me caería redonda, y probablemente muerta.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y tu grupo, y lo de trabajar con Henning Peters? ¿Qué pasa con todo eso? —pregunté ansiosamente—. Me dijiste que era muy importante, una oportunidad única en la vida.

—Lydia, he estado siempre persiguiendo a la música pero, en realidad, tú eres la oportunidad de mi vida —afirmó en tono extraordinariamente serio—. Siento que me haya costado tanto darme cuenta.

—Me rompiste el corazón.

—Muñeca... —Ahora sus ojos mostraban un arrepentimiento infinito—. Soy un idiota.

—Sí —susurré, aspirando por la nariz.

—¿Podrás perdonarme alguna vez?

Durante un momento fingí que me lo pensaba. La verdad es que me había hecho sufrir mucho.

—No sabes cuánto siento haberte hecho daño. Te juro que no volverá a ocurrir —afirmó—. ¿Podrás perdonarme, por favor?

—Supongo que sí. —Resulta extremadamente difícil mostrarse orgullosa y digna cuando te sale líquido de la nariz. Pero hice lo que pude.

—¡Gracias! —dijo con una sonrisa resplandeciente, al tiempo que me acariciaba la mejilla.

—¿Y qué vas a hacer con tu música? No puedes dejarla así, sin más.

—No. La música es parte de mí mismo, no puedo dejar de hacerla, de componer, de interpretar. Quiero grabar mis canciones, y también tocarlas en directo. Pero para eso no necesito necesariamente formar una banda. He repensado las cosas —explicó—. El hecho es que tú eres mi primera prioridad. Voy a componer y a tocar por mi cuenta, así que no hay ningún problema en tener mi base aquí y organizarlo de forma que se acople a nuestra vida juntos. Pero si tengo que salir de gira o ir a trabajar a alguna parte, siempre volveré, te lo juro. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Pese a mis esfuerzos por evitarlo, a mi atropellada respiración y al pestañeo enloquecido, las lágrimas brotaban incontenibles—. Muy bien.

—¿Volverás a llevar las cosas a mi casa?

—No lo sé —respondí. Tenía los nervios a flor de piel—. ¿No crees que deberíamos empezar a salir, tener un noviazgo normal? Tomárnoslo con calma y hacer las cosas a la manera tradicional, quiero decir.

Levantó la cara con gesto dubitativo.

—La cosa es que mi sueño implica también hacer mucho el amor contigo.

Quiero decir, casi a todas horas.

—Entiendo.

—Y no se trata solo de sexo. Mi sueño tiene un montón de detalles.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Me secó las lágrimas de la cara al tiempo que fruncía el ceño—. Deja de llorar. No me gusta. No volveré a hacerte llorar.

—Ahora son lágrimas de felicidad. Déjalas en paz, Vaughan. Sigue contándome ese sueño tuyo —lo animé, dándole unos golpecitos en la mano.

—Pues implica irnos juntos a dormir y también despertarnos juntos —explicó sonriendo.

—Ya.

—Vivir en pareja y toda esa mierda, ya sabes.

—¿Y toda esa mierda? —Alcé las cejas asombrada—. ¿A qué te refieres con «toda esa mierda»?

Levantó un hombro.

—Pues eso, estar en la bañera, ver la tele, hacer las cosas juntos. Casi siempre desnudos, pero tampoco hace falta que sea siempre.

—Pues parece un buen sueño. Factible, creo.

—Bueno no, estupendo —rectificó.

Le devolví la sonrisa sin poderlo evitar.

—Sí, tienes razón. ¿Estás completamente seguro?

—Lo estoy.

—No me basta. Quiero que lo pienses muy, pero que muy a fondo. No me gustaría que terminaras guardándome rencor por haberte desviado de tu camino. Si cambiaras de opinión y decidieras que las perspectivas para hacer lo que quieres en el mundo de la música son mucho mejores en la costa, me harías muchísimo daño. —Le agarré la mano y se la apreté muy fuerte. Estaba aterrorizada respecto al camino que íbamos a emprender—. Me destrozarías, Vaughan.

Las pequeñas arrugas que rodeaban sus ojos se hicieron más profundas.

—Muñeca, esta oportunidad que me has dado... lo es todo para mí. Tú eres mi primera prioridad y lo vas a ser siempre. Necesito que lo creas, que estés convencida. No es algo pasajero, ni mucho menos. No es que al llegar a Los Ángeles me sintiera de pronto un poco apenado porque tú no estuvieras allí conmigo. Te mentiría si te dijera que supe que eras mi futuro en cuanto te vi en el baño aquella tarde. De hecho, todo el jodido asunto de tu entrada por las bravas me molestó bastante aunque, eso sí, me caíste bien desde el principio.

Pero, muy poco después, las cosas cambiaron radicalmente. Yo diría que al cabo de hora y media, más o menos. Concretamente, en el preciso momento en que le diste el puñetazo a ese capullo.

Me reí a través de las lágrimas.

—Ya... ¿Estás seguro de que no fue por las tetas?

—Hombre, las tetas ayudan, son una parte sustancial del asunto. Pero el hecho es que quería..., mejor dicho, necesitaba saberlo todo acerca de ti. Necesitaba que te quedaras conmigo —afirmó, con un tono tan sincero que hasta me dolía—. Lo que pasa es que todavía no estaba dispuesto a cambiar mis planes, mi vida entera.

—¿Y qué pasó para que cambiaras?

Se aclaró la garganta, se puso de pie y me agarró por las axilas para que yo también me levantara. Sus manos, fuertes y firmes, me rodearon por la cintura. Me sentí maravillosamente. Ese también era mi sueño. Estando junto al suyo, mi cuerpo se relajaba, e inmediatamente le pasé las manos por el cuello.

—¿Vaughan?

—Sé que ese imbécil te hizo dudar de ti misma. Hizo que procuraras protegerte de los sentimientos que pudieras tener hacia cualquier hombre, hacia mí, por ejemplo. —Apoyó la frente contra la mía—. Pero estás dentro de mí. Lo estás desde el mismísimo día en que te conocí. En algún momento luché contra ello, pero eso ya ha pasado.

—Tú también estás dentro de mí.

—Bien. —Ahora frotó la punta de la nariz contra la mía—. Eso está bien, Lydia. Porque me voy a quedar, aquí y ahí, dentro de ti.

Escondí la cara entre su pecho. ¡Malditas lágrimas!

—También lo digo en sentido literal —me susurró al oído—. ¿Lo captas?

Me entró el hipo de la risa.

—Lo capto. Y no lo voy a soltar.

De su pecho surgió un gemido de felicidad y puede que también de deseo. Apretó aún más el abrazo. Me sentí a salvo. Acompañada. Feliz.

—Sabes que te quiero —le dije, poniendo el alma en la frase, absolutamente entregada y confiada, en él, en los dos—. No quería hacerlo, pero ha sido inevitable.

—Pues no sabes cómo te lo agradezco, joder —murmuró.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Nell, que había aparecido a nuestro lado sin que nos diéramos cuenta. Y no estaba sola: básicamente toda la gente del bar se aglomeraba alrededor, y supongo que algún que otro cliente se

quedó con las ganas de acercarse también. Allí estaban Joe, Eric, Masa y hasta Boyd el silencioso. Al parecer, la aparición de Vaughan había sido como una convocatoria de reunión del personal.

Me limpié la nariz lo más discretamente que pude, eso sí, en la manga de Vaughan, pues el amor a veces gasta malas pasadas físicas y algún moco que otro. Felizmente, en la mayoría de los casos es maravilloso.

—Me vuelvo a la ciudad y he paralizado la venta de la casa.

No sé si alguna vez había visto a Nell con semejante cara de felicidad. No obstante, la disimuló de inmediato.

—Y de paso estás acosando a una de mis camareras —dijo con tono pretendidamente ácido—. ¿Se puede saber por qué?

—Pues porque algún día de estos vamos a casarnos y a tener hijos —dijo Vaughan de la forma más relajada del mundo—. No necesariamente en ese orden. Ella decide.

—¡Santo cielo! —Volví a esconder la cabeza en su camiseta, llorando a moco tendido. ¡Qué Dios me ayudara! El corazón estaba desbocado. En ese momento pensé que nunca me recuperaría de lo que estaba viviendo esa noche.

—¡Joder! —dijo Joe con su profundo vozarrón—. No haces las cosas a medias, ¿verdad?

—Cuando se está seguro de algo, ¿para qué esperar?

—Pues felicidades, amigo.

—Gracias.

—Y para ti también, Lydia.

Me limpié la cara, sonriendo como una loca enamorada. Daba igual, era para bien. No solo eso, era algo fantástico.

—Gracias, Joe.

Todos los demás se unieron a las felicitaciones. Y casi todos sonreían de oreja a oreja. Con una excepción. Eric.

—Es una decisión importante, vaya que sí —reconoció Eric, mirando a Vaughan con los brazos cruzados—. ¿Vas a mantenerla o la dejarás colgada en cualquier momento, como hiciste conmigo al formar el grupo? Lydia es una persona estupenda y las personas importan, aunque hasta ahora para ti no parece que haya sido así.

El silencio se adueñó del grupo. Y no era precisamente un silencio feliz y relajado.

—Tú no entraste a formar parte de aquella banda porque no te lo tomaste en serio —dijo Vaughan—. No hubo ningún otro motivo. Yo no quise darte la

espalda como amigo. Eras tú quien no contestaba mis llamadas, ¿no te acuerdas?

Eric soltó un gruñido de indignación.

—De todas formas, tienes razón en una cosa importante. No he mantenido el contacto que hubiera debido ni me he preocupado lo suficiente por la gente a la que quiero. Pero eso va a cambiar.

—¿En serio?

—Sí, en serio —dijo Vaughan. Ninguno de los dos hombres dio un paso atrás. ¡Yo creo que hasta podía notarse el espeso olor a testosterona! Seguro que en cualquier momento se atacarían con la cornamenta, como los venados. Yo tomé a Vaughan de la mano, poniéndome a su lado.

—Nell —dijo, cambiando de interlocutor—. Me pregunto si te importaría acompañarme a visitar las tumbas de mamá y papá un día de estos. No he ido desde el funeral y creo que ya va siendo hora.

—Podríamos contarles lo de Lydia y también lo del bebé que está en camino —respondió su hermana con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Sí, entre otras cosas.

—¡Menuda reunión! —dijo una voz nueva. André se unió al grupo tras sortear las mesas del restaurante. Muchas de ellas estaban ocupadas.

—¿Nos pueden atender, por favor? —dijo un cliente. Con toda la razón, claro.

—Enseguida —respondió Eric levantando una mano para pedir un poco de paciencia.

—Creo que vas a ser un profesor de guitarra estupendo. Me alegra poder trabajar contigo. —André se acercó y estrechó la mano de Vaughan.

—Gracias por darme la oportunidad.

—¿Entonces esto va en serio? —insistió Eric. El tipo rebosaba escepticismo por todos los poros. Junto con una loción para después del afeitado bastante cara, por supuesto—. Lo de quedarte aquí y estar con Lydia, quiero decir.

—Sí —respondió Vaughan—. Completamente en serio. Si todavía tienes un problema conmigo y no quieres que trabaje aquí, no hay problema. Lo dejo. No tengo la más mínima intención de interferir en el buen funcionamiento del Dive Bar.

Eric se pasó la lengua por el interior de la mejilla. Tenía una mirada inescrutable. Inmediatamente después se subió a una silla y palmeó, llamando la atención de todo el mundo, clientes incluidos.

¡Madre mía! ¿Qué nos esperaba ahora?

—Señoras, señores, tengo algo que anunciar —dijo, mirándonos a todos desde arriba—. Dos apreciados miembros de la familia del Dive Bar, Lydia y

Vaughan, han decidido casarse. Quiero felicitarles en nombre de todos.

Surgió un aplauso cálido y espontáneo.

—¿Cómo? —exploté yo—. No hemos hecho nada de eso. No nos hemos comprometido.

—Sí, más o menos —me contradijo Vaughan, besándome la mano.

—Para celebrarlo —continuó Eric sonriendo en todas direcciones—, las bebidas corren por cuenta de la casa.

Yo no sonreía, pese a todo. Más bien me encontraba al borde de un ataque de pánico.

—No puedo comprometerme solo dos semanas después de salir huyendo de mi presunta boda. ¿Quién es capaz de hacer eso? ¡Nadie, joder nadie! ¡Es una locura!

—Pero en realidad no estamos comprometidos, ¿verdad?

—Te quiero —dijo, besándome dulcemente en los labios.

—¡Estúpido! —Casi me derrumbé encima de él. Era demasiado, y seguro que, por enésima vez, estaba a punto de darme un ataque al corazón. Notaba cómo la sangre se apelotonaba detrás de las orejas, mientras la gente aplaudía y vitoreaba. Ya empezaba a sonar el estruendo de los corchos de las botellas de champán saliendo disparados. Y allí estaba Vaughan, esperando pacientemente a que me recuperara.

—Si sales de gira o te vas a algún sitio, ¿volverás? —pregunté.

Me miró sin la menor sombra de miedo o de duda.

—Claro que volveré.

—Muy bien, te creo. De acuerdo.

No era Chris Delaney, el Capullo. Era Vaughan. Mi Vaughan. No decía nada que no pensara de verdad. Me amaba. Y, lo que era todavía mejor, yo lo amaba.

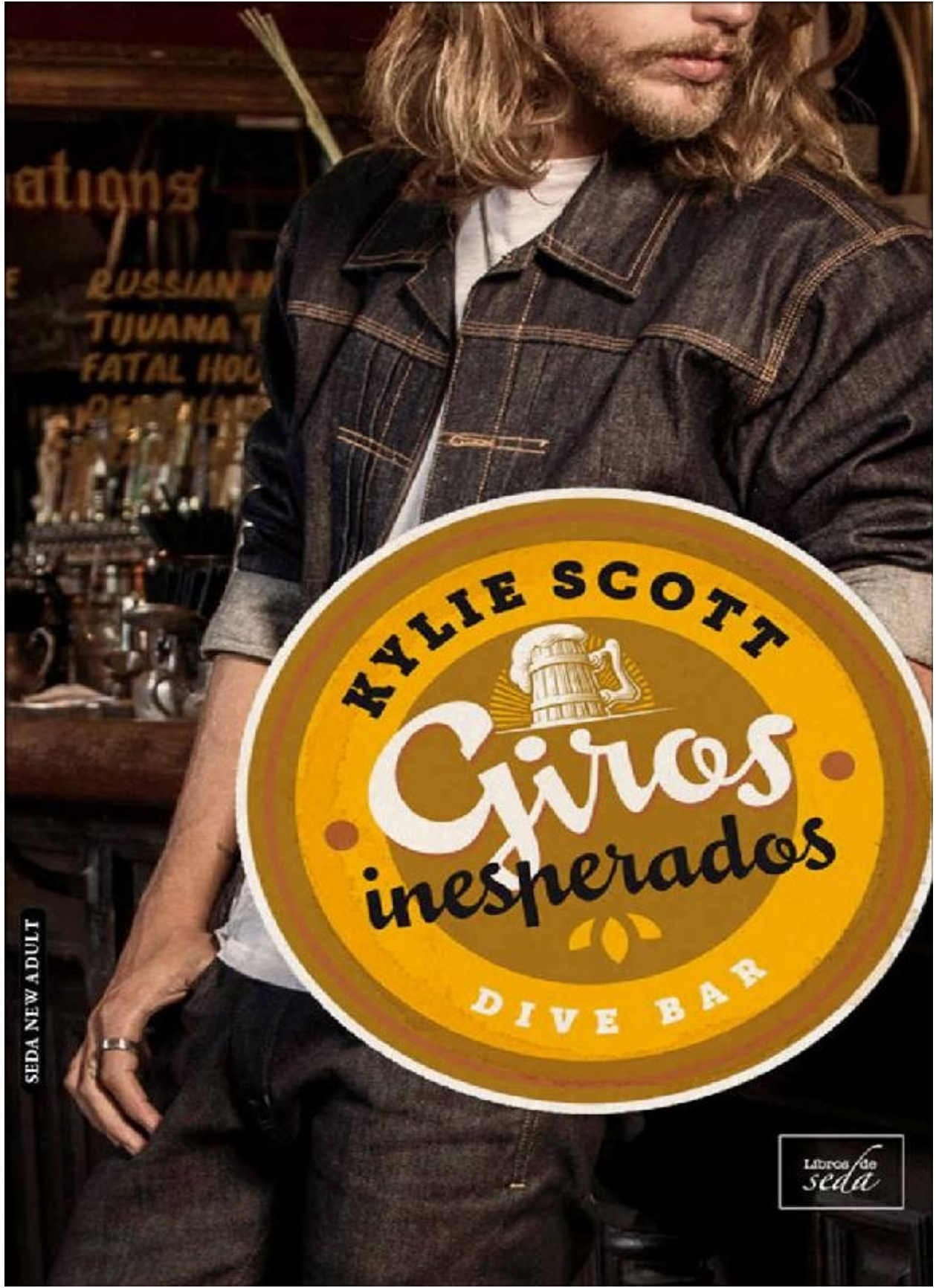
—Te estaré esperando —dije.

—Muñeca. —Su sonrisa, sus ojos azules... me gustaba todo de ese hombre. Todo.

No pude contenerme y me lancé sobre él.

Los clientes continuaron contemplando el espectáculo, contentos pese a la espera, Masa empezó a cantar otra vez (algo de los Stones, para variar) y Vaughan y yo girábamos abrazados, sin despegarnos el uno del otro. El Dive Bar había enloquecido.

A veces, la locura funciona.



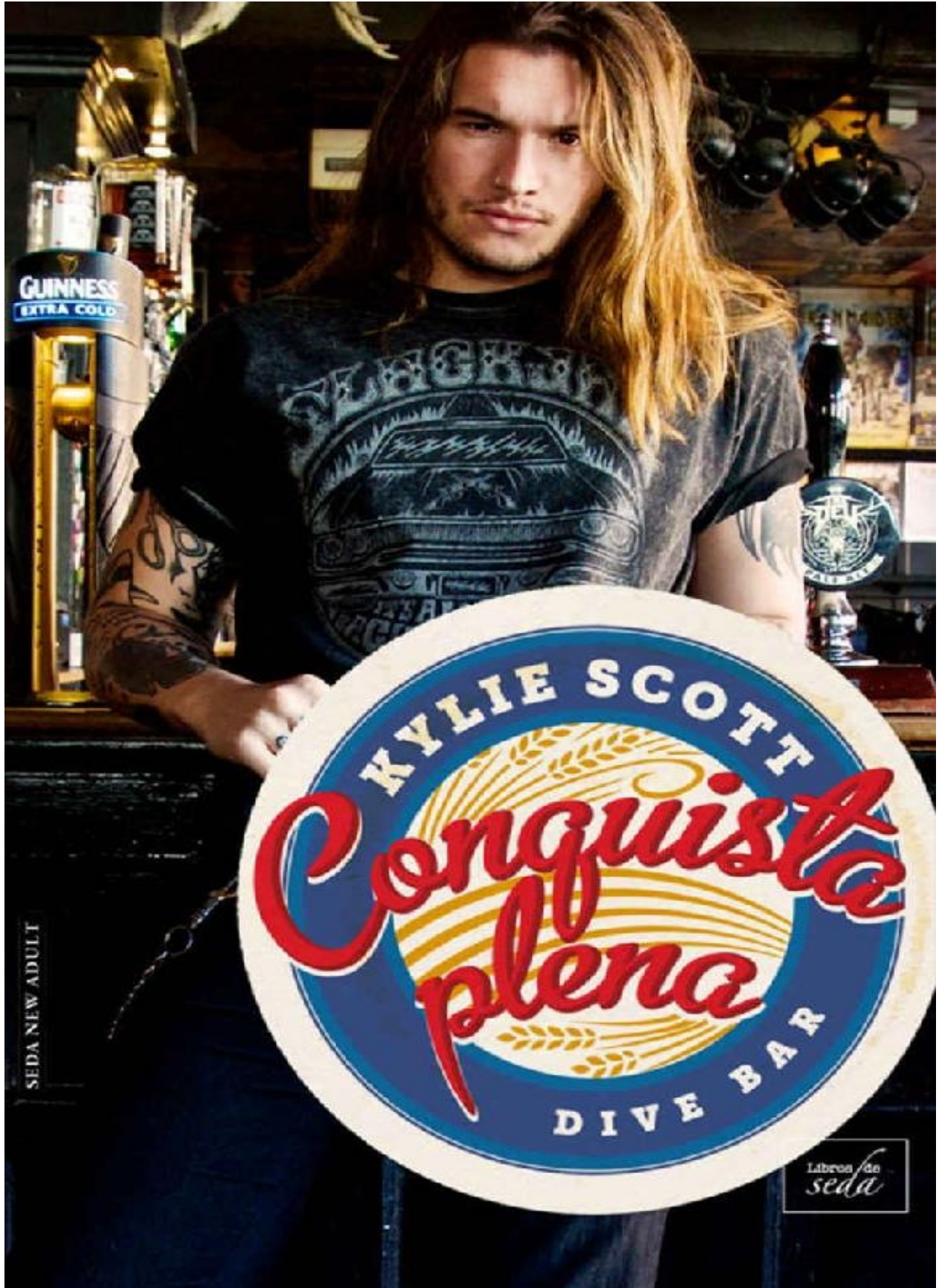
SEDA NEW ADULT

Libros de
se da

GIROS INESPERADOS

Su hermano pequeño ha perdido el interés por ligar usando Internet así que un día Joe Collins, un barman atractivo y extraordinario, decide entrar en su cuenta y cerrarla... Hasta que lee sobre ella.

Alex Parks es divertida, amable y bonita, todo lo que él ha estado buscando siempre en una mujer. En poco tiempo, ambos inician una relación por email durante la que se cuentan incluso sus secretos más oscuros... Y es que, cuando se trata de amor, lo mejor es ir al grano en lugar de dar rodeos.



SEDA NEW ADULT

Libros de seda

CONQUISTA PLENA

Eric Collins es un chico malo y se ha ganado esa reputación a pulso. Por eso, no está teniendo mucha suerte en el amor últimamente... Cuando Jean llega a la ciudad, cree que los dioses del sexo la han enviado justo para él... El problema es que, primero, ella no quiere saber nada de él y, segundo, está embarazada.

Jean está cansada del estilo de vida que ha llevado hasta ahora. Una ciudad pequeña se le antoja el mejor sitio para empezar de nuevo y ser para su futuro bebé la madre buena y cariñosa que ella nunca tuvo. Al saber que ella está embarazada, el dueño del bar de la localidad, Eric, se olvida de ella. Sin embargo, Jean se pone de parto durante una ventisca, su vehículo se sale de la carretera y no será otro que Eric quien acuda para ayudarla. ¿Acaso él podrá dejar de ser un mujeriego para convertirse en el hombre de su vida?

¿QUIÉNES SOMOS?

Libros de Seda nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevaban trabajando en el mundo editorial más de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española.

Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la novela romántica y erótica, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la novela juvenil. En 2014, además, abrimos una nueva línea de novela sentimental de crecimiento personal, que vamos ampliando poco a poco.

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto de calidad que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como hispanoamericano.

En la actualidad, nuestros libros llegan a países como España, Estados Unidos, México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, El Salvador, Argentina, Chile o Uruguay, y seguimos trabajando para que cada vez sean más los lectores que puedan disfrutar de nuestras cuidadas publicaciones.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web, www.librosdeseda.com, o síguenos por cualquiera de las redes sociales más habituales

